

El triunfo de Hipólito Yrigoyen en las elecciones de 1916 inaugura un nuevo tiempo político en la Argentina. Con la ley de voto obligatorio dictada por Luis Sáenz Peña en 1912, queda atrás la hegemonía conservadora de varias décadas. Durante los catorce años siguientes gobernará la Unión Cívica Radical. Yrigoyen será sucedido por Alvear en 1922, y volverá al gobierno en 1928. Pero no terminará su mandato. En 1930 lo derroca un golpe de estado comandado por el general Uriburu.

Se da por sabido que Yrigoyen es un líder del pueblo que atiende las necesidades de los más desprotegidos, que hasta entonces habían ocupado un espacio reducido en las consideraciones del poder. Por su parte Alvear suele ser entendido como un exponente cercano al conservadorismo derrotado. Sin embargo, una mirada muestra exactamente lo contrario. Estrechó las relaciones con los sindicatos, tuvo una política laboral tan progresista (o incluso más) que la de Yrigoyen y sin cultivar el personalismo trató de fortalecer el rol del radicalismo como vehículo de las causas populares.

Ambos presidentes, al cabo, le dieron a la Unión Cívica Radical el lugar que tendría hasta la llegada del peronismo: el de representar a las masas que habían estado excluidas del juego político y social. A los inmigrantes y a sus hijos, a las clases media y baja. Porque el radicalismo fue el primer partido de masas de América Latina. En este ensayo fundamental, Joel Horowitz analiza el período desde esa perspectiva y revierte muchos de los prejuicios que se mantienen hasta hoy. Con una investigación minuciosa, con un exhaustivo conocimiento del mundo obrero, *El radicalismo y el movimiento popular* es un libro clave para entender una época más debatida que conocida. Y sobre todo para responder una pregunta clave: si la democracia comenzó con tanta solidez, ¿cómo pudo truncarse en 1930?

ISBN 978-987-628-355-7



9 789876 283557



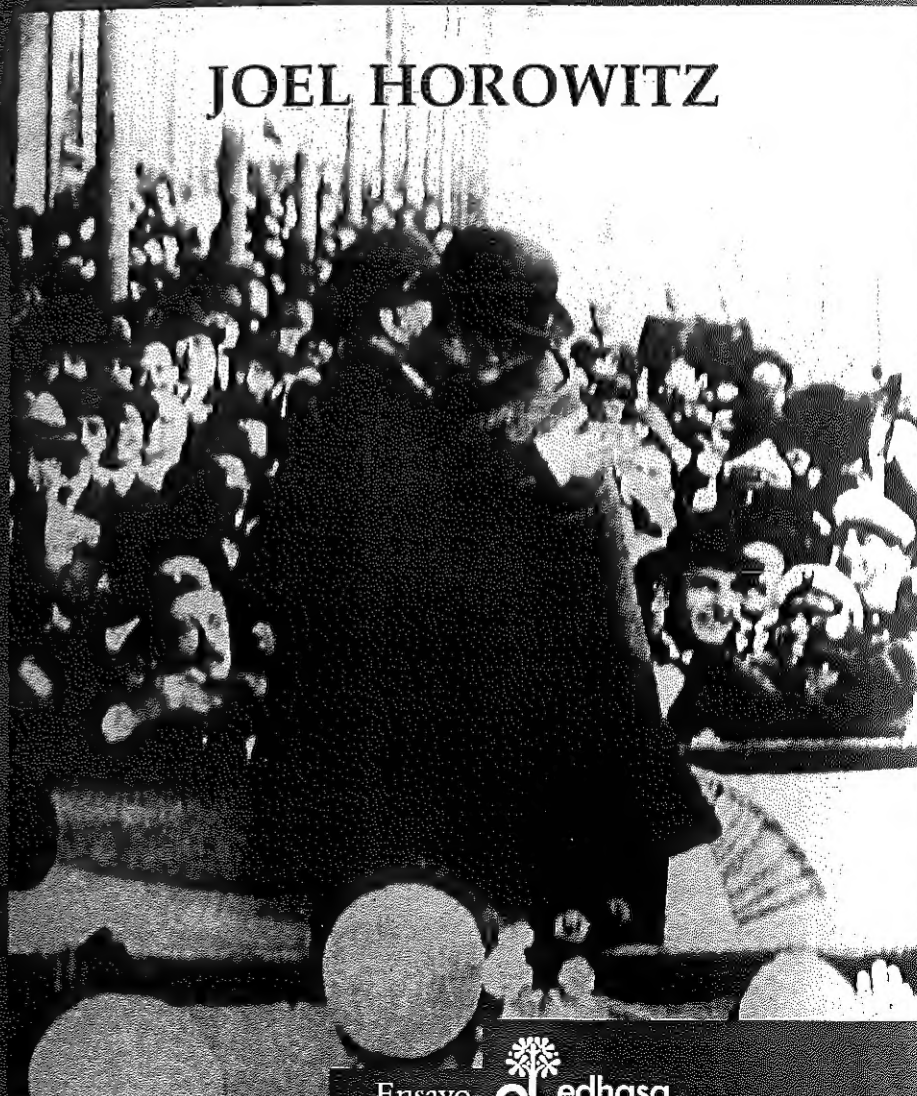
Joel Horowitz

*El radicalismo
y el movimiento popular (1916-1930)*



El radicalismo y el movimiento popular (1916-1930)

JOEL HOROWITZ



Ensayo



EL RADICALISMO Y EL MOVIMIENTO POPULAR,
(1916-1930)

JOEL HOROWITZ

EL RADICALISMO
Y EL MOVIMIENTO POPULAR
(1916-1930)

Traducción de Horacio Pons

Edición a cargo de Juan Suriano



Horowitz, Joel
El radicalismo y el movimiento popular
(1916-1930). - 1a. ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires : Edhasa, 2015.
328 p. ; 22,5x15,5 cm.

Traducido por Horacio Pons
ISBN 978-987-628-355-7

I. Historia Política Argentina. I. Pons,
Horacio, trad.
CDD 320.982

Título original: *Argentina's Radical Party and Popular Mobilization (1916-1930)*

Diseño de tapa: Juan Balaguer y Cristina Cerniño

Primera edición en Argentina: abril de 2015

© The Pennsylvania State University, 2008

© de la traducción Horacio Pons, 2015

© de la presente edición Edhasa, 2015

Córdoba 744 2º C, Buenos Aires
info@edhasa.com.ar
http://www.edhasa.com.ar

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona
E-mail: info@edhasa.es
http://www.edhasa.com

ISBN: 978-987-628-355-7

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del
Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante
alquiler o préstamo público.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso por EL ATENEO GRUPO IMPRESOR S. A.

Impreso en Argentina

Índice

Abreviaturas	11
Introducción	13
Capítulo 1. El marco económico y político.....	25
Capítulo 2. La creación de la imagen: construcción de las imágenes de Yrigoyen y Alvear	53
Capítulo 3. Los límites del patronazgo	89
Capítulo 4. Patrones y trabajadores se ponen de acuerdo: el fracaso de las leyes de previsión social.....	125
Capítulo 5. Yrigoyen y las limitaciones del obrerismo, 1916-1922....	149
Capítulo 6. Alvear y el intento de institucionalizar las relaciones con el movimiento obrero, 1922-1928	191
Capítulo 7. Yrigoyen y la incapacidad de reinstaurar el obrerismo, 1928-1930	225
Conclusión.....	255
Bibliografía.....	267
Agradecimientos	297
Índice analítico	299

*A Carol, Rachel y Sarah,
con amor y gratitud*

Abreviaturas

AT	Asociación del Trabajo
ATC	Asociación Trabajadores de la Comuna
COA	Confederación Obrera Argentina
DNT	Departamento Nacional del Trabajo
FOET	Federación Obreros y Empleados Telefónicos
FOF	Federación de Obreros Ferroviarios
FOM	Federación Obrera Marítima
FORA	Federación Obrera Regional Argentina
PAN	Partido Autonomista Nacional
UCR	Unión Cívica Radical
UF	Unión Ferroviaria
UIA	Unión Industrial Argentina
UOL	Unión Obrera Local
UOM	Unión Obrera Municipal
UOMar	Unión Obrera Marítima
USA	Unión Sindical Argentina

Introducción

En décadas recientes la instauración de la democracia se ha convertido en una panacea para los problemas políticos, sociales y económicos.¹ En el deseo de crear democracias y las dificultades para establecerlas, a menudo se olvida el problema de sostenerlas. La democracia es una forma extremadamente volátil de gobierno, sobre todo en sociedades donde sus raíces no tienen la profundidad suficiente para superar las crisis.

La dificultad de la Argentina para sostener una democracia siempre ha sido una fuente de perplejidad. El país cumplía sin lugar a dudas muchos de los criterios que los teóricos de las décadas de 1950 y 1960 postulaban necesarios para que las naciones tuvieran una democracia efectiva: una considerable clase media, urbanización, índices de alfabetismo relativamente altos, etc.² Sin embargo, después de un experimento democrático relativamente breve entre 1916 y 1930, la Argentina cayó en un ciclo cada vez más grave de fracaso político, que por suerte se ha superado no hace mucho.³

La naturaleza de ese experimento inicial de una democracia plena es vital para entender la ulterior historia política de la Argentina. Según ha afirmado Peter Smith en su reciente estudio de la democracia en América Latina:

La historia cuenta. Una de las debilidades más patentes de la literatura actual sobre la democratización en América Latina tiende a ser la miopía. Los análisis se concentran en tendencias y acontecimientos de los últimos veinticinco años, y se limitan a lo sumo a hacer un guiño de pasada a la experiencia política anterior. Pero la conciencia del pasado es vital. Como indican los anales históricos, la democratización no es en absoluto un proceso inexorable: las

democracias pueden surgir, caer y retornar. La historia también moldea la imaginación colectiva. En naciones con una democracia duradera y continua [...], a los ciudadanos les cuesta imaginarse alternativas plausibles. En las nuevas democracias, por el contrario, la gente no tiene motivos para compartir ese supuesto.⁴

Sabemos muy poco del funcionamiento del sistema político democrático argentino en sus inicios, pero su legado persiste y ha marcado el estilo de la política durante varias generaciones. La Unión Cívica Radical, que dominó el momento inaugural de la democracia, sigue siendo un factor clave en política, y los peronistas, sus principales rivales, se ven como los verdaderos herederos de las tradiciones radicales. Por ejemplo, el logo de la campaña presidencial de 2002 del candidato peronista Adolfo Rodríguez Saá incluía una fotografía de Hipólito Yrigoyen, la figura preponderante del radicalismo durante el período que consideramos, junto con las imágenes del padre de la Patria, José de San Martín, y de Juan Domingo y Eva Perón.⁵ El vínculo histórico de los peronistas con los radicales es algo más que mera retórica. Es evidente que Perón tomó del radicalismo gran parte de los elementos de su acercamiento a las clases populares, aunque llevó sus ideas mucho más allá.

Pese a su importancia fundamental, hasta hace poco los investigadores —salvo los de estrecha relación con el partido— evitaron en gran parte los estudios de la Unión Cívica Radical. La situación ha comenzado a cambiar, pero nuestra visión del radicalismo aún sigue estando moldeada en sorprendente medida por la excelente obra precursora de David Rock, escrita hace más de treinta años.⁶

Este libro difiere en varios aspectos de la obra de Rock. En él sostengo que, al abrir el sistema político a todos los ciudadanos varones, los radicales modificaron profundamente la naturaleza de la Argentina. Ese cambio fue menos el resultado de creencias programáticas que de la búsqueda incansable de votos por parte del radicalismo, así como de su misteriosa aptitud para granjearse el respaldo popular. El libro también destaca que la táctica de Yrigoyen de apoyar las huelgas con el fin de cosechar votos tuvo vigencia hasta 1921 y no hasta 1919. Por otra parte, luego de 1921 Yrigoyen siguió tratando de construir un tipo diferente de relación con el movimiento obrero. Además, y en contra del argumento de Rock, mi tesis

es que el patronazgo y el clientelismo no pueden explicar la popularidad de Yrigoyen y los radicales. Esa popularidad surgió del llamado obrerismo, la estrategia adoptada por la UCR para acercarse a las clases populares, y de la imagen del propio Yrigoyen. La devoción popular centrada en este no puede subestimarse. Por añadidura, este trabajo considera con seriedad el gobierno de Alvear, que casi todos los estudios tienden a desdeñar. Podemos así comparar los dos gobiernos y mostrar que hay entre ellos muchas menos diferencias de lo que habitualmente se cree.

El libro se centra en la manera en que la Unión Cívica Radical intentó conquistar apoyo y ampliar su base, especialmente en la ciudad de Buenos Aires. La adopción de esa perspectiva se funda en varias premisas. Más que una organización movida por ideas, el radicalismo tenía su motivación en la esperanza de un éxito electoral. Casi todas sus políticas se basaban en el deseo de cosechar un número creciente de votos. El modo de ir tras esos votos contribuyó a provocar fisuras importantes en la sociedad. La focalización en Buenos Aires se funda en razones prácticas. La Argentina es un país grande de tradición federal. El radicalismo difería mucho de provincia en provincia, aunque algunas características se mantenían constantes. La ciudad de Buenos Aires era y es el centro del poder y lo que pasa en ella tiene una repercusión exagerada en el resto del país. Por ejemplo, en 1930 la derrota radical en las elecciones legislativas de Buenos Aires pesó claramente más que los respetables resultados del partido en el resto del país; ese hecho contribuyó a llevar al golpe que puso fin al experimento democrático.

La era radical comenzó, después de la primera elección presidencial limpia de la historia argentina, con la asunción de Yrigoyen en octubre de 1916, y prosiguió hasta su derrocamiento por los militares en septiembre de 1930. Esa era no es un todo unificado. Los dos presidentes, Hipólito Yrigoyen (1916-1922 y 1928-1930) y Marcelo T. de Alvear (1922-1928), eran muy diferentes. El período que examinamos podría denominarse con igual pertinencia "era de Yrigoyen"; este siguió manteniendo su posición predominante, estuviera o no en la Casa de Gobierno. Se convirtió en una figura de dimensiones míticas con una difundida atracción popular que, hasta cierto punto, es difícil de entender más de setenta y cinco años después. Alvear, aunque llegó a ser presidente porque Yrigoyen lo eligió como su candidato, trató en una medida limitada de escapar a su influencia. Sin embargo, no logró granjearse una amplia popularidad ni proponer políticas claras.

La literatura tradicional dedicada a Yrigoyen no consigue explicar de qué manera construyó este un respaldo abrumador de grandes sectores de la población. El uso diestro del patronazgo es simplemente insuficiente para generar el fervor popular que lo rodeaba. El hecho solo puede explicarse mediante un examen profundo de las causas de la atracción popular que Yrigoyen despertaba y el modo en que la construyó. Como los historiadores han ignorado en buena medida a Alvear, su presidencia puede verse casi como una página en blanco. No obstante, Alvear intentó efectivamente movilizar el apoyo popular de una manera que no siempre se ajusta a su imagen tradicional.

Conforme a su concepción original, este libro iba a concentrarse en la presidencia de Alvear. Suele representarse a este y a quienes rompieron con Yrigoyen como el ala elitista y más conservadora de la UCR. Aunque no carece de cierta validez, esta visión también es engañosa. El respaldo con que contaba Alvear provenía de diferentes elementos del partido, a algunos de los cuales no es legítimo calificar de conservadores. Además, por momentos es difícil llamar conservadoras las políticas de la administración alvearista. Pronto me resultó evidente que debía ver a Alvear en el contexto yrigoyenista. En la conformación del mundo político en el que Alvear actuaba y era juzgado se veía la larga mano de Yrigoyen. Quienes apoyaban al primero lo hacían sobre todo porque se oponían a las tácticas y la personalidad del segundo. Esta obra, en consecuencia, examina a ambos líderes, y lo hace de manera tópica y no puramente cronológica.

El eje central del libro es el empeño puesto por los radicales en la búsqueda de votos. En 1912, con la sanción de la ley Sáenz Peña, que limitaba la posibilidad del fraude electoral, la concurrencia a las urnas se convirtió para los políticos en el acto fundamental al que debían su legitimación. Aun los conservadores defendían la importancia de votar. En el debate sobre la reforma electoral, Ramón J. Cárcano sostuvo: "La prueba [...] ahí está en Santa Fe, que ofrece el más grande y noble espectáculo de la democracia. Nadie falta de las urnas. Todos están combatiendo virilmente por sus ideales; hasta el partido revolucionario avanza al comicio sin más armas que su voto, con los alientos comunes de la fe y de la esperanza". En 1912, en un mensaje al Congreso, el presidente Roque Sáenz Peña citaba unas palabras de Carlos Pellegrini: "La generación que logre sacar al país de su sopor y encaminarlo a las urnas, le habrá prestado servicio tan trascendente

como el de su independencia". Durante los primeros años del período radical, al menos, casi todos los grandes actores políticos creyeron en la legitimidad conferida por el voto. Como ha argumentado Ana María Mustapic, Yrigoyen se veía como ejecutor del mandato que le había dado el pueblo. La Buenos Aires de las décadas de 1860 y 1870, tan brillantemente descrita por Hilda Sabato, y donde la legitimidad provenía en gran parte de la sociedad civil y sus demostraciones públicas de apoyo, había cambiado. Hacia 1916 el porcentaje de varones adultos extranjeros —que no tenían derecho al voto— había disminuido, mientras que el de los hombres de nacionalidad argentina que sí votaban había experimentado un considerable crecimiento. Las elecciones se habían convertido en ejercicios significativos que, al ser una demostración de popularidad, conferían legitimidad.⁷

Los radicales siguieron organizando manifestaciones, muchas de las cuales tenían como objetivo final las elecciones, pero dedicaban sus mayores esfuerzos a acrecentar el entusiasmo de potenciales votantes y descorazonar a la oposición. Lo hacían en una época de florecimiento de la sociedad civil, cuando se constituían organizaciones de todo tipo, desde sindicatos hasta asociaciones vecinales y clubes de fútbol. Pese a las depresiones económicas, el país era relativamente próspero y, salvo durante la Primera Guerra Mundial, atraía inmigrantes.

Para comenzar a entender por qué fracasaron en la Argentina los ulteriores experimentos democráticos es preciso entender por qué se derrumbó el primero. Aunque está claro que es imposible presentar una serie completa y definitiva de razones, es posible examinar algunas de ellas. Una razón clave fue a no dudar la renuencia o, al menos, la ineptitud para fijar reglas claras del juego y respetarlas. Algunos sectores de las élites objetaban que la clase media los gobernara. También es muy importante la incapacidad radical para aceptar la legitimidad de otros partidos políticos, como lo era su adhesión constante al liderazgo de una sola figura, Hipólito Yrigoyen. Esta dependencia con respecto a una persona contribuía a limitar los resultados potenciales, pero, igualmente importante, el personalismo llevaba a depender de individuos y no de leyes e instituciones. Por ejemplo, los radicales nunca hicieron esfuerzos para burocratizar sus relaciones con el movimiento obrero; preferían apelar a las relaciones personales. También descuidaron la construcción de burocracias eficientes.⁸ Los problemas coyunturales tuvieron asimismo un papel clave: la Depresión, la endeble sa-

lud de Yrigoyen, la fractura de la unidad partidaria y la incapacidad de los adversarios del líder radical para plantear desafíos electorales serios.

Al evaluar las deficiencias de los radicales es importante recordar que la suerte cuenta. De no haber sido por la Depresión y sus enormes consecuencias económicas y sociales, es muy posible que el partido hubiera logrado superar la serie de crisis que contribuyeron a su derrocamiento en septiembre de 1930.

Es necesario ser cuidadosos y no exagerar las fallas del radicalismo en el emprendimiento democrático. Como Alan Knight ha señalado recientemente, aun el paradigma de las democracias liberales en esa época, los Estados Unidos, tenía graves deslices. El temor rojo y la violencia laboral marcaron la era. En la Argentina, esa misma violencia, aunque se trata sin duda de una gran tacha, es un producto de fuerzas históricas similares.⁹ Esto no significa que careciera de repercusiones, pero es preciso tener presente el contexto cuando observamos los problemas de la democracia en la época. De manera similar, la enorme magnitud del patronazgo practicado por los radicales no debe verse necesariamente como algo anormal para las democracias de esos tiempos.

Este estudio pondrá en evidencia que, a pesar de varias masacres con centenares de muertos (la Semana Trágica de 1919 en Buenos Aires y la matanza de peones rurales en la Patagonia en 1921-1922, hechos que se examinan en el capítulo 5), los gobiernos radicales cosecharon un significativo apoyo popular, que con frecuencia se manifestó con extremo fervor. Los radicales disfrutaron de una oportunidad especial para configurar las reglas relacionadas con la movilización de ese apoyo popular: las elecciones limpias solo fueron la norma a partir de la sanción de las reformas electorales en 1912 (ley Sáenz Peña). Con anterioridad, la búsqueda del respaldo popular no era una parte vital del proceso electoral. La importancia psicológica del establecimiento de elecciones limpias no debería subestimarse. Pierre Rosanvallon ha sostenido que en Francia el sufragio universal transformó la sociedad.¹⁰ La manera de movilizar el apoyo popular sirvió ulteriormente de modelo a otros políticos.

Uno de los ejes claves será el de las relaciones del gobierno con los sindicatos. Estos se convirtieron en un mecanismo importante por medio del cual los radicales procuraban movilizar el respaldo en su favor. Además, el lector podrá ver así con mayor claridad la naturaleza del gobierno y su

modo de actuar en lo referido a una importante cuestión social. Si bien las relaciones con los sindicatos nunca se definieron a través de una ley y siguieron siendo muy vagas, las había y eran más complejas de lo que han sostenido otros autores. La ideología nunca caracterizó el interés de los radicales por el movimiento obrero. El radicalismo jamás enunció ningún objetivo claro más allá de la vaga doctrina del obrerismo, una preocupación declarada por el mejoramiento de la clase obrera, que tenía matices paternalistas. El concepto se examinará con mucho más detalle en los próximos capítulos. Un objetivo claro, aunque por lo común no declarado, era la conquista de un apoyo popular que luego se transfiriera a la arena electoral. Juan Domingo Perón desplegó estrategias similares en la década de 1940. Sin embargo, se basó sobre un modelo existente en un país más industrializado y persiguió sus objetivos con mayor intensidad y éxito.

Los radicales invocaban el nacionalismo e identificaban a su partido con la nación misma. Eran la única encarnación del bien. Y construyeron en torno de Yrigoyen lo que casi podría llamarse un culto de la personalidad. Pero, a despecho de su nacionalismo, también buscaban atraer a las comunidades de inmigrantes.

Si bien crearon un nuevo estilo político, los radicales también apelaban a métodos tradicionales para ganar el apoyo popular. El clientelismo, una práctica de larga data, se desarrolló aún más. El otorgamiento de puestos de trabajo se utilizaba como una recompensa política. El partido y sus jefes también contribuyeron a garantizar comida barata (el llamado pan radical), juguetes para los niños y una atención médica gratuita o de bajo costo. Por medio del patronazgo, crearon maquinarias bien aceitadas en diferentes regiones del país, sobre todo en Buenos Aires. Aunque esas actividades generaban gratitud y lealtad, es dudoso que pudieran hacer algo más. Había un acuerdo mutuo —apoyo político a cambio de favores—, pero las clases populares tenían muchas alternativas a las que entregar una apasionada lealtad. Las fuerzas políticas rivales también utilizaban tácticas similares con mucho menos éxito.

El clientelismo no era el único mecanismo tradicional que se ponía en juego. La policía siguió desempeñando un papel crucial en el mundo político, como un paralelo con las prácticas tradicionales en el campo, donde el poder de policía y la actividad política siempre se habían combinado. Los jefes policiales se convirtieron en los principales contactos con los sin-

dicatos. Esto reflejaba la tendencia de los radicales a mantener las cosas en un nivel personal, una característica que, si bien mucho más común en los gobiernos de Yrigoyen que en el de Alvear, siguió siendo constante.

La estructura política de los radicales les permitía montar grandes manifestaciones y desfiles centralizados, pero también realizar actividades políticas en cada uno de los barrios de Buenos Aires. Las elecciones se transformaron en espectáculos populares. La retórica radical contribuyó a cosechar apoyo para el partido. Los radicales representaban a la nación: se pronunciaban a favor de las elecciones limpias y el nacionalismo. Aunque se movían dentro de un sistema democrático, toda oposición era para ellos antipatriótica. Solo ellos entendían la nación y luchaban por su progreso. El radicalismo construyó una visión del sistema político en la que se presentaba como el verdadero representante del pueblo; las fuerzas de la oposición eran el otro. Esta visión del mundo político, si bien no carecía de precedentes en la Argentina, tornó difícil la continuidad de la democracia, en especial cuando los radicales se vieron ante la posibilidad cierta de dominar todos los poderes del Estado, como ocurrió hacia 1930.

La estructura del libro

El capítulo 1 presenta el contexto político y económico del período 1916-1930. Bosqueja la cultura política de la cual surgió el radicalismo. También examina brevemente la naturaleza de Buenos Aires y sus ciudadanos. Además, expone a grandes rasgos las características de los gobiernos radicales y de la economía entre 1916 y 1930.

El capítulo 2 examinará los intentos de los dos presidentes y la Unión Cívica Radical de forjar sus imágenes y, en general, su modo de construir apoyo popular. Para Yrigoyen esa construcción se convirtió en una tarea central a medida que creaba una imagen —para muchos, al menos— casi de santo secular que se preocupaba intensamente por quienes eran menos afortunados. No solo llegó a representar la nación, sino que en opinión de muchos también era el partido. La situación planteaba un serio problema para algunos miembros del partido que aspiraban a tener un papel más independiente. Alvear proyectó una imagen mucho más estirada y nunca

logró generar una impresión clara sobre sí mismo, a pesar de utilizar algunas de las tácticas de Yrigoyen.

El siguiente capítulo examina el papel del patronazgo en la construcción del radicalismo. A menudo se esnora al gobierno de Yrigoyen se debía únicamente al uso de ese mecanismo. Sin embargo, los contemporáneos y comentaristas posteriores vieron el difundido uso del clientelismo como una deformación del sistema político que impidió el pleno desarrollo de la democracia. Tanto Yrigoyen como Alvear se valieron del patronazgo como un aspecto crítico de sus iniciativas políticas, pero otro tanto hizo la mayoría de las demás facciones políticas. Con todo, como veremos, el uso del patronazgo no puede explicar la popularidad de Yrigoyen, y tampoco indica necesariamente una deformación de la política. Gran parte de la expansión de la nómina de trabajadores estatales durante esos años es consecuencia de un aumento del campo de acción del gobierno. Dados los antecedentes del radicalismo en materia de conservación de datos, no es posible hacer una estimación precisa del número de empleados del Estado. Pero sí puede decirse que su cantidad creció de manera significativa tanto en el nivel municipal como en el nivel nacional, y la política tuvo un papel crucial en ello. Como en muchos otros países, el patronazgo contribuyó a crear un sistema de "caciques" que movilizaban para actividades políticas a quienes habían sido beneficiados con puestos de trabajo. Esto ayuda a explicar la gran cantidad de afiliados al radicalismo, pero no puede explicar la popularidad. Aunque tanto Yrigoyen como Alvear utilizaron el patronazgo, el primero llegó a ser inmensamente popular, mientras que el segundo no logró serlo.

A continuación el libro se ocupa de la iniciativa puesta en marcha por la administración de Yrigoyen y llevada a su conclusión por la de Alvear para establecer un sistema de previsión social de gran escala. Sus proponentes esperaban crear cajas de jubilaciones en beneficio de gran parte de la población trabajadora. También pretendían atar a los trabajadores al sistema político. No obstante, la pobre redacción del proyecto de ley no hizo más que contribuir a generar oposición al plan una vez sancionado. De todos modos, tan importante como los problemas con los pormenores de la ley fue la oposición ideológica tanto del movimiento obrero como de la patronal. Se concertó así una extraña alianza que condujo a una huelga y un *lockout* y la derogación de la ley. Mucho más importante, con ello se

invalidó la idea de utilizar una legislación de previsión social en gran escala para ampliar el respaldo político, y no hubo más intentos en ese sentido hasta la siguiente generación.

Los capítulos 5, 6 y 7 examinan por orden cronológico y mandato presidencial las turbulentas peripecias de las relaciones del gobierno con los sindicatos, y su repercusión sobre el apoyo político a las distintas administraciones. Ambos presidentes utilizaron de manera constante el movimiento obrero organizado como un puente hacia la clase trabajadora. Esta actitud fue un elemento crítico en su táctica obrerista. Hay empero diferencias claras en la naturaleza de las relaciones construidas durante las administraciones. Y aunque esto no es una enorme sorpresa, sí lo es la manera en que los tres gobiernos difirieron. En ciertos aspectos de su política laboral posiblemente pueda considerarse que Alvear, a quien siempre se presentó como conservador, fue más complaciente que Yrigoyen. Su relación con el más grande de los sindicatos ferroviarios, la Unión Ferroviaria, fijó el modelo para futuros gobiernos. La actitud de Yrigoyen solía ser extremadamente personalista, pero cambiaba en función de sus necesidades políticas. Estas relaciones agravaron las discrepancias con algunos sectores de las elites y las clases medias, y con ello aumentaron las tensiones políticas; a su vez, estas empeoraron los problemas creados por la Depresión y las fracturas en la estructura política, todo lo cual allanó el camino hacia el golpe de septiembre de 1930.

Notas

¹ Véanse, por ejemplo, las observaciones de George W. Bush, "President Bush discusses freedom in Iraq and Middle East: Remarks by the President at the 20th anniversary of the National Endowment of Democracy", 6 de noviembre de 2003, <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2003/11/20031106-2.html>, consultado el 29 de diciembre de 2005.

² Véase, por ejemplo, Seymour Martin Lipset, "Some social requisites of democracy: economic development and political legitimacy", en *American Political Science Review*, 53(1), marzo de 1959, pp. 69-105 [trad. esp.: "Algunos requisitos sociales de la democracia: desarrollo económico y legitimidad política", en Albert Batlle i Rubio (ed.), *Diez textos básicos de ciencia política*, Barcelona, Ariel, 1992, pp. 113-150]. En una argumentación mucho más compleja, véase también el comentario de Peter H. Smith, "The breakdown of democracy in Argentina, 1916-1930", en Juan J. Linz y Alfred Stepan (eds.), *The Break-*

down of Democratic Regimes: Latin America, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1978, p. 4.

³ En tiempos recientes el derrocamiento de la democracia ha sido objeto de una renovada atención. Véase, por ejemplo, Nancy Bermeo, *Ordinary People in Extraordinary Times: The Citizenry and the Breakdown of Democracy*, Princeton, Princeton University Press, 2003. Este estudio, si bien es interesante e incluye a la Argentina, parece curiosamente truncado desde el punto de vista de un historiador. En efecto, examina el período 1973-1976 como si el golpe militar de marzo de 1976 no formara parte de un ciclo interconectado de golpes iniciado en 1930. En su argumento de conjunto, Bermeo sostiene que, en general, la fragmentación de la sociedad no se dio en términos de izquierda y derecha. En la Argentina de 1930 esto era evidentemente cierto, pero la situación fue mucho menos clara en la década de 1970.

⁴ Peter H. Smith, *Democracy in Latin America: Political Change in Comparative Perspective*, Nueva York, Oxford University Press, 2005, p. 12 [trad. esp.: *La democracia en América Latina*, Madrid, Marcial Pons/Instituto de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Alcalá, 2009].

⁵ Lanacion.com, 18 de agosto de 2002, <http://www.lanacion.com.ar/archivo/nota.asp?notaid=4234908&origen=acumulado&acumuladoid>, consultado el 4 de abril de 2008.

⁶ David Rock, *Politics in Argentina, 1890-1930: The Rise and Fall of Radicalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1975 [trad. esp.: *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977]. Entre las monografías recientes pueden mencionarse Tulio Halperín Donghi, *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel, 2000; Matthew B. Karush, *Workers or Citizens: Democracy and Identity in Rosario, Argentina (1912-1930)*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2002; Ana Virginia Persello, *El partido radical: gobierno y oposición, 1916-1943*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004; Luciano de Privitellio, *Vecinos y ciudadanos: política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, y Gardenia Vidal, *Radicalismo de Córdoba, 1912-1930*, Córdoba (Argentina), Universidad Nacional de Córdoba, Dirección General de Publicaciones, 1995.

⁷ T. Halperín Donghi, *Vida y muerte...*, op. cit., p. 288; Roque Sáenz Peña, *La reforma electoral y temas de política internacional americana*, Buenos Aires, Raigal, 1952, pp. 118-119; Ana María Mustapic, "Conflictos institucionales durante el primer gobierno radical: 1916-1922", en *Desarrollo Económico*, 24(93), abril-junio de 1984, p. 106; Hilda Sabato, *La política en las calles: entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, y Oscar Cornblit, "Inmigrantes y empresarios en la política argentina", en Torcuato S. Di Tella y Tulio Halperín Donghi (eds.), *Los fragmentos del poder*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969, p. 401.

⁸ Los registros oficiales tanto anteriores como posteriores a los gobiernos radicales son más accesibles y están más completos. Los archivos, las estadísticas publicadas y otros documentos no suelen producirse para el historiador sino para el burócrata, y en materia de precedentes los burócratas tenían poco a lo cual recurrir.

⁹ Alan Knight, "Is political culture good to think?", en Nils Jacobsen y Cristóbal Aljovín de Losada (eds.), *Political Culture in the Andes, 1750-1950*, Durham (Carolina del

Neire), Duke University Press, 2005, pp. 48-49 [trad. esp.: "¿Vale la pena reflexionar sobre la cultura política?", en Niels Jacobsen y Cristóbal Aljovín de Losada (eds.), *Cultura política en los Andes (1750-1950)*, Lima, Fondo Editorial Universidad Nacional Mayor de San Marcos/Cooperación Regional Francesa para los Países Andinos/Instituto Francés de Estudios Andinos, 2007, pp. 41-80. Se encontrarán algunos de los problemas que las democracias enfrentaban en la época en Charles S. Maier, *Recasting Bourgeois Europe: Stabilization in France, Germany, and Italy in the Decade after World War I*, Princeton, Princeton University Press, 1975 [trad. esp.: *La refundación de la Europa burguesa: estabilización en Francia, Alemania e Italia en la década posterior a la I Guerra Mundial*, Madrid, Centro de Publicaciones, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1988].

¹⁰ Investigaciones recientes han mostrado sin lugar a dudas que la reforma electoral produjo una ruptura menos pronunciada de lo que antes se creía. Con anterioridad a ella la opinión pública ya contaba. Véanse H. Sabato, *La política en las calles...*, op. cit., y Paula Alonso, *Revolution and the Ballot Box: The Origins of the Argentine Radical Party in the 1890s*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000 [trad. esp.: *Entre la revolución y las urnas: los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años noventa*, Buenos Aires, Sudamericana/Universidad de San Andrés, 2000]. Sin embargo, en la mayoría de los distritos la instauración de elecciones limpias hizo que la búsqueda del apoyo popular tuviera que intensificarse notablemente. Pierre Rosanvallon, *Le Sacre du citoyen: histoire du suffrage universel en France*, París, Gallimard, 1992 [trad. esp.: *La consagración del ciudadano: historia del sufragio universal en Francia*, México, Instituto Mora, 1999].

¹¹ D. Rock, *Politics in Argentina...*, op. cit.

Capítulo 1

El marco económico y político

El radicalismo no floreció en el vacío. Creció en respuesta no solo a la táctica y las prácticas de Hipólito Yrigoyen y otros radicales, sino también al mundo político y económico de la Argentina, dominado por Buenos Aires.

El marco socioeconómico anterior a 1916

En 1914, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, la Argentina era una nación rica desde casi todos los puntos de vista. En 1940 el economista australiano Colin Clark sostuvo que en el período transcurrido entre 1925 y 1934 el ingreso real por trabajador hizo de la Argentina uno de los siete países más ricos del mundo, en una clasificación que incluía a los Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelandia, Gran Bretaña y Suiza. Aunque es probable que los cálculos de Clark sobrestimen la riqueza argentina, no son inverosímiles.¹

La Argentina dependía del movimiento relativamente libre de personas, bienes y servicios que marcó la era previa a la Gran Depresión. Había sido tradicionalmente una economía con escasez de mano de obra, razón por la cual los salarios eran comparativamente altos. Como ha mostrado Roberto Cortés Conde, en las dos décadas anteriores a 1900 los salarios reales eran más elevados en el país que en Italia.² Los inmigrantes llegaban a raudales desde Europa, sobre todo del sur y el este del continente, en busca de una vida mejor y dispuestos a satisfacer gran parte de la creciente demanda de mano de obra. La economía rural de la región pampeana, la

extensa y fértil llanura que rodea Buenos Aires, era la base de la riqueza de la Argentina. Hacia 1914 el país se había convertido en uno de los principales exportadores de trigo, maíz, carne y lana. La gran prosperidad de la llanura pampeana permitía el crecimiento de otras regiones, pero no suprimía las economías más tradicionales ni su mayor pobreza.³ La riqueza general de la sociedad facilitaba la existencia de un sector estatal bastante grande, especialmente escuelas, en todos los lugares del país.

En 1916, cuando los radicales llegaron al poder, Buenos Aires seguía siendo en buena medida lo que James Scobie calificó de ciudad burocrático comercial.⁴ En ella tenían su sede el gobierno nacional y la universidad más importante. También contaba con el principal puerto de la nación, y gran parte de la extensa red ferroviaria se abría en abanico desde la ciudad. Aunque en 1914 la industria empleaba alrededor de la tercera parte de la mano de obra de la ciudad, muchas personas trabajaban en los pequeños talleres que sostenían su papel como nudo del transporte y centro exportador clave. Tal como lo ha señalado Fernando Rocchi, había asimismo una cantidad significativa de grandes fábricas. Al menos hasta 1914, los trabajadores solían marcharse de la ciudad para trabajar en la bien remunerada cosecha pampeana, y luego regresaban a ella. Este fenómeno menguó en los años veinte debido a la intensificación de la industrialización y la mecanización creciente de las tareas agrícolas. Aún así, el trabajo fabril seguía siendo con frecuencia temporario. Muchos inmigrantes volvían a Europa. Los trabajadores cambiaban una y otra vez de empleo. A veces lo hacían voluntariamente; otras veces el cambio obedecía a los deseos de los empleadores.⁵

Buenos Aires creció con rapidez durante la primera mitad del siglo XX; su población casi se duplicó en veintisiete años. En 1909 tenía 1.231.797 habitantes; pasó a 1.576.545 en 1914 y a 2.413.839 en 1936.⁶ Ese rápido crecimiento reflejaba las oportunidades disponibles. Su velocidad, sin embargo, generó problemas en materia de vivienda y otras necesidades.

Un elemento crucial para entender la naturaleza de la política era la amplia presencia de extranjeros. Su número en la capital ascendía en 1914 a 777.845, el 49% de la población. En el caso de los varones la proporción era aún más alta, 54%. En todo el país, los extranjeros representaban el 29,4% de la población. Si se consideran en la capital los varones adultos de veinte años o más (votantes potenciales, ya que los ciudadanos varones po-

dían votar a partir de los dieciocho años), vivían en ella tres veces más extranjeros que argentinos nativos. En el plano nacional los varones adultos extranjeros superaban por escaso margen a los nativos. En la capital, sobre todo, los inmigrantes eran propietarios de una cantidad desproporcionada de comercios e industrias, y otro tanto sucedía en los empleos calificados.

A diferencia de lo sucedido en la mayoría de los demás países receptores de una inmigración en gran escala, no eran muchos los inmigrantes que se nacionalizaban, lo cual los excluía de una participación política directa. En 1914, en la capital, apenas 18.450 personas, el 2,4% de la población extranjera, era naturalizada. En la nación entera ese porcentaje disminuía al 1,4.⁷ Una parte muy significativa de la población adulta masculina estaba excluida del voto. Todavía no se han explorado todas las consecuencias de esta demora en la incorporación política de una generación entera; sin embargo, así se restringía, sobre todo en la capital, la eficacia de los llamamientos a los electorados obreros, porque una elevada proporción de estos eran inmigrantes. Es importante señalar, con todo, que también entre los empleadores había un vasto porcentaje de extranjeros, por lo cual la apelación a sus trabajadores era menos costosa en términos políticos. Se reducía asimismo la importancia política de las comunidades extranjeras, aunque tal vez su papel haya sido más grande de lo que se ha creído con frecuencia. Los hijos varones de los inmigrantes sí votaban, e incluso quienes estaban excluidos del voto podían aportar dinero o trabajo a las campañas políticas. Como veremos, los radicales recurrieron a las diversas comunidades de inmigrantes. Aunque también estaban inhabilitadas para votar, las mujeres participaban en las redes clientelistas y al menos en algunos casos sus intereses se tenían en cuenta. Como los inmigrantes, sus parientes votaban y ellas mismas tomaban parte en otras formas de actividad política.

Hacia 1914 los grupos más grandes de inmigrantes eran, con mucho, los procedentes de Italia y España, que representaban casi las tres cuartas partes del total; en lo concerniente a la religión, la lengua y las costumbres, los recién llegados estaban relativamente próximos a la cultura local. Esto no significa que los inmigrantes no despertaran recelos y por momentos temor. A menudo se los culpaba de cualquier problema que padeciera la nación. Las semejanzas superficiales con la cultura anfitriona tampoco sugieren que los inmigrantes no enfrentaran grandes problemas para adaptarse a su nuevo mundo. El porcentaje de inmigrantes italianos y españoles

declinó luego de la Primera Guerra Mundial. Ahora, un número creciente procedía de Europa central y oriental —muchos de ellos eran judíos— y de lo que había sido el Imperio Otomano (entre ellos eran mayoritarios los sirio libaneses). Más distintos por su cultura y su religión, estos grupos enfrentaron una mayor discriminación que oleadas anteriores de inmigrantes.⁸

Antecedentes políticos

En el medio siglo transcurrido después de la ruptura con España, la Argentina padeció violencia, guerras civiles y una tendencia hacia el regionalismo. Solo con la derrota de Juan Manuel de Rosas en 1852 se comenzó a crear un verdadero Estado nacional. La rivalidad entre la provincia de Buenos Aires y las restantes por el predominio político y el control de la ciudad de Buenos Aires solo llegó a su fin en 1880 con la victoria militar del general Julio Argentino Roca y las provincias sobre aquella, lo cual permitió la nacionalización de la capital.⁹

En los últimos años los historiadores han revisado sus concepciones sobre la naturaleza del régimen político bajo el cual se produjo el rápido crecimiento económico que caracterizó a la Argentina entre 1880 y 1916. Roca dominó la política durante una generación por medio del Partido Autonomista Nacional (PAN), pero solo era el primero entre iguales en un proceso político dirigido por las elites. Como cada vez resulta más claro, la autoridad de Roca sobre ese proceso dependía de sus enormes aptitudes como político. Los actores importantes conformaban una elite política que, como lo ha probado hace poco Roy Hora, no dirigía ni representaba necesariamente los intereses rurales, al menos en el caso de la provincia de Buenos Aires. Las normas constitucionales se respetaban, al menos en los papeles. Presidentes y legisladores eran elegidos como correspondía y la prensa disfrutaba de considerable libertad. Aunque había elementos de movilización popular, sobre todo en la ciudad de Buenos Aires, y también estaba vigente el sufragio universal para los adultos varones nacidos en la Argentina, el proceso electoral tenía serias fallas: la votación era pública. La violencia, el fraude y la compra de votos determinaban la mayoría de las elecciones, y eran pocos los que votaban. Los caciques políticos movilizaban a los votantes y los llevaban a las urnas. Coaliciones electorales de

distintos sectores de las elites dominaban una situación política, hasta que se disolvían o cambiaban. El gobierno central utilizaba sus facultades para reordenar la política en el plano local, de ordinario por medio de intervenciones (el desplazamiento legal de los gobiernos provinciales). La Constitución permitía al gobierno central la instalación temporaria de dirigentes en las provincias si se registraban desórdenes o violencia política de magnitud. Si el Congreso estaba en período de sesiones, el gobierno central necesitaba su autorización; de lo contrario, el presidente podía actuar por sí solo. Cuando se celebraban nuevas elecciones, los resultados solían favorecer a los candidatos respaldados por las nuevas autoridades.

El mayor desafío a este sistema fue el planteado por una fallida revolución en 1890. El blanco era el presidente, Miguel Juárez Celman, cuñado de Roca, de quien este estaba políticamente alejado. La corrupción, la depresión económica y un grupo creciente de integrantes de la elite que se sentían excluidos del poder se combinaron para generar una rebelión. Aunque fracasada, esta logró que Juárez Celman se viera forzado a renunciar en favor de su vicepresidente. El sistema, sin embargo, recuperó su estabilidad. Tras muchas maniobras políticas y el paso del tiempo, Roca y sus aliados lo reinstauraron con una apariencia bastante semejante a la que había tenido antes. El principal aspirante a hacer suyo el legado de las fuerzas revolucionarias fue la Unión Cívica Radical (UCR). El papel de ese partido, centro de este libro, fue crucial para generar la oportunidad de una democracia plena y establecer los primeros gobiernos auténticamente democráticos.

Desde su fundación en 1891 por figuras claves en la Revolución del Noventa hasta la victoria de Hipólito Yrigoyen en las elecciones presidenciales de 1916, el partido pasó en lo esencial por tres etapas. La primera, de 1891 a 1896, ha sido bien descrita recientemente por Paula Alonso. Esta autora examinó un partido cuya conducción, en lo socioeconómico, no difería en ningún aspecto de la del PAN, y no tenía ningún interés particular en la cuestión social. El partido participaba en las elecciones pero también propiciaba alzamientos, en una vuelta a las tradiciones políticas establecidas antes de la hegemonía del PAN. En la provincia de Santa Fe los alzamientos radicales contaron con un importante apoyo popular de los colonos agrícolas, casi todos los cuales eran extranjeros o hijos argentinos de extranjeros. Los colonos querían tener mayor voz en el gobierno

local y pedían cambios en el sistema impositivo. La movilización popular alcanzó proporciones considerables en algunas zonas de la provincia. Después del suicidio en 1896 de su primer líder, Leandro N. Alem, el partido experimentó una acelerada declinación y a todos los efectos prácticos desapareció.¹⁰

En 1903 resurgió bajo la conducción del sobrino de Alem, Hipólito Yrigoyen. Este, de quien nos ocuparemos *in extenso* en capítulos ulteriores, era un brillante organizador político. Para construir los pilares de un partido político moderno creó una elaborada estructura organizacional. También minimizó la idea de la revolución armada —el último intento del partido fue en 1905— y centró la atención en la moral política. Los radicales se negaron a participar en lo que consideraban un sistema político corrupto. La Unión Cívica Radical rechazaba este último como un mal y convocaba al rejuvenecimiento moral y la construcción de un nuevo sistema. Yrigoyen destacaba la importancia de un proceso electoral limpio:

Lo esencial es reconquistar ese carácter constitucional, fundamento de legitimidad de todos los poderes y que ha sido a tal punto desnaturalizado, que los gobernantes proceden nada más que por su exclusiva cuenta y propio interés.

Es indispensable entonces recuperar el mecanismo electoral, legalmente ejercido, bajo los principios democráticos, con lo cual la paz y el orden público serán perdurables, extinguiéndose desde luego los vicios actuales.

La República dejará de ser el gobierno de un hombre, de círculos o de fracciones, que [...] hacen ilusorias todas las libertades y derechos; será el gobierno de la voluntad popular por medio de partidos o de corporaciones con el confortante y vivificante prestigio de llevar simultáneamente a su seno a todas las representaciones de la opinión.¹¹

En la mente de muchos, el partido radical llegó a simbolizar la exigencia de un sistema político limpio y la honestidad en la elección de los gobiernos. También se convirtió en una organización de tamaño real, dotada de la parafernalia de un partido político "moderno". Lo que le faltaba era una oportunidad. El crecimiento de las zonas urbanas y la aparición coinciden-

te del "problema social" contribuyeron a la aparición de presiones en favor de un cambio del sistema político.¹²

De manera nada sorprendente, dada la apertura de la Argentina al mundo exterior, el desarrollo del movimiento obrero se dio tempranamente, en relación con el estado de la industrialización y la modernización económica. Muchas de las ideologías y personas presentes en los comienzos del movimiento sindical provenían del extranjero. Los primeros sindicatos aparecieron en la década de 1880, aunque en su mayor parte fueron efímeros. Había una intensa rivalidad entre socialistas y anarquistas, pero la influencia de estos últimos era claramente superior. Los gobiernos no prestaron demasiada atención al movimiento obrero hasta alrededor de 1900, cuando el asesinato del rey Humberto I de Italia y el presidente William McKinley de los Estados Unidos (entre otros) suscitaron el temor de que algo similar sucediera en la Argentina.¹³ El mayor interés gubernamental coincidió con una intensificación de la agitación laboral, marcada por la violencia tanto del gobierno como de los trabajadores. Entre 1902 y 1910 los conflictos obreros llevaron al gobierno a declarar el estado de sitio en cinco oportunidades. Una nueva ley otorgó a las autoridades nacionales el derecho a expulsar del país a los extranjeros que fueran considerados peligrosos.¹⁴

En los primeros años del siglo XX surgió una nueva ideología obrera, el sindicalismo (a la que en otros países suele hacerse referencia como sindicalismo revolucionario).^{*} En teoría, los sindicalistas revolucionarios rechazaban el sistema político burgués y creían que la revolución se produciría a través de la huelga general. A diferencia de los anarquistas, eran más partidarios de la presión para obtener ganancias inmediatas y creían en la importancia de organizar sindicatos. Tras las huelgas generales de 1909 y 1910 la represión, lanzada en gran escala, se centró primordialmente en los anarquistas, que a posteriori nunca lograron recuperarse del todo. El sindicalismo revolucionario se convirtió en la tendencia ideológicamente dominante en el movimiento obrero.¹⁵ Los sindicalistas revolucionarios se ajustaban a la perfección a los deseos de los radicales de cooperar con los trabajadores, pero sin establecer relaciones formales o burocratizadas. Pese a su desdén ideológico hacia la política burguesa, los sindicalistas revolucionarios se demostraron dispuestos

* Mantendremos el calificativo de "revolucionario" para evitar confusiones con el sindicalismo y los sindicalistas en general. (N. del T.)

a valerse del gobierno como intercesor entre ellos mismos y los empleadores. Debido a su postura no política, la creciente influencia que tenían sobre la clase obrera no los erigía necesariamente en rivales del radicalismo. Los trabajadores a veces podían sin inconveniente alguno adherir al sindicalismo revolucionario y votar a la UCR.

No podía decirse lo mismo de la otra gran fuerza ideológica presente dentro del movimiento obrero, el Partido Socialista, fundado en 1895. Muy moderado en sus programas, este partido adhería más a las reformas y el buen gobierno que a las ideas de Karl Marx. Médicos y abogados predominaban en su conducción, y muchos estaban relacionados por el matrimonio. Liderado por Juan B. Justo, un médico que murió en 1928, el restringido círculo de dirigentes veía como una potencial amenaza a cualquier elemento externo capaz de movilizar el apoyo popular. Esta actitud contribuyó a generar una hemorragia casi constante de militantes, incluidos los que, al dejar el Partido Socialista en 1917 y 1921, colaboraron en la fundación del Partido Comunista, y los socialistas independientes, un grupo mayoritariamente joven y cada vez más conservador que se escindió en 1927. Durante un breve tiempo, estos últimos fueron muy populares, sobre todo por su vociferante oposición a Yrigoyen.

El Partido Socialista construyó una base sólida en la ciudad de Buenos Aires al cosechar apoyo entre las clases populares y medias. Su actividad no se limitaba a la política. El partido promovía las cooperativas y las actividades culturales. Tenía influencia en el movimiento obrero, pero solo en la década de 1920 llegó a ser un actor de importancia en este. Su relación con los elementos "socialistas" del movimiento obrero siempre fue difícil, y en 1918 el partido aprobó una resolución por la cual se convocaba a sus afiliados a incorporarse a los sindicatos, pero también a mantener el movimiento sindical al margen de los partidos y las ideologías políticas. Rara vez las cosas fueron tan simples. Aunque los socialistas, o la escisión conformada por los socialistas independientes, representaban la única oposición sólida a los radicales en la capital, no lograron construir una base fuerte en otras regiones del país.¹⁶

El Partido Comunista alcanzó su punto culminante en los años que siguieron a su fundación en 1920. Con posterioridad no tardó en palidecer, pero mantuvo cierto protagonismo en el movimiento obrero y entre algunos grupos de inmigrantes, sobre todo por medio de una red de instituciones culturales.¹⁷

La amenaza de violencia del movimiento obrero —al que se mostraba con frecuencia como representante de peligrosos inmigrantes, la presión de los radicales y los deseos de una facción de la elite política— condujo a la reforma del sistema electoral. La facción reformista de la elite sentía que el país necesitaba un sistema político moderno, y en ese sentido el establecimiento de comicios libres, en todo, contribuía, como en los países de muchos países europeos, en su capacidad de dominar un sistema político abierto. En 1906, la muerte del presidente Manuel Quintana, a quien le faltaban cuatro años para completar su mandato, instaló en el poder al vicepresidente, José Figueroa Alcorta. Este utilizó todas las facultades presidenciales para destruir la vieja coalición dominante y, en 1910, llevar a la presidencia a Roque Sáenz Peña, que estaba resuelto a sancionar la reforma electoral.

En 1912 el Congreso aprobó el proyecto que llegó a conocerse como ley Sáenz Peña. Al establecer el voto secreto y basar los padrones electorales en los registros creados por los militares para la conscripción, la ley contribuyó a la limpieza de las elecciones. Se impuso el voto obligatorio para todos los ciudadanos varones de dieciocho años en adelante. Además, la ley intentaba que los partidos minoritarios quedaran ligados al sistema político mediante el establecimiento de una forma de representación proporcional que en cada distrito daba al partido victorioso dos tercios de los representantes, y asignaba al segundo el tercio restante.¹⁸ Como cabía esperar, los problemas relacionados con el voto no desaparecieron al instante, pero a partir de entonces las elecciones, en general, fueron limpias. La ley allanó el camino a la victoria radical.

La economía y los radicales

Entre 1916 y 1930 la economía puede dividirse en tres períodos fundamentales: la Primera Guerra Mundial y sus secuelas inmediatas; la "normalidad" de la década de 1920, y el inicio de la Depresión. Dada su dependencia de las exportaciones e importaciones, la repercusión de los acontecimientos exteriores era crítica.

La Primera Guerra Mundial tuvo un gran efecto social y económico sobre el país. En 1913 los inmigrantes superaron en 203.143 personas a

los emigrantes. En 1914, primer año de la guerra, el resultado se invirtió y el saldo favorable a la emigración fue de más de sesenta y tres mil personas. Solo en 1920 volvieron a ser más los inmigrantes que los emigrantes, y en 1922 la afluencia neta positiva alcanzó cifras considerables.¹⁹ Esta situación modificó temporariamente la naturaleza del mercado laboral, porque se interrumpió la corriente constante de inmigrantes que acudían en busca de puestos de trabajo. Un hecho de igual importancia es que un porcentaje más elevado de extranjeros se acostumbraba a la vida en la Argentina.

La menor cantidad de inmigrantes y el mayor número de personas que retornaban a su patria mantuvieron la salida neta positiva durante e inmediatamente después de la guerra. Quienes regresaban a su país habían sido convocados al servicio militar, se sentían atraídos por el auge de las economías europeas en tiempos de guerra o escapaban de los tiempos difíciles en la Argentina.²⁰

Una combinación de malas cosechas y cambios inducidos por la guerra en la naturaleza del comercio mundial generaron una grave depresión en la economía local. En la capital el empleo se redujo de manera dramática, pasando de 343.984 puestos de trabajo en agosto de 1914 a 292.840 en 1917, antes de empezar a mejorar. Simultáneamente, la inflación creaba serios problemas. Según un estudio, el índice de precios al consumidor creció un 69% entre 1914 y 1918, y los salarios reales cayeron en consonancia. Como veremos, la agitación laboral se intensificó.²¹

El fin de la guerra permitió la vuelta a mejores tiempos económicos, aunque hubo caídas impulsadas por acontecimientos externos en 1920-1921 y 1925. Si bien los analistas han tenido diferentes visiones de la década de 1920 —algunos consideran la expansión más rápida que otros—, se trató sin duda de un período de prosperidad.²² En comparación con lo que vino después, fue en efecto una era dorada. La inmigración volvía a llegar a la Argentina, aunque con menos fuerza que inmediatamente antes de la guerra, y sus orígenes eran más diversos. El empleo creció con rapidez en la capital, hasta un 33% entre 1922 y 1929. El costo de vida cayó un 30% entre 1920 y 1929, y los salarios reales crecieron un 69 por ciento.²³ No es de sorprender que también cayeran las tensiones sociales.

Después de la guerra el comercio adquirió un carácter triangular: el principal comprador de bienes argentinos siguió siendo Gran Bretaña, y más productos se compraban en los Estados Unidos, sobre todo automó-

viles, maquinaria agrícola y bienes de consumo en general. Las corporaciones norteamericanas se mostraban muy dispuestas a invertir en fábricas y plantas de montaje. En menor medida, compartían su actitud empresas con sede en otros países, así como en la propia Argentina.

Al final del período abarcado por este libro todavía no eran plenamente visibles las secuelas de la Gran Depresión, pero pese a ello se sentían. La Depresión golpeó tempranamente: 1928 había sido un mal año. En la capital el empleo sufrió una leve baja de agosto de 1928 a febrero de 1929. Ya a mediados de este último año los precios de las materias primas agrícolas comenzaron a caer rápidamente, mientras los capitales se encaminaban hacia Nueva York. En diciembre de 1929 el gobierno abandonó el patrón oro. En 1930, los ingresos estatales derivados de los aranceles y las tarifas portuarias cayeron un 16% en comparación con el año anterior. El valor de las exportaciones declinó un 42% entre 1928 y 1930. La reducción de las exportaciones tuvo serias consecuencias sobre la capacidad de importar y en algunos sectores de la economía.²⁴

Condiciones de trabajo y de vida

Buenos Aires tenía una estructura social moderna y una clase media considerable. Según los cálculos de Gino Germani, el 38% de su población era de clase media en 1914, y la proporción llegó al 46% hacia 1936. Las cifras para el resto del país eran solo un poco más bajas.²⁵ La falta de una industrialización en gran escala hacía que los miembros de las clases populares urbanas trabajaran mayoritariamente en pequeños talleres, en la industria de servicios, en el Estado o en puestos relacionados con el transporte de bienes o personas. También había muchas grandes fábricas.²⁶

Si bien las condiciones laborales y de vida de las clases populares dejaban mucho que desear, es importante no romantizar los problemas o las buenas condiciones. Estas últimas eran lo bastante buenas para seguir atrayendo y reteniendo a muchos inmigrantes. Las estadísticas de regreso a la otra orilla del Atlántico dejan ver con claridad que, de haberlo deseado, muchos más inmigrantes podrían haber regresado a su patria. En el período previo a la Primera Guerra Mundial, sobre todo, los posibles lugares para emigrar eran numerosos, pero muchos seguían eligiendo la Argentina. Aun luego del cierre de los Estados Unidos a la mayoría de los inmigrantes

en el período de la posguerra, había otros lugares donde ir, pero la inmigración siguió llegando en grandes cantidades a la Argentina. Este patrón demuestra que, si bien las condiciones eran a menudo difíciles, los inmigrantes las consideraban mejores que otras alternativas, ya fuera porque en ellas podían mejorar o porque ellos tenían la esperanza de una vida mejor para sí mismos o al menos para sus hijos. La creencia en la movilidad ascendente, a pesar de ser con frecuencia poco más que una expresión de deseos, tenía una extraordinaria importancia. Daba esperanzas.²⁷ La movilidad intergeneracional era abundante.

Existían problemas concretos. Las familias obreras destinaban un elevado porcentaje de sus ingresos a la vivienda, y muchas veces lo que recibían a cambio de su dinero era extremadamente inadecuado. En un estudio hecho en 1929 por el Departamento Nacional del Trabajo (DNT) con 680 familias, 636 vivían en una sola habitación. Algunas de ellas vivían sin lugar a dudas en los tristemente célebres conventillos, atestadas viviendas colectivas en el centro de la ciudad, si bien el porcentaje de quienes residían en ellos declinó con el tiempo. A medida que crecía la disponibilidad de lotes y transporte público, las clases populares comenzaron a alejarse cada vez más del centro, y con frecuencia construían sus propias casas. Las características de estas variaban, pero en ellas no había tanto apañamiento de gente y permitían a las familias cultivar verduras y, una vez pagado el terreno, reducir sus erogaciones mensuales en materia de vivienda.

Como han mostrado Luis Alberto Romero y Leandro Gutiérrez y sus discípulos, el surgimiento de clubes, organizaciones políticas y sociedades vecinales de fomento impulsó el desarrollo de un nuevo tipo de sociabilidad y visión del mundo en los barrios de Buenos Aires. La creación de una cultura cívica real coincidió con el ascenso de la UCR. Por ejemplo, casi todos los equipos profesionales de fútbol que existen en la actualidad tienen su origen en clubes societarios fundados en las primeras dos décadas del siglo XX. Floreció por entonces un espíritu de compromiso cívico que, para los habitantes de la ciudad, redundó en una multitud de lugares donde podían acudir en busca de ayuda y para encontrar un sentido de pertenencia. La competencia de ideas era una realidad. Se habían consolidado diarios comerciales mucho más vendidos que los editados en lenguas extranjeras y los que eran voceros de una orientación política determinada. En 1928 tres diarios afirmaban

tener una circulación de más de ciento ochenta mil ejemplares. Observadores extranjeros se referían a la limpieza de la ciudad y su modernidad, los tranvías y la ilusión de que todo seguiría así para siempre.²⁸

La dieta de los trabajadores solía ser desequilibrada. El pan y la carne eran los alimentos de mayor consumo. Los inmigrantes expresaban a menudo su asombro ante la cantidad de carne que se comía. Frutas, verduras y productos lácteos se consumían en escasa cantidad, aunque con el paso de los años, dentro del período que examinamos, parece ser que la dieta llegó a ser más variada.²⁹

El analfabetismo nacional era relativamente alto: 35% en 1914, pero en un proceso de rápida caída que lo llevó en 1943 al 15 por ciento. Entre los jóvenes era mucho más bajo. Argentinos e inmigrantes tenían índices similares, aunque había grandes variaciones entre las diferentes corrientes inmigratorias. Entre los argentinos el porcentaje de alfabetismo era aproximadamente igual en ambos sexos, pero no sucedía lo mismo en algunos grupos de inmigrantes, en los cuales eran muchas menos las mujeres que sabían leer. En la capital, en 1914, el índice de analfabetismo era de 18%, en tanto que para los nativos la cifra se situaba en el 8,5 por ciento. A decir verdad, en esa ciudad los votantes analfabetos no eran un factor importante, porque representaban el 4% del total del padrón en 1916 y un 2,5% en 1930. Nacionalmente eran el 35,5% de los empadronados en 1916, pero hacia 1930 la cifra se había reducido al 22 por ciento.³⁰

Un panorama de la política

La ley Sáenz Peña de 1912 modificó la naturaleza de la política. Por primera vez la voluntad de los votantes contaba verdaderamente. Los radicales renunciaron a su apartamiento de la política electoral y comenzaron no solo a participar sino también a ganar. En 1912 y 1914 triunfaron en distritos claves como la capital, Santa Fe y Entre Ríos y tuvieron un buen desempeño en varios otros.³¹ La esperanza de la vieja elite política de mantener su dominación comenzó a palidecer, en parte porque ese grupo no logró crear un partido conservador unificado. Este fracaso y la táctica del radicalismo examinada en los próximos capítulos contribuyeron a llevar a este partido a una posición dominante en la política.

La reforma electoral tuvo un efecto inmediato: hubo un notable incremento de los votantes entre 1910 y 1912, año en que se celebraron las primeras elecciones después de sancionada la ley. Aunque había grandes diferencias entre las provincias, los índices de participación se mantuvieron relativamente altos.³² En muchos aspectos la elevada concurrencia a las urnas es engañosa, porque no incluye a los numerosos varones inmigrantes.

En las elecciones presidenciales de 1916 el candidato radical, Yrigoyen, cosechó casi el 46% del voto popular, pero la fragmentación de la oposición hizo que más de treinta puntos porcentuales lo separaran del segundo candidato con mayor cantidad de sufragios. En el colegio electoral el margen fue estrecho: Yrigoyen solo ganó gracias a la ayuda de radicales disidentes de la provincia de Santa Fe.³³ El radicalismo no logró obtener el control de la Cámara de Diputados, pero formó un bloque considerable de cuarenta y cuatro bancas sobre un total de ciento dieciséis. Su representación parlamentaria aumentó en 1918, y en 1920 consiguió una mayoría clara, que no perdería hasta el golpe de 1930. Su actitud de no aceptar a la oposición y su creencia en las prerrogativas del Poder Ejecutivo tornaban extremadamente ardua la cooperación con otros partidos.³⁴ Los senadores eran elegidos por nueve años por las legislaturas provinciales, con la excepción de la ciudad de Buenos Aires, donde surgían de elecciones directas. Debido a ello, el radicalismo nunca tuvo mayoría en el Senado; sin embargo, cuando estuvo cerca de conseguirla, la posibilidad contribuyó a generar el clima que condujo al golpe de 1930.

Los radicales carecían de una visión clara de la transformación social, pero su idea del mundo político provocó un cambio profundo en la Argentina. Convocaban a todos los ciudadanos a ser radicales (véase el capítulo 2), y ese llamamiento tenía hondas resonancias. Como veremos en los próximos capítulos, el radicalismo hizo un intento concertado de atraer a las clases populares urbanas para, de esa manera, integrarlas al sistema. Pero su convocatoria no se limitaba en modo alguno a esos sectores de la sociedad; el partido, según su concepción, debía abarcar a todos. La sociedad se volvía más incluyente.

Habida cuenta del alto porcentaje de extranjeros, ¿por qué se veía a las clases populares como un electorado potencial tan importante de los radicales? Es indudable que su idea de abarcarlo todo contribuía a ello, así como lo hacía su temor al crecimiento del Partido Socialista. Con todo,

una mirada al censo de 1914 o una caminata por Buenos Aires habrían confirmado que la estructura etaria, combinada con la inversión de la tendencia inmigratoria durante la Primera Guerra Mundial, implicaba la existencia futura de un porcentaje más elevado de personas nacidas en el país. En la capital la cantidad de personas habilitadas para votar casi se duplicó entre 1915 y 1930. La razón del incremento es obvia. En 1914 había 21.526 varones extranjeros de entre 14 y 17 años y 41.624 argentinos. Por otra parte, si consideramos la categoría etaria de 10 a 14 años, había 3,6 argentinos por cada extranjero. Las proporciones eran más altas para el país entero.³⁵

Con su aceptación y en ocasiones su promoción del cambio, el accionar de los radicales tenía consecuencias reales. Como veremos, esto contribuyó a desencadenar una ola de huelgas. También colaboró en la construcción de un movimiento en favor de la reforma universitaria. Desde hacía algún tiempo los estudiantes y otros sectores exigían la modernización de las universidades, lo cual implicaba mejores programas, instalaciones y docentes. En 1917 y más agudamente en 1918, la situación derivó en una extendida agitación estudiantil en la Universidad de Córdoba, con importantes repercusiones en otros lugares. Esa universidad era la más antigua y tradicional y estaba bajo el dominio de la elite. Muchos de quienes la controlaban se oponían al radicalismo. Esto representaba para los radicales una razón más para intervenir en favor de los estudiantes, y así lo hicieron. Aunque el llamado movimiento de la reforma universitaria continuaría durante varios años, hacia fines de 1918 ya se habían producido importantes cambios. Las universidades argentinas comenzaban a tener cuerpos estudiantiles y docentes más diversos, programas más modernos e instalaciones más adecuadas. Yrigoyen y los radicales tuvieron un papel importante en las reformas y se hicieron acreedores a gran parte del mérito. Por ejemplo, en octubre de 1918 muchos de los líderes estudiantiles reformistas de Córdoba enviaron a Yrigoyen un telegrama que decía:

La reorganización de la Universidad en la forma hecha por el P. E. de la Nación marca una hora histórica en la cultura americana. La Federación Universitaria, aquilatando esa obra patriótica coloca a V. E. entre los argentinos ilustres, envía al primer magistrado de la nación su aplauso entusiasta y sincero, y se complace en invitarle

en nombre de la juventud de Córdoba a inaugurar personalmente [...] la nueva era universitaria. Córdoba espera al presidente Irigoyen.

El movimiento reformista tuvo consecuencias incluso para aquellos cuya asistencia a la universidad era improbable. Trabajadores de Córdoba apoyaron el movimiento estudiantil. Este también suscitó una oposición inflexible. La mayor apertura de las universidades marcaba los comienzos de un gran cambio social.³⁶

Como han mostrado Peter Smith en el plano nacional y Gardénia Vidal en el caso cordobés, con el tiempo la Unión Cívica Radical pareció producir una nueva y más joven estirpe de políticos con raíces en la clase media. El uso elitista del término "chusma" para describir a algunos de los radicales, si bien refleja el esnobismo de la elite, proviene en los hechos de los antecedentes de ciertos dirigentes partidarios, que ni siquiera habían nacido en el seno de la clase media. Pedro Bidegain, un jefe político de Buenos Aires y parlamentario de un solo mandato, había sido durante un tiempo trabajador ferroviario. Leopoldo Bard, figura clave del partido a fines de la década de 1920, fue acusado de participar en un círculo conectado con la prostitución. El cambio de las prácticas electorales provocó una modificación de los liderazgos, incluso dentro del Partido Conservador de la provincia de Buenos Aires. Los jefes políticos locales que podían llevar votantes a las urnas ganaron influencia en detrimento de las elites tradicionales.³⁷

La naturaleza de la política había cambiado en muchos aspectos, pero las tácticas no se modificaron de un momento a otro. En la capital, la política adquirió de inmediato un carácter "moderno" (muchos contemporáneos habrían argumentado que el uso del clientelismo y las sinecuras no era moderno, pero el fenómeno afectaba igualmente otros sistemas políticos de la época). En muchas provincias, empero, el recurso a los medios políticos tradicionales, de la violencia al fraude, seguía infestando la política. En Mendoza y San Juan, donde los radicales populistas disidentes tenían una presencia importante y las tensiones sociales eran grandes, la violencia se tornó extremadamente habitual.³⁸ Yrigoyen se valía con frecuencia de las intervenciones para modificar el equilibrio político en provincias recalcitrantes, y contribuir así a consolidar el predominio radical.

Los radicales llegaron al poder con el vago objetivo de moralizar la política y fortalecerla. Sus años iniciales resultaron difíciles a causa de los problemas producidos por la Primera Guerra Mundial y sus secuelas inmediatas. Además de la desocupación y la inflación, hubo un importante incremento de la agitación obrera. Esta era causada en parte por los problemas económicos y en parte por la ayuda del nuevo gobierno a las huelgas, prestada con la esperanza de movilizar el apoyo de los votantes. Los trabajadores también se inspiraban en la revolución bolchevique y la inquietud obrera que, en su estela, se extendió por el mundo. Una intensa oleada huelguística recorrió la Argentina. En la capital hubo 196 huelgas en 1918, 367 en 1919 y 206 en 1920. La Federación Obrera Regional Argentina IX (FORA IX), confederación gremial dominada por los sindicalistas revolucionarios, tenía en 1920, su mejor momento, 535 sindicatos miembros y un promedio de 62.460 afiliados que hacían su aporte mensual.³⁹ Este era un número sumamente alto, vistas las dimensiones del mercado laboral y la inexistencia de un sistema de descuento de aportes sindicales por planilla. No es de sorprender que la patronal y la elite formaran sus propias organizaciones para tratar de contrarrestar las exigencias de los trabajadores y romper los sindicatos. Las tensiones condujeron a la sangrienta represión de la Semana Trágica en enero de 1919 en Buenos Aires, y la aún más sangrienta represión de los huelguistas de la Patagonia en 1921 y 1922. Como veremos, estas situaciones conflictivas hicieron que los radicales dejaran de apoyar las huelgas, y explican en parte la repentina paz laboral que se instaló desde mediados de 1921.

Las luchas intestinas dentro del movimiento obrero y la caída del número de afiliados a los sindicatos dieron pábulo a un intento de crear una nueva confederación que cobijara todas las facciones. La Unión Sindical Argentina (USA) se fundó en 1922, pero no pudo cumplir los sueños de quienes convocaron su primera convención. La mayoría de los sindicatos anarquistas permanecieron en su propia organización, la FORA V, que terminó por conocerse simplemente como FORA. Sindicalistas revolucionarios y comunistas dominaban la USA, en la que los primeros se aferraban al poder con dificultades, por lo que las fricciones entre ambas ideologías eran intensas. La influencia comunista en los sindicatos sufrió una fuerte declinación hacia fines de la década de 1920.⁴⁰ En 1929, como parte de un cambio en la política del Comintern, los comunistas se retiraron de la

USA y formaron su propia organización. Con anterioridad, fastidiados por la postura de los sindicalistas revolucionarios contra la participación de dirigentes gremiales en política y otras tácticas, los sindicatos controlados por los socialistas se habían apartado de la USA y en 1926 se unieron a los dos sindicatos ferroviarios más grandes, la Unión Ferroviaria y La Fraternidad, para constituir la Confederación Obrera Argentina (COA). Los numerosos afiliados de la COA se explican por el gran tamaño de los sindicatos ferroviarios.⁴¹

Aun antes del apartamiento de los socialistas y luego de los comunistas, la USA era una pálida sombra de la FORA IX. Tenía 26.290 afiliados en 1923, solo 15.656 aportantes mensuales en 1926 y apenas 11.615 en 1928.⁴²

La Constitución argentina no permitía la reelección inmediata del presidente. Yrigoyen quería mantener su influencia y ser reelecto en 1928. El candidato elegido por él —la elección era suya, sin lugar a dudas— fue Marcelo T. de Alvear. Descendiente de una familia extremadamente rica, y cuyo abuelo había sido un héroe de la guerra de la independencia, Alvear era amigo personal de Yrigoyen desde hacía varias décadas. También había participado en la revolución de 1890 que llevó a la fundación de la Unión Cívica Radical, así como en la de 1893, dirigida por los radicales. Pasó luego varios años en Europa, sobre todo en París, y dedicó buena parte de su tiempo a perseguir a una cantante portuguesa de ópera que finalmente aceptó casarse con él. Tras la sanción de la ley de reforma electoral, Alvear ocupó una banca en la Cámara de Diputados, y durante la presidencia de Yrigoyen fue embajador en su amada Francia. Con la esperanza de conservar su dominio de la política, Yrigoyen designó como candidato a vicepresidente a Elpidio González, su principal confidente político.

Alvear no parecía ser un hombre con mucho empuje político. Sin embargo, como muchas veces pasa en circunstancias semejantes, demostró tener independencia de criterio, si bien nunca rompió por completo con Yrigoyen ni se valió de toda la influencia de su cargo para propiciar una alternativa política al sector del aparato partidario controlado por aquel. No está totalmente claro que esta actitud se debiera a su lealtad personal hacia Yrigoyen, a la pereza política o a una creencia en la limitación del poder presidencial. Como ha señalado Tulio Halperín Donghi, basado en el testimonio de un intercambio telegráfico entre 1920 y 1921 sobre la conti-

nuidad de la participación de la Argentina en la Sociedad de las Naciones, Alvear tenía una relación obsequiosa con Yrigoyen. Esto es una muestra de su personalidad, así como de la aptitud del expresidente para dominar a quienes deberían haber sido sus pares. Yrigoyen, aunque criticaba a Alvear, tenía la precaución de recordarle sus compartidas experiencias pasadas. La respuesta de su interlocutor fue, en parte, la siguiente: "Maestro, creo en ti [...], tus razones son profundas y para nosotros intangibles. [...] Cualquiera sea el camino, ciertamente te seguiremos. [...] Maestro, creo en ti".⁴³

Alvear ganó las elecciones con casi el 48% de los sufragios, a pesar de estar en Europa durante la campaña. El total de votos conseguido por él no parece impresionante, pero la oposición estaba tan fragmentada que ningún otro candidato cosechó siquiera un porcentaje de dos dígitos.⁴⁴ La conformación del gabinete demostró que el nuevo presidente tenía juicio propio. Solo a uno de los designados podía calificarse de aliado incondicional de Yrigoyen.⁴⁵ Esta declaración de independencia suscitó casi de inmediato fricciones entre los más cercanos seguidores de Yrigoyen y quienes reproban sus intentos de dictar las políticas. En un principio, esas fricciones se manifestaron en la disputa por obtener ventajas en el Senado, pero pronto comenzaron a tener ramificaciones mucho más amplias, incluyendo grandes tensiones dentro del aparato partidario. La renuncia de José Nicolás Matienzo al cargo de ministro del Interior en noviembre de 1923 y su reemplazo por Vicente Gallo marcaron un pronunciado giro desfavorable a la influencia de Yrigoyen.

En 1924 el partido se dividió formalmente en dos alas, los personalistas y los antipersonalistas. A estos últimos podía vérselos como alvearistas, pero es más exacto decir que eran quienes se oponían al predominio de Yrigoyen en el partido.⁴⁶ Muchos de los principales dirigentes eran fundadores de la UCR y tenían estrechos lazos con la elite tradicional. Se los podía considerar como el ala conservadora del partido. La caracterización, empero, es demasiado simplista. Entre los opositores de Yrigoyen se contaban los radicales disidentes populistas de las provincias de Mendoza y San Juan, ligados a las familias Lencinas y Cantoni. Además, había personas como Leónidas Anastasi que tenían un papel clave para los antipersonalistas pero no se las podía calificar de conservadoras. Anastasi fundó el diario antipersonalista *La Acción* y fue presidente de la convención antipersonalista de la capital en 1927. Era profesor de derecho del trabajo en las Universidades

de Buenos Aires y La Plata y abogado del sindicato de trabajadores marítimos, controlado por los sindicalistas revolucionarios, y de la confederación FORA IX, también en manos de estos últimos.⁴⁷ Aunque tendían a ser relativamente conservadores, lo que unía a los antipersonalistas era la reprobación al control del partido por parte de Yrigoyen.

Alvear nunca favoreció una ruptura completa con Yrigoyen. Cuando Gallo, que trataba de usar todo el poder del gobierno para quebrar el predominio de los personalistas, quiso imponer una intervención para despojarlos del control de la decisiva provincia de Buenos Aires, el presidente se opuso. O bien se mantenía leal a Yrigoyen o bien sentía que el poder del gobierno no debía utilizarse de esa manera. Gallo renunció, pero la presión para adueñarse de la provincia y modificar así el cálculo electoral siguió siendo fuerte. Alvear nunca sucumbió a ella. Algunos sugieren que había un pacto entre él e Yrigoyen.⁴⁸ Como veremos, los antipersonalistas trataron de cortejar a los votantes por medios convencionales, y en definitiva lo hicieron sin mucho éxito.

Yrigoyen regresó a la lid electoral en 1928 y reconquistó con facilidad la presidencia. Obtuvo el 57,4% del voto popular y ganó en todas las provincias salvo San Juan. En la capital cosechó el 54,6 por ciento.⁴⁹ El candidato presidencial antipersonalista sufrió una aplastante derrota.

La reelección de Yrigoyen pareció marcar un nuevo momento en la historia de la Unión Cívica Radical. Muchos de sus afiliados más conservadores se habían ido con los antipersonalistas. Los radicales habían ganado las elecciones con una plataforma relativamente clara que proponía la nacionalización de la industria petrolífera.

No hubo demasiados cambios. En parte esto se debió al propio Yrigoyen, que siguió manteniendo un riguroso control de las decisiones, pero, ya septuagenario, parecía carecer del vigor que había exhibido durante su primera presidencia. La oposición sostenía que estaba senil.⁵⁰ Aunque esto era probablemente falso, el presidente no las tenía todas consigo a la hora de vérselas con los imponentes problemas creados por el comienzo de la Depresión. Otro hecho era igualmente crucial: el radicalismo enfrentaba una crisis de legitimidad, al menos según juzgaban la situación muchos miembros de la élite política y gran parte de los sectores politizados, sobre todo en la capital.⁵¹

¿Qué había pasado? ¿Eran solo la Depresión y los crecientes problemas

personales de Yrigoyen? Con la división de la UCR, algunos llegaron a estimar que la facción personalista era cada vez más de clase media. Los personalistas también estaban a punto de asumir el control del Senado, con lo cual lograrían controlar por primera vez todos los poderes del Estado. Esta posibilidad, más la creencia de los radicales de que solo ellos eran verdaderamente argentinos, parecían amenazantes a los ojos de muchos. Además, no eran pocos los que ya cuestionaban la ideología liberal que había servido de basamento a la sociedad durante varias generaciones. En marzo de 1930 los socialistas independientes, cuya cruzada antiyrigoyenista contaba con el respaldo del segundo diario de mayor circulación, *Crítica*, ganaron con facilidad las elecciones legislativas en la ciudad de Buenos Aires. Los radicales terminaron en un distante segundo puesto, apenas por encima de los socialistas.

Con la derrota electoral en la capital pareció romperse una barrera psicológica. Las manifestaciones antiyrigoyenistas se convirtieron en cosa corriente, con frecuencia encabezadas por estudiantes universitarios. Aumentaron la violencia en las calles y una sensación de inquietud. El mundo político tradicional parecía llegar a su fin. La unidad de los personalistas quedó hecha pedazos. El Senado se reunió solo una vez en 1930. Las elites políticas no yrigoyenistas comenzaron a conspirar con jefes militares. En septiembre de ese mismo año un pequeño grupo de cadetes del ejército marchó hacia la ciudad de Buenos Aires; se los vivió entusiastamente y tropezaron con escasa oposición.⁵² El gobierno radical se derrumbó. Los militares habían impuesto por la fuerza el primer cambio ilegítimo en el gobierno desde la década de 1860. El primer experimento de gobierno democrático había fracasado, y la reinstauración de la democracia probaría ser tarea difícil.

Notas

¹ Colin Clark, *The Conditions of Economic Progress*, Londres, Macmillan, 1940, p. 2 [trad. esp.: *Las condiciones del progreso económico*, Madrid, Alianza, 1980].

² Roberto Cortés Conde, *El progreso argentino, 1880-1914*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979, p. 265.

³ Véanse por ejemplo R. Cortés Conde, *El progreso argentino...*, op. cit., y *La economía argentina en el largo plazo*, Buenos Aires, Sudamericana/Universidad de San Andrés,

1997; Gerardo della Paolera y Alan M. Taylor (eds.), *A New Economic History of Argentina*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003; Carlos F. Díaz Alejandro, *Essays on the Economic History of the Argentine Republic*, New Haven, Yale University Press, 1970, pp. 1-66 [trad. esp.: *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975]; Guido Di Tella y Manuel Zymelman, *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, Eudeba, 1967, pp. 37-102 y 227-420, y H. S. Ferns, *The Argentine Republic, 1516-1971*, Nueva York, Barnes and Noble, 1973, pp. 87-115.

⁴ James Scobie, "Buenos Aires as a commercial-bureaucratic city, 1880-1910: the characteristics of a city's orientation", en *The American Historical Review*, 77(4), octubre de 1972, pp. 1035-1073.

⁵ Fernando Rocchi, *Chimneys in the Desert: Industrialization in Argentina during the Export Boom Years, 1870-1930*, Stanford, Stanford University Press, 2005; Michael Johns y Fernando Rocchi, "The industrial capital and urban geography of a primate city: Buenos Aires at the turn of the century", trabajo presentado en la convención de la American Historical Association, 1991, pp. 3 y 5-7; R. Cortés Conde, *El progreso argentino...*, op. cit., pp. 191-274; Fernando Rocchi, "La armonía de los opuestos: industria, importaciones y la construcción urbana de Buenos Aires", en *Entrepasados*, 4(7), fines de 1994, p. 43; Mirta Zaida Lobato, "La ingeniería, la industria y la organización en la Argentina de las primeras décadas del siglo XX", trabajo presentado en el congreso de la Latin American Studies Association, 1995; Joel Horowitz, "Occupational community and the creation of a self-styled elite: railroad workers in Argentina", en *The Americas*, 42(1), julio de 1985, p. 67 [trad. esp.: "Los trabajadores ferroviarios en la Argentina (1920-1943): la formación de una elite obrera", en *Desarrollo Económico*, 25(99), octubre-diciembre de 1985, pp. 421-446]; Carl E. Solberg, *The Prairies and the Pampas: Agrarian Policy in Canada and Argentina, 1880-1930*, Stanford, Stanford University Press, 1987, pp. 96 y 107-108; María Inés Barbero y Susana Felder, "Los obreros italianos de la Pirelli Argentina (1920-1930)", en Fernando J. Devoto y Eduardo J. Míguez (eds.), *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica: los italianos en América Latina en una perspectiva comparada*, Buenos Aires, CEMLA/CSER/IEHS, 1992, p. 193, y Mirta Zaida Lobato, "Una visión del mundo del trabajo: obreros inmigrantes en la industria frigorífica 1900-1930", en *ibíd.*, pp. 218-219.

⁶ Richard J. Walker, *Politics and Urban Growth in Buenos Aires, 1910-1942*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, apéndice A1.

⁷ Comisión Nacional del Censo, *Tercer censo nacional, levantado el 1º de junio de 1914*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso, 1916, vol. 2, p. 109; O. Corblin, "Inmigrantes y empresarios...", op. cit., pp. 389-437, en especial p. 416; Alejandro Bunge, *Una nueva Argentina*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1940, p. 115, y Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, quinta edición, Buenos Aires, Paidós, 1974, p. 274.

⁸ Comisión Nacional del Censo, *Tercer censo nacional...*, op. cit., vol. 2, p. 399. En las últimas dos décadas la literatura sobre la inmigración ha sido amplia. Se encontrará un excelente panorama general reciente en Fernando Devoto, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

⁹ Un buen panorama breve de la historia argentina es Jonathan C. Brown, *A Brief*

History of Argentina, Nueva York, Checkmark, 2004 [trad. esp.: *Breve historia de la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009]. Entre las obras recientes, véanse también David Rock, *State Building and Political Movements in Argentina, 1860-1916*, Stanford, Stanford University Press, 2002 [trad. esp.: *La construcción del Estado y los movimientos políticos en la Argentina, 1860-1916*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006], y H. Sabato, *La política en las calles...*, op. cit.

¹⁰ Natalio R. Botana, *El orden conservador: la política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977; Natalio R. Botana y Ezequiel Gallo, *De la República posible a la República verdadera (1880-1916)*, Buenos Aires, Ariel, 1997; D. Rock, *State Building...*, op. cit.; Ezequiel Gallo, "Argentina: society and politics, 1880-1916", en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, vol. 5, pp. 359-391 [trad. esp.: "Política y sociedad en Argentina, 1870-1916", en *Historia de América Latina*, vol. 10, *América del Sur, c. 1870-1930*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 41-66; Roy Hora, *The Landowners of the Argentine Pampas: A Social and Political History, 1860-1945*, Oxford, Oxford University Press, 2001, pp. 35-131 [trad. esp.: *Los terratenientes de la pampa argentina: una historia social y política, 1860-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002]; Eduardo A. Zimmermann, *Los liberales reformistas: la cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana/Universidad de San Andrés, 1995; Lilia Ana Bertoní, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas: la construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001; P. Alonso, *Revolution and the Ballot Box...*, op. cit., y "La Unión Cívica Radical: fundación, oposición y triunfo (1890-1916)", en Mirta Zaida Lobato (ed.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, vol. 5 de *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, pp. 209-259; Ezequiel Gallo, *La pampa gringa: la colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983, en especial pp. 379-427, y Marta Bonaudo, "Society and politics: from social mobilization to civic participation (Santa Fe, 1890-1909)", en James P. Brennan y Ofelia Pianetto (eds.), *Region and Nation: Politics, Economy, and Society in Twentieth-Century Argentina*, Nueva York, St. Martin's Press, 2000, pp. 1-47. Véanse también los artículos sobre la crisis de 1890 en "Dossier: La crisis de 1890: política, sociedad y literatura", en *Entrepasados*, 12(24-25), 2003, pp. 19-147.

¹¹ Hipólito Yrigoyen a Pedro C. Molina, septiembre de 1909, en Hipólito Yrigoyen, *Documentos de Hipólito Yrigoyen: apostolado cívico, obra de gobierno, defensa ante la Corte*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Dirección General de Institutos Penales de la Nación, 1949, p. 63.

¹² Sobre la idea del problema social, véase E. A. Zimmermann, *Los liberales reformistas...*, op. cit.

¹³ Véanse, por ejemplo, Ricardo Falcón, *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984; Gonzalo Zaragoza, *Anarquismo argentino (1876-1902)*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1996; Isaac Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, México, Siglo XXI, 1978, pp. 11-224; Juan Suriano, *Anarquistas: cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001; Julio Godio, *Historia del movimiento obrero argentino: inmigrantes*

desastriados y lucha de clases, 1880-1910, Buenos Aires, Editorial Contemporánea, 1973, pp. 55-174, y Sebastián Marotta, *El movimiento sindical argentino: su génesis y desarrollo*, vol. 1, Buenos Aires, El Lacio, 1960, pp. 43-132.

¹⁴ Véanse, por ejemplo, J. Godio, *Historia del movimiento obrero argentino...*, op. cit., pp. 204-286; Enrique Dickmann, *Recuerdos de un militante socialista*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1949, pp. 133-192; Isaac Oved, "El trasfondo histórico de la ley 4.144, de residencia", en *Desarrollo Económico*, 16(61), abril-junio de 1976, pp. 123-150, y Julio Frydenberg y Miguel Ruffo, *La semana roja de 1909*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992.

¹⁵ Hugo del Campo, *Sindicalismo y peronismo: los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, Clacso, 1983, pp. 12-21 (segunda edición revisada, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012); J. Godio, *Historia del movimiento obrero argentino...*, op. cit., pp. 236-256; D. Rock, *Politics in Argentina...*, op. cit., pp. 83-91, y Sebastián Marotta, *El movimiento sindical argentino: su génesis y desarrollo*, vol. 2, Buenos Aires, El Lacio, 1960, pp. 25-98.

¹⁶ Richard J. Walter, *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*, Austin, University of Texas Press, 1977; Michael F. Mullaney, "The Argentine Socialist Party 1890-1930: early development and internal schisms", tesis de doctorado, University of Essex, 1983; Jeremy Adelman, "El Partido Socialista argentino", en M. Z. Lobato (ed.), *El progreso, la modernización...*, op. cit., pp. 261-290; Horacio Sanguinetti, *Los socialistas independientes*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1981; Emilio J. Corbière, *Orígenes del comunismo argentino: el Partido Socialista Internacional*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984; Dora Barrancos, *La escena iluminada: ciencias para trabajadores, 1890-1930*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1996; Partido Comunista de la Argentina, *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina*, Buenos Aires, Anteo, 1947, pp. 30-70; Alfredo López, *¿Qué pasa en la Confederación General del Trabajo?*, Buenos Aires, s. n., 1943, pp. 6-9, y Partido Socialista, *Anuario socialista 1930*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1929, pp. 53-54.

¹⁷ Se encontrará un buen ejemplo del intento comunista de crear una comunidad en Hernán Camarero, "Los clubes deportivos comunistas", en *Todo es Historia*, n.º 448, noviembre de 2004, pp. 16-25. Un excelente examen del Partido Comunista que se publicó demasiado tarde para utilizarlo en este libro es Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera: los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

¹⁸ Véanse las fuentes citadas en la nota 10 de este capítulo, y también María Rosa Ciccari y Mariano Prado, "Un proceso de cambio institucional: la reforma electoral de 1912", en *Cuadernos del CISH*, 6, segundo semestre de 1999, pp. 95-145.

¹⁹ María Silvia Ospital, *Estado e inmigración en la década del veinte: la política migratoria de los gobiernos radicales*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1988, p. 7.

²⁰ F. Devoto, *Historia de la inmigración en la Argentina*, op. cit., pp. 353-354.

²¹ *Boletín de servicios*, 5 de abril de 1923, p. 170; G. Di Tella y M. Zymelman, *Las etapas del desarrollo...*, op. cit., pp. 295-355, en especial p. 317; Oxford Latin America Economic History Database, <http://oxlad.queh.ox.ac.uk/results.php>, consultado el 2 de septiembre de 2005; Pablo Gerchunoff y Lucas Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, Buenos Aires, Ariel, 1998, pp. 68-74; R. Cortés Conde, *La economía argentina...*, op. cit.,

pp. 30-33; Laura Randall, *An Economic History of Argentina in the Twentieth Century*, Nueva York, Columbia University Press, 1978, pp. 216-218 [trad. esp.: *Historia económica de la Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Amorrortu, 1983]; C. F. Díaz Alejandro, *Essays in the Economic History...*, op. cit., pp. 51-53, y María Inés Barbero y Fernando Rocchi, "Industry", en G. della Paolera y A. M. Taylor (eds.), *A New Economic History...*, op. cit., pp. 271-272.

²² Juan Manuel Palacio, "La antesala de lo peor: la economía argentina entre 1914 y 1930", en Ricardo Falcón (ed.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, vol. 6 de *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, pp. 115-118; C. F. Díaz Alejandro, *Essays in the Economic History...*, op. cit., pp. 51-55; P. Gerchunoff y L. Llach, *El ciclo de la ilusión...*, op. cit., pp. 78-84; G. Di Tella y M. Zymelman, *Las etapas del desarrollo...*, op. cit., pp. 71-101, y Robert Edward Shipley, "On the outside looking in: a social history of the 'porteño' worker during the 'Golden Age' of Argentine development, 1914-1930", tesis de doctorado, Rutgers University, 1977.

²³ Comité Nacional de Geografía, *Anuario geográfico argentino 1941*, Buenos Aires, Comité Nacional de Geografía, 1941, pp. 557 y 560, y Colin Lewis, "Economic restructuring and labour scarcity: labour in the 1920s", en Jeremy Adelman (ed.), *Essays in Argentine Labour History, 1870-1930*, Londres, Macmillan, 1992, p. 187.

²⁴ *Boletín de servicios*, septiembre de 1929, p. 413; Comité Nacional de Geografía, *Anuario geográfico...*, op. cit., p. 404; C. F. Díaz Alejandro, *Essays in the Economic History...*, op. cit., p. 479, y Martín Campos, "El cierre de la Caja de Conversión en 1929: una decisión de política económica", en *Desarrollo Económico*, 44(176), enero-marzo de 2005, pp. 537-566.

²⁵ Gino Germani, *Estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1955, pp. 219-220.

²⁶ Véase F. Rocchi, *Chimneys in the Desert...*, op. cit.

²⁷ Se encontrará un excelente examen de la movilidad ascendente entre los españoles en José C. Moya, *Cousins and Strangers: Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1998, pp. 259-276 [trad. esp.: *Primos y extranjeros: la inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*, Buenos Aires, Emeccé, 2004].

²⁸ DNT, *Crónica Mensual*, mayo de 1930, pp. 3142-3146; Ana María Rigotti, "La ciudad y la vivienda como ámbitos de la política y la práctica profesional", en R. Falcón (ed.), *Democracia, conflicto social...*, op. cit., pp. 283-322; A. Bunge, *Una nueva Argentina*, op. cit., pp. 351-378; Francis Korn, *Buenos Aires: los huéspedes del 20*, Buenos Aires, Sudamericana, 1974, pp. 79-187; R. J. Walker, *Politics and Urban Growth...*, op. cit., pp. 1-148; Adrián Gorelik, *La grilla y el parque: espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal (Argentina), Universidad Nacional de Quilmes, 1998; Leandro H. Gutiérrez y Juan Suriano, "Workers' housing and living conditions in Buenos Aires, 1880-1930", en J. Adelman (ed.), *Essays in Argentine Labour History...*, op. cit., pp. 35-51; James A. Baer, "Urbanization and mobilization: housing and class identity in Argentina, 1870-1925", trabajo presentado en el congreso de la Latin American Studies Association, 1992; Enrique S. Inda, "La vivienda obrera en la formación del Gran Buenos Aires (1890-1940)", en *Todo es Histo-*

ria, 296, febrero de 1992, pp. 71-88; J. C. Moya, *Cousins and Strangers...*, op. cit., pp. 153-155; Ariel Scher y Héctor Palomino, *Fútbol: pasión de multitudes y de elites. Un estudio institucional de la Asociación del Fútbol Argentino (1934-1986)*, Buenos Aires, Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración, 1988, col. "Documentos del CISEA", pp. 237-238; American Society of Newspaper Editors, *International Yearbook 1929*, Nueva York, Editor and Publisher, 1929, p. 290; James Bryce, *South America: Observations and Impressions*, Nueva York, Macmillan, 1912, p. 316-321 [trad. esp.: *La América del Sud*, Nueva York, Macmillan, 1914], y André Siegfried, *Impressions of South America*, traducción de H. H. Hemming y D. Hemming, Nueva York, Harcourt, Brace, 1933, pp. 90-95 [trad. esp.: *América Latina*, Santiago de Chile, Ercilla, 1934]. Se encontrará un ejemplo del trabajo hecho por Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, véase, de estos autores, *Sectores populares, cultura política: Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995. Véase también L. de Privilello, *Vecinos y ciudadanos...*, op. cit., en especial pp. 107-147.

²⁹ L. Gutiérrez y J. Suriano, "Workers' housing...", op. cit., en especial pp. 41-44; Norberto Ferreras, "Evolución de los principales consumos obreros en Buenos Aires (1880-1920)", en *Círculos*, 11(22), segundo semestre de 2001, pp. 157-180; J. C. Moya, *Cousins and Strangers...*, op. cit., pp. 296 y 372, y Leandro Gutiérrez, "Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires, 1880-1914", en *Siglo XIX* (Montevideo), 3(6), julio-diciembre de 1988, pp. 41-75.

³⁰ G. Germani, *Estructura social...*, op. cit., pp. 229-233; F. Devoto, *Historia de la inmigración...*, op. cit., pp. 300-302, y A. Bunge, *Una nueva Argentina*, op. cit., pp. 417-423.

³¹ Mirra Zaida Lobato y Juan Suriano, *Atlas histórico de la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, col. "Nueva historia argentina", pp. 287-288.

³² Darío Canton, *Elecciones y partidos políticos en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973, pp. 43-58.

³³ *Ibid.*, p. 267, y Waldo Ansaldi, "La trunca transición del régimen oligárquico al régimen democrático", en R. Falcón (ed.), *Democracia, conflicto social...*, op. cit., pp. 20-22.

³⁴ Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría, *Composición de la Cámara de Diputados, 1916-1930*, Buenos Aires, Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría, 1991, col. "Cuadernos", n.º 91, p. 2, y A. M. Mustapic, "Conflictos institucionales...", op. cit., pp. 85-108.

³⁵ Darío Canton y Jorge Raúl Jorrot, *Elecciones en la ciudad, 1864-2003*, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2005, vol. 1, p. 443, y Comisión Nacional del Censo, *Tercer censo nacional...*, op. cit., vol. 3, pp. 3, 17, 18 y 310.

³⁶ Gardénia Vidal, "La reforma universitaria de 1918 y su repercusión en los resultados electorales", en Gardénia Vidal (ed.), *La política y la gente: estudios sobre modernidad y espacio público en Córdoba, 1880-1960*, Córdoba, Ferreyra Editor, 2007, pp. 115-141, cita en pp. 129-130; Gardénia Vidal, "La modernidad y el espacio público en Argentina: repensando la Reforma Universitaria de 1918", en *Avances del CESOR*, Rosario, 5(5), 2005, pp. 109-131; Adriana R. Chiroleu, "La Reforma Universitaria", en R. Falcón (ed.), *Democracia, conflicto social...*, op. cit., pp. 357-389, y Tulio Halperín Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1962, pp. 104-146.

³⁷ Peter H. Smith, *Argentina and the Failure of Democracy: Conflict among Political*

Elites, 1904-1955, Madison, University of Wisconsin Press, 1974, en especial pp. 94-95; G. Vidal, *Radicalismo de Córdoba...*, op. cit., pp. 299-336; Donna Guy, *Sex and Danger in Buenos Aires: Prostitution, Family, and Nation in Argentina*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1991 [trad. esp.: *El sexo peligroso: la prostitución legal en Buenos Aires, 1875-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994], y Pablo Fernández Trusta, "El Partido Conservador de la provincia de Buenos Aires y el proceso de democratización bonaerense, 1908-1918", en *Estudios Sociales*, 16(31), segundo semestre de 2006, pp. 95-136. Véase también el capítulo 3.

³⁸ Se encontrarán ejemplos en Pablo Lacoste, "Radicalismo, leninismo y bloquismo en Mendoza y San Juan", en Pablo Lacoste (ed.), *Populismo en San Juan y Mendoza*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994, pp. 9-40; Pablo Lacoste, *La Unión Cívica Radical en Mendoza y en la Argentina (1890-1946)*, Mendoza, Ediciones Culturales de Mendoza, 1994, y Celso Rodríguez, *Lencinas y Cantoni: el populismo cuyano en tiempos de Yrigoyen*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1979.

³⁹ DNT, División de Estadística, *Estadística de las huelgas*, Buenos Aires, Departamento Nacional del Trabajo, 1940, p. 20, y *La Vanguardia*, 1º de mayo de 1930.

⁴⁰ Véanse, por ejemplo, *Bandera Proletaria*, 31 de marzo de 1923 y 1º de febrero, 8 de marzo y 7 de junio a 25 de octubre de 1924; *La Internacional*, 6 de marzo, 10 de mayo, 7 de junio y 4 de octubre de 1924, y *El Obrero Municipal*, mayo de 1924 y mayo a octubre de 1925. Con referencia a las reducidas dimensiones del movimiento obrero comunista hacia 1929, véase Confederación Sindical Latino-Americana, *Bajo la bandera de la CSLA: resoluciones y documentos del congreso constituyente*, Montevideo, Imprenta La Linotipo, 1929, en especial pp. 256-257 y 299.

⁴¹ Con referencia a los comunistas, véanse los números de 1929 de *La Internacional* y *Bandera Proletaria*, y Robert J. Alexander, *Communism in Latin America*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1960, p. 162. Sobre la COA, S. Marotta, *El movimiento sindical argentino: su génesis y desarrollo*, vol. 3, Buenos Aires, Calomino, 1970, pp. 176-178 y 191-204, y Hernán Camarero, "Socialismo y movimiento sindical: una articulación débil. La COA y sus relaciones con el PS durante la década de 1920", en Hernán Camarero y Carlos Miguel Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005, pp. 185-217.

⁴² *El Obrero Gráfico*, junio-julio de 1924, y *Bandera Proletaria*, 31 de agosto de 1929.

⁴³ T. Halperín Donghi, *Vida y muerte...*, op. cit., p. 576. Véanse también pp. 203-205 y 571-576.

⁴⁴ D. Canton, *Elecciones y partidos...*, op. cit., p. 268. El gobierno de Alvear ha sido poco estudiado y falta todavía una biografía de gran envergadura del presidente. Se encontrarán descripciones de Alvear en, por ejemplo, Félix Luna, *Alvear*, Buenos Aires, Libros Argentinos, 1958; Alejandro Cartaruzza, *Marcelo T. de Alvear: el compromiso y la distancia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1997, y Raúl A. Molina, "Presidencia de Marcelo T. de Alvear", en Academia Nacional de la Historia (ed.), *Historia argentina contemporánea*, Buenos Aires, El Ateneo, 1963, vol. 1, sección 2, pp. 271-345.

⁴⁵ R. A. Molina, "Presidencia de Marcelo T. de Alvear", op. cit., p. 278.

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 280-281; Roberto Etchepareborda, "La segunda presidencia de Hipólito

Yrigoyen", en Academia Nacional de la Historia (ed.), *Historia argentina contemporánea*, op. cit., vol. 1, sección 2, pp. 350-351; A. Cattaruzza, *Marcelo T. de Alvear...*, op. cit., p. 40; Luciano de Privitera, "El Concejo Deliberante y el fomentismo en el municipio porteño", en *El fomentismo de la Argentina*, 1996, pp. 3-4; Horacio J. Guido, "Los radicales en el gobierno de Hipólito Yrigoyen", julio de 1981, pp. 45-46; Carlos Giacobone y Carlos J. Sosa, *El radicalismo en Argentina 1891-1916: la ingeniería política de Hipólito Yrigoyen*, Buenos Aires, Conejidor, 1999, p. 239, Luis C. Alén Lascano, *Yrigoyenismo y antipersonalismo: su gobierno en el gobierno de Alvear*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986, pp. 31-38, y Félix Luna, "Los radicales en el gobierno", en Academia Nacional de la Historia (ed.), *Nueva historia de la nación argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2001, vol. 7, pp. 252-253. Véanse también *Crítica*, 27 de julio y 26 de noviembre de 1923; *La Montaña*, 29 de julio y 24 de noviembre de 1923; *The Standard*, 25 de noviembre de 1923 (estas referencias están tomadas de los libros de recortes de Alvear), y *La Acción*, 24 de noviembre de 1923.

⁴⁷ Con referencia a Mendoza y San Juan, véase *supra* la nota 38. Luis C. Alén Lascano, *La Argentina ilusionada, 1922-1930*, Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1975, pp. 59-79; *La Acción*, 29 de septiembre y 6 de octubre de 1927; Diego Abad de Santillán, *Gran enciclopedia argentina*, Buenos Aires, Ediar, 1956, vol. 1, p. 185; David Rock, "Machine politics in Buenos Aires and the Argentine Radical Party, 1912-1930", en *Journal of Latin American Studies*, 4(2), noviembre de 1972, p. 242, y R. J. Walter, *The Socialist Party...*, op. cit., pp. 171-172.

⁴⁸ Richard J. Walter, *The Province of Buenos Aires and Argentine Politics, 1912-1943*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 70-79 [trad. esp.: *La provincia de Buenos Aires en la política argentina, 1912-1943*, Buenos Aires, Emecé, 1987]; L. C. Alén Lascano, *Yrigoyenismo y antipersonalismo...*, op. cit., pp. 46-51; Marcela P. Ferrari, "El voto del silencio: algunas consideraciones sobre el abstencionismo en la provincia de Buenos Aires, 1913-1931", en *Cuadernos del CLAEH* 83-84(1-2), Montevideo, 1999, pp. 186-190, y Leopoldo Bard, *Estampas de una vida: la fe puesta en un ideal "llegar a ser algo"*, Buenos Aires, Talleres Gráficos J. Perrotti, 1957, pp. 122-123.

⁴⁹ D. Canton, *Elecciones y partidos...*, op. cit., p. 269.

⁵⁰ Véase, por ejemplo, *La Acción*, 23 y 24 de enero y 25 de marzo de 1928.

⁵¹ Véanse, por ejemplo, María Inés Tato, *Viento de fronda: liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, pp. 157-182, y Loris Zanatta, *Del Estado liberal a la nación católica: Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1946*, Bernal (Argentina), Universidad Nacional de Quilmes, 1996, pp. 25-56.

⁵² R. J. Walter, *The Socialist Party...*, op. cit., p. 222; Sylvia Sáiz, *Recuerdos de tinta: el diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 236-244; Robert A. Potash, *The Army and Politics in Argentina, 1928-1945: Yrigoyen to Perón*, Stanford, Stanford University Press, 1969, pp. 29-54 [trad. esp.: *El ejército y la política en la Argentina*, vol. 1, 1928-1945: de Yrigoyen a Perón, Buenos Aires, Sudamericana, 1971]; T. Halperín Donghi, *Vida y muerte...*, op. cit., pp. 205-271; P. H. Smith, "The breakdown of democracy...", op. cit., pp. 3-27, y *La Nación*, *La Prensa* y *Crítica*, 1º de junio a 8 de septiembre de 1930.

Capítulo 2

La creación de la imagen: construcción de las imágenes de Yrigoyen y Alvear

Durante la primera asunción presidencial de Yrigoyen, aun antes de que tomara en sus manos las palancas del poder, la multitud se precipitó a desenganchar los caballos de su carroza y tiró de ella a través de las calles de Buenos Aires.¹ En 1920, en la tradicional concentración que marcaba el final de una campaña, al pasar los seguidores del partido frente al balcón desde el cual Yrigoyen los saludaba, los manifestantes de la duodécima circunscripción bajaron sus banderas en señal de saludo y se arrodillaron ante el presidente.²

La devoción popular por los radicales e Yrigoyen era fervorosa y se reflejaba tanto en la suma de votos como en las manifestaciones callejeras. El estilo político del radicalismo dominó la época de la primera apertura democrática y tuvo gran repercusión a lo largo de varias décadas. No es de sorprender que ese estilo proviniera de la política argentina tradicional; los primeros líderes radicales, con escasas excepciones, eran políticos veteranos. La ley Sáenz Peña de 1912 cambió la naturaleza de la política. Por primera vez, la conquista del apoyo popular se tornaba esencial para el triunfo político. Con todo, la ruptura con el pasado es menos dramática de lo que parece. Las obras de Hilda Sabato y Paula Alonso han demostrado que con anterioridad a 1912 había en Buenos Aires una tradición de participación popular en la política.³ Aun así, hubo efectivamente un cambio: ahora era decisivo ganar la aprobación de los votantes.

Los adversarios de los radicales denunciaban con frecuencia que el partido carecía de un programa específico. Esto no significaba que no tuviera ideas sobre la manera de cosechar apoyo político o gobernar. En parte como estrategia, en parte como resultado de la percepción que tenían de sí mismos, los radicales se presentaban y presentaban a su líder, Hipólito Yrigoyen, de un modo singular que contribuía a granjear para este último una extraordinaria popularidad entre ciertos sectores de la población, además de ponerlo en el centro de lo que casi podía verse como un culto a la personalidad. La perspectiva adoptada por el ala antipersonalista de la Unión Cívica Radical no difería en exceso aunque —y no hay sorpresa alguna en ello— era menos personal.

La retórica de los radicales y de Yrigoyen es importante, y este capítulo explorará las imágenes que ellos procuraron crear. Es preciso examinar con cuidado esas imágenes, anteriores a la época de pleno desarrollo de la radio. ¿Quiénes leían la prensa radical o escuchaban los discursos en las esquinas? No podemos estar seguros. El diario yrigoyenista oficial, *La Época*, no parecía destinado a tener un gran atractivo popular, y el estilo en que estaba escrito inducía a suponer que sus lectores también leían otros diarios. Según Manuel Gálvez, su circulación no superaba los veinte mil ejemplares y ni siquiera los radicales lo leían. *La Acción*, el diario antipersonalista, parecía igualmente carecer de atractivo popular. Conforme a los datos del Departamento de Comercio de los Estados Unidos, su circulación era de veinticinco mil ejemplares en 1928.⁴ Aun cuando conociéramos la circulación de ambos diarios, ¿cuántos afiliados del partido los compraban por razones políticas pero en realidad no los leían? A diferencia de la época de Perón, cuando había pocas verdaderas fuentes alternativas de información, durante los gobiernos radicales estas eran muchas. *Crítica* y *La Prensa*, los diarios de mayor circulación, eran por momentos furiosamente antiyrigoyenistas, como lo eran otros órganos mediáticos. *La Frontera*, por ejemplo, afirmaba en 1929 que la victoria radical generaría "como principal consecuencia un predominio evidente de la mentalidad negroides".⁵ La esfera pública era un espacio disputado. Había mensajes contradictorios a disposición de quienes los buscaran, y solo las personas predispuestas a consumir el mensaje pro radical iban a ser afectadas por el punto de vista del partido.

La creación de la imagen de Yrigoyen

Los mensajes sobre Yrigoyen tenían un profundo efecto que es difícil comprender en su plenitud unos ochenta años después. En parte de los sectores populares aquel despertaba un fervor que parece casi surrealista. ¿Por qué generaba Yrigoyen ese efecto? Tanto él como el partido se beneficiaban con la imagen que ambos creaban para él. También se les atribuía el mérito de haber abierto el sistema político. La verdadera ciudadanía se debía a los radicales, e Yrigoyen personificaba el partido. El lenguaje de inclusión y democracia que en la Argentina se convirtió en el discurso político democrático fue utilizado por primera vez por el radicalismo, como lo ha señalado Daniel James. A pesar de una mitología que sostiene lo contrario, Juan Domingo Perón no fue el primero en incorporar sectores populares al sistema político.⁶ Esa incorporación tuvo sus inicios con los radicales. Muchos de los miembros de las clases populares sentían que su inclusión en el sistema político —y en el sistema social, para ser más precisos— se debía a ellos. La conquista del sufragio universal masculino gracias a los esfuerzos del radicalismo tuvo un enorme efecto y envolvió al partido en un aura especial (no es relevante, a decir verdad, que mereciera o no todo el crédito).

La conquista del derecho al voto no debe subestimarse. Pierre Rosanvallon ha sostenido que "el sufragio universal es una especie de sacramento de igualdad entre los hombres". También ha señalado que es un tipo de ruptura con el pasado. El individuo se convierte en algo realmente importante. Durante la Tercera República francesa, argumentó Rosanvallon, el sufragio universal llegó a ser la fuente última de legitimidad. En la Argentina de los radicales el sufragio masculino también definió el sistema político.⁷

Es difícil tratar de estimar cuáles eran las ideas y actitudes que encontraban eco en los habitantes comunes y corrientes de Buenos Aires, porque su recepción se constata en general a través de los escritos de activistas y periodistas. Shahid Amin ha sostenido que la recepción de la imagen de Mahatma Gandhi reflejaba los "modelos existentes de las creencias populares" y era informada por ellos.⁸ En el caso de la Argentina podemos plantear, de manera similar, que si bien los activistas escribían propaganda partidaria, las ideas que tenían alguna repercusión eran las que se ajustaban a la cosmovisión del habitante común y corriente.

El lenguaje (y yo agregaría los símbolos) era importante. Contribuía a dar forma a lo que era posible. Según escribió Gareth Stedman Jones (con referencia a los movimientos políticos): "Para ser exitoso, es decir para implantarse en los supuestos de las masas populares, un vocabulario político debe transmitir la esperanza concreta en una alternativa general y un medio verosímil de realizarla, de manera tal que los potenciales adherentes puedan pensar en función de sus puntos de vista".⁹ Los radicales fueron capaces de producir esas ideas y símbolos y construyeron una fervorosa masa de adherentes.

Muchos de los temas en los que hacía hincapié la propaganda partidaria se resumen en un cortometraje producido para contribuir a la reelección de Yrigoyen en 1928. Filme mudo con una buena cantidad de material escrito, el corto comienza por destacar la caridad personal del candidato presidencial y luego se concentra en la ayuda que su primer gobierno prestó a huérfanos, niños débiles y madres; en su combate contra la usura, y en la protección brindada a la clase trabajadora. Termina con un llamado a votar a los radicales y a Yrigoyen por la ayuda que estos dieron al votante y su familia.¹⁰

Yrigoyen se erigió por iniciativa propia en el centro del partido. Su estilo muy personalista le permitió poner las manos en todas las palancas del poder. Una de las razones fundamentales de la fractura de la UCR en la década de 1920 fue sin duda el problema de su predominio. Aun los nombres de las facciones, los personalistas (yrigoyenistas) y los antipersonalistas (antiyrigoyenistas), reflejaban las tensiones creadas por el papel francamente amplio asumido por Yrigoyen.¹¹

Como no se ajusta a ninguno de los estereotipos acerca de los políticos populares modernos, la adulación que se prodigaba a Yrigoyen es difícil de explicar. Este limitaba sus apariciones públicas y hablaba en público aun con menos frecuencia. Por ejemplo, cuando fue a Córdoba en 1915 para hacer campaña por el candidato radical a gobernador, se instaló en un hotel y no se presentó en público en ningún momento.¹² Escribió relativamente poco y su escritura es difícil de entender. No obstante, fue popular y siguió siéndolo hasta mucho después de su muerte. Su falta de visibilidad quizás haya contribuido a generar la mística que lo rodeaba. Algo semejante, tal vez, a lo que sucedía con los reyes españoles del siglo XVII, que veían una conexión entre majestad e invisibilidad.¹³

En el plano personal, Yrigoyen tenía la aptitud de cautivar a la gente. Ramón Columba cuenta que cuando un grupo de senadores antipersonalistas visitó al vicepresidente Elpidio González, este les dijo: "Ustedes saben que si el 'doctor' [Yrigoyen] me pide que ande desnudo por la calle, yo no titubeo en hacerlo".¹⁴

A pesar de su estilo poco común, Yrigoyen se ajusta con claridad a la definición de la persona carismática tal como la propone Edward Shils en su análisis de Max Weber:

De conformidad con el uso de Weber, la calidad carismática puede atribuirse a profetas y reformadores religiosos, a dirigentes políticos dominantes [...] que a través del ejemplo y la autoridad indican un modo de vida a sus discípulos. [...] La calidad carismática se atribuye a personalidades expansivas que forjan su ascendencia sobre otros seres humanos por su temperamento imponente o un estado interior ejemplar que se expresa en un porte sereno. [...] Las personas carismáticas [...] aspiran a transformaciones más grandes. Procuran romper las estructuras del accionar rutinario y reemplazarlas por estructuras de acciones inspiradas que estén "imbuidas" de las cualidades o los estados de ánimo generados por el contacto inmediato e intensivo con lo "definitivo", los poderes que guían y determinan la vida humana. La persona carismática es creadora de un nuevo orden, así como destructora de un orden basado en la rutina.¹⁵

Como veremos, Yrigoyen consideró el ascenso al poder de los radicales como una pronunciada ruptura con el pasado, y la nueva Argentina como una nación más virtuosa.

El partido concentraba sus atenciones en él y el aparato partidario lo glorificaba constantemente. *La Época* lo llenaba de continuo de alabanzas. Por ejemplo, en el cuarto aniversario de su asunción de la presidencia, publicó una serie de cartas en las que se elogiaban sus actividades.¹⁶ Yrigoyen tuvo influencia en la creación de su propia imagen; según Manuel Gálvez, el director o el jefe de redacción de *La Época* iban todas las mañanas a su casa. En ocasiones el mismo Yrigoyen proponía ideas de artículos e incluso titulares para algunos editoriales.¹⁷ Podemos suponer sin temor a equivo-

carnos que la manera como se lo presentaba reflejaba, al menos en parte, sus propios deseos y su juicio político acerca de lo que funcionaría bien en el electorado.

Se lo representaba como abnegado y piadoso. Era bien sabido que vivía austeramente en una casa alquilada y anticuada de un barrio otrora elegante. Esa casa careció de calefacción hasta sus últimos años de vida. Yrigoyen se levantaba y se acostaba temprano y nunca iba a teatros ni a fiestas. Comía con sencillez, bebía poco y usaba trajes oscuros, por lo común negros, al estilo de la década de 1880. Salvo sus amigos de juventud, nadie se dirigía a él de manera familiar, y él tampoco hablaba nunca de sí mismo. Permaneció soltero hasta el fin de sus días, aunque tuvo al menos seis hijos con varias mujeres.¹⁸

Un artículo de *La Época* del día posterior a su primera asunción de la presidencia hablaba de "la acción constante y fecunda del jefe de la Unión Cívica Radical doctor Hipólito Yrigoyen [*sic*], consagrado en todos los momentos de su vida a la obra de la reparación nacional, desde un puesto de abnegación y sacrificio, como no hubo otro en la larga trayectoria de nuestra accidentada actuación ciudadana". Según el redactor de ese mismo artículo, al llegar a la primera magistratura "no llega sin esfuerzo [...], llega después de haber padecido, en el áspero camino, las más crueles torturas. Ha sufrido, sin desmayo, la prueba del fuego. Culmina una vida de dolor y amarguras y por eso su triunfo es ejemplo y enseñanza [...]; las cruzadas [se cumplen] así".¹⁹

La Época mostraba a Yrigoyen como un hombre que había sufrido la persecución en silencio. Se decía que, en el período entre sus dos presidencias, algunos hombres que operaban en la comisaría de su cuadra lo habían hostigado e incluso planeaban matarlo. También se habían quitado las vías de los tranvías para que los vehículos no pudieran detenerse frente a su casa. Él había padecido todo esto sin emitir una queja.²⁰ Según Antonio Herrero, estaba "tan fuera de lo humano y lo corriente; es tan severa y ascética su índole, fundada en un misticismo nuevo, que podría denominarse misticismo cívico; tan raro es y singular hasta su mismo lenguaje que tiene algo de bíblico y de profético".²¹

Eran habituales las referencias a él como el apóstol de los radicales. Abraham Heller lo llamó "Defensor de los humildes, protector decidido de los obreros del pueblo, del cual dimanaban el poder y la autoridad en las

verdaderas democracias. Apóstol de una causa generosa y santa". Al describir su primera conversación con él, Leopoldo Bard dice: "Cuando salí de la casa de Yrigoyen comprendí que había escuchado la palabra y estrechado la mano del Apóstol del radicalismo".²² Las referencias al Nuevo Testamento son evidentes, pero tal vez también engañosas si se las toma demasiado al pie de la letra. Bard era judío. Tenemos aquí una adaptación del lenguaje despojado de una verdadera connotación religiosa, a la manera como los anarquistas, militantes del ateísmo, utilizaban la frase "mártires de Chicago". Los radicales habían asimilado el vocabulario católico de la mayoría.

Tal como ha señalado Marcelo Padoan, se comparaba a Yrigoyen con Jesús. Por ejemplo, Antonio Herrero escribía: "Él, como nuevo Jesús, escudado en su existencia de religioso civismo, inmaculado, intachable, desdénando la calumnia y el odio del adversario, ha penetrado en el templo de la patria y ha arrojado a latigazos a los viles mercaderes, restableciendo en su trono la soberanía popular y la integridad civil".²³ Herrero también comparaba el pensamiento de Yrigoyen con el espíritu del tao y la filosofía de Lao-tsé.²⁴

También llegó a identificarse a Yrigoyen con la nación. En un artículo originalmente aparecido en *La Voz de Quemú*, diario de La Pampa, su elogio trazaba un paralelo con la letra del Himno nacional:

Al nombre de Yrigoyen, "vencer o morir", lo mismo que en tiempos de la Independencia. [...]

¡Ciudadanos! A sacar triunfante la fórmula presidencial de la Unión Cívica Radical, porque ella significa patria, honor y grandeza, como en las estrofas del Himno nacional se perfilan y se corean las palabras de Libertad, Libertad, Libertad...

¡Argentinos! De pie... Oíd el grito sagrado de: "Yrigoyen, Yrigoyen, Yrigoyen".²⁵

El Himno nacional argentino comienza: "Oíd mortales, el grito sagrado: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!"

Otra manera de presentar a Yrigoyen es calificarlo del "más noble protector de los obreros", "padre de los obreros" y "primer obrero del país". Este último título es de particular interés, dado que en 1943 José Domenech, un dirigente de la Unión Ferroviaria, atribuyó uno similar a Juan

Domingo Perón, con quien suele identificársele. En un artículo de *La Época* sobre el Día del Trabajo, una sección titulada "Yrigoyen, padre de los trabajadores argentinos" decía lo siguiente:

El trabajador nativo y el extranjero asimilan en el ejemplo del Padre de los Obreros la síntesis generosa del patriotismo, que es labor perseverante y cívico acatamiento de las instituciones patrias. De aquella permanente preocupación del primer obrero del país, nacieron las mejoras de que hoy gozan nuestros proletarios, a cuya elevación moral y material consagra sus mejores días el doctor Hipólito Yrigoyen.²⁶

Había una conexión con los humildes. Según cuenta el intelectual anarquista Diego Abad de Santillán, durante su segundo mandato Yrigoyen iba caminando diariamente al despacho presidencial y saludaba a su paso a los vecinos y en ocasiones incluso a los anarquistas. La propaganda le atribuía haberse ganado un lugar especial como presidente de los humildes: "en cada hogar de los humildes tiene el doctor Yrigoyen un altar en cada corazón".²⁷ Las descripciones de prácticamente todas las ceremonias públicas o de las actividades de la Unión Cívica Radical hablan de estruendosas ovaciones al presidente.²⁸

Se resaltaba el papel de la caridad y la solicitud. En la década de 1880, durante su desempeño como maestro, Yrigoyen había entregado su salario a entidades de bien público. En las dos ocasiones que aceptó la candidatura a la presidencia prometió que, de ser elegido, donaría su salario a la Sociedad de Beneficencia, la organización caritativa auspiciada por el gobierno que manejaba muchas instituciones.²⁹ Rechazó la herencia de Tomasa Alem, así como rechazaba todas las herencias, a fin de que el dinero correspondiente se destinara a levantar un monumento en homenaje a ella en el cementerio de la Recoleta. Durante su segundo mandato donó cuarenta mil pesos de su propio dinero para comprar tierras en Humahuaca, Jujuy, y entregarlas a los residentes del lugar.³⁰

En una escala mucho más pequeña, Yrigoyen desempeñó un papel similar al de Eva Perón en la década de 1940. Un ejemplo entre otros: el 15 de noviembre de 1920 aquel llegó al despacho presidencial de la Casa Rosada a mediodía. Poco después, el jefe de policía le informó de los daños provoca-

dos por una inundación en la barriada obrera de Nueva Pompeya, donde ese tipo de hechos eran frecuentes. El presidente salió de inmediato con el propio jefe policial y su secretario a verificar los daños. Además de inspeccionar los destrozos producidos por la inundación y exigir que se hiciera algo para impedir futuros incidentes de esa naturaleza, visitó la basílica local y la escuela parroquial vinculada a ella. En una conversación con el rector de la escuela constató que el apoyo estatal era pequeño en relación con la cantidad de niños que asistían, por lo cual prometió incrementarlo de inmediato. Además, al enterarse de que muchos de los niños no iban a la escuela porque no tenían zapatos, y de que no pocos de los alumnos presentes los tenían muy gastados, ordenó que los talleres de la Penitenciaría Nacional los proveyesen de calzado nuevo, que él pagó de su propio peculio.³¹

Yrigoyen se presentaba como cercano a la Iglesia católica. Según Manuel Gálvez, fue el primer presidente argentino en invocar "a Dios, a la Divina Providencia y a los Evangelios en sus documentos oficiales". A juicio de Yrigoyen, no debía autorizarse al Congreso a permitir el divorcio; solo una asamblea constituyente, pensaba, podía tomar una medida semejante.³² Se hicieron intentos bastante firmes de asociar al presidente a la Iglesia católica por medio de cosas tales como su visita a la basílica y la escuela de Nueva Pompeya mencionadas en el párrafo anterior, así como su presencia, junto con los miembros del gabinete y otros funcionarios, en la coronación de la Virgen del Rosario, apadrinada por él.³³ Durante la campaña de 1928 por la reelección se hicieron llamados directos a los votantes católicos; un volante, por ejemplo, decía lo siguiente:

¿Recordáis la actitud de Yrigoyen condenando el proyecto de divorcio y sosteniendo los principios religiosos y morales del hogar argentino? [...] ¿Sabéis que para lograr ayuda electoral los contrarios de Yrigoyen han prometido incluir en sus programas el divorcio, la separación de Iglesia y Estado y otras agresiones a los tradicionales sentimientos del pueblo argentino?³⁴

La Época también prestó considerable atención a los intentos católicos de constituir un movimiento sindical. No obstante, aunque el efecto sobre el argentino común y corriente es poco claro, la jerarquía eclesiástica saludó con calidez el derrocamiento de Yrigoyen.³⁵

Los propagandistas radicales describían al presidente como extraordinariamente trabajador:

En la República Argentina hay un hombre que trabaja más que cualquier otro [...] y aun gasta dinero en trabajar gratuitamente. Es el único de los trabajadores que no cobra ni quiere cobrar. [...] Todos cobran menos él y trabaja más que todos. Este hombre [...] es incansable. [...] Trabaja y trabaja continuamente, exponiendo su bienestar, su salud y su vida sin pedir nada [...], este trabajador único [...] es su presidente don Hipólito Yrigoyen.

Durante su segundo mandato, cuando comenzaron a circular las historias sobre su senilidad, los esfuerzos por mostrarlo como un gran trabajador se redoblaron. Casi todas las tardes la primera plana de *La Época* incluía un informe sobre el trabajo realizado en la jornada por el presidente. Una descripción nada atípica rezaba: "Hasta la hora de cerrar esta edición, el Presidente de la Nación seguía trabajando aún en su despacho, desarrollando una extraordinaria labor, no teniendo ni un solo minuto de descanso en toda la tarde".³⁶

Conforme a los retratos que de él se hacían, Yrigoyen era quien confería derechos al pueblo argentino. En un manifiesto redactado por los comités radicales de dos departamentos de Corrientes durante una campaña política llevada adelante bajo la intervención federal, el presidente da al pueblo sus derechos: "En la gran campaña que se avecina, bajo las garantías que nos dará el jefe ilustre, don Hipólito Yrigoyen, la Unión Cívica Radical luchará por las ideas y no por los hombres". Tras exponer un programa, la declaración termina con un llamado a la lucha por el progreso social, económico y político, "bajo la bandera sin manchas del radicalismo argentino, que es el partido de los peones y obreros, de los estudiantes y maestros, de los hombres honrados y democráticos y que no tiene más jefe que el eminente estadista americano don Hipólito Yrigoyen".³⁷

Se dejaba ver que la derrota de los antipersonalistas significaba la transformación de la nación: "Doblamos el año 28 y parece que nos separamos, no por un día sino por un siglo de los hombres nefastos y las cosas inenarrables que actuaron y sucedieron en él. [...] Tan grande fue el delito

y horrores cometidos, que aun no ha podido el nuevo gobierno poner en orden total la administración".³⁸

Detrás de estos sentimientos podían entreverse la historia de la Unión Cívica Radical y la del propio Yrigoyen. Los radicales se habían situado por encima de la batalla política; se negaban a dejarse manchar por un mundo político que, a su entender, estaba lleno de sordidez. Solo ellos abogaban por la buena política y los buenos procedimientos electorales. Había un amplio consenso en percibir —y hasta cierto punto la percepción era acertada— que la apertura del sistema político se había debido a la presión ejercida por el radicalismo. Al llegar al poder, el partido acarrea consigo ese gran capital político. Las prácticas del viejo sistema no lo habían mancillado, y sus propios esfuerzos alumbraban el nacimiento del nuevo sistema. Un editorial de *La Época* de agosto de 1920, por ejemplo, hablaba del sufrimiento que el partido había tenido que superar: "verdadera vía crucis del patriotismo. [...] La Unión Cívica Radical tuvo que soportar al seguir la senda recta que se había trazado, las injurias, las blasfemias, las calumnias", pero tras ello la república renovada generaba una sociedad de plena libertad y admirada por todos.³⁹ Gracias a la conquista del auténtico sufragio masculino, los radicales habían renovado el país.

Solo durante la presidencia de Alvear, mientras Yrigoyen se aprestaba a postularse a la reelección, vemos la elevación consumada de este último a la categoría de santo secular. Es muy probable que, a medida que se avecinaban las elecciones y la ruptura con los antipersonalistas adquiría un perfil definitivo, hubiera menos razones para restringirse. Con anterioridad, la atención excesiva prestada a Yrigoyen había caído mal entre ciertas figuras del partido, pero cuando estas rompieron con él, solo quedaron quienes se sentían cómodos con su acrecentado protagonismo. Durante 1927 y los años siguientes vemos que *La Época* se concentra cada vez más en Yrigoyen. Este se convierte, más que nunca, en una figura de dimensiones épicas, que encarna las virtudes patrióticas y tiene una relación especial con el trabajador. Si bien iniciado durante la campaña presidencial de 1927-1928, este proceso se intensificó aún más a lo largo de su segunda presidencia.⁴⁰ Poemas de calidad bastante dudosa cantaban sus alabanzas. El poema siguiente, titulado "Al gran presidente argentino Dr. Hipólito Yrigoyen", es una muestra típica:

El país se engalana con tu nombre triunfante
y la Patria te exalta con justicia y amor,
porque siempre tu lema fue ¡adelante!
y tu credo nobleza, ideal y calor.

Yo que supe jugarle con el pueblo un instante,
aprendí de tus labios la palabra mejor,
la palabra que dice: una patria brillante
dejaré como herencia de mi esfuerzo y honor.

Los obreros de toda la región argentina
hoy bendicen tu nombre y la acción que culmina
en supremo progreso de esta inmensa Nación.

La Nación que mañana juzgará tu memoria
con la página límpida de su nítida historia
para quien fue un apóstol y eminente varón.⁴¹

¿Cómo pueden explicarse la retórica y el comportamiento de Yrigoyen? Algunos han postulado la influencia del filósofo alemán Karl Christian Friedrich Krause, según la difundiera el español Julián Sanz del Río. Hay paralelos nítidos, incluida la idea de un movimiento identificado con la nación. También es probable que el estilo austero de Yrigoyen tuviera su origen en el de los seguidores de Sanz del Río, que se vestían de negro y evitaban los cafés y los teatros. No obstante, Yrigoyen no promovió las ideas de Krause ni se proclamó seguidor de este.⁴² La influencia, al parecer, es mucho más estilística que práctica. Podríamos decir que el estilo de Yrigoyen se amoldaba a su personalidad, y él se mostraba sumamente consciente de lo que parecía atraer al público argentino.

Su papel en la expansión de la ciudadanía era bien recibido por muchos. Su imagen cuidadosamente construida le granjeaba popularidad. Sus donaciones a la beneficencia, su supuesto sufrimiento y su estilo austero consonaban con la herencia católica del país. Aun quienes no eran católicos practicantes habían asimilado la imagen. Sobre todo, Yrigoyen parecía preocuparse por el ciudadano común y corriente, y ese es un aspecto que no debe subestimarse.

Cuesta encontrar en la época una figura política argentina que pudiera compararsele. La más obvia tal vez sea la de Alfredo Palacios, un político de estilo muy diferente. Abogado socialista de tendencias bohemias, Palacios era una figura carismática en un sentido más tradicional. Con la reputación de ser un gran orador, lucía un frondoso y amplio mostacho y llevaba ladeado el sombrero, a menudo acompañado por una chalina sobre el hombro. Tenía fama de mujeriego, libró varios duelos y era nacionalista. Ofrecía su amistad a hombres de todos los partidos y ejercía gratuitamente su profesión de abogado entre los pobres. Una de sus constantes era regalar dinero. Sin embargo, su independencia y su talante limitaban su efecto político. En 1915 fue expulsado del Partido Socialista por aceptar batirse a duelo, y solo se reincorporó a él en 1930. Su fracción, el Partido Socialista Argentino, tuvo un desempeño bastante bueno en las elecciones legislativas de 1916 y 1918, pero, aunque a Palacios le fue mejor que a sus correligionarios, ni siquiera él pudo ganar una banca. En 1916 cosechó más de treinta y tres mil votos, en tanto que los demás integrantes de la lista obtuvieron entre siete mil y nueve mil. Un estudio ha indicado que sus seguidores no provenían de los medios obreros. Sin un aparato político de magnitud, Palacios no podía llevar nada adelante. Aun así, su carisma fue suficiente para permitirle resurgir como una importante figura política en los años treinta y otra vez, aunque brevemente, en la década de 1960.⁴³

En algunos aspectos es más adecuado comparar a Yrigoyen —si bien ambas figuras eran muy distintas— con el poeta popular Almafuerte (Pedro B. Palacios, 1854-1917). Este se dirigía constantemente a su adorada chusma y escribía sobre el cristianismo de una manera anticatólica. Vivía solo y en la pobreza. Entregaba gran parte de su salario a los pobres y no iba a fiestas. Cuestionaba sin descanso la autoridad y a quienes no cumplían con su deber. Sus versos atraían a grupos diferentes. A los jóvenes radicales de la década de 1890 les gustaba uno, a los anarquistas otro y a los socialistas, un tercero. Almafuerte ejercía un profundo efecto sobre los estudiantes y los medios intelectuales del anarquismo y el socialismo. Roberto Giusti, al hablar de sus días de estudiante a comienzos del siglo XX, cuenta una conversación en la cual un amigo propuso que Almafuerte enseñara ética y metafísica en la universidad. La razón que aducía era simple: "Porque es un gran tipo que dice malas palabras... Se necesitan hombres como él". En un discurso pronunciado en el Senado en 1938, Alfredo Palacios dijo:

"Nuestro gran Almafuerte es un poeta de índole metafísica y de carácter ético apostólico. [...] El dolor multitudinario fue su propio dolor; amó a los oprimidos, a los perseguidos; vivió para ellos y murió entre ellos". En la década de 1960 un crítico lo comparó con san Francisco de Asís. Un testimonio mucho más elocuente de su ascendiente es tal vez el hecho de que la primera plaza de Berisso, un suburbio de clase obrera en las afueras de La Plata, se bautizara con su nombre en 1937, y que en ese mismo lugar se levantara una estatua en su homenaje en 1943. Según cuenta Danny James, una mujer trabajadora residente de Berisso, María Roldán, escribió en 1947 un poema en el que se advierte una gran influencia de Almafuerte. Su impacto en el alma popular fue profundo. Las razones por las que este hombre y su poesía llegaron tan bien al corazón de muchos no son fáciles de desentrañar.⁴⁴ Pero la imagen de inclusión, sufrimiento, caridad y vida austera atraía a muchos, tal como lo hacía la imagen de Yrigoyen.

En Uruguay y Chile la apertura y "modernización" del sistema político durante las primeras dos décadas del siglo XX produjeron líderes de dimensiones monumentales que pueden compararse con Yrigoyen. En la superficie, José Battle y Ordóñez, presidente del Uruguay entre 1903 y 1907 y entre 1911 y 1915, se le asemejaba. En lo simbólico sus diferencias pueden resumirse en la actitud de Battle después de la ceremonia de entrega del poder a su sucesor en 1907. A diferencia de lo sucedido con Yrigoyen, cuando la multitud quiso desenganchar los caballos de su carruaje y tirar de él, Battle se negó a permitirlo, bajó del vehículo y se fue caminando a su casa. Al igual que Yrigoyen, entabló una estrecha relación con elementos del movimiento sindical, respaldó algunas huelgas y manifestó abiertamente que los trabajadores tenían derecho a la huelga. Su apoyo al movimiento obrero, si bien inconstante, parece haberlo sido menos que el de su par argentino. Compartía con este, sin embargo, la aversión a regularizar la relación de los sindicatos con el Estado. Battle también dependía de un partido político bien organizado, el Colorado, y el uso en gran escala del patronazgo. Las oportunidades de practicarlo aumentaron con la rápida expansión de la esfera de influencia del Estado, incluyendo los comienzos de un sistema de previsión social. Battle tenía la ventaja de encabezar uno de los dos partidos tradicionales, aunque el hecho de ser el líder de una organización de tradición no ideológica implicaba que siempre tuviera una oposición poderosa dentro de ella. No obstante, el Colorado había sido el

partido político dominante por décadas con anterioridad a su presidencia, y durante su primer mandato el Partido Blanco, de oposición, fue militarmente aplastado.⁴⁵ La visión que Battle tenía del tipo de sociedad que quería para Uruguay era más clara que la que Yrigoyen tenía para la Argentina.

En Chile la apertura política fue obra de Arturo Alessandri, quien, a través de sus campañas personales, rompió con la tradición, pero la eficacia de sus llamados a la clase obrera fue limitada debido a que los analfabetos no votaban. Aun así, su magnética personalidad y su capacidad oratoria le permitieron ganar unas reñidas elecciones presidenciales en 1920. Una vez en el cargo se dedicó a recorrer fábricas y hablar a los trabajadores. También intervino en huelgas a favor de estos. Según veremos, pese a estas acciones enfrentó, como su par argentino, una oleada constante de agitación y violencia laborales; apenas un poco después que Yrigoyen, perdió la paciencia con las huelgas y ordenó sofocarlas. Alessandri no logró mucho en el plano político debido a un estancamiento en las negociaciones con el congreso y a la oposición de facciones claves del ejército. La resonancia que consiguió con la apertura del sistema político, junto con su estilo personal y sus aptitudes como orador, le permitieron dejar una profunda huella, a despecho de la falta de anclaje político. Sus creencias políticas parecían basarse en gran medida en lo que le resultaba funcional. Alessandri pasó de las creencias tradicionales a una postura reformista para volver luego a posiciones conservadoras. Aun así, debido a su carisma y su protagonismo en la apertura del sistema político, obtuvo la reelección presidencial en 1932 y su hijo asumió la presidencia en 1958. Alessandri se ajusta mucho mejor que Yrigoyen a la imagen tradicional del político carismático.⁴⁶

Más allá de la imagen de Yrigoyen

La popularidad de Yrigoyen y su partido no se basaba del todo en la imagen; también dependía de cuestiones concretas. La creación de lazos entre líderes y seguidores es un hecho complejo que incluye aspectos materiales, culturales e ideológicos. Como ha afirmado Ariel de la Fuente en su excelente trabajo sobre los caudillos decimonónicos: "Los intercambios materiales se producían en un contexto de apego emocional e identificación

cultural entre los líderes y sus seguidores, un lazo construido en parte por medio de las representaciones que los segundos tenían de sus caudillos".⁴⁷

Yrigoyen y los radicales apelaban al nacionalismo de sus conciudadanos. En sus campañas, la UCR utilizaba gauchos a caballo e imágenes similares como una referencia al pasado semimítico del país.⁴⁸ Una manera clave de atraer los sentimientos nacionalistas consistía en aludir a la postura independiente de Yrigoyen en materia de política exterior. En ese aspecto, fue particularmente digna de nota la beligerante neutralidad argentina en la Primera Guerra Mundial, durante la cual Yrigoyen exigió con energía que ambos bandos tuvieran en cuenta los intereses del país, sobre todo cuando se produjeron incidentes ocasionados por la guerra naval. El presidente también se negó a permitir la participación argentina en la Sociedad de las Naciones a menos que se admitiera en ella a todos los países, incluidos los derrotados. La Argentina tenía una política exterior independiente y parecía abogar exclusivamente por sí misma.⁴⁹ De ordinario, este nacionalismo no caía en la xenofobia a pesar de algunas importantes excepciones, sobre todo los hechos de la Semana Trágica de 1919 y las masacres de la Patagonia en 1921 y 1922. En ambos casos, los extranjeros se convirtieron en los principales blancos y en chivos expiatorios.

No obstante, ambas facciones de los radicales procuraron granjearse el apoyo electoral de varios grupos de inmigrantes y sus descendientes, entre ellos judíos, italianos, españoles y sirio libaneses. Por ejemplo, durante la campaña de 1928 se crearon comités especiales de judíos en apoyo de los candidatos presidenciales de los dos sectores del radicalismo; uno de esos comités tenía la misión de publicar un periódico.⁵⁰ Los dueños de almacenes, mayoritariamente españoles, tenían una relación especial con los radicales en Buenos Aires.⁵¹ La contradicción entre el nacionalismo y las convocatorias a las comunidades de inmigrantes no es tan grande como parece a primera vista. Los hijos de extranjeros nacidos en el país solían ser orgullosos patriotas argentinos. Las escuelas hacían un buen trabajo en la inculcación del nacionalismo. La mayoría de las proclamas nacionalistas no eran del tipo que los extranjeros considerarían necesariamente repugnante.

Yrigoyen siempre trató de mantener contactos personales. En 1920, por ejemplo, recibió a una delegación de trabajadores del arsenal naval que solicitaban un aumento salarial. Después de hablar con el director del arsenal, el presidente prometió que el nuevo presupuesto contemplaría ese

aumento. De manera similar, participó en una iniciativa de la Asociación Argentina Amateurs de Football para establecer un torneo con equipos de la capital y el interior, cuyo ganador se adjudicaría la "Copa Presidente de la Nación". Según *La Época*, lo hizo porque estaba dispuesto a respaldar cualquier iniciativa "tendiente a la vinculación patriótica del pueblo argentino, al mantenimiento de la argentinidad". En un hecho nada infrecuente, un día de enero de 1929 recibió a tres delegaciones obreras.⁵²

La confianza depositada en un enfoque personalista, más que en una burocracia, puede constatarse en la manera como Yrigoyen utilizaba a los jefes de policía de Buenos Aires como sus intercesores preferidos ante el movimiento obrero. Esas autoridades policiales actuaban como sus confidentes, en lo que parecía un regreso a prácticas tradicionales donde el poder de la policía y la actividad política se mezclaban. En su juventud, el propio Yrigoyen había sido comisario. En un ataque lanzado en la época contra el sistema político, Rafael Bielsa decía: "Los llamados jefes de policía no son, en general, sino comisarios de campaña que actúan en gran escala, pero con los mismos vicios orgánicos, la misma falta de idoneidad que aquellos otros".⁵³ Como veremos, era habitual que los jefes policiales negociaran con los sindicatos. Por ejemplo, una huelga en la refinería de la West Indian Oil Company de Campana terminó gracias a la intervención tanto del jefe de la policía de Buenos Aires como del intendente de esa ciudad. Campana está a casi ochenta kilómetros al noroeste de la capital y, por lo tanto, muy lejos de su jurisdicción.⁵⁴

La trayectoria de Elpidio González, confidente de Yrigoyen, resume esa política de recurrir a los jefes de policía. González pasó de ser ministro de Guerra a presentarse sin éxito como candidato a la gobernación de Córdoba; designado jefe de la policía de Buenos Aires durante la crisis de la Semana Trágica de 1919, mantuvo ese cargo, con la excepción de un breve intervalo, hasta muy poco antes de su elección como vicepresidente de Alvear. Durante la segunda presidencia de Yrigoyen fue ministro del Interior. Uno de sus predecesores, Julio Moreno, pasó de jefe de la policía de Buenos Aires a ministro de Guerra.⁵⁵

El uso del comandante de policía como un crucial operador político no se limitaba a la capital. En 1929, por ejemplo, Manuel Alfaro dominaba en La Rioja una de las facciones claves de la Unión Cívica Radical. Había llegado a la provincia a raíz de una intervención decretada por Yrigoyen y

era jefe de policía de Famatina, donde construyó la base de su poder político. Pero seguía dependiendo de la ayuda del gobierno nacional. Para que pudiera comenzar la campaña electoral de 1930, este le otorgó veinticinco mil pesos y treinta y ocho puestos de trabajo.⁵⁶

La idea de que el poder era individual y personalista y carecía de restricciones formales era crucial en la utilización de los jefes policiales como operadores políticos. En el centro de una red de conexiones personales estaba el propio Yrigoyen, un hombre que no había olvidado su experiencia como comisario. Los jefes policiales contaban, y su importancia tenía poco que ver con el combate del delito. La participación directa generaba vínculos personales y favores que era preciso devolver.

¿A qué otros factores concretos podemos adjudicar la popularidad de Yrigoyen y los radicales entre sectores de las clases media y obrera? El mal definido concepto de obrerismo era crucial. Los grupos opositores a menudo usaban el término de manera despectiva, pero la táctica parecía haber encontrado eco en la audiencia a la que estaba dirigida, las clases populares nativas. ¿Qué era el obrerismo? La idea de que los radicales, y sobre todo Yrigoyen, tenían una relación especial con la clase obrera, aunque Alvear, o al menos los antipersonalistas, también se valieron del concepto. Las relaciones de clase no debían basarse en el conflicto (a diferencia de la idea del socialismo), y existía en cambio cierto paternalismo. Yrigoyen y su partido suscitaban la impresión de que los trabajadores eran el objeto de su preocupación. Por primera vez, desde la sede del poder se cortejaba activamente a la clase obrera. La naturaleza de los intentos de seducción varió con el tiempo, pero el deseo de mantener una relación *ad hoc* persistió. No se encaró ninguna tentativa importante de formalizar la relación entre el Estado o el partido y los sindicatos. Si bien se presentaron propuestas para definir legalmente el vínculo entre los sindicatos y el gobierno, queda la impresión de que no se hicieron grandes esfuerzos para llevarlas a la realidad.⁵⁷

Como veremos en los próximos capítulos, Yrigoyen dependía de sus lazos personales con los dirigentes sindicales. Con frecuencia estos se reunían sin intermediarios con él. De ese modo se garantizaba una conexión personal que muchas veces se transformó en una profunda lealtad a la persona. Francisco García, veterano líder de la Federación Obrera Marítima, trabajaba bien con Yrigoyen y siguió siendo leal a él pese a los persistentes esfuerzos de los antipersonalistas por atraerlo a su lado. Cuando García

murió en marzo de 1930, el ministro del Interior y ex vicepresidente, Elpidio González, asistió a su velatorio, un gesto sin precedentes en la época.⁵⁸

Las prendas simbólicas de la consideración en que Yrigoyen tenía a los trabajadores eran importantes. El presidente los reconocía como integrantes del cuerpo político. Una delegación de la Sociedad Rural, que representaba a muchos de los más grandes terratenientes, acudió a ver a Yrigoyen en relación con una huelga en los frigoríficos. El presidente no la recibió, y *La Nación*, diario del *establishment*, lamentó que no hubiera tenido con ellos la misma consideración que con los dirigentes de la huelga, a quienes recibía y despachaba con fuertes ataques contra las compañías.⁵⁹

Es indudable que parte de la estrategia del obrerismo era la respuesta dada a las huelgas y los sindicatos, que examinamos en los próximos capítulos. La tolerancia de Yrigoyen ante algunos paros en los años previos a la huelga general de mediados de 1921 era parte de esa táctica, como lo fue su relación con organizaciones sindicales claves en años ulteriores. En los sentimientos expresados por algunos políticos podemos ver su impacto potencial. Un diputado radical personalista sostuvo en agosto de 1924: "En materia social, el doctor Yrigoyen ha hecho verdadero radicalismo, algo así como lo intentado por el radicalismo socialista de Francia. Y sin ir más lejos, recuerdo a los diputados de la izquierda su comportamiento con respecto a la mayor huelga marítima...". También podemos verlo en el apoyo dado a Yrigoyen por algunos sindicatos durante el golpe de septiembre de 1930.⁶⁰

Además, se hacían gestos a la clase obrera que en algunos casos solo tenían valor simbólico, mientras que en otros su repercusión era significativa. En 1927, por ejemplo, tras un gran accidente ferroviario, los sindicatos organizaron el funeral de los trabajadores muertos. Asistieron a él Alvear y su ministro de Obras Públicas, Roberto M. Ortiz. También se presentó el vicepresidente Elpidio González, pero sus palabras indicaron que no estaba allí en ese carácter: "Vengo en nombre del Comité de la Capital de la UCR que reconoce como jefe único e indiscutible al doctor Hipólito Yrigoyen, gran amigo y protector entusiástico y decidido de los ferroviarios".⁶¹

Los radicales podían afirmar, como hizo *La Época* en octubre de 1917, que el conflicto entre capital y trabajo tenía lugar por primera vez bajo la mirada severa pero imparcial del gobierno. En ocasiones, ese tipo de gestos podía tener un efecto real. Herrero transmitió la réplica de Yrigoyen

a quienes le pedían que utilizara el ejército para poner fin a una huelga ferroviaria: "que los privilegios han concluido en el país y que de hoy en más, las fuerzas armadas de la Nación no se moverán sino en defensa de su honor y de su integridad".⁶² El gobierno yrigoyenista contribuyó además a establecer una gran cooperativa de consumo para los empleados de los ferrocarriles estatales.⁶³ Estos gestos tenían importancia, ya que indicaban o pretendían indicar un interés por los trabajadores.

Los intentos de la Unión Cívica Radical y el gobierno de aliviar algunos de los problemas más inmediatos de los pobres también pueden considerarse una muestra de obrerismo. La Primera Guerra Mundial trajo desocupación e inflación. Los precios de los alimentos se dispararon un 60% entre 1916 y 1920; el pan de segunda calidad costaba 23 centavos el kilo en 1914 y 42 centavos en 1920. El partido y luego el gobierno tomaron medidas. Ya en 1913 el partido vendía el "pan radical", más barato y de menor calidad que el despachado en los comercios. Aun después de la llegada del radicalismo al poder, su pan se vendía en mercados municipales y panaderías de propiedad de afiliados. El gobierno estableció precios fijos para la venta de trigo a los molineros y de harina a los panaderos; el pan se vendía en todo el país a 30 centavos el kilo. Para contrarrestar una repentina alza de los precios del azúcar, un decreto oficial prohibió nuevas exportaciones del producto, dispuso la expropiación de grandes cantidades por medio de medidas legislativas y suprimió los aranceles al azúcar importado. El producto se vendía al público a bajo precio en mercados públicos y comisarias de policía. La policía trataba de garantizar que aun los más pobres recibieran una cuota justa. El gobierno anunció su intervención en el mercado azucarero con un estilo característico. En Buenos Aires aparecieron carteles divididos en dos partes. En una de ellas, un trabajador estaba sentado ante un plato con solo dos terrones de azúcar; en otro, el mismo trabajador tenía frente a sí un bol lleno. La leyenda en el cartel proclamaba: "Gracias a la acción del gobierno radical el precio del azúcar bajó de 90 a 43 centavos el kg."

Mediante la presión ejercida sobre los fabricantes, el gobierno obtenía zapatos baratos para vender. El intendente de Buenos Aires dispuso la venta de calzado y trajes económicos a los empleados municipales y puso en marcha una cooperativa de consumo. También ofrecía en venta

sobretodos a precios reducidos. Hizo arreglos para que llegara carne más barata a la ciudad y procuró que en los mercados se anunciaran los precios, a fin de que los consumidores pudieran encontrar con mayor facilidad las mejores ofertas. A juicio de los radicales, desde un punto de vista político los beneficios eran superiores a los costos que debían pagarse en las zonas azucareras y otros lugares.⁶⁴

De manera similar, el gobierno respondió a la suba de los alquileres en la capital y la agitación política concomitante. En 1916 el alquiler mensual promedio de un departamento de un ambiente era de 15,94 pesos; aumentó a 21,14 en 1917, a 28,66 en 1919 y a 37,77 en 1920. En respuesta, una ley sancionada en junio de 1921 congeló los alquileres en todo el país por dos años en el nivel que tenían el 1° de enero del año anterior.⁶⁵ Es difícil juzgar el efecto general de estas medidas sobre un costo de vida en constante aumento, pero resulta claro que los gestos, considerados en conjunto, no pasaban inadvertidos para las clases populares urbanas. Es muy probable que las medidas tomadas contribuyeran a crear un vínculo emocional entre las clases populares y los radicales.

El radicalismo se valió efectivamente de gestos legislativos para ganar apoyo. En 1919 y 1921 la administración presentó proyectos de ley para regular tanto los sindicatos como el conflicto laboral. Ninguno de ellos salió de las comisiones. ¿Hasta qué punto eran serios los radicales? La legislación propuesta era impopular en el movimiento obrero organizado, y en 1919 la confederación FORA IX amenazó con declarar una huelga general. En 1921 los radicales tenían mayoría en la Cámara de Diputados pero nunca presentaron los proyectos en el recinto, lo que indica su falta de interés al respecto.⁶⁶ Se mostraron más interesados en las leyes destinadas a audiencias determinadas. En 1919, por ejemplo, se reformó la caja de jubilaciones de los trabajadores ferroviarios con el apoyo de los sindicatos claves y la patronal, que se habían opuesto al proyecto original. Se encaró otra reforma en 1921 a fin de crear un fondo para la construcción de casas para los ferroviarios y aliviar de ese modo la indiscutible escasez de viviendas decentes y a precios accesibles.⁶⁷ Los otros componentes principales de ese paquete legislativo que se sancionaron fueron una ley de jubilaciones de 1921 para los trabajadores de los servicios públicos y un proyecto de 1918 que intentó controlar (en gran medida sin éxito) el trabajo doméstico en la capital. Los radicales

propusieron un torrente de leyes laborales en 1921 y 1922, pero a pesar de lo que parecía ser un intenso interés de muchos sectores, ninguna de ellas se sancionó durante el gobierno de Yrigoyen. Una versión del gran programa de previsión social presentado por este último, pero aprobado en el gobierno de Alvear, generó una ola de protestas tanto de trabajadores como de empleadores. Como veremos en el capítulo 4, nunca se lo implementó de manera efectiva.⁶⁸

La administración de Alvear, pese a sus problemas para conseguir la sanción de los proyectos de ley en el congreso, tuvo algún éxito con la legislación laboral: la creación de una caja de jubilaciones para los empleados bancarios, una ley que obligaba a pagar los salarios en dinero y no en bienes, otra destinada a proteger a las mujeres y los niños que trabajaban en fábricas y una más que ponía fin al trabajo nocturno de los panaderos. En la segunda administración de Yrigoyen se promulgó una ley que imponía la jornada laboral de ocho horas.⁶⁹

Es difícil decir hasta qué punto se pretendía que estas leyes se cumplieran. El organismo encargado de velar por su cumplimiento, el Departamento Nacional del Trabajo (DNT), se quejaba en 1926 de que contaba con menos recursos, incluyendo el personal, que en 1914, pese a tener mucho más que hacer. La dotación de personal se mantuvo sin cambios entre 1920 y 1927, pero dos fuentes difieren en cuanto a si el DNT tenía más personal en 1914 o en 1929.⁷⁰

El efecto de la legislación en la vida de los trabajadores quizás haya sido limitado, pero los gestos seguían siendo importantes. El gobierno daba la impresión de preocuparse. El espíritu de los radicales puede advertirse en un discurso pronunciado por el senador Pablo Torello, un miembro del partido de la provincia de Buenos Aires:

Yo le diré al señor senador [Mario Bravo, senador socialista de la capital] que la única esperanza que tienen los obreros del país, hoy, lo está en la obra constructiva que hicimos cuando se proyectaron y sancionaron las leyes de jubilaciones ferroviarias, las de escalafón ferroviario, la de jornada de trabajo. [...] Que fuimos nosotros los únicos capaces de iniciar una política de protección al obrero en el país con la eficacia que es conocida.⁷¹

Cuando Pedro Bidegain, el caudillo radical de la sexta sección electoral de Buenos Aires, fue homenajeado al final de su mandato legislativo, se lo elogió como una persona entregada a la solución de los problemas de los obreros.⁷²

Los radicales, y en especial Yrigoyen, estaban en sintonía con grandes sectores de las masas. Ayudaban cuando hacía falta ayudar y lograron que muchos identificaran el partido con la nación misma. Yrigoyen creó una imagen de sí mismo como una persona piadosa, austera, sobria y preocupada por los pobres. La atracción que despertaba no es necesariamente evidente unas ocho décadas después, pero era real. Llegaba al corazón de millones. ¿Por qué?

Émile Durkheim señaló: "Vemos que la sociedad transforma constantemente cosas ordinarias en sagradas. Si alguien se enamora de un hombre y cree que ha encontrado en él las principales aspiraciones que lo mueven [...], ese hombre será elevado por encima de los demás y, por decirlo así, se lo divinizará". Barry Schwartz ha sostenido que George Washington llegó a ser un héroe tan grande, aun en sus propios tiempos, porque personificaba el arquetipo heroico de su sociedad. Se puede sostener algo similar con referencia a Yrigoyen, aunque este tuvo probablemente mayor participación que Washington en la conformación de su propia imagen. Su austeridad y sus obras caritativas evocaban el *ethos* católico vigente en su época, cuando la influencia de la Iglesia estaba en aumento.⁷³ La austeridad también era un motivo de atracción para quienes estaban influidos por la cultura del anarquismo y el socialismo. Yrigoyen también encarnaba en su persona el logro de una verdadera ciudadanía e igualdad. Su éxito se debía en parte a su sinceridad. Parecía considerarse en los mismos términos en que se lo describía. Al parecer, se preocupaba por la persona común y corriente y por la nación, y al mismo tiempo se mostraba abnegado. También inspiraba orgullo. Esto daba a la Unión Cívica Radical un lugar especial en el paisaje político. La semejanza con el discurso público sobre Juan Domingo Perón es grande, pero a este último nunca se lo presentó como piadoso; ese carácter de santidad se reservaba para Evita, que, en cambio, no era ascética. El matrimonio Perón se apoyó en las tradiciones retóricas y simbólicas del radicalismo, pero es importante recordar que los radicales nunca controlaron el discurso político como lo hizo el peronismo.

Alvear

Alvear era una figura muy diferente a Yrigoyen. Su modo de vida distaba de ser austero. Miembro de una familia sumamente rica, disfrutaba de su riqueza y aun ya presidente siguió llevando una buena vida. Solía caminar por la Avenida de Mayo hasta el café Tortoni para escuchar recitales de poetas, paseaba por la elegante calle Florida e iba a nadar a Mar del Plata. Según Félix Luna, asistía a una enorme cantidad de ceremonias oficiales porque, a su juicio, hacerlo constituía una parte clave de la tarea de un presidente. Alvear encarnaba el concepto de comportamiento antipersonalista. Tenía un estilo poco dado a las interferencias y permitía que sus ministros actuaran según su propio criterio. Algunos han atribuido esa actitud al deseo de llevar adelante un gobierno de estilo "europeo" —esto es, dar poder al gabinete ministerial—, pero no está claro en absoluto lo que Alvear hacía con gran parte de su tiempo.⁷⁴ Ni siquiera en las columnas de la prensa adicta se lo presentaba como alguien involucrado en actividades políticas durante largos períodos. Es posible que hiciera mucho entre bastidores. Aun así, los ministros de su gabinete estaban con frecuencia en pugna; resultaba difícil discutir la política de la administración porque parecía haber más de una. No es evidente en modo alguno cuánto quería gobernar realmente Alvear.

El presidente prefería valerse de la burocracia. En muchos aspectos, no podía apelar al personalismo. Su base de apoyo existía porque él estaba dispuesto a compartir el poder y porque no era Yrigoyen. Como ambos y sus seguidores eran miembros de la Unión Cívica Radical, no debe sorprendernos demasiado que compartieran ideas y modos de expresarse.

Algunos incidentes relacionados con esa procedencia común ya se han examinado. Los alvearistas también intentaron usar el obrerismo. A pesar de su reputación en contrario, el capítulo 6 pondrá en evidencia que, en algunas áreas, la administración de Alvear fue mucho más allá que la de Yrigoyen en el intento de establecer una relación regular con el movimiento obrero, y en especial con los ferroviarios. Las contradicciones internas de la administración, empero, socavaron los esfuerzos hechos en otros ámbitos, como el puerto de Buenos Aires. De todos modos, es un hecho que el gobierno procuró apelar a los sindicatos en busca de apoyo.

Como su predecesor, Alvear hizo gestos para demostrar que se preocupaba por las clases populares. Por ejemplo, después de visitar los talleres estatales instalados a la vera del Riachuelo, ordenó que se trazara un plan de construcción de casas para alquilarlas a bajo precio a los obreros.⁷⁵ También mantenía reuniones regulares con delegaciones sindicales, aunque probablemente con menos frecuencia que Yrigoyen, porque en muchos casos dejaba la tarea en manos de sus ministros. En 1927, por ejemplo, se reunió con representantes de La Fraternidad, el sindicato de maquinistas y fogoneros de los ferrocarriles, y las compañías ferroviarias, para llevar a buen puerto un convenio sobre aumentos salariales.⁷⁶ Alvear también decretó que el 1º de Mayo, Día del Trabajo, sería feriado para los empleados del Estado.⁷⁷

A diferencia de los personalistas, sin embargo, los antipersonalistas carecían de aptitud para lo simbólico. Cuando Alvear hizo una recorrida por la fábrica Águila, que elaboraba cafés y chocolates, uno de los miembros de su comitiva era Joaquín Anchorena, cabeza de la Asociación del Trabajo, una organización contraria a los sindicatos.⁷⁸

La administración alvearista, sobre todo mientras José Tamborini fue ministro del Interior (1925-1928), no temía los grandes gestos que, con escaso costo, apuntaban a complacer a gran cantidad de integrantes de las clases populares. El indulto presidencial a Eusebio Mañasco es un buen ejemplo de ello. Mañasco, líder de un sindicato que representaba a los trabajadores de las plantaciones de yerba mate de San Ignacio, Misiones, había sido sentenciado a prisión perpetua por el asesinato de Allan Stevenson en 1921. Sus partidarios afirmaban que lo habían condenado sobre la base de un testimonio obtenido con apremios. En 1927, la USA, la confederación gremial del sindicalismo revolucionario, lanzó una campaña para forzar a la Corte Suprema a anular la sentencia o hacer que Alvear indultara al condenado. La agitación ganó en intensidad y se combinó con las movilizaciones contra la ejecución de Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti en Massachusetts. Casi toda la izquierda se unió a las campañas y en febrero se realizó una gigantesca manifestación. El aparato político antipersonalista estaba claramente a favor de la libertad de Mañasco. La cobertura de *La Acción*, el diario antipersonalista, propiciaba liberarlo, y una vez que la Corte Suprema se limitó a reducir su condena, el indulto pareció ser la única salida posible. Una convención de antipersonalistas

de la capital presionó para que se lo decretara. Alvear recibió a una delegación de la USA, cuyos integrantes pidieron que se otorgara un indulto, junto con los que tradicionalmente se sancionaban el 9 de julio, Día de la Independencia. Al cabo de la reunión, los delegados expresaron su certeza de que Mañasco sería liberado. Se habló de una huelga general, pero *La Acción* afirmó que "los obreros del país tienen profunda fe en el presidente. No se trata de una devoción idolátrica y sentimental, que resultaría deprimente por su incondicionalismo, y sí de un acto de justicia, reflexivo y sereno, que se basa en el análisis tranquilo de su obra de gobernante". El 8 de julio la liberación de Mañasco apareció en la primera plana de *La Acción*, y los antipersonalistas siguieron explotando la situación. El 13, *La Acción* se refirió a la visita de Mañasco al diario y lo mostró en dos fotografías rodeado de sus empleados. El diario afirmaba que los antipersonalistas "no son indiferentes a las inquietudes ni los anhelos de las masas laboriosas". Los comunistas respondieron con más cinismo (y exactitud): vieron el indulto como un ejemplo de obrerismo, hecho con la esperanza de ganar votos en las próximas elecciones presidenciales. También vieron detrás de la medida la mano de Leónidas Anastasi, jefe del aparato antipersonalista en la capital y ex abogado del sindicato de obreros marítimos. Cualquiera que hubiera sido el papel de Anastasi, la acusación era correcta, sobre todo porque *La Acción* destacó que Mañasco no sería candidato del Partido Comunista en las elecciones, sino que seguiría militando en la USA.⁷⁹

De abril a agosto de 1927 una agitación en gran escala estremeció la Argentina, a raíz de las protestas de los trabajadores contra la inminente ejecución de Sacco y Vanzetti. Se convocó una serie de huelgas generales, a pesar de la falta de cooperación entre diversos elementos de la izquierda. Aun así, sindicatos y organizaciones de izquierda tocaban un motivo sinceramente sentido. La autobiografía de José Peter, uno de los principales dirigentes comunistas entre los trabajadores de la carne en las décadas de 1930 y 1940, señala con claridad que su participación en ese movimiento lo radicalizó. El anarquista José Grunfeld vivió una experiencia similar. Sin lugar a dudas, podríamos multiplicar los ejemplos en ese sentido. Desde el punto de vista de los antipersonalistas, la agitación representaba una oportunidad menor porque no podían hacer nada por la suerte de Sacco y Vanzetti. Las huelgas fueron toleradas. Según *La Prensa*, inmediatamente antes de la huelga general del 10 de agosto el jefe de policía se reunió con

dirigentes sindicales con el solo fin de instarlos a actuar con serenidad en las manifestaciones. *La Acción* parecía favorablemente dispuesta y llegaba al extremo de indicar que podría estar de acuerdo con un boicot a los productos norteamericanos. Una caricatura aparecida el 5 de agosto sugería que Alvear tenía mejores ideas que el gobernador de Massachusetts, con lo cual daba a entender que el ejemplo a seguir era el indulto de Mañasco.⁸⁰

Las ideas obreristas de la administración de Alvear fueron saboteadas al menos en parte por sus integrantes. Muchos de los que rodeaban al presidente —Leopoldo Melo, amigo y candidato presidencial antipersonalista en 1928; el ministro de Relaciones Exteriores Ángel Gallardo; el ministro de Marina Manuel Domecq García, y el intendente de Buenos Aires, Carlos Noel— eran miembros conspicuos de la Liga Patriótica, un grupo militante derechista y antiobrero. Alvear llegó incluso a designar a Manuel Carlés, líder de la organización, como interventor en la provincia de San Juan. Noel también había participado activamente en la Asociación del Trabajo —de tendencia antisindical— desde su fundación, y luego de su nombramiento como intendente la organización ofreció un banquete en su honor en el Jockey Club, un bastión de la clase alta. Muchos integrantes del movimiento sindical consideraban inquietantes estos lazos, e incluso los denunciaban de vez en cuando. Las afiliaciones complicaban las relaciones de la administración con los dirigentes obreros.⁸¹

Alvear nunca intentó generar una popularidad personal. Aunque hubo esfuerzos por conquistar apoyo político en las clases populares, su resultado no fue especialmente auspicioso. Pese a mejoras reales en las condiciones de trabajo en algunas industrias y un buen desempeño general de la economía, Yrigoyen y sus aliados aplastaron a los antipersonalistas en las elecciones de 1928. Un factor que contribuyó a la victoria de los personalistas fue la incapacidad de sus adversarios para captar la importancia de lo simbólico.

Rechazo de la oposición

Un elemento crucial de la cultura política de todos los integrantes de la UCR era su renuencia a aceptar que las fuerzas opositoras eran verdaderamente legítimas. Esa actitud favoreció el golpe militar de septiembre de

1930, porque la negativa a aceptar a los opositores creció a medida que el radicalismo se acercaba a controlar todos los poderes del Estado.⁸² Aun cuando actuaban dentro de un sistema democrático, los radicales consideraban antinómica a toda la oposición. Solo ellos entendían la nación y luchaban por su progreso. Han construido una visión del sistema político que los mostraba como los verdaderos representantes del pueblo; las fuerzas opositoras eran el otro. Un manifiesto de la UCR de marzo de 1916, por ejemplo, proclamaba: "La Unión Cívica Radical es la Nación misma, bregando hace veintiséis años para libertarse de gobernantes usurpadores y regresivos. Es la Nación misma, y por serlo, caben dentro de ella todos los que luchan por los elevados ideales que animan sus propósitos y consagran sus triunfos definitivos".⁸³ Otro ejemplo es el manifiesto donde se anunciaba la vuelta a la participación electoral en 1912:

Siendo la Unión Cívica Radical la expresión genuina de la nacionalidad en sus más sagrados anhelos y aspiraciones, deben identificarse con ella todas las actividades y reunirse siempre bajo su bandera todos los ciudadanos bien intencionados, aumentando sus filas indefinitivamente hasta vencer cuantos obstáculos se opongan a libertar la república de tantos vejámenes y opresiones.⁸⁴

Durante la campaña presidencial de 1928, el diario yrigoyenista *La Época* se refería a los principales opositores (los antipersonalistas) como "traidores". En esa misma campaña, el senador personalista por Santa Fe, Armando Antille, propuso que las cabezas de los antipersonalistas se clavaran en picas, una referencia patente a hechos ocurridos en la Argentina durante la dictadura de Juan Manuel de Rosas, en la primera mitad del siglo XIX. La réplica de los antipersonalistas (que formaban parte de la misma tradición retórica) no le fue en zaga. En 1927, una nota de *La Acción* sobre una elección provincial en Entre Ríos se refería a los personalistas como "esclavos", una manera de dar a entender que eran serviles con Yrigoyen.⁸⁵ En los últimos días de la campaña presidencial de 1928 *La Acción* publicó ataques a la salud mental de Yrigoyen, a quien calificaba de "senil". El día anterior a las elecciones el diario caracterizaba de la siguiente manera las alternativas: "Orden, paz y trabajo, es lema que encarna la fórmula de la Unión Cívica Radical [antipersonalista]. [...] Demagogia, escándalo y corrupción es el

programa de la montonera personalista".⁸⁶ Es evidente que estamos en un mundo donde el concepto de oposición leal no existe. Solo nosotros (dice cualquier grupo radical) representamos verdaderamente a la nación.

Conclusión

Yrigoyen y su facción del radicalismo conquistaron un enorme apoyo popular en torno de la figura del propio presidente. Para muchos este se convirtió en una figura casi santa a la que la Argentina debía la plena democracia y la dignidad. Yrigoyen protegía al trabajador y se preocupaba por todos los argentinos. A pesar de su estilo poco convencional, tenía carisma. A su muerte, un titular de *La Voz del Interior* proclamó: "El Astro Supremo de la Democracia ha concluido su magnífica parábola". Y debajo agregaba: "Señor de la democracia y la libertad, sin miedo, sin mancha y sin tacha".⁸⁷

Notas

¹ *La Prensa*, 13 de octubre de 1916.

² Marcelo Padoan, *Jesús, el templo y los viles mercaderes: un examen de la discursividad yrigoyenista*, Bernal (Argentina), Universidad Nacional de Quilmes, 2002, p. 40.

³ H. Sabato, *La política en las calles...*, op. cit., y P. Alonso, *Between Revolution and the Ballot Box...*, op. cit.

⁴ Manuel Gálvez, *Vida de Hipólito Yrigoyen: el hombre del misterio*, segunda edición, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1939, p. 264, y American Society of Newspaper Editors, *International Yearbook 1929*, op. cit., p. 290.

⁵ *La Fronda*, 31 de julio de 1929, citado en Ricardo Sidicaro, *La política mirada desde arriba: las ideas del diario La Nación, 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993, p. 111.

⁶ Daniel James, *Resistance and Integration: Peronism and the Argentine Working Class, 1946-1976*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, p. 14 [trad. esp.: *Resistencia e integración: el peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990].

⁷ P. Rosanvallon, *Le Sacre du citoyen...*, op. cit., en especial pp. 14, 60, 336 y 346-347. En los papeles, hacía mucho que el sufragio masculino existía en la Argentina; la modificación radicaba ahora en que los votos realmente contaban. Ese sufragio tenía limitaciones concretas: las mujeres y los extranjeros no votaban—pero, como ha mostrado el propio Rosanvallon, la definición de lo universal cambia con el tiempo.

⁸ Shahid Amin, "Gandhi as Mahatma: Gorakhpur district, Eastern UP, 1921-2", en Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak (eds.), *Selected Subaltern Studies*, Nueva York, Oxford University Press, 1988, pp. 288-342, en especial p. 316 [trad. esp.: "Gandhi como Mahatma: distrito de Gorakhpur, UP oriental, 1921-1922", en Saurabh Dube (ed.), *Pasados coloniales*, México, El Colegio de México, 1999, pp. 345-401].

⁹ Gareth Stedman Jones, "Rethinking Chartism", en *Languages of Class: Studies in English Working Class History, 1832-1982*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, p. 96 [trad. esp.: "Reconsideración del cartismo", en *Lenguajes de clase: estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*, México, Siglo XXI, 1989, pp. 86-174].

¹⁰ *Obra del gobierno radical*, película del Archivo General de la Nación, legajo núm. 1962, rambor 1111, que Doña Guy tuvo la generosidad de facilitarme.

¹¹ Había otros problemas involucrados, entre ellos el deseo de poder y los conflictos regionales, así como intereses provinciales y posiblemente intereses de clase, porque hacia 1928 los personalistas eran más de clase media que sus rivales.

¹² Félix Luna, *Historia integral de la Argentina*, vol. 8, *Los años de prosperidad*, Buenos Aires, Planeta, 1997, pp. 234-235.

¹³ Peter Burke, *The Fabrication of Louis XIV*, New Haven, Yale University Press, 1992, p. 184 [trad. esp.: *La fabricación de Luis XIV*, Madrid, Nerea, 1995]. Quería agradecer a Ariel de la Fuente por señalarme este libro.

¹⁴ Ramón Columba, *El congreso que yo he visto*, Buenos Aires, Columba, 1988, vol. 2, p. 210.

¹⁵ Edward Shils, *The Constitution of Society*, Chicago, University of Chicago Press, 1982, pp. 112-113.

¹⁶ *La Época*, 20 de octubre de 1920.

¹⁷ M. Gálvez, *Vida de Hipólito Yrigoyen...*, op. cit., pp. 206 y 264.

¹⁸ "Hipólito Yrigoyen en la intimidad: entrevistado por Luis Pozzo Ardizzi", en *El Hogar*, 1078, 13 de junio de 1930, en Sylvia Sáfta y Luis Alberto Romero (eds.), *Grandes entrevistas de la historia argentina, 1879-1988*, Buenos Aires, Aguilar, 1998, pp. 98-102; M. Gálvez, *Vida de Hipólito Yrigoyen...*, op. cit., pp. 7 y 197-207, y Felipe Cárdenas (h.), "Ese enigmático conductor", en Félix Luna (ed.), *Los radicales*, vol. 1, Buenos Aires, Todo es Historia, 1976, pp. 91-92.

¹⁹ *La Época*, 13 de octubre de 1916. Es interesante señalar que en 1916 este diario todavía utilizaba la forma más tradicional del apellido, Yrigoyen.

²⁰ *La Época*, 17 y 27 de noviembre de 1928 y 28 de febrero de 1929.

²¹ Antonio Herrero, *Hipólito Yrigoyen: maestro de la democracia*, La Plata, Talleres Gráficos Olivieri y Domínguez, 1927, p. 84.

²² *La Época*, 26 de octubre de 1927, y L. Bard, *Estampas de una vida...*, op. cit., p. 118.

²³ A. Herrero, *Hipólito Yrigoyen...*, op. cit., p. 83, citado por M. Padoan, *Jesús, el templo...*, op. cit., p. 29.

²⁴ A. Herrero, *Hipólito Yrigoyen...*, op. cit., p. 106.

²⁵ *La Época*, 15 de diciembre de 1927.

²⁶ *La Época*, 5 de septiembre de 1927 y 30 de abril de 1929, y *El Obrero Ferroviario*, enero de 1944.

²⁷ Diego Abad de Santillán, *Memorias, 1897-1936*, Barcelona, Planeta, 1977, pp. 105-106. Me gustaría agradecer a James Baer por haberme proporcionado esta información. *La Época*, 20 de octubre de 1928 y 5 de septiembre de 1927. Véase también *La Época*, 27 de noviembre de 1929.

²⁸ Se encontrarán ejemplos en *La Época*, 11 de diciembre de 1929 y 12 de agosto de 1930.

²⁹ *La Época*, 13 de febrero de 1918; H. Yrigoyen, *Documentos de Hipólito Yrigoyen...*, op. cit., p. 89, y *La Época*, 28 de marzo de 1928.

³⁰ *La Época*, 10 de abril de 1929, y Adriana M. Kindgard, "Procesos sociopolíticos nacionales y conflictividad regional: una mirada alternativa a las formas de acción colectiva en Jujuy en la transición al peronismo", en *Enirepasados*, 11(22), principios de 2002, p. 78.

³¹ *La Época*, 15 de noviembre de 1920. El mejor análisis de Eva Perón sigue siendo el de Marysa Navarro, *Evita*, Buenos Aires, Corregidor, 1981.

³² M. Gálvez, *Vida de Hipólito Yrigoyen...*, op. cit., p. 324, según lo cita Arturo Capdevila, "Primera presidencia de Yrigoyen", en Academia Nacional de la Historia (ed.), *Historia argentina contemporánea*, op. cit., vol. 1, sección 2, pp. 266 y 267. La ironía de la oposición al divorcio de un hombre que no creía en el matrimonio lo suficiente para casarse con la madre de alguno de sus hijos es bastante llamativa.

³³ *La Época*, 8 de octubre de 1922.

³⁴ *La Época*, 25 de enero de 1928.

³⁵ Véanse, por ejemplo, *La Época*, 4 de agosto de 1920, 17 de marzo de 1922, 5 de septiembre de 1927, 26 y 28 de abril de 1929 y 31 de agosto a 3 de septiembre de 1930, y L. Zanatta, *Del Estado liberal...*, op. cit., pp. 25-31.

³⁶ *La Época*, 28 de marzo de 1918 y 28 de febrero de 1929; véase también 10 de abril de 1929.

³⁷ *La Época*, 10 de abril de 1929.

³⁸ *La Época*, 31 de diciembre de 1928.

³⁹ *La Época*, 4 de agosto de 1920. Véanse también P. Alonso, *Between Revolution and the Ballot Box...*, op. cit., y Félix Luna, *Yrigoyen*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, en especial pp. 196-268.

⁴⁰ Véase, por ejemplo, *La Época*, 19 de enero de 1929.

⁴¹ *La Época*, 14 de marzo de 1929. Se encontrará otro ejemplo en *La Época*, 17 de agosto de 1930.

⁴² Arturo Andrés Roig, *Los krausistas argentinos*, Puebla, Editorial José M. Cajica Jr., 1969, en especial pp. 168-169, 184, 223 y 227; Karl Christian Friedrich Krause, *Ideal de la humanidad para la vida*, introducción y comentarios de Julián del Río, segunda edición, Madrid, F. Martínez García, 1871; Juan López Morillas, *El krausismo español: perfil de una aventura intelectual*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, en especial pp. 54-55, y F. Luna, *Yrigoyen*, op. cit., pp. 51-52.

⁴³ Véanse, por ejemplo, Víctor García Costa, *Alfredo Palacios: entre el clavel y la espada*, Buenos Aires, Planeta, 1997; R. Columba, *El congreso que yo he visto*, op. cit., vol. 1, pp. 120-168; R. J. Walter, *The Socialist Party...*, op. cit., pp. 74-78 y 130-149, y Darío Canton y Jorge Raúl Jorrot, *Elecciones en la ciudad, 1892-2001*, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2001, vol. 2, p. 219.

⁴⁴ Almafuerte, *Obras completas*, Buenos Aires, Ediciones Antonio Zarnora, 1954; Héctor Adolfo Cordero, *El profeta del hombre: pasión de Almafuerte*, Buenos Aires, Julio E. Rossi e Hijos, 1958, en especial pp. 30-31 y 114-115; Roberto F. Giusti, *Visto y vivido: anécdotas, semblanzas, confesiones y batallas*, Buenos Aires, Losada, 1965, p. 83; Alfredo L. Palacios, *Almafuerte*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1944, pp. 8-9; Julio G. de Alari, *Almafuerte: su vida y su obra*, Buenos Aires, Ágora, 1965, en especial p. 7; Ricardo Santiago Katz, *Almafuerte: un maestro y periodista combativo*, La Plata, edición del autor, 2005, y Daniel James, *Doña María's Story: Life, History, Memory, and Political Identity*, Durham (Carolina del Norte), Duke University Press, 2000, pp. 252-253 [trad. esp.: *Doña María: historia de vida, memoria e identidad política*, Buenos Aires, Manantial, 2004].

⁴⁵ Milton I. Vanger, *José Battle y Ordóñez of Uruguay: The Creator of His Times, 1902-1907*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1963, en especial p. 276 [trad. esp.: *José Battle y Ordóñez, el creador de su época, 1902-1907*, Buenos Aires, Eudeba, 1968], y *The Model Country: José Battle y Ordóñez of Uruguay, 1907-1915*, Hanover (New Hampshire), University Press of New England, 1980 [trad. esp.: *El país modelo: José Battle y Ordóñez, 1907-1915*, Montevideo, Arca/Ediciones de la Banda Oriental, 1983]; Benjamín Nahum, *La época batllista: 1905-1930*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1975; Francisco R. Pintos, *Battle y el proceso histórico del Uruguay*, Montevideo, Claudio García y Cía., s. f.; Mark Healey, "In the spirit of Battle: the shaping of the political arena and the great Uruguayan exception", documento de trabajo núm. 21, Durham (Carolina del Norte), Duke/University of North Carolina Program in Latin American Studies, 1996; Fernando López D'Alessandro, *Historia de la izquierda uruguaya*, Montevideo, Ediciones del Nuevo Mundo, 1988, vol. 2, primera parte; Carlos M. Rama, "Battle y el movimiento obrero y social", en Jorge Battle (ed.), *Battle: su vida, su obra*, Montevideo, Editorial Acción, 1956, pp. 37-59; Ruth Berins Collier y David Collier, *Shaping the Political Arena: Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America*, Princeton, Princeton University Press, 1991, pp. 273-288; Tulio Halperín Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, 13ª edición, Madrid, Alianza, 1990, pp. 334-337, y Juan Oddone, "The formation of modern Uruguay, c. 1870-1930", en L. Bethell (ed.), *The Cambridge History...*, op. cit., vol. 5, pp. 463-474 [trad. esp.: "La formación del Uruguay moderno, c. 1870-1930", en L. Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, vol. 10, op. cit., pp. 118-132].

⁴⁶ Véanse, por ejemplo, Simon Collier y William F. Sater, *A History of Chile, 1808-1994*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 202-214 [trad. esp.: *Historia de Chile, 1808-1994*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1998]; Paul W. Drake, *Socialism and Populism in Chile, 1932-52*, Urbana, University of Illinois Press, 1978, pp. 45-55 [trad. esp.: *Socialismo y populismo: Chile, 1936-1973*, Valparaíso, Instituto de Historia, Vicerrectoría Académica, Universidad Católica de Valparaíso, 1992]; Peter DeShazo, *Urban Workers and Labor Unions in Chile, 1902-1927*, Madison, University of Wisconsin Press, 1983, pp. 179-194 [trad. esp.: *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile, 1902-1927*, Santiago de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2007], y Ricardo Donoso, *Alessandri, agitador y demoleedor: cincuenta años de historia política de Chile*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1952-1954.

⁴⁷ Ariel de la Fuente, *Children of Facundo: Caudillo and Gaucho Insurgency during the Argentine State-Formation Process (La Rioja, 1853-1870)*, Durham (Carolina del Norte), Duke University Press, 2000, p. 4 [trad. esp.: *Los hijos de Facundo: caudillos y montoneros en la provincia de La Rioja durante el proceso de formación del Estado nacional argentino (1853-1870)*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007].

⁴⁸ Véase, por ejemplo, *La Época*, 19 de marzo de 1928 o 30 de agosto de 1930.

⁴⁹ Roberto Etchepareborda, *Biografía: Yrigoyen*, vol. 1, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, pp. 127-159; F. Luna, *Yrigoyen*, op. cit., pp. 225-239; Joseph S. Tulchin, *Argentina and the United States: A Conflicted Relationship*, Boston, Twayne, 1990, pp. 34-42 [trad. esp.: *La Argentina y los Estados Unidos: historia de una desconfianza*, Buenos Aires, Planeta, 1990]; Luis C. Alén Lascano, "El principismo argentino ante la Primera Guerra Mundial", *Res Gestæ* (Rosario), 37, 1998-1999, pp. 5-21; Carlos A. Góñi Demarchi et al., *Yrigoyen y la Gran Guerra*, Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1998, y María Monserrat Llairó y Raimundo Siepe, *Argentina en Europa: Yrigoyen y la Sociedad de las Naciones (1918-1920)*, Buenos Aires, Ediciones Macchi, 1997. Algunos de los sentimientos que obraban detrás de estas políticas se encontrarán en el intercambio entre Yrigoyen y Alvear, en T. Halperín Donghi, *Vida y muerte...*, op. cit., pp. 571-576.

⁵⁰ Véanse por ejemplo Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, V, 22 de diciembre de 1922, p. 436; *La Época*, 22 y 31 de marzo, 1º, 13 y 26 de junio y 15 de julio de 1922, 24 de junio, 27 de julio, 22 de agosto, 28 de octubre y 25 de noviembre de 1927 y 5 y 19 de enero, 19 de febrero y 7 a 14 y 25 de marzo de 1928, y *La Acción*, 1º y 2 de diciembre de 1927. Véase también capítulo 5.

⁵¹ D. Rock, "Machine politics...", op. cit., pp. 241-242, y *La Vanguardia*, 26 de diciembre de 1926.

⁵² *La Época*, 17 de noviembre y 21 de agosto de 1920, y *La Prensa*, 8 de enero de 1929.

⁵³ Rafael Bielsa, *El cacique en la función pública: patología política criolla*, Buenos Aires, Imprenta Nacional de Lajouane y Cía., 1928, p. 17.

⁵⁴ *La Época* y *La Prensa*, 5 a 12 de enero de 1921. Véanse también *La Época*, 27 de octubre de 1922, y *La Prensa*, 1º de febrero de 1930. El protagonismo de la policía no terminó con los radicales. Algunos ferroviarios tuvieron por su intermedio su primer contacto con Juan Domingo Perón. Véase Luis Monsalvo, *Testigo de la primera hora del peronismo*, Buenos Aires, Pleamar, 1974, pp. 64-65.

⁵⁵ Adolfo Enrique Rodríguez, *Historia de la Policía Federal Argentina, 1916-1944*, Buenos Aires, Editorial Policial, 1978, vol. 7, pp. 13 y 35-36.

⁵⁶ Ricardo Mercado Luna, *Los rostros de la ciudad golpeada*, La Rioja, Editorial Canguro, 1995, p. 15, y A. V. Persello, *El partido radical...*, op. cit., p. 69.

⁵⁷ Véanse los capítulos 4 y 5.

⁵⁸ Véanse capítulo 4 y *Bandera Proletaria*, 22 de marzo de 1930.

⁵⁹ *La Nación*, 19 de diciembre de 1917, citada en R. Sidicaro, *La política mirada desde arriba...*, op. cit., p. 59.

⁶⁰ Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, V, 29 de agosto de 1924, p. 126; véase el capítulo 7.

⁶¹ *La Acción*, 18 y 19 a 27 de julio de 1927.

⁶² *La Época*, 3 de octubre de 1917, y A. Herrero, *Hipólito Yrigoyen...*, op. cit., p. 104. Véase también *La Época*, 27 de diciembre de 1917.

⁶³ *La Época*, 9 de abril de 1922, 11 de octubre de 1928 y 24 de mayo de 1929.

⁶⁴ DNT, *Crónica Mensual*, abril de 1922, p. 844; N. Ferreras, "Evolución de los principales consumos...", op. cit., pp. 162-165; *La Época*, 17 de abril de 1917, 6 y 19 y 20 de agosto de 1918, 3 de septiembre y 5 a 8 de noviembre de 1919 y 28 de mayo a 23 de noviembre de 1920, en especial 2 y 14 de junio, 3, 10 y 13 a 23 de julio, 18 y 27 de agosto y 6, 8 y 12 de noviembre; R. J. Walter, *Politics and Urban Growth...*, op. cit., p. 73, y María Celia Bravo, "Cuestión regional: azúcar y crisis cañera en Tucumán durante la primera presidencia de Yrigoyen", en *Ruralia*, 4, octubre de 1993, pp. 53-54. Cita de la *Revista Azucarera*, 207, 1920, p. 89, en M. C. Bravo, "Cuestión regional...", op. cit., pp. 58-59, n. 36.

⁶⁵ Ministerio del Interior, *Memoria del Ministerio del Interior presentada al honorable Congreso de la Nación, 1921-1922*, Buenos Aires, 1922, p. 531 (en lo sucesivo, Ministerio del Interior, *Memoria año*); *La Época*, 12 de octubre de 1922; James A. Baer, "Buenos Aires: housing reform and the decline of the liberal state in Argentina", en Ronn Pineo y James A. Baer (eds.), *Cities of Hope: People, Protest, and Progress in Urbanizing Latin America, 1870-1930*, Boulder (Colorado), Westview Press, 1998, pp. 143-146, y R. J. Walter, *Politics and Urban Growth...*, op. cit., p. 73.

⁶⁶ DNT, *Boletín*, noviembre de 1921, pp. 9-89; Ministerio del Interior, *Memoria 1920-1921*, pp. 448-451; Ministerio del Interior, *Memoria 1921-1922*, pp. 346-458; R. J. Walter, *The Socialist Party...*, op. cit., pp. 159-160 y 168; Ernesto A. Isuani, *Los orígenes conflictivos de la seguridad social argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985, pp. 98-108; Ricardo Falcón, "La relación Estado-sindicatos en la política laboral del primer gobierno de Hipólito Yrigoyen", en *Estudios sociales*, 4(10), primer semestre de 1996, pp. 75-78 y 84, y Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría, *Composición de la Cámara de Diputados...*, op. cit., p. 2.

⁶⁷ E. A. Isuani, *Los orígenes conflictivos...*, op. cit., pp. 83-94; Paul Goodwin, *Los ferrocarriles británicos y la UCR*, trad. de C. Rodríguez, Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1974, p. 173; leyes 9.653, 10.650 y 11.173, *Anales de legislación argentina*, Buenos Aires, La Ley, 1942-1953, vol. 2, pp. 930-931 y 1081-1086, y vol. 3, p. 82, y J. Horowitz, "Occupational community...", op. cit., pp. 67-69.

⁶⁸ E. A. Isuani, *Los orígenes conflictivos...*, op. cit., pp. 99, 100 y 122-123; José Pancetier, *Las primeras leyes obreras*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984, p. 78; Juan Guillermo Torres, "Labor politics of the Radicalism in Argentina (1916-1930)", tesis de doctorado, University of California, San Diego, 1982, pp. 186-189, y Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, 1921 y 1922.

⁶⁹ Se encontrará una lista de esas leyes en Luis Ramicone, *Apuntes para la historia: la organización gremial obrera en la actualidad*, Buenos Aires, Bases, 1963, p. 66.

⁷⁰ Ministerio del Interior, *Crónica informativa*, septiembre de 1926, p. 61; Néstor Tomás Auza, "La legislación laboral y la complejidad del mundo del trabajo: el Departamento Nacional del Trabajo, 1912-1925", en *Revista de Historia del Derecho*, 17, 1989, en especial pp. 98-99, y Hernán González Bollo, "Ciencias sociales y sociografía estatal: tras el estudio de la familia porteña, 1889-1932", en *Estudios sociales*, 9(16), primer semestre de 1999, p. 37.

⁷¹ *La Época*, 31 de julio de 1929.

⁷² *La Época*, 24 de junio de 1930.

⁷³ Émile Durkheim, *The Elementary Forms of Religious Life*, Nueva York, Free Press, 1965, pp. 243-244 [trad. esp.: *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Alianza, 1993], citado por Barry Schwarz, "George Washington and the Whig concept of heroic leadership", en *American Sociological Review*, 48(1), febrero de 1983, pp. 18-33, en especial p. 21, y Roberto Di Stefano y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia argentina: desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Grijalbo Mondadori, 2000, pp. 354-407.

⁷⁴ E. Korn, *Buenos Aires...*, op. cit., pp. 128-129; F. Luna, *Alvear*, op. cit., en especial pp. 69-70, y A. Cattaruzza, *Marcelo T. de Alvear...*, op. cit.

⁷⁵ *La Acción*, 2 de noviembre de 1923.

⁷⁶ *La Acción*, 26 de agosto de 1927; *La Época*, 26 de agosto de 1927, y *El Obrero Ferroviario*, 1º de septiembre de 1927. Se encontrarán otros ejemplos en *La Confraternidad*, agosto y diciembre de 1923.

⁷⁷ Mariano Ben Plotkin, *Mañana es san Perón: propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1993, p. 83.

⁷⁸ *Boletín de Servicios*, 20 de noviembre de 1923, p. 584.

⁷⁹ *La Vanguardia*, 27 de diciembre de 1926; *La Acción*, 12 de febrero a 13 de julio de 1927, en especial 12 a 25 de febrero, 3 de mayo, 29 de junio y 1º a 13 de julio; *La Internacional*, 9 de abril y 9 y 16 de julio de 1927; *Bandera Proletaria*, 9 de julio, 17 de agosto y 3 de septiembre de 1927, y S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 3, pp. 226-240. Posiblemente hubo también cierta participación de la diplomacia mexicana; véase Pablo Yankelevich, *Miradas australes: propaganda, cabildeo y proyección de la Revolución Mexicana en el Río de la Plata, 1910-1930*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1997, p. 333.

⁸⁰ *La Prensa*, 1º de abril a septiembre de 1927, en especial 10 de agosto; *La Época*, 1º de abril a septiembre de 1927; *La Acción*, 1º de abril a 1º de septiembre de 1927, en especial 4 a 11 de agosto y 1º de septiembre; *Bandera Proletaria*, 5 de junio de 1926 y 16 de abril a 3 de septiembre y 22 de octubre de 1927; *La Chispa*, 21 de agosto a 15 de septiembre de 1927; *La Confederación*, julio y agosto de 1927; José Peter, *Crónicas proletarias*, Buenos Aires, Esfera, 1968, pp. 34-45, y José Grunfeld, *Memorias de un anarquista*, Buenos Aires, Nuevohacer, 2000, p. 93.

⁸¹ Luis María Caterina, *La Liga Patriótica Argentina: un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del veinte*, Buenos Aires, Corregidor, 1995, pp. 90-91 y 285; Sandra McGee Deutsch, *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932: The Argentine Patriotic League*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1986, pp. 103 y 185-186 [trad. esp.: *Contrarrevolución en la Argentina, 1900-1932: la Liga Patriótica Argentina*, Bernal (Argentina), Universidad Nacional de Quilmes, 2003]; R. Molina, "Presidencia de Marcelo T. de Alvear", op. cit., p. 341; *Boletín de Servicios*, 20 de noviembre de 1922, p. 533; *Bandera Proletaria*, 21 de febrero de 1925, y *La Unión del Marino*, diciembre de 1922 y marzo de 1923.

⁸² Véase el argumento sobre las causas del golpe en P. H. Smith, "The breakdown of democracy...", op. cit., pp. 3-27.

⁸³ "Manifiesto de la Unión Cívica Radical al pueblo de la República", 30 de marzo de 1916, reproducido en T. Halperín Donghi, *Vida y muerte...*, op. cit., p. 559.

⁸⁴ Horacio A. Varela y José Camilo Crotto, "Al pueblo de la República", en H. Yrigoyen, *Documentos de Hipólito Yrigoyen...*, op. cit., p. 45.

⁸⁵ *La Época*, 11 y 30 de abril de 1928; M. Padoan, *Jesús, el templo...*, op. cit., pp. 32-33, y *La Acción*, 6 de junio de 1927.

⁸⁶ *La Acción*, 23 y 24 de enero y 25 y 31 de marzo de 1928. Las montoneras eran fuerzas irregulares muy comunes en las guerras civiles del siglo XIX. En este caso el término se utiliza como un insulto.

⁸⁷ *La Voz del Interior* (Córdoba), 4 de julio de 1933. Querría agradecer a Fernando Rocchi por proporcionarme esta edición.

Capítulo 3

Los límites del patronazgo

Tanto observadores contemporáneos como historiadores posteriores consideraron el clientelismo y el otorgamiento de empleos a sus partidarios como un factor esencial para explicar la popularidad de Yrigoyen.¹ Los radicales, ya fueran personalistas o antipersonalistas, daban gran cantidad de puestos de trabajo a sus seguidores. Queda por verse, sin embargo, si podemos adjudicar a esta práctica una parte significativa de la popularidad de Yrigoyen. Es indudable que contribuyó a ella, pero, por ejemplo, ¿fue suficiente para superar el recuerdo de la masacre de trabajadores durante la Semana Trágica de enero de 1919? La importancia del clientelismo como impulsor de la popularidad de Yrigoyen es discutible. Pese a su reputación de abstenerse de apelar a un patronazgo en gran escala, los antipersonalistas exhibieron un comportamiento similar al de los personalistas, sin lograr, empero, conquistar una popularidad masiva.

A despecho de los mitos que sostienen lo contrario, la empleomanía y las sinecuras no comenzaron ni terminaron con los radicales. Ariel Yablón ha mostrado que el patronazgo era crucial para obtener empleos en la década de 1880.² Ya en 1910 *La Nación* criticaba al gobierno conservador por caer en la "empleomanía". Había demasiados empleados y los costos eran muy altos. El año siguiente, los terratenientes de la provincia de Buenos Aires se quejaron del gobierno conservador provincial y "el despilfarro administrativo que iba desde la creación de empleos burocráticos hasta la corrupción en el otorgamiento de pensiones, subvenciones y suscripciones".³ Estas palabras podrían fácilmente haberse escrito más adelante con referencia a los radicales. En 1918 *La Prensa* culpaba de las sinecuras al pre-

sidente Roque Sáenz Peña, pero afirmaba que Yrigoyen, en su primer año de gobierno, se había abstenido de comportarse de igual modo; aun así, en 1918 despidió a un gran número de empleados aduaneros por razones partidistas. En 1925 *La Nación* sostenía que antes de 1916, para conseguir un empleo solo se necesitaba la ayuda de una persona influyente.⁴

El otorgamiento de puestos de trabajo contribuía a abastecer de trabajadores el aparato electoral del radicalismo, pero es difícil atribuirle mucho más que eso. Un examen del alcance y el contexto del clientelismo lo muestra a las claras.

Jefes y aparatos

Los aparatos políticos urbanos se desarrollaron en respuesta a varios tipos de necesidades conexas. El crecimiento de la participación política generó en las elites el deseo de encontrar la manera de movilizar a votantes pertenecientes a la clase media baja y la clase obrera sin alarmar a nadie.⁵ Su intención era ligar a esos votantes al partido, para aspirar así al éxito político. El votante potencial también tenía deseos. En sociedades donde había escasa oferta de puestos de trabajo estables y bien remunerados y el gobierno era un proveedor crucial y atractivo de empleo, el jefe o patrón político se convertía en una buena fuente para conseguirlos. Algunos autores han sostenido que las relaciones políticas entre clientes y patrones solo se dan en Estados periféricos o semiperiféricos y no en países industrializados. Esta idea es evidentemente errónea, porque en el Chicago industrial de *La jungla*, novela de Upton Sinclair, o del alcalde Richard J. Daley, había jefes políticos y relaciones clientelistas.

Los jefes políticos aparecían donde había un acelerado crecimiento urbano, poca estabilidad y grupos que se sentían excluidos de la sociedad. Su tarea era proporcionar empleos. Como decía Simon Sabiani, uno de esos jefes (de Marsella, en su caso): "¡Voy a emplear a mis amigos!". El patrón político también mediaba ante la burocracia sin rostro por aquellos que carecían de aptitud o confianza para hacerlo por sí mismos (por ejemplo, con el fin de que liberaran de la cárcel a alguien que había cometido un delito menor).⁶

El patronazgo cobró importancia en la política de las grandes ciudades, de Chicago y Nueva York a Marsella, entre fines del siglo XIX y co-

mienzos del siglo XX. Como en Buenos Aires, el empleo público brindaba estabilidad en un mundo donde esta no abundaba. Además, las ciudades crecían con mucha rapidez y necesitaban una gran cantidad de trabajadores para ofrecer condiciones de vida aun mínimamente aceptables. La salud pública era objeto de una creciente atención. En nuestra preocupación por la contaminación producida por el automóvil olvidamos el desastre dejado por su predecesor, el caballo, que en verano hacía de la limpieza de las calles una necesidad y no un lujo. Por lo tanto, al margen de las demandas políticas, en el plano urbano había necesidades de carácter extremadamente práctico. Como Buenos Aires era la capital de la nación, los jefes políticos de la ciudad también podían incorporar gente a la fuerza de trabajo del gobierno nacional, que experimentaba una rápida expansión. La falta de sistemas eficaces de administración pública brindaba la oportunidad de emprender vastos ejercicios de patronazgo. En la Argentina hay indicaciones de que los jefes políticos podían dar empleos en el sector privado, aunque la información confiable es escasa. Según Marcela Ferrari, poco antes del comienzo de la era radical el caudillo conservador de la ciudad de Zárate obtenía puestos de trabajo en las fábricas locales para sus seguidores. En sectores en los que el Estado tenía un papel protagónico, como los servicios públicos, es probable que los jefes políticos tuvieran la capacidad de colocar gente.⁷

Las relaciones entre clientes y patrones contribuyen a explicar los dispositivos jerárquicos en los cuales existe cierto nivel de reciprocidad. ¿Qué había de recíproco en todo esto? El patrón (jefe) ofrece un empleo, la mediación con la burocracia o ayuda material, y a cambio el cliente le da su voto y un apoyo general. Como explicaba William Foote Whyte con referencia al North End de Boston, que él llamaba Cornerville: "La mejor forma de describir la organización política de Cornerville es caracterizarla como un sistema de obligaciones personales recíprocas. [...] Todo el mundo reconoce que cuando un político le hace un favor a un elector, este queda obligado con él". Si bien recíproca, la relación es despareja. Según decía uno de los informantes de Whyte: "Es probable que este otoño se elija a un gobernador republicano y, en ese caso, si los republicanos de Cornerville tienen un buen desempeño, los trabajadores tendrán quien los cuide".⁸ La clientela suministraba votos y apoyo a cambio de favores. El apoyo podía significar muchas cosas, pero probablemente incluía afiliarse al partido, asistir al me-

nos a algunas reuniones y colaborar en los preparativos para las elecciones. Si bien no tenemos demasiadas pruebas directas de ello en Buenos Aires, este tipo de obligación contribuye a explicar la extraordinaria concurrencia a las urnas advertida por David Rock en las elecciones internas de la Unión Cívica Radical a lo largo de la década de 1920. En 1927 votaron sesenta mil personas en la elección interna celebrada en Buenos Aires. La cifra representa apenas diez mil votos menos que los cosechados por los radicales en las elecciones municipales del año anterior.⁹ Muchas personas debían sus empleos al radicalismo, y su presencia quedaría registrada. La relación, desde luego, era jerárquica y asimétrica, porque la mayoría de las cartas estaban en manos del jefe, que podía dar el empleo a uno y no a otro.

La parte subalterna de la relación no carecía de recursos. El voto era secreto y las deudas contraídas con el caudillo local no se traducían necesariamente en sufragios para un candidato. Como exclamó un jefe partidario local en Montevideo: "Yo he sacado por lo menos cincuenta jubilaciones, he sacado mucha gente de la cárcel, he obtenido por lo menos la instalación de treinta teléfonos y he ayudado como mínimo a treinta o cuarenta personas a conseguir trabajo. Pero si todos ellos votan por nosotros, eso no lo sé. Usted sabe, la gente es muy ingrata".¹⁰ Esta observación sobre el cumplimiento de la reciprocidad no es un caso único.¹¹

En las primeras décadas del siglo XX los jefes políticos de Buenos Aires se parecían poco a sus pares de las regiones rurales tradicionales. En una economía rural tradicional, un patrón era objeto de una deferencia y tenía un control de los recursos económicos más amplio que el que podía tener un jefe político urbano en una ciudad del siglo XX. En las ciudades hay fuentes alternativas de poder, así como otras fuentes de empleo. Por añadidura, en las zonas rurales el patrón usa su riqueza como base de su poder, si bien existe la posibilidad de explotar el poder estatal. Los jefes políticos urbanos forman parte de una entidad más grande, un partido político, y tienen una meta finita, la victoria electoral, de la cual derivan la riqueza y el poder. Su fortaleza proviene del éxito de la movilización política y el aporte de votos, y su poder se basa en el acceso al Estado a través del partido.

El papel de los jefes políticos urbanos, al menos en algunos lugares de América Latina, también difería del existente en el Buenos Aires de los radicales. En la década de 1920, el patronazgo era en Río de Janeiro esencial para la política y el presidente de la nación designaba al alcalde, como

sucedía en Buenos Aires. Sin embargo, la concurrencia a las urnas era baja, el fraude seguía siendo un problema y no había partidos políticos. La política era extraordinariamente jerárquica. Los jefes parecían controlar sus votos y lo hacían en parte por medio de la entrega de puestos de trabajo. Casi siempre ejercían cargos electivos o se desempeñaban en puestos jerárquicos en el gobierno. Casi siempre ejercían cargos electivos o se desempeñaban en puestos jerárquicos del gobierno. Las cosas eran más complejas en el Buenos Aires de 1916 a 1930. Los partidos tenían un papel crucial; había más oportunidades de encontrar trabajo en una sociedad civil compleja, y las oportunidades económicas eran más grandes. La disponibilidad de empleos no gubernamentales es lo que diferencia el Buenos Aires de Yrigoyen y Alvear de las redes clientelistas descritas en años recientes con referencia al Gran Buenos Aires.¹²

El papel de los jefes urbanos del radicalismo se asemejaba al de sus pares de los Estados Unidos y el sur de Europa, que ofrecían empleos y servicios a cambio de apoyo político. El sistema político en el cual actuaban los argentinos era diferente, como también lo era la índole de su clientela, pero la naturaleza de la actividad a la que se dedicaban era similar. El aspecto en que el papel de los jefes políticos de Buenos Aires más difería del que cumplían sus pares urbanos de otros países era el alcance de las oportunidades a las que tenían acceso. El mismo partido estaba siempre a cargo del gobierno municipal y el gobierno nacional, porque el presidente designaba al intendente, que a su vez tenía la facultad de hacer todos los nombramientos municipales.

Los jefes políticos porteños se movían dentro de un entorno competitivo en el cual eran muchos los que aspiraban a ser miembros de su clientela. Los ciudadanos de Buenos Aires tenían opciones cuando se trataba de buscar ayuda, prestar lealtad o participar de una identidad más amplia. Proliferaban las organizaciones étnicas, del tipo de las sociedades de ayuda mutua y similares. Como han demostrado Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, en los años veinte florecieron un cúmulo de instituciones barriales que ofrecían al residente de Buenos Aires ayuda y un sentido de pertenencia. Los hinchas o socios de clubes de fútbol —como River Plate, Boca Juniors y mil más— podían afirmar una identidad que iba más allá de la que les daban su calle o su familia.¹³ Los sindicatos también proponían un sentido de la identidad. Los anarquistas y los socialistas, por su parte, crearon un mundo cultural alternativo para sus simpatizantes.¹⁴

Aunque las organizaciones políticas habían aportado votos con anterioridad a la apertura del sistema político, los radicales se vieron en la necesidad de crear su propio aparato una vez que tuvieron en sus manos las palancas del poder. Por otra parte, la naturaleza del proceso había cambiado. Ahora era preciso convencer a los ciudadanos de que fueran a las urnas y votaran a un partido determinado.

Un poco más de un mes después de asumir la presidencia, Yrigoyen nombró intendente de Buenos Aires al presidente de la organización radical de la ciudad. Al mismo tiempo designó un Concejo Deliberante especial integrado por veintidós miembros, que eran dirigentes importantes del partido en cada una de las veinte secciones en que se dividía la ciudad. El aparato partidario se convertía así en gobierno municipal.¹⁵

La Unión Cívica Radical estaba extraordinariamente bien organizada en la ciudad de Buenos Aires y la mayor parte del país. En la ciudad cada sección tenía su propio comité, y en muchas también había subcomités. El partido auspiciaba bibliotecas y actividades culturales. Se forjaban lazos con organizaciones comunitarias. La magnitud de la actividad llevada a cabo por cada comité de sección en los períodos entre campañas electorales variaba enormemente en función de su conducción. Una función crucial de los comités consistía en organizar la propaganda para las elecciones. Como la radio estaba todavía en pañales, las campañas electorales requerían un uso intensivo de mano de obra. Quienes trabajaban en ellas debían pegar carteles en las paredes, solicitar el voto a los ciudadanos y organizar manifestaciones.

Al igual que había sucedido antes de 1912, las campañas electorales eran de algún modo una fuente de diversión. En una época en que había pocos entretenimientos baratos para las clases populares, dichas campañas representaban justamente eso, además de aportar información sobre asuntos públicos. Todos los partidos realizaban actividades similares, pero las campañas radicales eran más amplias y complejas y, por lo tanto, tenían mayor valor como entretenimiento. Una lectura cuidadosa de *La Época* durante cualquier campaña muestra una serie bastante parecida de actividades. Una breve descripción de algunos sucesos acontecidos hacia fines de la campaña de marzo de 1919 para la elección de un senador y dos diputados nos podrá dar una idea de su posible papel en la vida de la gente. Belgrano, la decimosexta sección, anunció por ejemplo concentraciones calle-

teras para el miércoles, jueves y viernes a las nueve de la noche, con cuatro oradores diferentes en cada ocasión. El sábado la concentración se realizó bajo techo en el salón de la Sociedad Italiana, donde cinco parlamentarios radicales se dirigirían a la multitud. Otras secciones programaron eventos similares. Otra noche, las secciones diez, once, trece, catorce, diecinueve y veinte organizaron concentraciones en sus respectivos distritos y luego, hacia las once de la noche, los asistentes convergieron en la plaza frente al Congreso, donde varios oradores se dirigieron a ellos. Tras la concentración, la muchedumbre —encabezada por el candidato a senador, Vicente Gállo, y el presidente de la UCR de la capital, José Tamborini— marchó hacia la sede del partido entonando el Himno nacional. La noche siguiente hubo una concentración similar. El viernes anterior a las elecciones, la campaña culminó con una gigantesca manifestación. Cada comité de sección realizó una reunión en su distrito tras la cual la concurrencia, a pie o en tranvías —algunos especialmente llevados para la ocasión—, se dirigió a la Avenida de Mayo, una gran arteria que une la Plaza de Mayo, centro histórico de la ciudad, con la plaza del Congreso. La multitud marchó luego por la avenida, observada a su paso por Yrigoyen desde un balcón. ¿Quiénes iban a estas concentraciones? Había acusaciones de que los empleados públicos estaban obligados a participar, muchos con sus uniformes, como los carteros, pero según un estudio reciente de Aníbal Viguera la concurrencia era variada. Las fotografías mostraban a personas bien vestidas.¹⁶

¿Qué papel tenían los jefes políticos —los caudillos— en Buenos Aires? Actuaban como intermediarios entre el partido, el Estado y el habitante del común. Los caudillos daban apoyo en una sociedad con escasas prestaciones en materia de servicios sociales. Su poder provenía de su conexión con un partido político que los necesitaba para conquistar votantes. El partido se cercioraba de que los caudillos tuvieran las herramientas necesarias para hacer su trabajo, y a cambio el caudillo esperaba que sus “clientes” votaran como correspondía y colaboraran en la actividad política.

Los comités seccionales de la Unión Cívica Radical repartían alimentos baratos, como pan (el famoso pan radical), carne, queso y leche. Los niños recibían juguetes el día de Reyes. Los comités y el diario partidario ofrecían atención médica gratuita o de bajo costo y asesoramiento legal gratuito. Se dictaban clases de distintos tipos. En octubre de 1927 el comité de la octava sección entregó ropa a más de ochocientos niños pobres. El

año siguiente la Federación Obrera Irigoyenista, que se había constituido para impulsar la nacionalización de la industria petrolífera y la creación de un banco agrícola nacional y una marina mercante argentina, celebró el Día de la Raza y la reelección de Yrigoyen con la entrega de ropa, zapatos, útiles escolares, juguetes y golosinas a los niños pobres.¹⁷

Los jefes políticos radicales también utilizaban para su actividad las muchas organizaciones formales e informales que brotaban en Buenos Aires. Algunas de las asociaciones barriales supuestamente apolíticas tenían vínculos con los partidos, incluido el radicalismo. Los clubes de fútbol eran organizaciones societarias y muchos tenían vínculos políticos. Un ejemplo sorprendente es Almagro, que solía jugar en la segunda división. Se había fundado definitivamente en 1916, a causa de una escisión en otro club entre socios radicales y conservadores. Entre 1919 y 1927 su presidente fue Miguel Ortiz de Zárate, elegido diputado nacional en 1928 y 1938 como integrante de la lista radical. Según la revista deportiva *El Gráfico*, en 1924 casi todos los socios de Almagro eran radicales, y Ortiz de Zárate controlaba el comité local del partido con la ayuda de sus votos. Rómulo Trucco, radical que había ganado una banca en el Congreso, sucedió a Ortiz de Zárate en la conducción del club, en cuyas divisiones inferiores jugó Arturo Frondizi, futuro presidente radical de la nación, en la década de 1920.¹⁸

Como en otros países, algunos de los caudillos tenían vínculos con organizaciones delictivas y, sin duda, las utilizaban para financiar algunas de sus actividades.¹⁹ Un buen ejemplo de caudillo radical personalista es Pedro Bidegain, de la sexta sección, San Carlos Sur, que fue concejal de 1921 a 1923 y diputado nacional de 1926 a 1930. Sabemos más de él que de la mayoría de sus pares porque replicaba por escrito los ataques que se le dirigían. Bidegain nació, se crió y se casó en esa misma sección. A los dieciséis años comenzó a trabajar en el Ferrocarril Oeste, llegó a ser fogonero y estaba en camino a ser maquinista cuando renunció para dedicarse a los negocios. Había sido un miembro activo del sindicato de maquinistas y fogoneros, La Fraternidad. Al parecer, no tuvo mucho éxito como empresario, pero en 1924 era dueño de una compañía de ómnibus. Aunque en su opúsculo de 1929 afirmó haber sido empleado público únicamente en 1922, en 1930 se desempeñaba como supervisor en el matadero municipal. Hubo cierta controversia en torno de cuándo comenzó a trabajar para el radicalismo, y se dijo que antes había trabajado para los socialistas o

los conservadores, o ambos; sea como fuere, comenzó a militar en la UCR con anterioridad a la presidencia de Yrigoyen. Un adversario de la sexta sección le ayudó de aumentar con socialistas el caudal de afiliados y utilizar empleados públicos como trabajadores partidarios con el fin de mantener el control de la organización radical local. Una base de poder clave para Bidegain fue San Lorenzo de Almagro, un importante club de fútbol. Las elecciones internas de este en 1924 podrían contemplarse como una disputa entre radicales personalistas y antipersonalistas, y en 1926 Bidegain se valió de la lista de socios del club para solicitar apoyo a su candidatura a diputado. También se desempeñó como presidente del club, donde su hermano y su sobrino tuvieron asimismo un papel clave. El estadio actual de San Lorenzo lleva oficialmente su nombre, pero se lo conoce como Nuevo Gasómetro. Bidegain también participó en la fundación de un importante club social en el barrio.²⁰

Un periódico barrial de los años treinta decía lo siguiente sobre un caudillo activo durante la década anterior en un barrio cercano:

Como vecino era siempre una de los entusiastas propulsores de la zona. Fundador de la vieja Asociación de Fomento, miembro del C. Escolar, presidente de varias cooperadoras escolares, dirigente deportivo, organizador de festejos patrios y populares, colaborador de todos los actos culturales y poseedor de un espíritu bienhechor a toda prueba.²¹

Una cara más privada secundaba la cara pública del jefe político. Este intercedía ante la burocracia o la policía. Por ejemplo, el 23 de marzo de 1924 el doctor Francisco Raynoli escribió a Vicente Gallo, ministro del Interior, en papel con membrete del comité de la capital de la Unión Cívica Radical Principista, para quejarse de que su cliente Ernesto Cosolino (o Gozzolino) había sido injustamente retenido por la policía durante once días, para ser luego liberado y vuelto a detener casi de inmediato. El 27 de marzo Gallo recibió una respuesta de la policía, según la cual Cosolino tenía un prontuario y se lo había arrestado por portación de armas.²² Aunque Raynoli no tuvo el tipo de respuesta que esperaba, sin sus conexiones no habría existido ninguna. En ocasiones la intervención política podía deberse a motivos mucho más prosaicos, como el de tratar de obtener el papelerío necesario para vender algo.²³

Una función clave del caudillo era la de ayudar a la gente a conseguir trabajo. En La Plata, por ejemplo, luego de que una intervención federal desalojara a los conservadores, seguidores del radicalismo se concentraron frente a la casa de Luis Monteverde, uno de los dirigentes del partido, con la esperanza de obtener un empleo.²⁴ La entrega al por mayor de puestos de trabajo era un hecho mucho más frecuente en las provincias que en Buenos Aires, pero tanto en uno como en otro caso la obtención de un empleo solía ser un asunto más privado.

En una entrevista realizada en la década de 1970, Francisco Pérez Leirós —que durante los años veinte y treinta dominó la Unión Obrera Municipal (UOM), sindicato controlado por los socialistas— afirmó que para conseguir un empleo municipal en Buenos Aires un trabajador necesitaba la recomendación de alguien que estuviera en funciones; también denunció que los puestos de trabajo llegaban incluso a venderse.²⁵

En 1925 *La Vanguardia*, órgano del Partido Socialista, sostuvo que se había acertado a oír a un caudillo radical quejarse al secretario privado del intendente por la demora en la incorporación de un trabajador, y declarar que quienes habían pagado habían obtenido de inmediato sus puestos. Según el artículo, el rumor se confirmó cuando el secretario de hacienda recibió una carta donde se acusaba a un tal Roulet de ofrecer en venta puestos de jornaleros y negociar con el secretario del intendente. Después de una pelea a puño limpio entre Roulet y uno de sus acusadores, los cargos quedaron probados, al menos según el criterio de *La Vanguardia*. Acusaciones similares se hicieron más adelante contra la administración nacional.²⁶

La venta de puestos de trabajo era un hecho indudable, pero mucho más común era conseguirlos gracias a conexiones políticas. Hombres y mujeres recibían empleos como una recompensa política o un favor hecho a políticos, y a veces los perdían cuando los vientos de la política cambiaban. La UOM repudiaba habitualmente el hecho de que hicieran falta conexiones para obtener un empleo. Por ejemplo, se quejó del despido, el 17 de marzo de 1927, de un grupo de jornaleros y albañiles que trabajaban para la ciudad como supernumerarios. A juicio del sindicato, ese despido no podía deberse a falta de fondos, porque inmediatamente después se contrató a los reemplazantes de los trabajadores despedidos, que carecían de padrinos.²⁷

¿Qué magnitud tenían los lazos entre los empleos públicos y el aparato político del partido? Tenemos pruebas sólidas procedentes de una inter-

pelación efectuada en diciembre de 1922 al ministro del Interior, sobre el problema de los empleados públicos que participaban en actividades electorales. Adolfo Dickmann, diputado socialista, leyó en voz alta los nombres de los integrantes del comité radical de la segunda sección, todos los cuales tenían empleos públicos. También afirmó que sucedía lo mismo con casi todos los integrantes del comité nacional y el comité de la capital del radicalismo. Nadie lo contradujo.²⁸

Los puestos de trabajo se consideraban algo que los políticos exitosos repartían entre sus seguidores y amigos. Cuando algunos radicales rompieron con el partido en 1924, sus antiguos asociados plantearon acusaciones. En Córdoba, Arsenio Soria, un prominente antipersonalista, había obtenido empleos para sus amigos, entre ellos los de gerente de una sucursal del Banco Hipotecario, profesor en una escuela normal y médico en los Ferrocarriles del Estado.²⁹ En general, el otorgamiento de empleos era un aspecto normal del proceso político. Por ejemplo, en 1943 el ex presidente general de la Unión Ferroviaria, José Domenech, acusó a los Ferrocarriles del Estado de ser un vertedero de trabajadores políticos en la época anterior a 1930: "Esos ferrocarriles constituían el refugio de gente de comité, que se llevaba ahí regalándole un sueldo y no dándole trabajo; se daba el caso de personal de oficina que no sabía lo que era una máquina de escribir". Otros se limitaban a pasar por su oficina a fin de mes para cobrar el sueldo. *La Prensa* afirmaba que en los talleres de los Ferrocarriles del Estado en Tafi Viejo un puñado de jefes políticos podían colocar a su gente.³⁰

La existencia del patronazgo era conocida, pero se lo veía como un mal y rara vez se hablaba directamente de él. En consecuencia, la mayoría de las pruebas hoy disponibles son indirectas.³¹ Si contamos, no obstante, con algunas cartas que estaban en poder del historiador Emilio Ravignani, quien tuvo un puesto clave en la administración de la ciudad entre 1922 y 1927. Esas cartas muestran que Ravignani se había convertido en el centro de una red de patronazgo. En su mayor parte son mensajes que lo tienen por destinatario, pero permiten de todos modos hacerse alguna idea del funcionamiento del patronazgo. Algunos hacen referencia a medidas tomadas, mientras que otros tienen anotaciones hechas con lápiz. Las cartas en las que se solicitan empleos tienen como remitentes a integrantes del gabinete, entre ellos el ministro del Interior Nicolás Matienzo y el ministro de Marina Manuel Domecq García, pero también a la esposa del presiden-

re, Regina Pacini de Alvear. Organizaciones del radicalismo solicitaban trabajo para individuos, pero también para grupos de personas meritorias que buscaban empleo. Los destacados antipersonalistas Vicente Gallo, Leónidas Anastasi y Reinaldo Elena pedían trabajo para algunos individuos, pero lo mismo hacían miembros de la oposición, incluidos prominentes socialistas, el caudillo personalista Pedro Bidegain y el concejal comunista José Penelón, así como el concejal conservador Adolfo Mugica.³² Las conexiones personales importaban. El diputado personalista Diego Molinari, también historiador, escribió a Ravignani pidiéndole un puesto para un tal Secundino Potti, sobre el cual le había hablado en el instituto.³³

Pedir trabajo para la gente no es lo mismo que obtenerlo, pero la búsqueda de empleo a menudo era fructuosa. Por ejemplo, en una carta de noviembre de 1926 el concejal socialista Miguel Briuolo decía que iba a dar el nombre de dos mujeres para que, como ya se había acordado, se les otorgara un empleo. Briuolo también mencionaba la decisión tomada respecto de una tercera mujer y agregaba que iba a proporcionar el nombre de otra, por si había lugar para ella.³⁴ Con frecuencia los arreglos eran complejos. El 1º de octubre de 1927 una tal Carmen Oliva envió una carta de información y agradecimiento a Ravignani, porque este la había presentado a Reinaldo Elena, quien, a su vez, la recomendó a un Arturo Demarco, gracias a lo cual ella obtuvo un cargo de maestra. Ravignani ya debía saberlo, porque había recibido cartas de los otros dos. Demarco era presidente de una entidad llamada Biblioteca Popular Dr. Leopoldo Melo (este era uno de los principales antipersonalistas) e integraba el Consejo Escolar 19, que tenía jurisdicción sobre las escuelas de uno de los barrios de la ciudad. Los maestros solían recibir cargos de esta manera.³⁵ Ni siquiera las personas importantes podían tener la seguridad de que un recomendado obtuviera un puesto. El teniente coronel José Sarobe, secretario del ministro de Guerra, pidió un empleo para una tal Emilia Frigoni, pero se le hizo saber que no había vacantes. Un poco después, en cambio, se le dio un empleo a un tal Juan González, también recomendado por Sarobe.³⁶ Las solicitudes recibidas, aun de aliados políticos, eran tantas que es evidente que habría sido imposible satisfacerlas todas. La administración municipal no creaba incauta e incesantemente nuevos puestos de trabajo. Una característica que, de acuerdo con los criterios mundiales, hacía que el sistema de patronazgo fuera poco común,

es el hecho de que se compartieran cargos con la oposición. Analizaremos más adelante las razones de ello.

En el capítulo 6 veremos un aspecto del clientelismo que se manifestaba cuando los antipersonalistas designaban a dirigentes sindicales en cargos oficiales con la idea de contribuir a crear nuevos sindicatos políticamente amigos entre los empleados públicos tanto municipales como nacionales. El gobierno o el partido también otorgaban cargos a determinados dirigentes gremiales, aunque hay que ser cuidadoso con las acusaciones ventiladas por adversarios ideológicos. Por ejemplo, Luis Lauzet, un importante sindicalista revolucionario, impresor y redactor de *Bandera Proletaria*, que había sido miembro del Consejo Federal de la FORA IX, participó de un congreso de la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra como asesor técnico de la delegación argentina. En un principio lo había designado un sindicato para participar en el congreso como delegado obrero. El periódico socialista señalaba que el sindicato no existía y que era menester retirar el nombramiento original. Lauzet fue expulsado del sindicato de trabajadores gráficos por haber ido a Ginebra contra la voluntad de su confederación, pero se le otorgó un alto cargo en *La Acción*, el diario antipersonalista.³⁷ Según los comunistas, Francisco Rosanova, que encabezó el sindicato ferroviario durante algunas de las huelgas de 1917, era en 1926 un alto funcionario del Ministerio de Obras Públicas y asesor de su ministro y también del ministro del Interior. En 1920 el sindicato de trabajadores marítimos afirmó que Luis María López, jefe de redacción del diario anarquista *La Protesta*, era empleado aduanero. También circulaba la acusación de que un secretario del sindicato de carpinteros navales había sido beneficiado con un empleo en el Ministerio de Obras Públicas. Es evidente que se hacían intentos de cortejar a los dirigentes sindicales por medio de la concesión de empleos.³⁸

¿Por qué eran tan importantes los empleos públicos? Los empleos municipales eran con frecuencia inestables y mal pagos. Los puestos de trabajo estables y bien pagos en la administración pública eran, en consecuencia, sumamente atractivos para los operarios. Hacia mediados de la década de 1920 los salarios de los operarios municipales y nacionales eran notablemente más altos que en actividades comparables del sector privado. Sucedió lo mismo en el caso de los empleados de menor rango y otros oficinistas no calificados.

El empleo municipal en Buenos Aires

El sistema político de la ciudad de Buenos Aires hacía de ella un lugar ideal para el patronazgo. El intendente, a cargo del poder ejecutivo, era designado por el presidente, debía contar con su aprobación y reflejaba sus deseos. Sus facultades eran amplias. Determinaba el presupuesto y tenía derecho a hacer todos los nombramientos a cargos municipales. La estructura moderna del gobierno de la ciudad se estableció en 1917, cuando se sancionó una ley que creaba un concejo deliberante electivo y le atribuía la facultad de aprobar los presupuestos e incluso el salario del intendente. Otro aspecto de importancia era que el concejo podía hacerle difícil la vida al intendente, dilatando la sanción de medidas claves y hasta poniéndolo en apuros.³⁹ Su papel era crucial porque el equilibrio de poder en la política municipal, a diferencia de lo que ocurría en casi todo el resto de la Argentina, se dividía entre varios partidos. Entre 1918 y 1930 no hubo un solo momento en que un partido controlara la intendencia y tuviera mayoría en el concejo.⁴⁰ Por ello, el gobernar era un juego de construcción de coaliciones. Aunque el partido en cuyo poder estaba la presidencia y por ende la intendencia reclamaba para sus seguidores la parte del león del botín y el derecho a purgar a los adversarios cuando cambiara el régimen, también compartía empleos con los partidos opositores. A diferencia de lo que sucedía en las ciudades norteamericanas gobernadas por caudillos y sus aparatos, las razones por las cuales el botín se compartía deben buscarse en la estructura política. En los Estados Unidos la meta preponderante de un caudillo político era controlar el ejecutivo municipal, una imposibilidad en la Argentina porque el intendente era un hombre del presidente. Aun el dominio del Concejo Deliberante era arduo debido al carácter proporcional del sistema electoral. La división del botín tranquilizaba los ánimos.

Los trabajadores municipales y otros empleados públicos ganaron en importancia debido a las cantidades muy pequeñas que se necesitaban para elegir concejales y parlamentarios. En 1920 un partido ganaba una banca en el Concejo Deliberante con apenas 5.601 votos. La concurrencia a las urnas en las elecciones legislativas era más alta y la representación proporcional de dos tercios y un tercio hacía que los números para ganar una banca en el Congreso fueran mucho más elevados que en el caso de las elecciones municipales, pero aun así seguían siendo relativamente ba-

jos.⁴¹ En 1928 el programa de la seccional capital del Partido Socialista se concentraba en los trabajadores municipales, y en 1930 un editorial de *La Prensa* comentaba que los dos poderes del gobierno capitalino competían por el favor de esos trabajadores en su búsqueda de votos.⁴²

En otras palabras, unos pocos votos eran importantes, y los trabajadores estatales tenían que votar. En noviembre de 1928, por ejemplo, el secretario de Hacienda de la ciudad instruyó a los jefes de las secciones bajo su autoridad para que recordaran a sus subordinados la obligación de votar en las próximas elecciones. El memorándum establecía que los empleados debían presentar sus libretas de enrolamiento a los supervisores para demostrar que habían votado; a su vez, los supervisores tenían que entregar al secretario los nombres de quienes no habían emitido el voto, y las razones por las cuales no lo habían hecho.⁴³ En 1922 el gobernador de la provincia de Buenos Aires, José Luis Cantilo, decretó que todos los empleados provinciales tenían que presentar su libreta de enrolamiento a sus superiores el día posterior a una elección; la omisión del voto constaría en su legajo y dificultaría su ascenso.⁴⁴ Tal vez fuera difícil controlar cómo votaban los empleados públicos, pero se podía hacerlos votar mediante coerción.

Con todo, de ordinario la coerción no era necesaria, porque para los trabajadores municipales había mucho en juego en el resultado electoral. El Concejo Deliberante no solo fijaba los salarios y establecía las condiciones laborales, sino que también funcionaba como una caja de resonancia de las quejas de los trabajadores. Los concejales dedicaban una exorbitante cantidad de tiempo a discutir esos problemas. El buen trato brindado a los trabajadores municipales después del establecimiento de la elección popular de los miembros del Concejo Deliberante se debía en gran medida al patronazgo. Si un jefe político consigue puestos de trabajo para sus clientes, es provechoso que los trate bien. La fuerza gobernante de la ciudad, la Unión Cívica Radical, tenía un interés decisivo en ese buen trato. Pero ocurría lo mismo con otros partidos, porque también ellos tenían partidarios en la fuerza laboral y voz en la fijación de las condiciones, debido a la necesidad del intendente de trabajar en coordinación con el concejo.

La abundante cantidad de socialistas y comunistas que trabajaban en la municipalidad es una indicación de que las recomendaciones de trabajo hechas por esos partidos solían rendir frutos. Los socialistas controlaban el principal sindicato de trabajadores municipales, la UOM. Aunque protes-

taban con frecuencia contra el uso del patronazgo y demandaban respetar las estrictas regulaciones, se beneficiaban con el sistema existente. En 1923, por ejemplo, un concejal socialista se quejó de la gran cantidad de trabajadores en la Dirección de Paseos, que tenía 217 empleados supernumerarios. Otro concejal le replicó que treinta de ellos eran militantes socialistas. No hubo respuesta.⁴⁵ Es evidente que los socialistas recibían una parte del botín.

La relación singular que la ciudad tenía con el gobierno nacional limitaba el alcance y las dimensiones de la fuerza de trabajo municipal. El gobierno nacional controlaba las escuelas, la policía y el suministro de agua. Aun así, Buenos Aires tenía una vasta gama de empleados. En 1926, por ejemplo, empleaba a 416 médicos, 91 veterinarios, 55 parteras, 35 ingenieros y 13 arquitectos, además de joyeros, sastres, modistas, dependientes y trabajadores manuales. A comienzos de 1922 casi las tres cuartas partes de los empleados municipales eran operarios que se ocupaban de toda una serie de actividades, desde el barrido de las calles hasta tareas más calificadas. La UOM se quejaba de que la cantidad de puestos de trabajo destinados a operarios no se expandía lo suficiente para satisfacer las crecientes necesidades de la ciudad, especialmente en lo relacionado con la limpieza de las calles, a pesar de un aumento general del número de empleados. A menudo los operarios estaban mal categorizados y, aunque se ocupaban de tareas administrativas, se les pagaba como jornaleros.⁴⁶ Esta situación reflejaba la necesidad de contar con un patrón para disfrutar de lo que a los ojos de los beneficiarios era un empleo respetable.

Con una gran excepción, la composición étnica de la fuerza de trabajo municipal correspondía a la de la población en general. Según el censo de trabajadores municipales levantado en junio de 1926, el 42% de los trabajadores eran argentinos; el 20% eran españoles, y el 17,8%, italianos. La única gran anomalía, que apunta a la importancia de un sistema de sinecuras, se encontraba en el 13,2% de los trabajadores municipales que eran ciudadanos naturalizados y, en consecuencia, podían votar en las elecciones nacionales. En 1914 solo el 2,4% de la población extranjera de la ciudad estaba naturalizada.⁴⁷ ¿Por qué tantos empleados municipales extranjeros que no podían votar? El trabajador contratado tal vez no fuera la misma persona a quien se recompensaba por su lealtad política; podía ser un pariente o un amigo de esta última. Además, el no ciudadano po-

día prestar servicios cruciales a la organización, al menos tan importantes como el voto. Muchos empleados municipales extranjeros podían votar en las elecciones municipales y quizá lo hicieran.⁴⁸ Como hemos visto, algunos puestos de trabajo podían comprarse y, por consiguiente, no importaba que la persona votara o no. Algunas tal vez fueran contratadas al margen del sistema de sinecuras.

Antes de que los radicales llegaran al poder en 1916 comenzó un vertiginoso crecimiento de la cantidad de trabajadores municipales. En 1906 la ciudad empleaba a 5.353 trabajadores, y hacia 1914 estos eran 11.732. En los años de Yrigoyen no se produjo un aumento comparable, aunque la cantidad de empleados creció hasta casi quince mil. Durante la mayor parte de la primera presidencia de aquel la economía funcionó extremadamente mal y, como lo veremos más adelante, el presidente tuvo la oportunidad de reemplazar a muchos trabajadores por otros que eran de su preferencia. En los años de Alvear se produjo una verdadera explosión y la cantidad de empleados llegó a casi veintidós mil. Este incremento no se ajusta a la imagen tradicional de Alvear, visto como una persona que estaba más allá de semejantes tácticas. El ritmo acelerado de aumento de la plantilla prosiguió durante el segundo mandato de Yrigoyen, y en 1930 la cantidad de trabajadores municipales rondaba los veintiséis mil. Como he mostrado en otro trabajo, los gobiernos ulteriores siguieron adelante con la ampliación de la nómina municipal a un ritmo muy rápido.⁴⁹ Es evidente que los radicales formaban parte de una cultura política más amplia, por lo cual sería difícil atribuir su éxito a un rasgo que compartían con todos los gobiernos de la época.

¿El rápido incremento del número de empleados municipales era solo una respuesta a las crecientes necesidades de una zona urbana en expansión? Buenos Aires, después de todo, tenía la fama de ser una ciudad limpia y bien mantenida, al menos en el centro.⁵⁰ Su población casi se duplicó entre 1909 y 1936, mientras que la cantidad de empleados estuvo cerca de cuadruplicarse.⁵¹ La complejidad de la prestación de servicios municipales crece con el aumento de la población y, con ella, el de las zonas de alta densidad demográfica. ¿Cómo se compara la cantidad de empleados con los casos de otras ciudades? Si comparamos el número de empleados por cien mil habitantes que Buenos Aires tenía en 1926 con el de las ciudades norteamericanas el año anterior, la cifra correspondiente a la primera, 1.121,

era similar o más baja. Nueva York tenía 1.122 trabajadores por cada cien mil habitantes; Chicago, 1.192, y Los Ángeles, 1.765.

A decir verdad, sin embargo, las comparaciones no son justas, porque el número de Chicago abarca todos los empleados municipales (incluyendo maestros, policías y bomberos), en tanto que los de Nueva York y Los Ángeles excluyen a los maestros pero incluyen a policías y bomberos, ninguno de los cuales estaba dentro del presupuesto municipal de Buenos Aires.⁵² En 1927 había en Buenos Aires 6.746 miembros subalternos de las fuerzas policiales, o 342 por cada cien mil habitantes.⁵³ De modo que la cantidad de empleados municipales en Buenos Aires era en realidad mucho más alta que en Nueva York o Chicago. Si pudieran incluirse en estos cálculos otros grupos excluidos, la proporción en el caso porteño sería mucho más grande que en ciudades comparables.

La comparación con Chicago es de particular interés porque esta tenía y tiene la fama de ser manejada por el aparato político y estar dominada por el patronazgo, pero en cantidad de puestos de trabajo disponibles Buenos Aires la superaba con facilidad. Sin embargo, la diferencia entre los sistemas políticos dificulta la comparación directa del número de empleados. En los Estados Unidos muchos empleos quedaban ocultos en los sistemas estadual y de condados, que no tenían ningún paralelo en Buenos Aires. Los caudillos radicales de esta ciudad tenían acceso a la burocracia nacional y, por lo tanto, un campo aún más amplio para colocar a sus clientes.

La mejor prueba de la existencia de un sistema de patronazgo tal vez fuera el gran esfuerzo para mejorar las condiciones de trabajo de los empleados municipales, sobre todo en materia salarial. Durante los últimos años del régimen conservador, a despecho del torrente de incorporaciones al empleo municipal, las condiciones de trabajo y los salarios eran extraordinariamente malos. En 1909 el 46% ganaba 60 pesos por mes o menos. Otro índice de la falta de atención al patronazgo es el gran número de españoles (sin derecho al voto) que tenían puestos de trabajo no calificados. No es que los conservadores se situaran por encima de esas actitudes, como lo demostraron ampliamente en la provincia de Buenos Aires, pero, como los votos se podían obtener por otros medios y la magnitud de la movilización política era limitada, había poca necesidad de recompensar a los operarios y trabajadores manuales.⁵⁴

En una situación competitiva tiene poco sentido dar empleo a los partidarios y luego tratarlos mal. Como antes se señaló, un caudillo político no tiene garantías de que su "cliente" le sea leal, en especial debido a la existencia del voto secreto. Algunas de las mejoras producidas se debieron a los esfuerzos de la UOM, pero la influencia de esta organización no dejaba de ser limitada. El sindicato, fundado en 1916, tenía estrechos lazos con el Partido Socialista. El creciente conflicto con la nueva administración radical condujo a una gran huelga en 1917, que en sus principales aspectos fue aplastada; entre cinco mil y siete mil trabajadores perdieron su empleo, aunque a posteriori muchos lo recuperaron. Esto brindó a los radicales la oportunidad de incorporar a los suyos. Al cabo de unos años el sindicato se recuperó y pudo negociar con el ejecutivo municipal.⁵⁵

Tras las huelgas iniciales que le dieron credibilidad, la UOM se abstuvo de convocar paros y dependió del apoyo de los concejales socialistas y los apuros en que estos podían poner al ejecutivo municipal si daban a conocer el maltrato sufrido por los trabajadores. La mayor amenaza que representaba la UOM era, empero, su potencial para expandir la base del Partido Socialista.

Durante los años siguientes los trabajadores municipales constataron importantes mejoras en sus condiciones. Aunque la UOM pretendía acreditárselas, la política tuvo un papel más protagónico. Los dos principales partidos de la capital tenían interés en mejorar la situación de los trabajadores municipales: los radicales, porque muchos de ellos eran clientes del partido, y los socialistas, debido a su ideología y los estrechos lazos que tenía con la UOM. Aun partidos menores como el Comunista tuvieron algún papel. José Penelón, uno de los principales dirigentes comunistas, cumplió dos mandatos como concejal y fue el más vocinglero protector de los trabajadores municipales.⁵⁶

El Concejo Deliberante sancionó y el intendente promulgó una serie de mejoras en las condiciones laborales. Algunas de ellas eran una respuesta a leyes nacionales; otras eran iniciativas locales. Los trabajadores comenzaron a tener asueto los domingos o algún otro día en su reemplazo; también podían disfrutar de vacaciones pagas y una semana laboral de cuarenta y cuatro horas. La caja de jubilaciones para empleados municipales se regularizó y se amplió a fin de incluir a los operarios y trabajadores manuales.

El hecho de que algunas categorías de empleados no recibieran estos beneficios suscitó la protesta continua del sindicato y de varios concejales.⁵⁷

Los cambios más grandes se dieron en los salarios y otras compensaciones monetarias, lo cual coincidió con el establecimiento de un Concejo Deliberante elegido por un vasto electorado, como se jactaban los concejales. En la Dirección de Sanidad un peón ganaba 60 pesos por mes en 1919, 80 en 1920, 88 en 1921 y 100 en 1922. En 1924 se fijó un salario mínimo de 160 pesos mensuales que se mantuvo hasta 1930, cuando se lo elevó a 165 pesos. En promedio, un empleado municipal ganaba 118,69 pesos en 1914 y 185,96 en 1924.⁵⁸

Después del establecimiento de un salario mínimo, la escala para los trabajadores municipales fue mucho más alta que para el asalariado común y corriente. En 1925 el 85% de los operarios municipales ganaban entre 160 y 180 pesos. Según Adolfo Dorfman, en 1924 el salario promedio en Buenos Aires se situaba en 118,30 pesos. Hay alguna posibilidad de que la cifra de Dorfman sea baja, pero un estudio del DNT realizado en 1928 indica que es más o menos precisa. Dicho estudio examinó los presupuestos de 1.198 familias de trabajadores y comprobó que sus gastos mensuales eran en promedio de 169,65 pesos, y sus ingresos, de 170,03 pesos. La familia de cuatro miembros tenía dos asalariados.⁵⁹ En consecuencia, a los trabajadores municipales, sobre todo quienes tenían empleos no calificados —los barrenderos, por ejemplo—, les iba mucho mejor que a sus pares de otros lugares. Luego de 1924 aumentó el porcentaje de empleados del municipio cuyos ingresos eran superiores al mínimo municipal.⁶⁰

Aunque las cifras no se incluían en el presupuesto municipal como salarios, muchos trabajadores recibían más dinero al margen de sus sueldos. A partir de 1923 la ciudad pagó una bonificación del 15% a los empleados administrativos que recibían bajos salarios y tenían al menos diez años de antigüedad. Más adelante, los administrativos con más antigüedad recibieron una bonificación del 20%. En 1926 se otorgó una bonificación del 10% a los operarios que ganaban menos de 250 pesos por mes y tenían más de diez años de servicio.⁶¹ Cuando se inició este programa, la inmensa mayoría de los posibles beneficiarios eran personas que no debían su nombramiento a los radicales. A partir de 1929, quienes ganaban menos de 300 pesos por mes y habían trabajado diez años recibieron cinco pesos mensuales por cada hijo de menos de 15 años. Ese mismo año, la bonificación

representaba un 4,4% del monto total de los salarios.⁶² Los trabajadores municipales también disfrutaban de los beneficios de un sistema jubilatorio. Los partidos políticos cuidaban a sus clientes.

El presupuesto municipal creció enormemente entre 1910 y el final del control radical de la ciudad. Los gastos municipales ascendían a unos 33,6 millones en 1910 y a 37,4 millones en 1916, el año en que Yrigoyen asumió la presidencia, aunque habían sido más elevados antes de la Primera Guerra Mundial. En el siguiente año de elecciones presidenciales, 1922, el presupuesto fue de 68,6 millones de pesos, pero el incremento no había sido ininterrumpido. Hacia 1928 la cifra había llegado a unos 87,7 millones de pesos, y en 1930 era de 99 millones.⁶³ El presupuesto crecía más que la población, y durante la Primera Guerra Mundial y su secuela inmediata el costo de vida se incrementó de manera desbocada hasta llegar a un máximo en 1920 y luego caer.⁶⁴ En consecuencia, la inflación no puede explicar la rápida expansión presupuestaria. El aumento se produjo a raíz de crecientes exigencias políticas. Una parte significativa se debió al crecimiento explosivo de la plantilla de trabajadores municipales y el monto de los salarios y las mejoras en las condiciones laborales, pero también a un gobierno municipal movilizado y expansivo.⁶⁵ Entre 1910 y 1930 el presupuesto general casi se triplicó, pero las erogaciones salariales crecieron alrededor de cinco veces y media.

En 1916 los salarios consumían más del 40% del presupuesto. La llegada del radicalismo al gobierno de la ciudad no tuvo un efecto inmediato. Solo entre 1919 y 1921, en medio de una gran agitación laboral, el establecimiento de la elección popular de los concejales, la creación de la UOM y la recuperación económica de posguerra, el gasto per cápita volvió a los niveles de antes de la guerra. El crecimiento explosivo se da tanto en el presupuesto general como en los salarios. Esto confirma la observación de Rock acerca de un viraje hacia el patronazgo político en la época, pero el momento elegido acaso no se deba tanto a un cambio decidido de estrategia como a una modificación de las realidades presupuestarias. En los primeros años de la administración de Alvear hubo cierta restricción presupuestaria (aunque los porcentajes gastados en salarios eran mucho más altos que durante los años iniciales de la administración de Yrigoyen). En especial, a medida que se acercaban las elecciones presidenciales de 1928 el porcentaje destinado a los empleados municipales creció abruptamente

hasta llegar a más del 60% en 1927, para experimentar luego una leve reducción en el gobierno de Yrigoyen. No cabe duda alguna de que mantener contentos a los empleados se tornó cada vez más importante con el paso de tiempo.⁶⁶ Estas cifras no incluyen las bonificaciones por antigüedad y cantidad de hijos. Ahora, el gobierno municipal gastaba su dinero en los empleados más que en proyectos para la capital.

El gobierno nacional

En paralelo con la situación en el plano municipal estaba la situación del gobierno nacional. La naturaleza caótica de la elaboración presupuestaria, empero, hace imposible tener una idea cierta de las dimensiones de la burocracia nacional. Por ejemplo, en 1923 un estudio sobre la caja de jubilaciones de los empleados nacionales lamentaba que fuera necesario un censo de estos para entender el alcance de los problemas de la entidad, y señalaba que desde 1906 los informes anuales de esta habían reclamado su realización.⁶⁷ En otras palabras, ni siquiera la caja de jubilaciones conocía la magnitud de la fuerza de trabajo pública. Un examen de los presupuestos anuales no logra darnos cifras confiables, porque muchos trabajadores estaban al margen de sus previsiones y en la década de 1920 el Congreso fracasó varias veces en los intentos de aprobar un nuevo presupuesto.⁶⁸ Algunas empresas estatales en proceso de crecimiento —como Yacimientos Petrolíferos Fiscales [YPF] y los Ferrocarriles del Estado— tampoco estaban incluidas en el presupuesto.

Ana Virginia Persello ha hecho un análisis de los presupuestos (sin las fuerzas armadas) y registrado 60.109 empleados en 1914, 69.427 en 1923, 87.932 en 1927 y 94.898 en 1929.⁶⁹ Entre 1914 y 1923 la dotación de personal sumó 9.318 empleados, o un 15,5 por ciento. El período incluye toda la primera presidencia de Yrigoyen, si bien es muy probable que hubiera una disminución en el transcurso de la depresión económica causada por la Primera Guerra Mundial. Durante la administración de Alvear el aumento parece mucho más grande; de 1923 a 1927 se agregaron 18.505 empleados, o un 26,6 por ciento. Estas cifras demuestran que las ideas convencionales sobre el patronazgo y las dos presidencias no son correctas.

¿Hay otras cifras a nuestro alcance? Según un estudio publicado en 1915, el año anterior había un total de más de 110.000 empleados estatales, 80.323 de ellos dentro del presupuesto (incluidos grupos como los militares). A fines de 1919, 96.000 hacían aportes a la Caja Nacional de Jubilaciones. De acuerdo con una publicación oficial, el empleo nacional, incluyendo los supernumerarios, había llegado a 152.856 (112.369 sin el personal militar uniformado) en 1922. Un censo del personal estatal realizado en 1924 resultó en la cifra de 112.220. Otro cálculo de la cantidad de empleados públicos nacionales, sin los conscriptos, daba la cifra de 124.688 tanto para 1929 como para 1930.⁷⁰

En 1926 el Departamento de Hacienda hizo un censo de operarios y trabajadores manuales en varias direcciones diferentes del Estado y llegó a un total de 14.150 personas. Cuando se mencionaba la antigüedad de los trabajadores, el grupo más grande era el de quienes habían entrado entre 1923 y 1925, en el gobierno de Alvear. Durante la Primera Guerra Mundial las incorporaciones habían sido limitadas. Por desdicha, este tipo de información no explica la rotación, que quizás haya sido alta.⁷¹

La Caja Nacional de Jubilaciones hizo en 1935 un estudio de sus aportantes, divididos en las categorías de empleados, obreros, policías y personal docente. Una vez más, el examen de la antigüedad nos permite formarnos una idea de los patrones de incorporación de personal, pero la rotación hace que resulte imposible tener una imagen exacta. Parece ser que la Primera Guerra Mundial limitó el número de trabajadores en las cuatro categorías, en tanto que los picos de incorporaciones se encuentran en los últimos años de la primera administración de Yrigoyen, los últimos años del mandato de Alvear y el segundo mandato de Yrigoyen. Según este estudio, no hay una diferencia pronunciada entre los años de uno y otro presidentes.⁷²

Desafortunadamente, las muy dispares fuentes sobre la cantidad global de empleados nacionales dificultan la realización de un análisis completo del incremento, pero de todos modos cabe decir que este fue importante y ocurrió tanto con Yrigoyen como con Alvear. Con todo, la expansión de los empleos estatales no prueba el clientelismo. Una parte significativa del aumento reflejaba la ampliación del campo de acción gubernamental. Por ejemplo, la compañía petrolífera estatal, fundada tras el descubrimiento de petróleo en 1907 y reorganizada con el nombre de YPF en 1922, tenía 6.380 empleados en diciembre de 1930.⁷³

¿Hay pruebas de clientelismo? Y si las hay, ¿dónde? Todo indica que algunos sectores se dotaban más que otros de personal nombrado por razones políticas. Como antes se mencionó, los Ferrocarriles del Estado tenían esa fama. Cuando Yrigoyen llegó por segunda vez a la presidencia la nueva administración acusó a Alvear de haber colocado clientes en dicha empresa y utilizó ese pretexto para justificar los despidos, que de acuerdo con versiones periodísticas superaron el millar. Según *La Prensa*, sin embargo, hacia diciembre de 1929 la cantidad de empleados ferroviarios estatales en la capital se había duplicado durante la presidencia de Yrigoyen, hasta llegar a 3.600. La compañía necesitaba alquilar mucho más espacio de oficinas. De manera similar, en enero de 1929, en la estación del puerto de Buenos Aires donde los trenes descargaban el tráfico fluvial, había 48 empleados de Ferrocarriles del Estado que representaban un gasto de 7.550 pesos por mes, y en octubre el número había crecido a 304 con una erogación de 47.910 pesos mensuales.⁷⁴

El empleo en los Ferrocarriles del Estado no se ajusta a un patrón que pueda adjudicarse lógicamente solo al patronazgo. La cantidad de empleados aumentó con rapidez entre 1916 y 1930, pasando de 16.827 a 26.680 trabajadores. Sin embargo, no siguió una simple línea ascendente. El empleo cayó en 1917 y tocó fondo en 1918 con 13.313 empleados, para crecer luego entre 1919 y 1921. Este último año la cantidad de empleados ascendía a 18.707, pero se redujo a 16.977 en 1922, un año de elecciones presidenciales. Si el patronazgo fuera la principal consideración, un año electoral no habría sido un buen momento para esa reducción. Durante este período las dimensiones de la red ferroviaria se mantuvieron relativamente estables, con un leve incremento. La caída del empleo en 1917-1918 y 1922-1923 puede ligarse a una disminución del tráfico ferroviario. El número de empleados creció con firmeza de 1924 a 1930, pero este aumento reflejaba al menos en parte una considerable expansión de las vías férreas. El transporte de pasajeros y de carga subió de manera espectacular entre 1916 y 1929, 115 y 81% respectivamente, y en forma menos pronunciada, pero siempre significativa, de 1924 a 1929. El número de trabajadores por kilómetro se incrementó durante los gobiernos radicales, pero de ordinario era más bajo que en el caso de los ferrocarriles privados. Silvana Palermo ha sostenido que la incorporación de personal ferroviario no era un producto del clientelismo. La cantidad total de trabajadores empleados

por los Ferrocarriles del Estado respalda esta tesis. Los números totales, sin embargo, no explican la distribución o la identidad de los contratados. Una organización con pocos empleados puede estar íntegramente compuesta de personas con conexiones políticas.⁷⁵

En Buenos Aires, los maestros de las escuelas públicas eran empleados nacionales y, como hemos visto, con frecuencia obtenían el empleo gracias al patronazgo. Había una curiosa anomalía: la mayoría de los docentes de escuelas primarias eran mujeres y por consiguiente no podían votar. Como sucedía con los inmigrantes, esto no significaba que carecieran de conexiones políticas. Los varones de sus familias votaban y las maestras podían participar en las tareas de las campañas políticas. El número de maestros en la capital creció de 3.229 en 1908 a 5.222 en 1917, 7.644 en 1922 y 14.434 en 1929. El aumento es espectacular, pero la cantidad de maestros solo creció dos veces más rápido que la de alumnos, que pasó de 97.584 en 1908 a 232.377 en 1929.⁷⁶ La proporción entre alumnos y maestros era de 16 a uno en 1929. En todo el país se daba un patrón similar en las escuelas primarias del Estado nacional: el número de maestros aumentó de 9.039 en 1915 a 29.479 en 1930, y los alumnos pasaron de 326.281 a 691.750. En este caso, la proporción entre alumnos y maestros cayó de 36 a uno a 23 a uno.⁷⁷ La cantidad de maestros no parece excesiva, si bien las designaciones debidas al patronazgo eran sin duda cruciales.

Las oficinas de correos y telégrafos tenían fama de ser un centro del clientelismo, pese a lo cual la cantidad de empleados no experimentó un crecimiento notable. El servicio tenía 15.015 empleados en 1914; 20.949 en 1922; 25.137 en 1929 y 27.639 en 1930. Se hicieron censos de trabajadores en 1930 y 1934, y de ellos podemos deducir cuánto tiempo trabajaron esos empleados en esta dirección del Estado (no es posible considerar a quienes fueron despedidos durante este período o dejaron su empleo por otras razones). Las cifras muestran que hubo una cantidad importante de incorporaciones bajo los dos presidentes. El volumen de trabajo aumentó efectivamente: se enviaban más cartas y telegramas, lo cual indica que al menos una parte del crecimiento del empleo se debía a la necesidad. Hay pruebas de clientelismo. Una comisión investigadora especial creada después del golpe de 1930 comprobó que el 30 de junio de ese año se autorizó la incorporación de 1.753 trabajadores al margen del presupuesto para la Dirección General de Correos y Telégrafos. En 1930 el 82% de los em-

pleados habían nacido en la Argentina, y el 78% de los extranjeros estaban naturalizados. Estas cifras exhiben una clara discrepancia con la población general.⁷⁸

Es imposible calcular la cantidad de trabajadores de más que empleaban las instituciones estatales, porque para ello sería necesario precisar las funciones exactas de todos los sectores de la estructura gubernamental. Había de hecho sectores inflados. Según el examen que Héctor Otero hace del Ministerio de Agricultura, Tomás Le Breton, ministro de Alvear, llegó a su cargo con la idea de reducir el número de empleados. El Ministerio tenía mala fama como lugar donde prevealecía el patronazgo, sobre todo en Defensa Agrícola, cuya presunta misión era erradicar la langosta. Los puestos de trabajo en ese sector solían ser políticos; muchos empleados no se movían de la capital. Esta situación era previa a la llegada del radicalismo al poder. Tras un año en el cargo, Le Breton había reducido el número de empleados de su Ministerio de 4.681 a 2.246, y quedaban 222 puestos por cubrirse.⁷⁹

El momento más oportuno para discernir la naturaleza de las designaciones es el de los cambios de administración. Se recompensa entonces a los seguidores, y cuando se producen cambios hostiles, los enemigos son castigados o al menos pierden su trabajo, a fin de poder recompensar a los fieles. En un debate de 1923 en el Concejo Deliberante, por ejemplo, un concejal socialista acusó a Yrigoyen de colocar gente en toda clase de puestos debido a su apoyo a los comités radicales; la mayoría de los nombramientos aludidos eran de enero y febrero de 1922, justo antes de las elecciones presidenciales de abril. El concejal acusaba al secretario de Hacienda de la Municipalidad de preparar su candidatura a la Cámara de Diputados mediante la entrega de cargos, para conseguir así el respaldo de la convención del partido.⁸⁰

En 1928, el paso de la administración de Alvear a la de Yrigoyen generó una gran purga de personal. Los yrigoyenistas afirmaban que se había designado en los cargos a numerosas personas innecesarias. Por ejemplo, en la administración municipal se había tomado a mujeres como barrenaderas, cuando lo único que estas "barrían [era] el sueldo a fin de mes". Al aumentar los despidos en el Ministerio de Agricultura, *Crítica* denunció que los reemplazantes hacían cola en los pasillos del edificio a la espera de un puesto. La importancia del clientelismo se advierte en una dirección

donde todos los trabajadores extranjeros con una antigüedad de menos de diez años y que no se habían naturalizado iban a ser despedidos. Los de mayor antigüedad tenían que obtener la ciudadanía lo antes posible.

Tanto *La Prensa* como *La Nación* se pronunciaron contra los despidos. Este último diario afirmó en marzo de 1929 que las purgas en la burocracia habían afectado a alrededor de diez mil personas. Se daban cifras concretas: 3.343 en el Ministerio de Agricultura, 1.148 en la Dirección de Correos y Telégrafos, 721 en la Aduana y 500 empleados municipales. El número de trabajadores municipales está sin lugar a dudas subestimado, porque en un debate de 1932 en el Concejo Deliberante se trajeron a colación cifras de la oficina de personal del municipio. El concejo acababa de reabrirse luego de su clausura tras el golpe de septiembre de 1930. Durante el trunco segundo mandato de Yrigoyen se habían producido 926 despidos y 1.951 jubilaciones, muchas de ellas forzadas. La Depresión no había sido un factor relevante, porque de manera simultánea se había incorporado a 6.828 personas a los empleos municipales, lo cual representaba un incremento de 3.951 en la dotación de personal. Gregorio Beschinsky, un concejal del socialismo independiente, afirmó que entre 1928 y 1930 habían perdido su trabajo dos tipos de personas: las despedidas porque era preciso asignar sus cargos a otros y las despedidas por motivos de venganza política.⁸¹ Los lazos del empleo con la política eran evidentes.

Al igual que en el gobierno municipal, los empleados nacionales disfrutaban de salarios relativamente altos. En 1921 el mínimo se fijó en 160 pesos por mes o 6,40 por día.⁸² Esto significaba que en todos los puestos de trabajo semicalificados y no calificados los empleados nacionales ganaban mucho más que sus pares del sector privado. Los trabajadores del sector público también tenían un plan de jubilaciones. Estos son signos claros de que los políticos se esforzaban por el bien de su clientela.

No siempre era así. La ineptitud administrativa de todos los niveles gubernamentales —municipal, provincial y nacional— generaba numerosos incidentes a raíz de los cuales los empleados públicos no recibían su paga durante varios meses. Esta situación provocaba sufrimiento y paros laborales, y es una indicación de la fragilidad de los lazos de las autoridades con sus clientes.⁸³

A lo largo de todo el período radical, salvo en 1920, el gobierno nacional administró un gran déficit, a pesar de un marcado incremento de los

ingresos. En 1916 el gobierno gastó unos 374 millones de pesos; en 1922, 614 millones, y en 1927, 1.049 millones. Las erogaciones declinaron el año siguiente, para volver a crecer en 1929 y 1930. Jubilaciones, salarios y gastos administrativos generales representaban una parte siempre creciente del presupuesto. Tal cual se hacía en el gobierno municipal, esto se compensaba en parte mediante una reducción de los montos destinados a las obras públicas. El porcentaje aplicado a estas cayó con rapidez durante los primeros años, para recuperarse considerablemente entre 1926 y 1930, pero aun así fue más bajo que en el período anterior a la llegada de los radicales al poder. La atención que el radicalismo prestaba al patronazgo tenía un costo a largo plazo, al disminuir la inversión en obras públicas.⁸⁴

De acuerdo con muchas fuentes, el uso de los empleos como herramientas políticas era aún más intenso en las provincias. Gardénia Vidal señala que en 1929, un año después de que los radicales ganaran la gobernación de Córdoba, se había reemplazado al 95% de los empleados del Ministerio de Gobierno. En la provincia de Buenos Aires, en 1917, año en que el radicalismo asumió el gobierno provincial, la cantidad de empleados ascendía a 15.884; en 1927 eran 25.583. Según *La Prensa*, el aumento se había producido pese a una vigorosa purga de personal, y en las cifras no se incluía a supernumerarios y cuadrillas de peones, que parecían multiplicarse cada vez que se avecinaban las elecciones. Los salarios también se incrementaron. No sería injusto sospechar un patrón similar en otras provincias.⁸⁵ El patronazgo era un rasgo común a toda la Argentina.

Conclusión

El clientelismo existía, y consumía un porcentaje significativo de los presupuestos en salarios y beneficios. Gracias a él, los caudillos radicales pudieron organizar extensos aparatos políticos. Los seguidores eran recompensados, tras lo cual se esperaba que continuaran con el trabajo político. Cuesta imaginar, sin embargo, que la popularidad de Yrigoyen pueda atribuirse al patronazgo. Demasiados políticos de todos los pelajes lo practicaban, sin poder empero construir una amplia base electoral. El mejor ejemplo es la lucha entre los personalistas y los antipersonalistas. Unos y otros se valían de un extendido patronazgo, pero solo los primeros, en la figura de Yrigoyen, se granjearon una

verdadera lealtad. Por lo demás, en la municipalidad de Buenos Aires todos los partidos compartían el patronazgo y sucedía otro tanto en el plano nacional, al menos en la época previa a la llegada de los radicales al poder.⁸⁶

Los grandes sistemas de patronazgo eran un rasgo común a principios del siglo XX, ya que la gente aspiraba a un empleo estable y los políticos buscaban apoyo. La gente necesitaba ayuda frente a un mundo cada vez más burocratizado. Si la Argentina se destaca, no es por la existencia de esos sistemas, y tampoco por el hecho de que los radicales los utilizaran como un instrumento para crear aparatos políticos, sino más bien porque no se produjo una reforma verdaderamente exitosa de la administración pública. El recurso radical al patronazgo era parte de una tendencia histórica y el radicalismo lo practicaba con destreza, pero es difícil adjudicar su popularidad a ello.

Notas

⁸¹ El argumento clásico se encontrará en D. Rock, *Politics in Argentina...*, op. cit.

⁸² Véase, por ejemplo, Ariel Yablón, "Patronage and party system in Buenos Aires, 1880-1886", trabajo presentado en la Conference on Latin American History, 2005.

⁸³ R. Sidicaro, *La política mirada desde arriba...*, op. cit., p. 27; cita de *The Review of the River Plate*, 20 de octubre de 1911, pp. 1009-1010, tomada de R. Hora, *The Landowners...*, op. cit., p. 125.

⁸⁴ *La Prensa*, 1º de marzo de 1918, y *La Nación*, 28 de enero de 1925.

⁸⁵ Nicos Mouzelis, "On the concept of populism: populist and clientelist modes of incorporation in semiperipheral politics", en *Politics and Society*, 14, 1985, p. 332.

⁸⁶ La cita de Sabiani se encontrará en Paul Jankowski, *Communism and Collaboration: Simon Sabiani and Politics in Marseille, 1919-1944*, New Haven, Yale University Press, 1989, p. 69. Véanse también Luigi Graziano, "Patron-client relationships in Southern Italy", *European Journal of Political Research*, 1(1), marzo de 1973, pp. 4-5; P. A. Allum, *Politics and Society in Post-War Naples*, Cambridge, Cambridge University Press, 1973, pp. 10 y 209; Alex Weingrod, "Patrons, patronage, and political parties", en *Comparative Studies in Society and History*, 4, julio de 1968, p. 383; Amy Bridges, *A City in the Republic: Antebellum New York and the Origins of Machine Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984, pp. 132-137; Shmuel Noah Eisenstadt y Luis Roniger, *Patrons, Clients, and Friends: Interpersonal Structure of Trust in Society*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984, p. 191; Upton Sinclair, *The Jungle* (1906), Nueva York, Bantam, 1981 [trad. esp.: *La jungla*, Barcelona, Orbis, 1985]; Mike Royko, *Richard J. Daley of Chicago*, Nueva York, Dutton, 1971, y John M. Allswang, *Bosses, Machines, and Urban Voters*, edición revisada, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1986.

⁷ Marcela P. Ferrari, "Los que eligen: colegios electorales en tiempos de la 'República verdadera', 1916, 1922, 1928", en *Estudios Sociales*, 13(24), primer semestre de 2003, p. 53. Según L. de Privitellio, *Vecinos y ciudadanos...*, op. cit., p. 225, Arturo Jauretche dijo en la entrevista del Programa de Historia Oral del Instituto Di Tella que las compañías priva- das eran lugares importantes para ejercer el patronazgo.

⁸ William F. Whyte, *Street Corner Society: The Social Structure of an Italian Slum*, cuarta edición, Chicago, University of Chicago Press, 1993, pp. 240 y 86 [trad. esp.: *La sociedad de las esquinas*, México, Diana, 1971]. Aunque la cultura política descrita por Whyte parezca alejada de la de Buenos Aires, supongo que no lo estaba tanto como cabría sospechar. La mayoría de las personas a quienes el autor observaba eran italoamericanos de primera generación, por lo cual su entorno familiar no era muy distinto al de muchos porteños. Véase también Gardenia Vidal, "Los partidos políticos y el fenómeno clientelístico luego de la ley Sáenz Peña: la Unión Cívica Radical de la provincia de Córdoba, 1912-1930", en Fernando J. Devoto y Marcela P. Ferrari (eds.), *La construcción de las democracias rioplatenses: proyectos institucionales y prácticas políticas, 1900-1930*, Buenos Aires, Biblos, 1994, en especial pp. 190-191.

⁹ D. Rock, "Machine politics...", op. cit., en especial p. 251, e Ismael Bucich Escobar, *Buenos Aires ciudad*, Buenos Aires, Tor, 1936, pp. 217-218. Rock interpreta la amplia participación como un signo de profundo compromiso y de la descentralización del partido. No estoy seguro de que sea así; es posible que una gran parte de quienes acudían a las urnas lo hiciera simplemente para cumplir con sus deberes clientelistas.

¹⁰ Germán Rama, *El club político*, Montevideo, Arca, 1971, citado en Francisco Panizza, "El clientelismo en la teoría contemporánea", en *Cuadernos del CLAEH*, Montevideo, abril de 1988, p. 69.

¹¹ Véase por ejemplo W. F. Whyte, *Street Corner Society...*, op. cit., pp. 163 y 169.

¹² Para diferenciar el clientelismo tradicional de su variedad urbana más moderna, véanse por ejemplo Ernest Gellner, "Patrons and clients", en Ernest Gellner y John Waterburg (eds.), *Patrons and Clients in Mediterranean Societies*, Londres, Duckworth, 1977, p. 5 [trad. esp.: "Patronos y clientes", en *Patronos y clientes en las sociedades mediterráneas*, Madrid, Júcar, 1986, pp. 9-16]; L. Graziano, "Patron-client relationships...", op. cit., pp. 20-22; Luigi Graziano, *A Conceptual Framework for the Study of Clientelism*, Ithaca: Center for International Studies, Cornell University, 1975, col. "Western Societies Program occasional papers", n.º 2, en especial pp. 23-31; A. Weingrod, "Patrons, patronage...", op. cit., pp. 380-381, y Wayne A. Cornelius Jr., "Contemporary Mexico: a structural analysis of urban caciquismo", en Robert Kerr (ed.), *The Caciques*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1973, en especial p. 140 [trad. esp.: "El México contemporáneo: análisis estructural del caciquismo urbano", en Luis Unikel y Andrés Necochea (eds.), *Desarrollo urbano y regional en América Latina: problemas y políticas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975]. Se encontrará un análisis sobre el carácter central del patronazgo en América Latina en Richard Graham, *Patronage and Politics in Nineteenth-Century Brazil*, Stanford: Stanford University Press, 1990. Para Río de Janeiro, véase Michael L. Conniff, *Urban Politics in Brazil: The Rise of Populism, 1925-1945*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1981, pp. 60-77. Para el Gran Buenos Aires

moderno, véanse Javier Auyero, *Poor People's Politics: Peronist Survival Networks and the Legacy of Evita*, Durham (Carolina del Norte), Duke University Press, 2001 [trad. esp.: *La política de los pobres: las prácticas clientelistas del peronismo*, edición revisada, Buenos Aires, Manantial, 2001], y Steven Levitsky, *Transforming Labor-Based Parties in Latin America: Argentine Peronism in Comparative Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003 [trad. esp.: *La transformación del justicialismo: del partido sindical al partido clientelista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005].

¹³ L. Gutiérrez y L. A. Romero, *Sectores populares...*, op. cit., es un buen ejemplo del trabajo hecho por estos autores. Véanse también L. de Privitellio, *Vecinos y ciudadanos...*, op. cit., pp. 107-147, y Juan Suriano, "Vivir y sobrevivir en la gran ciudad: hábitat popular en la ciudad de Buenos Aires a comienzos del siglo", en *Estudios Sociales*, 4(7), segundo semestre de 1994, pp. 62-63.

¹⁴ Véanse, por ejemplo, Dora Barrancos, *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*, Buenos Aires, Contrapunto, 1990, y *La escena iluminada...*, op. cit.; J. Suriano, *Anarquistas...*, op. cit.; Ricardo O. Pasolini, "Entre la evasión y el humanismo. Lecturas, lectores y cultura de los sectores populares: la Biblioteca Juan B. Justo de Tandil, 1928-1945", en *Anuario del IEHS*, 12, 1997, pp. 373-401, y L. de Privitellio, *Vecinos y ciudadanos...*, op. cit., pp. 81-82.

¹⁵ L. de Privitellio, *Vecinos y ciudadanos...*, op. cit., pp. 48-49.

¹⁶ H. Sabato, *La política en las calles...*, op. cit.; D. Rock, *Politics in Argentina...*, op. cit., pp. 55-60, y "Machine politics...", op. cit., pp. 233-256; Aníbal Viguera, "Participación electoral y prácticas políticas de los sectores populares en Buenos Aires, 1912-1922", en *Entrepasados*, 1(1), comienzos de 1991, pp. 23-25, y *La Época*, 12 a 22 de marzo de 1919. En *La Época* podrán verse fotos de todas las campañas electorales.

¹⁷ D. Rock, "Machine politics...", op. cit., p. 252; Héctor Ifigo Carrera, *La experiencia radical, 1916-1922*, Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1980, vol. 1, p. 264; L. de Privitellio, *Vecinos y ciudadanos...*, op. cit., p. 82; *La Época*, 13 de octubre y 3 de noviembre de 1927, 6 de enero y 5 de mayo de 1929 y 6 de junio de 1930; biblioteca del Instituto Ravignani, colección Emilio Ravignani, serie 2, caja 10b, 104 y 105, y N. Ferreras, "Evolución de los principales consumos...", op. cit., p. 165.

¹⁸ Véanse Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, "Ciudadanía política y ciudadanía social: los sectores populares en Buenos Aires, 1912-1955", en *Índice*, 5(2), abril de 1992, p. 85; Ricardo González, "Lo propio y lo ajeno: actividades culturales y fomentismo en una asociación vecinal, Barrio Nazca (1925-1930)", en Diego Armus (ed.), *Mundo urbano y cultura popular: estudios de historia social argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, pp. 93-128; *La Internacional*, 22 de noviembre de 1924; *La Vanguardia*, 27 de abril de 1926; H. Sanguinetti, *Los socialistas independientes*, op. cit., p. 36; sitio oficial del club Almagro, Historia en tres colores, <http://www.calmagro.com.ar/historia.htm>, consultado el 2 de febrero de 2007; Almagro-Historia-Apéndice: presidentes del club, <http://cablemodem.fibertel.com.ar/almagro/historia/apenpres.html>, consultado el 26 de enero de 2007, y Honorable Cámara de Diputados de la Nación, *Nómina de diputados de la nación por distrito electoral: período 1854-1991*, Buenos Aires, Secretaría Parlamentaria, Dirección de Archivo, Publicaciones y Museo, 1991, pp. 103 y 112. En los Estados Unidos había jefes

políticos que utilizaban los clubes y procedían de ellos; véanse M. Royko, *Richard J. Daley*, op. cit., y W. F. Whyte, *Street Corner Society*..., op. cit.

¹⁹ D. Roa, "Machine politics...", op. cit., p. 249; Gerardo Bra, *La organización negra, la increíble historia de la Zona Migdal*, Buenos Aires, Corregi los, 1999, p. 61, y Norberto Folino, *Burelló, Roggerito y el populismo oligárquico*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1983. Este último es un examen de un caudillo conservador.

²⁰ Richard J. Walter, "Municipal politics and government in Buenos Aires, 1918-1930", en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 16(2), mayo de 1974, p. 182; Pedro Bidegain, *Mi radicalismo*, Buenos Aires, s. n., 1929; *La Internacional*, 6 de marzo y 22 de noviembre de 1924; *La Vanguardia*, 27 de abril de 1926; *Crítica*, 24 de enero a 4 de febrero de 1929; Concejo Deliberante de la Municipalidad de Buenos Aires, *Actas*, 23 de marzo de 1922, pp. 504-507; Enrique Díaz Araujo, *1930, conspiración y revolución*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, 1998, vol. 3, pp. 225-231; Luciano de Privitellio, "Inventar el barrio: Boedo 1936-1942", en *Cuadernos de Ciesal*, Rosario, 2(2-3), 1994, pp. 118-120; Eduardo Rubén Bernal, "Pedro Bidegain, un hombre de Boedo", *Desmemoria*, 13-14, 1997, pp. 82-101, y Mundo Azulgrana, estadio Pedro Bidegain, <http://www.gasometro.com.ar/casla/estadio.php>, consultado el 21 de marzo de 2008.

²¹ *Boedo*, 31 de octubre de 1939, citado en L. de Privitellio, "Inventar el barrio...", op. cit., p. 120.

²² Archivo General de la Nación, Ministerio del Interior, 1924, legajo 15, núm. 6129.

²³ Véase por ejemplo colección Emilio Ravignani, serie 4, caja 1, 150.

²⁴ M. P. Ferrari, "Los que eligen...", op. cit., p. 52.

²⁵ Francisco Pérez Leirós, Programa de Historia Oral del Instituto Di Tella, p. 29.

²⁶ Reproducido en *El Obrero Municipal*, noviembre de 1925. Véase también *La Nación*, 28 de marzo y 4 a 8 de abril de 1930.

²⁷ *El Obrero Municipal*, octubre de 1922 y abril de 1927.

²⁸ Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, V, 21 de diciembre de 1922, pp. 360-367, y 22 de diciembre de 1922, pp. 423-478, en especial pp. 438-439.

²⁹ G. Vidal, *Radicalismo de Córdoba...*, op. cit., pp. 356-357.

³⁰ Unión Ferroviaria, *Libros de actas de la Comisión Directiva*, acta 8, 2 de julio de 1943, y *La Prensa*, 8 de enero de 1925.

³¹ Las actas de los clubes radicales, si todavía existen, son inaccesibles o tienen escaso valor para este tipo de examen. Mar del Plata es uno de los pocos lugares donde aún pueden encontrarse. Véase Elisa Pastoriza y Rodolfo Rodríguez, "El radicalismo perdedor: las bases sociales de la UCR en el municipio de General Pueyrredón en la década de 1920", en F. J. Devoto y M. P. Ferrari (eds.), *La construcción de las democracias rioplatenses...*, op. cit., pp. 247-268. Las actas de otra localidad, Berisso, que Mirra Zaida Lobato tuvo la generosidad de prestarme, no contienen información de este tipo.

³² Colección Emilio Ravignani, serie 4, caja 1, 40, 46 y 234; caja 2, 3, 10, 12, 274, 299, 305, 307, 309 y 397; caja 3, 20, 47 y 54; caja 4, 246 y 335; caja 5, 16, y caja 9, 214 y 215.

³³ *Ibíd.*, serie 4, caja 5, 53. Es de presumir que se trata del instituto que hoy lleva el nombre de Ravignani y donde se conservan las cartas.

³⁴ *Ibíd.*, serie 4, caja 6, 209.

³⁵ *Ibíd.* serie 4, caja 6, 38, 70 y 178. Véanse también serie 4, caja 1, 30, 31, 54 y 65, y serie 2, caja 6, 37.

³⁶ *Ibíd.*, serie 4, caja 8, 116 y 143.

³⁷ Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, I, 1 de junio de 1925, pp. 1-11. *La Internacional*, 18 de mayo y 4 de agosto de 1925 y 10 de julio de 1927. *La Vanguardia*, 10 de mayo de 1925. Ministerio del Interior, *Memoria 1924-25*, pp. 569-571. S. Marotta, *Movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 2, p. 238, y Oscar Troncoso, *Fundadores del gremialismo obrero*, vol. 2, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, pp. 231-232.

³⁸ *La Internacional*, 9 de octubre y 25 de diciembre de 1926; *Boletín de Unión del Marino*, 6 de marzo de 1920, y *La Acción*, 25 de julio de 1927.

³⁹ Joel Horowitz, *Argentine Unions and the Rise of Perón*, Berkeley, Institute of International Studies, University of California, Berkeley, 1990, en especial pp. 44-45 [trad. esp.: *Los sindicatos, el Estado y el surgimiento de Perón, 1930-1946*, Sáenz Peña (Buenos Aires), Ediciones de la Universidad de Tres de Febrero, 2004]; L. de Privitellio, "El Concejo Deliberante y el fomentismo...", op. cit., en especial p. 11; R. J. Walter, *Politics and Urban Growth...*, op. cit., y Austin F. MacDonald, *Government of the Argentine Republic*, Nueva York, Thomas Y. Crowell, 1942, pp. 415-425.

⁴⁰ R. J. Walter, "Municipal politics...", op. cit., p. 180, y J. Horowitz, *Argentine Unions...*, op. cit., p. 44. En 1929 los radicales tenían un control efectivo del concejo y, desde luego, de la intendencia. *La Nación*, 16 y 26 de abril de 1929.

⁴¹ Ley 10.240, en *Anales de legislación argentina*, vol. 2, pp. 1039-1040, e I. Bucich Escobar, *Buenos Aires ciudad*, op. cit., pp. 213-220, en especial p. 216. En el caso del Congreso véase Ministerio del Interior, Subsecretaría de Informaciones, *Las fuerzas armadas restituyen el imperio de la soberanía popular*, Buenos Aires, Imprenta de la Cámara de Diputados, 1946, vol. 1, pp. 368-434.

⁴² *La Prensa*, 29 de octubre de 1928 y 17 de julio de 1930.

⁴³ *La Prensa*, 1º de diciembre de 1928.

⁴⁴ M. P. Ferrari, "El voto del silencio...", op. cit., p. 179.

⁴⁵ Concejo Deliberante, *Actas*, 21 de junio de 1923, pp. 944-945.

⁴⁶ Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, *Censo de personal administrativo y obrero de la Municipalidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1928, pp. 22-23; Concejo Deliberante, *Actas*, 24 de febrero de 1929, p. 207, y *El Obrero Municipal*, 1º de agosto de 1924 y 1º de diciembre de 1929. Solo en ocasiones las categorías oficiales reflejaban la realidad. Véase, por ejemplo, Concejo Deliberante, *Actas*, 22 de junio de 1923, p. 980.

⁴⁷ Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, *Censo de personal...*, op. cit., p. 21, y G. Germani, *Política y sociedad...*, op. cit., p. 281.

⁴⁸ Podían votar en las elecciones municipales los varones extranjeros que cumplieran ciertos requisitos económicos.

⁴⁹ Joel Horowitz, "Bosses and clients: municipal employment in the Buenos Aires of the radicals, 1916-1930", en *Journal of Latin American Studies*, 31, 1999, p. 643 [trad. esp.: "Patrones y clientes: el empleo municipal en el Buenos Aires de los primeros gobiernos radicales (1916-1930)", en *Desarrollo Económico*, 46(184), enero-marzo de 2007, pp.

569-596]. En D. Rock, *Politics in Argentina...*, op. cit., pp. 221-232, se encontrará un ejemplo de una visión tradicional de Alvear.

⁵⁰ J. B. Bryce, *South America...*, op. cit., pp. 316-321.

⁵¹ R. J. Walter, *Politics and Urban Growth...*, op. cit., apéndice A1, y J. Horowitz, "Bosses and clients...", op. cit., p. 643.

⁵² Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, *Censo de personal...*, op. cit., p. 19; *Revista de Estadística Municipal*, agosto de 1930, p. 43, y Leonard White, *Trends in Public Administration*, Nueva York, McGraw-Hill, 1933, pp. 244-245.

⁵³ A. E. Rodríguez, *Historia de la Policía Federal...*, op. cit., vol. 7, p. 170, y *Revista de Estadística Municipal*, agosto de 1930, p. 43.

⁵⁴ Municipalidad de la Capital, *Anuario estadístico de la ciudad de Buenos Aires 1910 y 1911* (en lo sucesivo Municipalidad de la Capital, *Anuario estadístico, año*), Buenos Aires, 1913, p. 445; D. Rock, *Politics in Argentina...*, op. cit., p. 133; N. Folino, *Barceló, Ruggieri...*, op. cit., y Ana María Mustapic, "El Partido Conservador de la provincia de Buenos Aires ante la intervención federal y la competencia democrática: 1917-1928", Instituto Torcuato Di Tella, Centro de Investigaciones Sociales, documento de trabajo núm. 95, 1987. Con referencia a la naturaleza de la política con anterioridad a 1912, véanse por ejemplo L. de Privitelli, *Vecinos y ciudadanos...*, op. cit., pp. 28-44; P. Alonso, *Between Revolution and the Ballot Box...*, op. cit., y H. Sábato, *La política en las calles...*, op. cit.

⁵⁵ Véase el capítulo 5.

⁵⁶ Véanse las actas del Concejo Deliberante de los períodos en que Penelón fue concejal.

⁵⁷ *El Obrero Municipal*, abril de 1924, julio de 1925, diciembre de 1927, 1º de abril de 1929 y 15 de abril de 1930; *La Confederación*, julio de 1926; Concejo Deliberante, *Actas*, 23 de abril de 1929, pp. 274-280, y Municipalidad de Buenos Aires, Departamento Ejecutivo, *Memoria del Departamento Ejecutivo de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires*, año 1935, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1936, pp. 191-192.

⁵⁸ Concejo Deliberante, *Actas*, 24 de mayo de 1921, pp. 850-863; 22 de febrero de 1922, pp. 113-132, en especial p. 131, y 27 de diciembre de 1923, pp. 3159-3160; *El Obrero Municipal*, mayo de 1923 y enero de 1924; Municipalidad de Buenos Aires, *Presupuesto general de gastos y cálculo de recursos para el ejercicio 1920-1930*, Buenos Aires, 1920-1930, y *Revista de Estadística Municipal*, abril-junio de 1933, p. 92.

⁵⁹ *Revista de Estadística Municipal*, abril-junio de 1924, p. 92; *El Obrero Municipal*, enero de 1926; Adolfo Dorfman, *La evolución industrial argentina*, Buenos Aires, Losada, 1942, p. 241, citado en G. Di Tella y M. Zymelman, *Las etapas del desarrollo...*, op. cit., p. 369, y DNT, *Crónica Mensual*, noviembre de 1923, p. 1171, y junio de 1929, pp. 2796-2801.

⁶⁰ Véase por ejemplo Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, *Censo de personal...*, op. cit., pp. 19-20.

⁶¹ Véase Municipalidad de Buenos Aires, *Presupuesto...*, 1920-1930, y *El Obrero Municipal*, 1920-1930.

⁶² *El Obrero Municipal*, 19 de enero de 1929; Concejo Deliberante, *Actas*, 30 de diciembre de 1929, pp. 3096-3097, y *Revista de Estadística Municipal*, agosto de 1930, p. 50.

⁶³ *Revista de Estadística Municipal*, abril-junio de 1933, p. 90.

⁶⁴ Adolfo Dorfman, *Historia de la industria argentina*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1970, p. 267.

⁶⁵ Sobre la naturaleza del crecimiento, véase R. J. Walter, *Politics and Urban Growth...*, op. cit.

⁶⁶ *Revista de Estadística Municipal*, agosto de 1930, p. 50, y abril-junio de 1933, pp. 88 y 90, y Municipalidad de la Capital, *Anuario estadístico 1915-1923*, p. 50.

⁶⁷ José H. Porto, "Caja Nacional de Jubilaciones y Pensiones Civiles: estudio financiero", en *Investigaciones de seminario de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Talleres Gráficos A. Baiocco y Cía., 1923, vol. 3, p. 486.

⁶⁸ José Antonio Sánchez Román, "Economic elites, regional cleavages, and the introduction of the income tax in Argentina", trabajo inédito, 2003.

⁶⁹ Ana Virginia Persello, "Administración y política en los gobiernos radicales, 1916-1930", en *Cuadernos del CISH*, 8, segundo semestre de 2000, p. 137.

⁷⁰ Francisco Stach, "Empleados nacionales civiles en la República Argentina: su situación social y económica", en *Boletín del Museo Social Argentino*, 4, 1915, p. 535; Departamento de Hacienda, *Memoria correspondiente al año 1919*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos, 1920, p. 265; A. E. Bunge, "Personal de los servicios públicos desde 1903 hasta 1923", en Dirección General de Estadística de la Nación, informe núm. 3, serie A, n.º 1, 10 de agosto de 1923, p. 3; Caja Nacional de Jubilaciones y Pensiones Civiles, *Memoria correspondiente al año 1927*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. C. López y Cía., 1928, p. 69, y Mario Sáenz, *El presupuesto de 1938*, Buenos Aires, s. n., 1938, p. 62. Se encontrarán cifras anteriores a los gobiernos radicales en Ariel Yablón, "Parronazgo en la ciudad de Buenos Aires, 1880-1916", trabajo presentado en el congreso de la Latin American Studies Association, 2003.

⁷¹ Departamento de Hacienda, *Memoria correspondiente al año 1926*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de G. Pesce, 1927, pp. 271 y 276.

⁷² Caja Nacional de Jubilaciones y Pensiones Civiles, *Informe y balance técnico-actuarial al 30 de junio de 1935*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1937, pp. 99-102.

⁷³ Yacimientos Petrolíferos Fiscales, *Desarrollo de la industria petrolífera fiscal, 1907-1932*, Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1932; Carl E. Solberg, *Oil and Nationalism in Argentina*, Stanford, Stanford University Press, 1979 [trad. esp.: *Petróleo y nacionalismo en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1982], y Orietta Favaro, "Estado y empresas públicas: el caso YPF, 1922-1955", en *Estudios Sociales*, 9(16), primer semestre de 1999, p. 73.

⁷⁴ *La Prensa*, 2 de diciembre de 1928 y 9 y 15 a 17 de febrero y 4 de diciembre de 1929; *La Nación*, 21 de abril de 1929, y *Crítica*, 9 de febrero de 1929.

⁷⁵ Ministerio de Obras Públicas, Dirección General de Ferrocarriles, *Estadística de los ferrocarriles en explotación*, vol. 25, año 1916, Buenos Aires, Talleres Gráficos del Ministerio de Obras Públicas, 1924, hasta vol. 49, años 1940 y 1941, Buenos Aires, Talleres Gráficos del Ministerio de Obras Públicas, 1943, y Silvana Palermo, "Democracia, progreso y modernidad: el radicalismo y la expansión de los Ferrocarriles del Estado", trabajo presentado en el congreso de la Latin American Studies Association, 2001, y "Railways and the making of modern Argentina", tesis de doctorado, State University of New York, Stony Brook, 2001.

⁷⁶ D. Barrancos, *Anarquismo, educación...*, op. cit., p. 315.

⁷⁷ Comité Nacional de Geografía, *Anuario geográfico...*, op. cit., pp. 500 y 516.

⁷⁸ A. V. Persello, "Administración y política...", op. cit., p. 138; A. E. Bunge, "Personal de los servicios públicos...", op. cit.; *La Época*, 28 de agosto de 1930; Comité Nacional de

Geografía, *Anuario geográfico...*, op. cit., pp. 477 y 480-481; Dirección General de Correos y Telégrafos, *Censo general del personal*, Buenos Aires, Casa Oucinde, 1930, pp. 22-23 y 397, y *Memoria 1934*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de Correos y Telégrafos, 1935, p. 178, y Archivo General de la Nación, fondo documental, Ministerio del Interior, serie Comisión Investigadora de la Presidencia de H. Yrigoyen, documento núm. 3, p. 74. Hay cifras ligeramente diferentes para la cantidad de empleados, pero las tendencias son uniformes.

⁷⁹ Héctor Horacio Otero, "La reorganización administrativa durante el segundo gobierno radical (1922-1928): el caso del Ministerio de Agricultura", tesis de licenciatura, Universidad Nacional de Buenos Aires, 1996, pp. 103-115, y G. Vidal, "Los partidos políticos...", op. cit., p. 201.

⁸⁰ Concejo Deliberante, *Actas*, 21 de junio de 1923, p. 947. Un radical negó esta última acusación.

⁸¹ Véanse en especial *Crítica*, 3 de enero de 1929; *La Prensa*, 17 de octubre y 1º y 6 de diciembre de 1928 y 9 a 11 de enero y 9 y 14 de febrero de 1929; *La Nación*, 25 a 27 de marzo y 21 de abril de 1929; *La Época*, 30 de noviembre y 1º de diciembre de 1928 y 26 de marzo y 2 de abril de 1929, y Concejo Deliberante, *Actas*, 4 de marzo de 1932, pp. 58-98, en especial pp. 62-65, y 28 de junio de 1932, pp. 2213-2232.

⁸² A. V. Persello, "Administración y política...", op. cit., p. 140.

⁸³ Véanse, entre muchos otros ejemplos, *La Época*, marzo de 1917; *La Prensa*, 10 a 13 de octubre de 1925 y 6 a 12 de febrero de 1929; *Crítica*, 20 de mayo de 1929; M. P. Ferrari, "El voto del silencio...", op. cit., p. 186; Nicholas Biddle, "Oil and democracy in Argentina, 1916-1930", tesis de doctorado, Duke University, 1991, p. 225, y Joel Horowitz, "Argentina's failed general strike of 1921: a critical moment in the Radicals' relations with unions", en *Hispanic American Historical Review*, 75(1), 1995, pp. 67-68.

⁸⁴ Comité Nacional de Geografía, *Anuario geográfico...*, op. cit., pp. 395-396; Dirección General de Finanzas, *El ajuste de los resultados financieros de los ejercicios de 1928 a 1936*, Buenos Aires, Gerónimo J. Pesce y Cía., 1938, p. 146, y Adriana Montequín, "Sector público y sistema tributario argentino, 1914-1932", en *Ciclos*, 5(9), segundo semestre de 1995, pp. 150-151.

⁸⁵ G. Vidal, *Radicalismo de Córdoba...*, op. cit., pp. 176-177; R. Hora, *The Landowners...*, op. cit., p. 158; *La Prensa*, 2 de febrero de 1927, y A. V. Persello, "Administración y política...", op. cit., pp. 126-127. Las cifras totales dadas por *La Prensa* y Roy Hora son ligeramente diferentes.

⁸⁶ Ariel Yablón, "Empleomanía: prácticas políticas y denuncias de corrupción en Buenos Aires, Argentina, 1880-1910", trabajo presentado en el congreso de la Latin American Studies Association, 2006.

Capítulo 4

Patrones y trabajadores se ponen de acuerdo: el fracaso de las leyes de previsión social

Desde que Otto von Bismarck estableciera en Alemania el primer sistema de seguridad social, la legislación en esa materia tuvo dos metas: ligar a los trabajadores al sistema social y político y mejorar sus condiciones. Los gobiernos radicales de Yrigoyen y Alvear tenían presentes esas metas cuando trataron de crear un sistema general de jubilaciones. Su intención era aumentar su popularidad y, a la vez, ocuparse de algunos de los serios problemas que afligían a las clases populares. A pesar de ser políticos astutos, los radicales no lograron granjearse un respaldo organizado y se vieron obligados a abandonar el proyecto.

Como Eduardo A. Zimmermann ha demostrado acabadamente, las elites argentinas eran más que conscientes de la cuestión social.¹ ¿Por qué fracasaron entonces los radicales en su intento de implementar esas políticas? Las consecuencias a largo plazo de ese fracaso fueron profundas, ya que modificaron la naturaleza de la política sin que se pudieran institucionalizar las relaciones de los trabajadores con el Estado. Ni siquiera durante la administración de Perón pudo establecerse un sistema de seguridad social generalizado.²

Lo que sucedió con los radicales no fue que no trataran de materializar el proyecto, sino que fracasaron rotundamente en venderlo. En 1923 la administración de Alvear promulgó un plan de cajas de jubilaciones que había sido originalmente propuesto por Yrigoyen. Era evidente que el radicalismo pretendía utilizar la medida para ganar apoyo popular, ligar a los

trabajadores al sistema político y reducir la agitación social, pero el tiro les salió por la culata y el plan provocó el efecto opuesto. En vez de alinear el respaldo popular detrás del gobierno, la medida produjo algo que parecía casi imposible: sindicatos y empresarios coincidieron en su rechazo de la ley. Impidieron además su puesta en práctica, por lo que ulteriormente resultó difícil que leyes semejantes se aprobaran.

¿Qué tipo de impedimentos estructurales obstaculizaban la implementación de esas leyes? La importancia de las ideologías sindicalista revolucionaria y anarquista en el movimiento obrero tenía algo que ver. Los sindicatos no brindaron su apoyo a esas iniciativas e incluso se opusieron a ellas. También contribuyó la actitud extremadamente personalista de los intentos radicales de cosechar respaldo. Estas explicaciones, sin embargo, simplifican en exceso el problema. En ocasiones los radicales ambicionaban con tanta fuerza como los socialistas una legislación, y los sindicalistas revolucionarios no presentaban una oposición coherente a la intervención del gobierno en los asuntos gremiales. Los anarquistas quedaron marginados en la década de 1920. Los grupos patronales afirmaban apoyar esos planes. No obstante, la dinámica política de la sociedad argentina puso muchos obstáculos a la construcción de un gran programa de previsión social.

¿Por qué hicieron los radicales, tanto los partidarios de Alvear como los de Yrigoyen, una lectura tan mala del clima político? ¿Qué esperaban ganar? ¿Cuál fue la causa de la abrumadora oposición de ambos extremos del espectro social? ¿Cuáles fueron los resultados finales de esa masiva oposición? ¿Eran los radicales tan ineptos para interpretar el clima político, o acaso tenían una comprensión de los votantes potenciales que era superior a la de la oposición, pero se mostraban incapaces de comprender las realidades institucionales?

Historia de la ley

El deseo de que hubiera lazos informales entre el Estado y el sector privado había condenado intentos anteriores de asignar un lugar especial a los trabajadores en el sistema jurídico. En 1904 el ministro del Interior, Joaquín V. González, propuso una ley amplia —de cuatrocientos sesenta y cinco

artículos— que, entre otras muchas cosas, imponía límites a la duración de la jornada laboral y controles sobre las condiciones de trabajo y establecía normas para los sindicatos, además de crear tribunales de arbitraje y conciliación. El proyecto chocó con la oposición de casi todos los sectores, incluyendo sindicatos de casi todas las tendencias y a los socialistas, algunos de los cuales habían participado en su redacción. Los industriales también lo rechazaron.³

Cuando a mediados de 1919 la agitación laboral recorrió la Argentina y sometió a una terrible presión al gobierno de Yrigoyen, una de las respuestas de este consistió en presentar un proyecto de ley que exigía la conciliación y el arbitraje de los conflictos gremiales y daba una definición jurídica de los sindicatos. Estos respondieron ruidosamente. La FORA IX celebró un congreso especial que amenazó con una huelga general y convocó a hacer propaganda contra el proyecto y organizar una manifestación masiva. La concentración, auspiciada por aquella federación, el Partido Socialista y los socialistas internacionales (que más adelante se convertirían en el Partido Comunista), reunió una cantidad estimada en ciento cuarenta mil personas en la capital y cien mil doscientas cincuenta en el interior.⁴ La creciente agitación era contraria a las necesidades políticas de Yrigoyen, por lo que el proyecto de ley quedó sin efecto.

A mediados de 1921 se presentó en el Congreso un grupo de propuestas de cajas de jubilaciones en beneficio de una amplia cantidad de trabajadores.⁵ Las cajas de jubilaciones anteriores estaban limitadas a grupos específicos y estratégicos de trabajadores, como los ferroviarios y los empleados nacionales. En agosto de 1922, poco antes de entregar la presidencia a Alvear, Yrigoyen presentó la propuesta clave en el Congreso; en el mensaje que la acompañaba aclaraba algunas de las razones por las cuales él promovía este tipo de leyes. Yrigoyen sostenía la necesidad de mejorar y ampliar el progreso social que se había alcanzado gracias a la intervención del Estado. Con referencia a las cajas de jubilaciones, el mensaje declaraba:

Es indispensable extender estos beneficios, a fin de que se asegure al país su tranquilidad permanente y su continuo progreso en el armonioso conjunto de todas sus esferas y actividades.

Hace pocos días la capital de la República ha presenciado el hermoso espectáculo de una manifestación de muchos millares de

argentinos y extranjeros que, ostentando como único emblema la bandera nacional, desfilaron exteriorizando una cultura [...] que es grande y patriótico consignar.

Llamaba desde luego la atención que a ese imponente acto concurrían por primera vez unidos patrones y obreros, sin el menor indicio ya de las protestas airadas, sino por el contrario, demostrando la confianza en las sanciones que esperaban de los poderes públicos.

Al señalar que los concurrentes llevaban la bandera argentina, Yrigoyen argumentaba que las leyes de jubilación contaban con el apoyo del público y disminuirían las tensiones sociales (tácitamente se daba a entender que de haber habido otros manifestantes que marcharan con los estandartes rojos o rojos y negros de la izquierda, Yrigoyen habría afirmado que se ponía la ideología por encima de la nación). La falta de diferenciación entre trabajadores y patrones se ajustaba de manera muy adecuada a las creencias radicales, y de un modo u otro era una promesa de armonía. En este y todos los demás proyectos de la época relacionados con las jubilaciones estaba implícita la expectativa de que las huelgas fueran menos frecuentes, porque quienes participaran en ellas correrían el riesgo de perder su trabajo y en consecuencia su derecho a la jubilación. Las cajas de jubilaciones existentes, como la de los ferroviarios, podrían haber tenido ese efecto pero no lo tuvieron, primordialmente porque los sindicatos protegían a los trabajadores.⁶ Yrigoyen y los radicales esperaban cosechar apoyo político debido a que la legislación mejoraría las condiciones de vida de grandes sectores de la población, pero también porque contribuiría a mitigar la agitación social.

El 28 de septiembre de 1923 se aprobaron en la Cámara de Diputados dos proyectos sobre las jubilaciones. Augusto Bunge, un diputado socialista, había propuesto uno de ellos, que se convirtió en la ley 11.286. Esta disponía la creación de una comisión encargada de redactar una ley general de previsión social. Ninguna legislación semejante llegó a ver la luz del día, y es lícito suponer que esto no sorprendió a casi nadie. El otro proyecto, que sería la ley 11.289, fue presentado por la Comisión de Legislación del Trabajo. Los radicales ejercieron fuertes presiones durante la sesión del día mencionado para conseguir su sanción. Limitaron el debate

respecto de las vigorosas objeciones de Bunge, y en protesta por ello tanto los socialistas como los demócratas progresistas abandonaron el recinto antes de la votación. Un diputado radical prácticamente se paró sobre la mesa y dijo: "Que sepan los obreros y los empleados estas cosas. Los señores diputados [de la oposición] no vienen a la cámara más que a nombrar comisiones investigadoras". Daba a entender que los radicales hacían cosas concretas y que, por lo tanto, cosecharían los beneficios políticos correspondientes. La moción se aprobó con facilidad y rapidez. El debate rara vez se elevaba por encima de este nivel discursivo.⁷

¿Qué disponía la ley después de pasar por ambas cámaras? Creaba cuatro cajas de previsión social, destinadas a beneficiar respectivamente a empleados y obreros de la industria, el comercio, la marina mercante y las artes gráficas y el periodismo, y comprendía jubilaciones ordinarias, jubilaciones por incapacidad y pensiones por fallecimiento. Tanto empleados como empresas aportarían el cinco por ciento de salarios y jornales a las cajas. Además, los trabajadores debían pagar el equivalente de una remuneración mensual a la caja que les correspondía. El directorio encargado de la administración de cada caja sería elegido por trabajadores y empleadores, mientras que la designación del presidente, que tendría el voto decisivo, quedaría a cargo del Poder Ejecutivo con acuerdo del Senado. Cincuenta por ciento de los fondos recaudados se invertirían en bonos del Estado, y la otra mitad se destinaría a financiar préstamos para la vivienda en beneficio de los afiliados.⁸ De habérsela aplicado con éxito, la ley podría haber solucionado al menos en parte la escasez de viviendas decentes.

Como los críticos no tardaron en señalar con acierto, la redacción de la ley era pobre, aunque reglamentaciones ulteriores podrían haber impedido muchos de los problemas. No se fijaba en ella una edad específica para jubilarse ni se exigía un tiempo determinado de prestación de servicios. Las reglamentaciones solo incluían a los empleados permanentes, pero omitían definir adecuadamente a quiénes se consideraría como tales. Las empresas muy pequeñas estaban eximidas de cumplir la ley, lo cual planteaba posibles problemas, habida cuenta de que las firmas de menores dimensiones tendrían una ventaja competitiva y las más grandes podrían eludir el peso de los aportes a las cajas si subcontrataban a otras de menor escala para hacer el trabajo. Aunque la ley pretendía reconocer el trabajo desempeñado con anterioridad a su promulgación, no quedaba claro cómo

podrían los trabajadores demostrar que habían estado empleados durante treinta años en actividades cubiertas por ella. Los socialistas cuestionaron constantemente la viabilidad financiera de las cajas, probablemente con buenas razones.⁹

Motivaciones para la promulgación

¿Qué motivaciones había detrás del deseo de sancionar esa ley? No debería desestimarse, sin duda, un sincero interés en el bienestar de los obreros y empleados. Las referencias constantes en el debate parlamentario a la existencia de planes similares en Europa parecen indicar un deseo de estar a la par de otros países. Además, proyectos de esa naturaleza contaban con un considerable apoyo. Grupos que afirmaban representar a empleados y empleadores presentaron peticitorios en el Congreso y realizaron manifestaciones antes y después de la sanción de la ley. En algunos casos se trataba de organizaciones bien establecidas, mientras que otras se habían creado con la expresa finalidad de respaldar la ley de jubilaciones. En julio de 1922, por ejemplo, uno de esos grupos programó una marcha y la presentación de un petitorio a Yrigoyen y el Congreso. Muchas empresas cerraron sus puertas para permitir la participación de sus empleados. Yrigoyen recibió a una delegación y después, junto con varios de sus ministros, salió al balcón de la Casa Rosada para saludar a los manifestantes. El apoyo a los proyectos de cajas de jubilaciones parecía particularmente fuerte entre los establecimientos minoristas. Aun en abril de 1924 *La Prensa* estimaba que la ley tenía más partidarios que opositores.¹⁰

¿Qué llevó a la administración de Alvear y sus aliados en el Congreso (la escisión entre personalistas y antipersonalistas era todavía incipiente) a urgir una rápida sanción de la ley y seguir respaldándola aun luego de que su impopularidad en sectores claves fuera evidente? Es necesario recordar lo difícil que es juzgar retrospectivamente los sentimientos de elementos no organizados de la sociedad. La mayoría de los sectores populares carecían de organización; el apoyo a los sindicatos había caído mucho desde los embriagadores años de 1917 a 1921. Es discutible hasta qué punto las organizaciones que afirmaban representar a la totalidad de las elites económicas las representaban efectivamente.¹¹ Cuesta creer no solo que

los políticos profesionales del radicalismo malinterpretaran de manera tan consumada el humor popular —cosa siempre posible—, sino que, si los sentimientos eran tan adversos, siguieran respaldando el proyecto como lo hicieron. ¿Por qué no se limitaron a acotar las pérdidas?

La idea de la administración sigue siendo oscura. David Rock ha propuesto una teoría muy atractiva, a saber, que el gobierno, incapaz de consolidar sus deudas con la emisión de nuevos bonos, decidió generar fondos con esta ley. La fuente de Rock es *The Review of the River Plate*. Sin embargo, pocas de las fuentes que yo examiné mencionan esta posibilidad como una razón o protestan contra lo que habría sido un préstamo forzado, si bien es cierto que Alvear enfrentaba una crisis presupuestaria.¹²

Otras explicaciones eran más corrientes. La clave parece haber sido el deseo de cosechar votos; así se contribuye a explicar la velocidad con que se sancionó la ley, habida cuenta de que las elecciones legislativas estaban programadas para marzo de 1924. La agitación a favor y en contra del proyecto se intensificó, efectivamente, a medida que se acercaban los comicios.¹³ La prensa radical ligaba el apoyo a la que sería la ley 11.289 al concepto de obrerismo. Por ejemplo, cuando el vicepresidente Elpidio González desempató una votación en el Senado sobre una parte del proyecto, *La Época* tituló: "Una definición de política social y obrerista".¹⁴

Reacciones ante la ley

La Unión Cívica Radical dio pábulo a uno de esos raros momentos en que el movimiento obrero y los grupos organizados de la patronal coincidían en una cuestión básica. A juicio de trabajadores y empleadores, la ley no solo no satisfacía sus necesidades, sino que también los perjudicaba. El razonamiento subyacente a este consenso revelaba discrepancias.

Las reacciones de los sindicatos y la izquierda ante el proyecto de cajas de jubilaciones fueron complejas. En ellas tuvieron su influencia la ideología, la naturaleza de la industria representada y la situación de la organización. También la tuvo la existencia de sistemas de jubilaciones ya en funcionamiento; los sindicatos de industrias que los tenían no se sintieron obligados a adoptar una posición fuerte con respecto a la ley 11.289.¹⁵

La respuesta socialista fue multifacética. El Partido Socialista encabezó la oposición a la ley 11.289 en el Congreso, donde la combatió vigorosamente desde 1923 hasta su derogación en 1926. El partido era una fuerza importante en el parlamento, con nueve bancas en 1923, y en las elecciones legislativas de 1924 tuvo un desempeño extremadamente bueno y duplicó el tamaño de su bancada. No está claro si la ley de jubilaciones influyó en algo en ese resultado.¹⁶ Los voceros del partido cargaron con el mayor peso de la disputa en el Congreso y, como de costumbre, actuaron con decisión, empeño, conocimientos y elocuencia. Los sindicatos dominados por los socialistas no se mostraron, en general, demasiado entusiasmados con la posibilidad de declarar huelgas para impedir la vigencia de la ley. Una de las razones claves de la oposición socialista coincidía con la razón que tenían los radicales para respaldar el proyecto. Los primeros creían que los segundos querían la ley para cosechar beneficios políticos. Sentían que los radicales se entregaban a la demagogia o lo que ellos llamaban "política criolla".¹⁷

Por otra parte, los socialistas sostenían que la ley era inadecuada. Era preciso incluir a todos los trabajadores, y solo una medida como la que ellos proponían sería aceptable, porque los protegería cuando cambiaran de trabajo. Además, insistían en algunos de los inconvenientes de la ley: su falta de viabilidad financiera y de un límite superior a las jubilaciones. Creían que la ley empujaría a muchos empleadores, especialmente de la industria del vestido, a adoptar un sistema de subcontrataciones basado en la producción doméstica, a fin de no tener empleados propios y eludir así los pagos a las cajas. También les preocupaba que las mujeres se vieran obligadas a hacer aportes pero dedicaran su tiempo a trabajar en pequeñas empresas no incluidas en el sistema, o no llegaran a trabajar los treinta años necesarios para obtener una jubilación. Un problema clave para los socialistas, como para toda la izquierda, era que los trabajadores tuvieran que aportar sumas tan grandes a pesar de recibir un magro salario.¹⁸

La actitud de la UOM (cuyos afiliados ya tenían un plan de jubilaciones) es bien representativa de la que adoptaban muchos sindicatos controlados por los socialistas. El gremio respaldaba la idea de las jubilaciones, pero creía que la ley era inadecuada, dado que no incluía a la cantidad suficiente de gente. Aunque participó en las manifestaciones contra la ley, el sindicato no apoyó la convocatoria a una huelga general.¹⁹

En 1924 los sindicalistas revolucionarios conformaban la tendencia ideológica más importante del movimiento obrero y dirigían la Unión Sindical Argentina (USA). Se conducían de manera pragmática y trataban con funcionarios oficiales, sobre todo en lo referido a las cuestiones de la negociación colectiva, pero preferían que sus contactos con el Estado no estuvieran institucionalizados. En parte, se oponían al plan de jubilaciones porque las leyes de ese carácter eran malas. En enero de 1924 el Comité Central de la USA afirmó que "la ley de jubilación fue dictada con el fin de distraer la atención de los trabajadores de otros problemas más fundamentales, y, como toda obra inspirada por la burguesía, no puede ella ofrecer a los asalariados ventajas en ninguno de sus aspectos". Más adelante, esta misma central sindical sostuvo que la ley era la cadena que esclavizaba a los hombres. Las referencias a los problemas planteados por ella eran habituales. La clase obrera quedaría dividida entre los beneficiarios de la jubilación y quienes no la recibieran. Los sindicalistas revolucionarios también sostenían que con ella se reducirían los ya bajos salarios y se elevarían los precios. Los empleadores debían cargar con todo el peso de los aportes. La USA también temía que la ley actuara como un elemento disuasivo de las huelgas y otros tipos de agitación, porque la pérdida del trabajo podía significar la pérdida de los derechos a la jubilación.

El Sindicato Obrero de la Industria del Mueble, de tendencia sindicalista revolucionaria, también rechazaba la ley:

La rechazamos, no porque los trabajadores no seamos acreedores a gozar un estipendio que podría permitirnos un descanso y una vida más o menos humana en la vejez, sino porque sabemos por la larga experiencia de nuestra lucha en el movimiento obrero que a la burguesía y al Estado, lo que menos le preocupa, es prevenir nuestra situación futura.

Más adelante se refería al plan de jubilaciones como "la ley robo". El periódico de los obreros navales declaraba: "Los ladrones no están solamente en los despoblados. En la Caja de Jubilaciones y al amparo de la ley 11.289 se pretende asaltar todos los salarios".²⁰ En la actividad marítima, las divisiones entre oficiales y tripulantes en relación con la ley de jubilaciones —los oficiales querían contar con un plan de ese tipo— llevaron a la Federación

Obrera Marítima (FOM) a adoptar en un comienzo una posición neutral. Cuando el sindicato se opuso a la ley, generó una escisión con los oficiales.²¹ Aunque los socialistas se oponían a la ley 11.289, les agradaba la idea de una caja de jubilaciones; los sindicalistas revolucionarios, en cambio, estaban en contra tanto de la idea como de los detalles.

Los comunistas rechazaron la ley de jubilaciones a voz en cuello. Tenían un papel significativo dentro del movimiento obrero, ya que controlaban la seccional Buenos Aires de la USA, la Unión Obrera Local (UOL), y eran fuertes dentro de la misma central sindical. En abril de 1924 estuvieron cerca de controlar el primer congreso ordinario de la USA. Si bien contaban con el respaldo de más delegados que los sindicalistas revolucionarios, estos representaban a más afiliados y se impusieron, porque el voto se basaba en la afiliación.²² Los comunistas atacaban la ley porque reducía los salarios, pero iban más allá: rechazaban por completo la idea. Antes de que la ley se sancionara, el periódico del sindicato de empleados de comercio sostuvo que sus afiliados no vivirían lo suficiente para cobrar la jubilación. Orestes Ghioldi, una estrella en ascenso dentro del partido, proclamó que una ley de jubilaciones era un imposible mientras no se hiciera la revolución y se estableciera la dictadura del proletariado. Los comunistas también censuraban a todas las demás tendencias ideológicas por no hacer lo suficiente para bloquear la ley.²³

No sorprenderá a nadie saber que los anarquistas se oponían a la ley de jubilaciones, como a todas las demás. El comité de huelga de la confederación anarquista declaró: "La FORA consecuente con sus principios amplios está contra todas las leyes, porque en ellas descansa el poder político y económico del gobierno, y contra el capitalismo también, porque es uno de los fuertes puntales de aquel y el mayor enemigo de la clase laboriosa". Otro sector del anarquismo dejó en claro que se oponía a la ley, no solo porque el objetivo de las cajas de jubilaciones era llenar las arcas del Estado, sino también porque se pretendía de ese modo impedir las huelgas mediante la imposición de penalidades por abandono del trabajo.²⁴

La izquierda y el movimiento obrero no estaban solos en la oposición a la ley. Diversas organizaciones patronales, entre ellas la Bolsa de Comercio, la Confederación del Comercio, de la Industria y de la Producción, la Asociación del Trabajo (AT) y la Unión Industrial Argentina (UIA), compartían su actitud. Las cuatro organizaciones formaron una comisión para estudiar la

ley y hacer recomendaciones sobre su reglamentación. La comisión se inclinó por el rechazo total. En la edición de su *Boletín* del 15 de enero de 1924, la principal organización de los industriales, la UIA, señalaba con mucha precaución que, si bien había propiciado las cajas de jubilaciones porque eran una muestra de solidaridad social e incluso moderaban las tensiones sociales, esta ley carecía de una concepción clara y ni siquiera la reglamentación permitiría su rápida implementación. La AT llegó incluso a publicar las objeciones sindicales a la ley, una actitud desusada para una organización cuyo objetivo primordial era romper los sindicatos.²⁵

Los industriales objetaban la apresurada sanción de la ley y agregaban que esta carecía de definiciones y normas claras, lo cual hacía imposible ponerla en práctica (una queja no muy distinta de la planteada por los socialistas). Con la postergación de su promulgación y la sanción de nuevas reglamentaciones el gobierno pretendió acallar las quejas, sin lograrlo. De hecho, estas se intensificaron. La patronal protestó por los costos adicionales, sobre todo en tiempos difíciles como los que se vivían, cuando, según afirmaba, debía enfrentar el *dumping* y una mayor competencia del exterior. Los grupos patronales también destacaban que la legislación propiciada por los socialistas y sancionada al mismo tiempo que la ley 11.289, que convocaba al estudio de un plan general de jubilaciones, era una buena idea y debía apoyarse. Los empleadores se daban cuenta de que la idea de las jubilaciones disfrutaba de popularidad, pero no está claro si con el apoyo a la otra medida procuraban bloquear la sanción de cualquier ley importante en la materia o comprendían su utilidad pero tenían problemas con la 11.289. Es más probable que sea cierto lo primero. Los grupos patronales objetaban el costo de las jubilaciones, y de implementarse estas iban a perder el control de la seguridad social de sus trabajadores. Muchos empleadores se inclinaban desde hacía mucho por las políticas paternalistas.²⁶

Las quejas continuaron. Los empleadores se reunieron con Alvear para manifestarle su insatisfacción con la ley. La UIA cuestionó su constitucionalidad. También planteó objeciones a la vaguedad de las reglamentaciones y al hecho de que, al estar exentos de participar en el sistema, los establecimientos más pequeños disfrutarían de ventajas. Hizo hincapié en que los presuntos beneficiarios, los trabajadores, se resistían. La AT afirmó que una encuesta realizada entre trabajadores y empleadores, en la capital y el interior, indicaba una fuerte oposición a la ley 11.289.²⁷

La comisión de la patronal convocó a sus miembros a una reunión en la Bolsa de Comercio el 28 de abril de 1924, porque dos días después comenzarían a implementarse las nuevas reglamentaciones, que a su juicio eran inasumibles. La USA, por su parte, había programado una huelga general para el 3 de mayo. Como resultado de la reunión en la Bolsa se emitió una resolución que instaba a Alvear a postergar la promulgación de la ley; de lo contrario, enfrentaría el caos. Se redactó también un petitorio al ministro de Hacienda, pero este, cuando una delegación fue a verlo, lo rechazó. Ese mismo día Alvear se reunió con representantes de una organización que apoyaba la ley 11.289. Al día siguiente el presidente ratificó la actitud de su ministro. Se celebró otra reunión masiva de empleadores donde los ánimos se caldearon a tal punto que se propuso un *lockout* en solidaridad y coincidencia con los trabajadores. Los organizadores, que no habían contemplado una medida de ese tipo, dispusieron un receso y luego forzaron a aceptar una propuesta de *lockout* y concentración gigante para el 5 de mayo.²⁸ Las protestas constantes de la patronal confluían así en una lucha más amplia.

Agitación contra la ley

La creciente agitación obrera también impulsó a los empleadores a endurecer su resistencia a la ley. Por ejemplo, cuando la UOL, la confederación de los sindicatos afiliados a la USA, convocó a una reunión de protesta el 3 de febrero de 1924, alrededor de treinta mil personas marcharon por las calles de Buenos Aires en varias columnas que convergieron en la plaza San Martín. A pesar de los esfuerzos de la policía, diversos sindicatos siguieron movilizándose contra la ley.²⁹

La implementación de las deducciones salariales previstas provocó paros. Si bien muchas veces los huelguistas no estaban afiliados a sindicatos, es evidente que influía en ellos la propaganda que circulaba por los barrios de clase obrera. En el barrio porteño de Villa Crespo, cuando el 22 de enero aparecieron anuncios con información sobre la deducción de un cinco por ciento de los salarios, unos setecientos trabajadores, en su mayoría mujeres, interrumpieron la actividad en la planta de hilados Ítalo-Americana y se reunieron en la sede barrial del Partido Comunista. Los días siguientes el paro se extendió a otras

fábricas y la Federación Obrera de la Industria Textil y la UOL se precipitaron, a cuál más rápida, a aconsejar a esos huelguistas desorganizados. La policía les cumplió la tarea al prohibir las reuniones al aire libre. También hubo huelgas en la industria del calzado. La USA afirmó que hacia el 26 de enero habían parado unos siete mil obreros. Según el DNT, los paros afectaban 25 plantas y a 5.549 trabajadores, casi la mitad de ellos mujeres. La ola de agitación terminó cuando Alvear postergó la aplicación de la ley.

La resistencia obrera no se limitó a Buenos Aires. En Mendoza, el 13 de abril, cuando la patronal trató de deducir el cinco por ciento de sus salarios, los trabajadores gráficos de los diarios *Los Andes* y *La Libertad* se declararon en huelga. Al día siguiente los trabajadores vitivinícolas pararon por la misma razón, y los empleados tranviarios amenazaron con seguir su ejemplo si tocaban sus salarios. La patronal de este último sector retrocedió, pero en otras industrias hubo paros.³⁰ En otros centros del interior como Tucumán y Rosario también se desencadenó una vehemente oposición a la ley.³¹

La huelga y el *lockout* generales

Según los comunistas, el Comité Central de la USA cedió a las presiones y a comienzos de abril convocó una huelga, pero omitió fijar fecha. El congreso de la central sindical aprobó el llamado a la huelga. Esta, de carácter general y por tiempo indefinido, se iniciaría el 3 de mayo. Anarquistas y otros secundaron la convocatoria.

Los trabajadores comenzaron a abandonar sus puestos de trabajo antes del 3 de mayo. En la capital, por ejemplo, pararon cocineros y pasteleros. El DNT informó que el 2 de mayo había más de dos mil trabajadores en huelga de diversos sectores, incluyendo la construcción y fábricas textiles y de calzado. En la provincia de Buenos Aires pararon seiscientos obreros del astillero Mihanovich de La Plata, y en Lomas de Zamora hicieron otro tanto panaderos, choferes y fabricantes de mosaicos. Un artículo de *La Prensa* informaba que en Mendoza la huelga era total. Solo tenían transporte las personas que conducían sus propios vehículos, y grupos móviles de huelguistas forzaban el cierre de los negocios, incluido el mercado central, en ocasiones con el saldo de vidrieras apedreadas. En Rosario, la organiza-

ción sindical local llamó a iniciar la huelga el 2; la medida fue de grandes proporciones. Los tranvías solo circulaban con guardias armados; hacia la tarde, la apariencia de la ciudad era la de un día feriado. Sin embargo, los servicios estatales siguieron funcionando.³²

En otros lugares la huelga comenzó en serio el 3 de mayo. Tuvo una mayor efectividad en las provincias que en la capital. La actitud de muchos empleadores, empero, hace que resulte difícil juzgar su intensidad. ¿Fue una verdadera huelga o un movimiento alentado en parte por la patronal? Aunque los empleadores no alentaron actitudes como la rotura de vidrieras en Mendoza, es cierto que tuvieron un papel en la interrupción del trabajo. El diario antipersonalista *La Acción* acusó a la AT de promover directa o indirectamente la huelga. Interrogado por una comisión de la Cámara de Diputados en julio de 1924, el ministro de Hacienda Víctor A. Molina afirmó que la campaña contra la ley estaba en esencia bajo el control de la patronal, en tanto que los trabajadores cumplían un papel secundario: "Los discursos violentos y hasta revolucionarios procedían de los patrones. Muchas veces les he oído decir que armarían a sus obreros e irían a la Casa de Gobierno".³³ Al menos en parte, estas afirmaciones pretendían desmentir la idea de una infelicidad popular.

El día 3 el paro fue desparejo. En Buenos Aires, si bien algunos negocios cerraron a la fuerza y la huelga se intensificó durante el día, es difícil hacer un juicio claro de sus repercusiones porque era sábado y tradicionalmente muchos negocios solo abrían medio día. *La Vanguardia*, el diario del Partido Socialista, calculaba el número de huelguistas en ochenta mil, pero el sistema de transporte funcionó casi con normalidad. En la provincia de Buenos Aires la actividad huelguística fue irregular: significativa en algunas zonas y casi inexistente en otras. En Mendoza la medida de fuerza mantuvo su intensidad y la ciudad fue ganada por rumores de violencia en el campo; las bodegas y todas las industrias cerraron. En Rosario se repitieron las condiciones del día anterior. La UIA afirmó que la huelga había paralizado la mayoría de las actividades en el país y que si bien en la capital reinaba la tranquilidad, la violencia afectaba algunos lugares del interior.³⁴

Las organizaciones patronales habían programado el *lockout* y la manifestación para el lunes, lo cual hizo imposible determinar cuánto hubo de huelga obrera y cuánto de paro patronal. Según la policía de la provincia de Buenos Aires, la mayoría de los paros en territorio provincial se produjeron

con la connivencia de trabajadores y empleadores. En la capital la mayoría de las tiendas y los negocios cerraron. El puerto funcionó con mano de obra no sindicalizada, pero no lo hizo en los niveles habituales. La violencia aumentó y hubo ataques a tranvías. En la provincia de Buenos Aires el paro cobró mucha intensidad. La mayor parte de las industrias situadas a orillas del Riachuelo, que divide el sector sur de la capital de la provincia, dejaron de funcionar, con excepción de los frigoríficos. Sin embargo, en Berisso, las gigantescas plantas frigoríficas de Armour y Swift, que en conjunto empleaban a más de diez mil trabajadores, cerraron sus puertas. En Campana y Mar del Plata interrumpieron sus actividades las refinерías de petróleo. En Tucumán la huelga cobró una fuerza sorprendente y a la tarde los tranvías dejaron de funcionar, mientras los conductores de mateos se sumaban al paro. Los arrestos y la violencia fueron frecuentes en todo el país.

La manifestación de la patronal se realizó en la plaza Colón, directamente detrás de la Casa Rosada. Una delegación se reunió durante una hora con Alvear. Este les dijo, en esencia, lo que había dicho antes a una delegación de la USA: que cuando cesaran las presiones y se restableciera la normalidad, actuaría en el interés superior de la nación. En una reunión ulterior de grupos patronales para discutir los resultados del encuentro, Joaquín Anchorena, cabeza de la delegación, comunicó las palabras del presidente y agregó que las empresas debían abrir al día siguiente. Muchos discreparon de esa postura, pero en cierto modo los ánimos se apaciguaron gracias a una moción de no hacer los aportes patronales a las cajas de jubilaciones, que fue aprobada por aclamación. Una característica interesante de la concentración, y un buen indicio de la confusa naturaleza de la protesta, resultó la presencia de muchos trabajadores. Conforme señalaba *La Prensa*, al final del mitin unas trescientas personas, en su mayoría afiliados al sindicato anarquista de choferes, se encolumnaron para marchar con actitud pendenciera por la Avenida de Mayo, gritando consignas contra las autoridades nacionales y los comercios que permanecían abiertos. La policía montada finalmente dispersó la columna y detuvo a treinta y cinco personas. Hubo otros grupos que adoptaron una actitud similar.

Durante los dos días siguientes la huelga se agravó en algunas regiones y se rompió en otras. En Rosario algunos trabajadores, sobre todo los no organizados, volvieron a sus ocupaciones. Lo mismo hicieron los trabajadores de Swift y Armour. La huelga se intensificó, sin embargo, en las ciu-

dades pequeñas de la provincia de Buenos Aires y en Tucumán, donde se tornó violenta. El 7 de mayo el Comité Central de la USA llamó a regresar al trabajo el día siguiente en las industrias cuya patronal no había deducido los aportes salariales a las cajas de jubilaciones. Si bien no lo planteaban con mucha claridad, los integrantes de aquel cuerpo directivo parecían haber tomado esa decisión debido al menguante apoyo a la huelga en algunas localidades, así como a los problemas que enfrentaban los obreros marítimos para sostener el paro a causa de una ruptura con los oficiales de a bordo. También hubo, al parecer, un acuerdo extraoficial para liberar a los detenidos una vez levantada la huelga. Poco después de finalizada esta, el gobierno postergó una vez más la aplicación de la ley. La UIA instruyó a sus miembros para que no dedujeran aportes de los salarios de los trabajadores. Los detenidos fueron liberados y el trabajo se reanudó en medio del mismo desorden en que había comenzado la huelga.

¿Cuánto éxito tuvieron la huelga y el *lockout* generales? El trabajo no se interrumpió de manera uniforme, como sí había sucedido en algunos paros anteriores. En parte esto se debía a la causa de la huelga y el *lockout*. Había grupos fundamentales que no estaban afectados, porque ya tenían planes de jubilaciones. De haber adherido estos sectores, en especial los trabajadores tranviarios y ferroviarios, la huelga podría haber tenido mayor repercusión, dado que muchas personas se habrían visto impedidas de trasladarse a su trabajo. El respaldo de la patronal generó confusión en un mundo ideológico donde muchos consideraban que empleadores y trabajadores tenían intereses diferentes por naturaleza. Además, sectores de la población trabajadora y muchos empleadores veían con considerable aprecio los planes de jubilaciones, por lo que el apoyo a una suspensión completa de las actividades era problemático, por no decir más. También la estrategia suscitaba interrogantes. ¿Por qué empezar un sábado? ¿Por qué el 3 de mayo y no el 1º, Día del Trabajo? Por otra parte, había fricciones entre los anarquistas y los sindicalistas revolucionarios.³⁵ Aun así, la huelga tuvo un efecto categórico en grandes zonas del país y, según el DNT, concitó la adhesión de unos doscientos mil trabajadores en la capital.³⁶ La ley nunca se aplicó del todo, pero la huelga tuvo repercusiones aún más amplias.

La UIA llamó a asumir una actitud coherente y meditada con respecto a la legislación laboral y declaró que, frente a lo que se consideraba una mala ley, prefería que no hubiera ninguna:

La UIA reclama del Honorable Congreso más atención sobre nuestros problemas obreros. Reclama leyes orgánicas, principios básicos que fijen normas al trabajo y al capital. No desea reglas absurdas que compliquen la situación sin ventajas para nadie. Ejemplo contundente, la ley 11.289. Antes prefiere la inercia, y quizá, en ese sentido, haya más inteligencia de la que se supone, en la amnesia legislativa.³⁷

El movimiento obrero, en particular el sindicalismo revolucionario, la tendencia más cercana a los radicales, salió gravemente dañado. El deterioro, que había comenzado con la derrota de la huelga general de mediados de 1921, se profundizó.³⁸ Los problemas de los sindicalistas revolucionarios podían atribuirse en cierta medida al hecho de que la administración de Alvear ya no los viera como aliados útiles. Habían mostrado demasiado afán en invalidar lo que a juicio de la administración era una ley valiosa. La mayoría de los problemas se produjeron como resultado directo de la combinación de huelga y *lockout*. En Rosario los empleados de comercio volvieron al trabajo luego de cinco días de paro. Su sindicato había perdido poder y los empleadores reabrieron los negocios los sábados a la tarde. El sindicato no pudo hacer nada.³⁹ Los intereses antagónicos de los trabajadores organizados de los puertos saltaron al primer plano debido a las discrepancias en torno al plan de jubilaciones. La endeble alianza entre oficiales y tripulantes de los buques de bandera argentina que había permitido a los sindicatos mantener cierto predominio en el puerto de Buenos Aires se hizo pedazos a raíz de las jubilaciones. Los oficiales las querían con urgencia, pero la facción dominante entre los tripulantes se unió al resto del movimiento obrero en la oposición a ellas. La organización de los trabajadores marítimos nunca se recuperó.⁴⁰ No solo se debilitaron las organizaciones sindicalistas revolucionarias. El sindicato de los gráficos, la Federación Gráfica Bonaerense, una de las entidades sindicales más fuertes del país, padeció a causa de la huelga general. La Editorial Atlántida, que publicaba revistas tan populares como *Para Ti* y *Billiken*, sancionó a los trabajadores que habían participado en la medida, y el sindicato replicó con un paro. La editorial tomó nuevos trabajadores en reemplazo de los huelguistas y el sindicato recurrió a un prolongado e ineficaz boicot.⁴¹

La huelga y el *lockout* conjuntos intensificaron las reyertas entre comunistas y sindicalistas revolucionarios. Aun antes de la huelga general la USA estaba profundamente dividida.⁴² La conclusión de la medida agravó el conflicto. Casi de inmediato fuentes comunistas lanzaron ataques contra el Comité Central controlado por los sindicalistas revolucionarios, con el argumento de que no debía haber puesto fin a la huelga cuando lo hizo; de que tendría que haberla convocado para el Día del Trabajo; de que la organización había sido mala, y de que el comité no debería haber enviado una carta al presidente. Aunque no ganaremos nada si examinamos la disputa en detalle, esta llegó a tal punto que los miembros del Comité Central cortaron todo contacto con la UOL, dominada por los comunistas, y luego renunciaron. La USA tuvo que elegir entonces un nuevo cuerpo directivo.⁴³ La central sindical nunca se recuperó del todo de esas disputas. No está claro si estas fueron una excusa o una causa de las discrepancias sobre las tácticas utilizadas en el combate contra la ley 11.289.

La prolongación del apoyo y la oposición a la ley 11.289

La huelga y el *lockout* generales de mayo no impidieron que el gobierno y el radicalismo, al igual que varias organizaciones, siguieran apoyando la ley 11.289. Aun así, la oposición detuvo su completa aplicación. La agitación volvió a aflorar en algunas actividades cuando la patronal dedujo los aportes de los trabajadores según lo estipulado por la ley. Por ejemplo, cuando el frigorífico Wilson dedujo el cinco por ciento de sus salarios, los trabajadores suspendieron sus tareas y algunos sacaron a relucir armas para impedir que otros continuaran trabajando. La USA convocó una huelga general de veinticuatro horas para el 27 de agosto de 1924, y la consideró un gran éxito. Según el DNT, aproximadamente cincuenta mil trabajadores adhirieron a la medida en Buenos Aires. La UOL convocó otra de esas huelgas en septiembre de 1925. Ese año, en Buenos Aires, la ley 11.289 fue la causa de una cuarta parte de las huelgas. La patronal insistió con sus protestas y reiteró su opinión de que se trataba de una mala ley y era necesario estudiar la implementación de una mejor legislación jubilatoria. El 4 de junio de 1925 cincuenta mil personas concurren a una manifestación contra la 11.289, convocada por organizaciones patronales.⁴⁴

En el Congreso hubo desde el inicio intentos de salvar la ley mediante modificaciones o de derogarla en su totalidad. Los debates fueron caldeos. Los radicales antipersonalistas no perseveraron tanto como los personalistas, que nunca cejaron en su respaldo a la ley. A comienzos de 1926 los diputados antipersonalistas se levantaron de sus bancas en vez de defender la medida (aunque el hecho de impedir que hubiera quórum implicaba una defensa indirecta). Hacia septiembre ya habían renunciado oficialmente a respaldarla; solo los radicales personalistas salieron en su defensa, pero la ley fue suspendida por tiempo indefinido en una votación parlamentaria. Para un partido sin una perspectiva programática, ese respaldo continuo indica que el radicalismo percibía que la actitud podía granjearle beneficios políticos.⁴⁵ Aun en junio de 1930, *La Época*, después de llamar a Yrigoyen "padre de los trabajadores argentinos", elogiaba el mensaje que el presidente había enviado al Congreso para impulsar la sanción de lo que sería la ley 11.289 y lamentaba su suspensión.⁴⁶ En opinión de otros —la AT, por ejemplo—, el proyecto de ley se había elaborado con torpeza y no había sido más que una causa de constante agitación.⁴⁷

Conclusión

La década de 1920 no fue una buena época para tratar de elaborar una legislación social extendida. Pese a la retórica acerca del bienestar de los trabajadores, las elites económicas no estaban dispuestas a incrementar sus costos. Se esforzaron mucho por impedir la aplicación de la ley 11.289 y, a despecho de palabras en contrario, no parecieron propiciar proyectos mejor elaborados. Los sindicatos también se opusieron con vigor a la ley por razones prácticas (principalmente los socialistas), políticas e ideológicas. Las consecuencias fueron grandes. La USA quedó gravemente debilitada y se hundió en el más extremo de los sectarismos. Los problemas generados con el gobierno tal vez hayan sido una razón de ello. La administración de Alvear dio a entender que la oposición sindical a la 11.289 era política (en otras palabras, favorecía a los personalistas).⁴⁸ Algunos sindicatos claves, en especial la FOM, nunca se recuperaron.

El fracaso del proyecto es una prueba de las dificultades de establecer un programa completo de previsión social en la Argentina. Había poco

apoyo organizado, lo que dificultaba políticamente su creación. Los políticos no podían contar con el respaldo de los sindicatos ni de las organizaciones de la élite económica. Los radicales recibieron una dolorosa lección. Además, con el transcurrir de la década, el Congreso se convirtió en un cuerpo menos funcional, a menudo incapaz de sancionar siquiera leyes de rutina, ya que lo consumían las rencillas partidarias. El intento radical de crear cajas de jubilaciones que ligaran a los trabajadores al sistema social y político había fracasado. Esas políticas no podían utilizarse para ampliar la base popular del partido. En la década de 1920 la legislación laboral era fragmentaria: solo los sectores cruciales desde un punto de vista político disfrutaban de una jubilación.⁴⁹ La relación entre el gobierno y la clase obrera seguía dependiendo de las conexiones personales.

Este episodio nos brinda una oportunidad de examinar las fortalezas y debilidades de la política radical. Si bien su intención era beneficiar a la clase obrera y conseguir la paz sindical y construir con ello una base política de respaldo, el radicalismo nunca consultó con sus presuntos aliados gremiales ni hizo caso de su oposición. La relación era demasiado instrumental, exclusivamente fundada en intereses mutuos compartidos y no en una interacción constante. De manera similar, los radicales fueron incapaces de hacer un intento importante de alinear tras de sí a parte de la élite empresarial.

La incapacidad de los radicales de una y otra facción para crear una legislación eficaz y en gran escala en materia laboral o de previsión social no tuvo en lo inmediato importantes efectos políticos deletéreos. Hacia la década de 1920 no había fuera de la capital una oposición efectiva que pudiera aprovechar los problemas del radicalismo, y las elecciones presidenciales de 1928 fueron en gran parte una disputa entre distintos sectores del partido. Los radicales ejercían una hegemonía concreta sobre el paisaje político. En la capital, su fracaso puede haber contribuido a astillar el respaldo al partido y ayudado a los socialistas y los socialistas independientes. Sin embargo, las dos facciones del Partido Socialista no podían por sí solas imponer ninguna ley.

Los radicales tenían un agudo sentido de la política. La única explicación de su continuo respaldo a la ley 11.289 es que interpretaron que la percepción pública no estaba contra ella. Dada la ausencia de encuestas, es imposible decir qué creían las clases populares. Si tuviéramos que com-

parar el historial radical en Buenos Aires con el del movimiento obrero en su conjunto durante los años veinte, habría que decir que en su apelación a ellas los radicales tuvieron más éxito que los sindicatos. El radicalismo siguió construyendo una adhesión popular, pero no logró institucionalizar el apoyo de la patronal ni de las clases populares. Tampoco logró dejar un legado sólido de leyes sociales.

Notas

¹ E. A. Zimmermann, *Los liberales reformistas...*, op. cit.

² En parte, Perón no estableció un sistema generalizado de seguridad social por el interés creado que los sindicatos fuertes tenían en la continuidad de la existencia de las cajas de jubilaciones. Véase M. B. Plotkin, *Mañana es san Perón...*, op. cit., pp. 218-222.

³ Véanse, por ejemplo, E. A. Zimmermann, *Los liberales reformistas...*, op. cit., pp. 178-186, y Maricel Bertolo, *Una propuesta gremial alternativa: el sindicalismo revolucionario*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993, p. 30.

⁴ R. J. Walter, *The Socialist Party...*, op. cit., pp. 159-160; S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 2, pp. 270-275, y D. Rock, *Politics in Argentina...*, op. cit., pp. 196-198. Véanse también, por ejemplo, *El Obrero Ferroviario*, junio a 15 de julio de 1919; *La Unión del Marino*, septiembre de 1919, y *La Organización Obrera*, 2 a 16 de agosto y 22 de noviembre de 1919.

⁵ E. A. Isuani, *Los orígenes conflictivos...*, op. cit., p. 87.

⁶ Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, VI, 23 de septiembre de 1923, p. 897. Véase también, en lo relacionado con las huelgas, E. A. Isuani, *Los orígenes conflictivos...*, op. cit., pp. 87-88.

⁷ En lo concerniente a la ley 11.286, véase Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, VI, 21 de septiembre de 1923, pp. 370-391, y 23 de septiembre de 1923, p. 855. En cuanto a la ley 11.289, Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, VI, 23 de septiembre de 1923, pp. 855-914, cita en p. 914. Cuando se propusieron enmiendas en el Senado, volvió a clausurarse el debate; véase *ibíd.*, VIII, 22 de noviembre de 1923, p. 542.

⁸ DNT, *Crónica Mensual*, diciembre de 1923, pp. 1185-1186.

⁹ Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, VIII, s. f., 1923, pp. 675-678. Con referencia a las regulaciones, véase *Boletín de la Unión Industrial Argentina*, 15 de enero de 1924, pp. 14-15, 15 de febrero de 1924, pp. 9-13, y 15 de abril de 1924, pp. 38-40. Los comentarios de los socialistas aparecen en la mayoría de los debates sobre la ley. Aunque no puedo alegar experiencia alguna en temas actuariales, los argumentos socialistas parecen tener sentido y las otras cajas de jubilaciones eran poco sólidas, como los críticos no dejaban de señalarlo.

¹⁰ Véanse por ejemplo *La Prensa*, 8 de marzo, 27 de abril y 14 de junio de 1924; *Boletín de Servicios*, 5 de julio de 1922, pp. 274-275, y 20 de julio de 1922, p. 309; *Nues-*

tra Palabra, 1º de mayo de 1923; *La Época*, 13 de abril, 7 a 29 de julio (en especial 7 a 10) y 27 y 30 de octubre de 1922 y 9 de febrero y 15 de marzo de 1924; Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, I, 23 de junio de 1924, pp. 555-567, IV, 27 de agosto de 1924, pp. 784-793, y VI, 25 de septiembre de 1924, p. 657, U. S. Military Attaché Report, Buenos Aires, 3278, 6 de febrero de 1924, en *U. S. Military Intelligence Reports: Argentina, 1918-1941*, Frederick, Maryland, University Publications of America, 1984.

¹¹ Véase por ejemplo Jorge Schvarzer, *Empresarios del pasado: la Unión Industrial Argentina*, Buenos Aires, CISEA/Imago Mundi, 1991, pp. 56-57.

¹² D. Rock, *Politics in Argentina...*, op. cit., p. 227; Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, IV, 27 de agosto de 1924, pp. 765-766 (un diálogo entre Bunge y el ministro de Hacienda, Víctor M. Molina); *Bandera Proletaria*, 21 de febrero de 1925, citado en J. Godio, *El movimiento obrero argentino...*, op. cit., p. 159, y Colin Lewis, "Social insurance: ideology and policy in the Argentine, 1920-66", en Christopher Abel y Colin Lewis (eds.), *Welfare, Poverty, and Development in Latin America*, Londres, Macmillan, 1993, pp. 179-181.

¹³ Véanse por ejemplo *La Época*, 14 a 23 de marzo de 1924, y Cámara de Diputados, VI (1925), 21 de enero de 1926, p. 629.

¹⁴ *La Época*, 27 de noviembre de 1923.

¹⁵ Los sindicatos no tenían el control de las cajas de jubilaciones y la ley no intentaba fusionar las cajas existentes; en consecuencia, cualquier tipo de paralelo que se pretenda hacer con la oposición sindical a la creación de un sistema jubilatorio unificado durante el gobierno de Perón carecerá de validez.

¹⁶ R. J. Walter, *The Socialist Party...*, op. cit., pp. 188-189, y *La Época*, 4 de abril de 1924.

¹⁷ Véanse por ejemplo *Nueva Era* (Avellaneda), 9 de febrero de 1924; *La Vanguardia*, 7 de mayo de 1924; Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, VI, 26 de septiembre de 1924, p. 768, y *El Obrero Gráfico*, octubre-noviembre de 1923.

¹⁸ Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, VI, 23 de septiembre de 1923, pp. 907-909; IV, 27 de agosto de 1924, pp. 786-789; V, 28 de agosto de 1924, pp. 30-63; y VI, 18 de septiembre de 1924, pp. 110-151, y 26 de septiembre de 1924, pp. 767-772; y *La Vanguardia*, 30 de abril de 1924.

¹⁹ *Bandera Proletaria*, 22 de diciembre de 1923, y *El Obrero Municipal*, enero a mayo de 1924.

²⁰ *Bandera Proletaria*, 19 de enero de 1924; *Bandera Proletaria*, 21 de febrero de 1925, citado en J. Godio, *El movimiento obrero argentino...*, op. cit., p. 158; *Acción Obrera*, febrero y septiembre de 1924, y *El Constructor Naval*, junio de 1925. Véanse también, entre otros, *Bandera Proletaria*, 12 a 26 de enero, 11 de mayo y 21 de junio de 1924; *Acción Obrera*, junio de 1924, y Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, IV, 27 de agosto de 1924, p. 805.

²¹ Véase el capítulo 6.

²² Jacinto Oddone, *Gremialismo proletario argentino*, segunda edición, Buenos Aires, Ediciones Líbera, 1975, pp. 433-434.

²³ *La Internacional*, 4, 15 y 19 de enero y 8 de febrero de 1924; *Nuestra Palabra*, 1º de mayo de 1923, y Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, IV, 27 de agosto de 1924, p. 805.

²⁴ *La Organización Obrera*, boletín de huelga, 5 de mayo de 1924, y *La Antorcha*, 2 de mayo de 1924.

²⁵ *Boletín de la UIA*, 15 de enero de 1924, pp. 10-11, y *Boletín de Servicios*, 20 de enero de 1924, pp. 34-39.

²⁶ *Boletín de la UIA*, 15 de febrero a 15 de abril de 1924; Confederación Argentina del Comercio, de la Industria y de la Producción, *Estudios de problemas nacionales*, 20, 1923, pp. 27-28, y 23, 1924, p. 27, y F. Rocchi, *Chinnneys in the Desert...*, op. cit., en especial pp. 165-170.

²⁷ *Boletín de Servicios*, marzo a 5 de julio de 1924, en especial 20 de marzo, pp. 151-159, y 5 de julio, p. 313, y *La Época*, 9 de marzo y 11 de abril de 1924.

²⁸ *Boletín de la UIA*, 15 de mayo de 1924, pp. 31-34; *La Época*, 29 de abril de 1924, y *La Prensa*, 29 de abril a 3 de mayo de 1924.

²⁹ Véanse por ejemplo *Bandera Proletaria*, 9 de febrero de 1924, y *La Internacional*, 1º de enero de 1924.

³⁰ *La Internacional*, 23 y 24 de enero de 1924; *Bandera Proletaria*, 26 de enero y 2 de febrero de 1924; DNT, *Boletín*, noviembre de 1924, p. 1453, y *La Prensa*, 14 a 21 de abril de 1924. El gobierno anunció que en Buenos Aires las huelgas habían comenzado el 19 de enero, con una duración promedio de ocho días.

³¹ *La Prensa*, 26 de abril a 1º de mayo de 1924; *La Época*, abril de 1924, y *Bandera Proletaria*, 3 de mayo de 1924.

³² *La Internacional*, abril de 1924; *La Época*, abril de 1924; *Bandera Proletaria*, 12 y 26 de abril de 1924; S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 3, pp. 136-137; *La Acción*, 2 y 3 de mayo de 1924; *La Vanguardia*, 2 y 3 de mayo de 1924, y *La Prensa*, 3 de mayo de 1924.

³³ *La Acción*, 3 de mayo de 1924, y Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, IV, 27 de agosto de 1924, p. 766, y I, 23 de junio de 1924, p. 583.

³⁴ La información sobre la huelga se extrae de las ediciones de mayo de *La Prensa*, *La Acción*, *La Época*, *Bandera Proletaria*, *La Vanguardia*, *La Internacional* y *Boletín La Antorcha*, además del *Boletín de la UIA*, mayo de 1924, pp. 31-36.

³⁵ Además de las fuentes antes mencionadas, véanse *Acción Obrera*, junio de 1924, y *La Organización Obrera*, boletín de huelga, 5 de mayo de 1924.

³⁶ DNT, *Boletín*, noviembre de 1924, p. 1455.

³⁷ *Boletín de la UIA*, 15 de mayo de 1924, p. 21.

³⁸ Véase el capítulo 5.

³⁹ Roberto Marrone, *Apuntes para la historia de un gremio (empleados de comercio de Rosario)*, Rosario, Tipografía Llordén S. R. L., 1974, p. 94.

⁴⁰ Véase el capítulo 6.

⁴¹ Véanse por ejemplo *El Obrero Gráfico*, agosto a noviembre de 1924 y abril de 1926; *La Vanguardia*, 10 de mayo de 1924; *Nueva Era* (Avellaneda), 5 de julio de 1924, y *Bandera Proletaria*, 16 de agosto y 6 de diciembre de 1924.

⁴² *Bandera Proletaria*, 31 de marzo de 1923 y 1º de febrero (en realidad 1º de marzo) y 8 de marzo de 1924; *La Internacional*, 6 de marzo y 17 a 23 de abril de 1924; *El Obrero Municipal*, marzo a mayo de 1924, y S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 3, pp. 125-151.

⁴³ *La Internacional*, 10 y 17 de mayo y 7 de junio de 1924; *Bandera Proletaria*, 7 de junio a 25 de octubre de 1924; *Acción Obrera*, marzo de 1925, y *El Constructor Naval*, agosto de 1925.

⁴⁰ *Bandera Proletaria*, II a 30 de agosto de 1924 y 11 de abril y 5 de diciembre de 1925; DNT, *Crónica Mensual*, febrero de 1925, p. 1530, julio de 1925, pp. 1602-1605, y julio de 1926, pp. 1822-1824; *Boletín de la ULA*, junio de 1925, pp. 27-33; *La Prensa*, 30 de mayo de 1924 y 10 de octubre de 1925; *La Nación*, 24 de enero de 1925; *La Internacional*, 10 y 11 de octubre y 30 de octubre a 2 de noviembre de 1925; *La Argentina*, 4 de junio de 1925; *El Constructor Naval*, junio de 1925; *Nuestra Palabra*, junio de 1925; *El Obrero Gráfico*, mayo de 1925 y abril de 1926; *Nueva Era* (Avellaneda), 6 de diciembre de 1924 y 31 de octubre de 1925; Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, VI (1925), 13 de enero de 1926, p. 373; Aníbal Jáuregui, "El despegue de los industriales argentinos", en Waldo Ansaldi et al. (eds.), *Argentina en la paz de dos guerras, 1914-1945*, Buenos Aires, Biblos, 1993, p. 189, y *Boletín de Servicios*, 20 de mayo a 5 de julio de 1925.

⁴⁵ El nivel del debate político, tanto al comienzo como al final de las discusiones sobre las cajas de jubilaciones, fue extremadamente bajo y parecía concentrarse más en los beneficios políticos que en la propia ley. Esta es una prueba adicional de unas motivaciones esencialmente políticas. Los debates sobre el proyecto continuaron durante las sesiones de 1924, 1925 y 1926. Finalmente, la ley quedó sepultada para siempre en septiembre de 1926. Véase Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, V, septiembre de 1926, pp. 712-714.

⁴⁶ *La Época*, 23 de junio de 1930.

⁴⁷ *Boletín de Servicios*, 20 de septiembre de 1926, p. 410.

⁴⁸ Véase por ejemplo *La Acción*, 22 de abril de 1924.

⁴⁹ Se encontrará la indicación de fechas en L. Ramicone, *Apuntes para la historia...*, op. cit., p. 66.

Capítulo 5

Yrigoyen y las limitaciones del obrerismo 1916-1922

Al asumir la presidencia en octubre de 1916, tras una victoria reñida e incómoda en el colegio electoral, Yrigoyen sintió la necesidad de ampliar su base popular. En parte, ese sentimiento era una típica muestra de la avidez de votos de los políticos, pero también reflejaba la percepción que los radicales tenían de sí mismos como los verdaderos representantes de la voluntad popular argentina.¹ Por otra parte, los socialistas, con un fuerte respaldo en la ciudad de Buenos Aires, parecían plantear un verdadero desafío al dominio radical.

Uno de los principales objetivos políticos de Yrigoyen eran los integrantes nativos de las clases populares, incluidos los hijos varones de inmigrantes. La aceptación simbólica de los trabajadores como ciudadanos era crucial. Permitía al presidente plantarse junto con el pueblo contra las empresas (en muchos casos) extranjeras. El uso de los sindicatos de tendencia sindicalista revolucionaria como un puente hacia la clase obrera era un elemento crítico en la estrategia de Yrigoyen para construir una base política más amplia, como parte del obrerismo. Los sindicatos le permitían establecer una conexión personal con las clases populares. Si bien esta situación presagía la táctica utilizada por Perón en la década de 1940, la diferencia radica en que Yrigoyen nunca trató de formalizar la relación o extenderla a todos los trabajadores. Prefería las relaciones informales y en eso coincidía con los sindicalistas revolucionarios, razón por la cual estos eran un blanco ideal. Los sindicalistas revolucionarios comprendían que,

dadas las duras realidades de las relaciones laborales, los sindicatos que obtuvieran la neutralidad o, mejor aún, el favor oficial, estarían en una situación mucho más favorable que los que no contaran con ellos. Desde el punto de vista de Yrigoyen los sindicalistas revolucionarios exhibían varias ventajas. Podían ser una puerta de ingreso a la clase popular y admitían de buen grado la relación informal ambicionada por el radicalismo, porque cualquier otra actitud habría cuestionado los fundamentos de su ideología. Dado su apoliticismo, también podían votar libremente a la Unión Cívica Radical. Además, tenían un antagonismo extremo con los socialistas, y su crecimiento impediría la expansión de estos, principales competidores de los radicales en la capital.

Es importante recordar que aun cuando en esta época los sindicatos eran pequeños, solían ejercer su influencia sobre gran cantidad de trabajadores. ¿Por qué no tenían más afiliados? Los salarios eran bajos y, en consecuencia, la cuota sindical era una carga; por otra parte, no existía ningún sistema de descuento de las cuotas por planilla. Los afiliados enfrentaban el riesgo de represalias patronales y la afiliación redundaba en pocos beneficios inmediatos. Sin embargo, a pesar de la escasa cantidad de afiliados, con frecuencia las huelgas eran grandes y muchos concurrían a las manifestaciones. Es evidente que la influencia de los sindicatos superaba con creces su limitada afiliación.

Hasta mediados de 1921, una de las tácticas cruciales de Yrigoyen consistió en apoyar o al menos tolerar la actividad huelguística de algunos sindicatos. El respaldo a las huelgas es una cuestión delicada. Las olas huelguísticas no pueden controlarse y la agitación laboral tiende a convertirse en una bola de nieve; en esos tiempos sucedía así, en especial, a raíz del sentimiento de exaltación generado en muchos trabajadores por la revolución bolchevique y la tormenta política y laboral que la siguió tanto en Europa como en las Américas. Muchos integrantes de las elites y las clases medias temían las repercusiones de la revolución, al menos en la misma medida en que esta despertaba el entusiasmo de algunos. Todo esto ocurría en un nuevo paisaje político donde las reglas no eran claras. Pese al rechazo final de esa táctica, Yrigoyen entabló relaciones importantes cuyas ramificaciones políticas se extendieron incluso a su segundo mandato.

La actitud de Yrigoyen hacia las huelgas nunca fue sistemática. Movidó por consideraciones políticas, así como por una creencia general en el

bienestar público, el presidente actuaba caso por caso. Prefería intervenir personalmente o por medio de asistentes de confianza, en particular el jefe de policía de Buenos Aires. Interventía de manera favorable en industrias en las que las huelgas serían visibles aun para quienes no estaban directamente involucrados, y cuando una cantidad significativa de los trabajadores eran ciudadanos argentinos o las ramificaciones políticas eran amplias por otras razones. Yrigoyen favorecía a los dirigentes gremiales del sindicalismo revolucionario y se mostraba hostil con los que tenían vínculos con organizaciones políticas rivales de los radicales. No obstante, como ha señalado Ernesto Garguin, estuvo dispuesto a ayudar a La Fraternidad, el sindicato de los maquinistas ferroviarios, pese al papel destacado que los socialistas desempeñaban en él.² Y lo hizo principalmente porque la conducción gremial subordinaba la política a lo que percibía como el interés del sindicato.

Yrigoyen hizo de su actitud hacia el movimiento obrero un elemento fundamental del intento de ensanchar su base política. No abandonó de inmediato su táctica ni siquiera después de que se convirtiera en un serio lastre entre ciertos sectores de la población. Siguió utilizándola después de la Semana Trágica. Y aun después de que, a mediados de 1921, comprobara que esas políticas eran insostenibles, continuó explorando caminos para la construcción de relaciones con la clase obrera a través de los sindicatos. Su disposición a tratar a los trabajadores como ciudadanos importantes tuvo un papel clave en la expansión de su popularidad. Los trabajadores podían sentir que los radicales los consideraban importantes, y a cambio muchos les entregaban su lealtad.

El puerto

El primer gran intento de construir un puente hacia la clase obrera se dio en el puerto de Buenos Aires. Los trabajadores del puerto no eran mayoritariamente argentinos. En 1914, según el dirigente socialista Ángel M. Giménez, solo alrededor del 23% del personal marítimo de la Argentina eran ciudadanos, pero estos, que ascendían a 3.139, constituían aun así un número significativo. Un estudio más reciente de Geoffroy de Laforcade indica una presencia mucho más abundante de argentinos, al menos de manera estacional; Laforcade también comprobó que los reglamentos

obligaban a muchos marineros a nacionalizarse y ser por lo tanto potenciales votantes.³

El centro del mundo marítimo de Buenos Aires era el barrio de La Boca que, además de ser el sitio de residencia de muchos marineros, tenía una fuerte concentración de actividades relacionadas con los puertos, como los trabajos en los muelles, los astilleros y los talleres de reparaciones. Gran parte de la comunidad, incluidos los pequeños comerciantes, dependía de la prosperidad portuaria, de modo que lo que pasara en ese ámbito afectaba otros como una onda expansiva. La Boca no tardó en convertirse en un baluarte del Partido Socialista, y los radicales sintieron que era necesario arrancarle el control del barrio.⁴

El proceso de formación de sindicatos en el puerto de Buenos Aires se había iniciado con el cambio de siglo. En 1910 se fundó el que sería el sindicato portuario más fuerte, la Federación Obrera Marítima (FOM), con la intención de representar a todo el personal embarcado subalterno, tanto en grandes buques cuanto en embarcaciones de apoyo como lanchas, remolcadores y otros. La FOM se convirtió en una verdadera federación en la que cada especialidad laboral (marineros, mozos, cocineros, etc.) se organizaba por separado, en razón de los diferentes intereses en las normas de trabajo y las distintas escalas salariales. Esas especialidades solían tirar cada una para su propio lado. Casi desde el principio, el pegamento que mantuvo unida la organización fue Francisco J. García, "el Gallego". Pese a su apodo, García había nacido en la Argentina. Era un esforzado dirigente sindicalista revolucionario, con gran talento como organizador, y se convirtió rápidamente en el alma de la federación.

El gobierno radical se interesó de manera muy especial en la FOM. ¿Por qué le dedicaba tanta atención? Además de que su base estaba en un barrio políticamente importante como La Boca, la FOM podía interrumpir el comercio con el mundo exterior gracias al control que ejercía sobre el personal de remolcadores y alijadores. La mayor parte del comercio de ultramar se hacía en buques de bandera extranjera. Los afiliados de la FOM también constituían la tripulación de los barcos de los que dependían para su conexión con el mundo exterior las provincias situadas río arriba —Corrientes y Entre Ríos— y los territorios de Misiones y la Patagonia. Este es el tipo de argumento planteado por Charles Bergquist en relación con el papel crucial de las industrias exportadoras en el desarrollo del movimiento

sindical, aunque en el caso argentino hiciera hincapié en otros aspectos. El gobierno podía ver con buenos ojos la FOM porque la controlaba el sindicalismo revolucionario. Por otra parte, como ha señalado Jeremy Adelman, un sector clave del distrito portuario estaba inmediatamente detrás de la Casa Rosada y cerca de los ministerios, por lo cual resultaba difícil ignorar una agitación en gran escala.⁵

Apenas unos días después de que Yrigoyen asumiera la presidencia, la FOM ya había elaborado una serie detallada de demandas, con la esperanza de revertir el deterioro de las condiciones de trabajo y los salarios. Aunque el sindicato aceptó un ofrecimiento de mediación hecho por el Departamento Nacional del Trabajo (DNT), los empleadores lo rechazaron. El 30 de noviembre los trabajadores se lanzaron a la huelga, que limitó en gran medida la actividad portuaria. Desde el comienzo fue evidente una división en las actitudes de las estructuras burocráticas. El DNT simpatizaba a todas luces con el sindicato, mientras que la Prefectura Naval —encargada del control del puerto— apoyaba a la patronal, dificultaba el reparto de materiales de propaganda y colaboraba en otros aspectos con las compañías navieras. Esta falta de unidad burocrática en el puerto es característica de todo el período radical. Debido a la índole de su trabajo, el personal del DNT tendía a simpatizar con el movimiento obrero, en tanto que la conservadora marina tenía bajo su jurisdicción la Prefectura Naval. Los civiles carecían de la voluntad o la aptitud de poner bajo su completo control a la armada.

Los despachos del poder estaban abiertos para la FOM, que en primer lugar se reunió con el ministro del Interior, el más importante del gabinete, y luego con el propio Yrigoyen. Esta prontitud para reunirse con los dirigentes sindicales no tenía precedentes, y la respuesta de la administración a la negativa de la patronal a aceptar la mediación fue asegurar su neutralidad.⁶ La Prefectura sacó entonces a los miembros de su personal que estaban tripulando algunas embarcaciones de apoyo y se negó a permitir la zarpada de buques si no tenían una tripulación que cumpliera las profusas reglamentaciones oficiales. En otras palabras, no permitió el reclutamiento de rompehuelgas.

El 20 de diciembre, enfrentadas a un gobierno que no cooperaba e incapaces de mover sus buques, las compañías navieras solicitaron la mediación del presidente, y la FOM se apresuró a acompañar el pedido.

Yrigoyen delegó el arbitraje en su jefe de policía, Julio Moreno. Tras una prolongada discusión, los huelguistas votaron 967 a 461 por el retorno a sus tareas mientras esperaban la decisión. Esta actitud, la aceptación de un mayor papel para el gobierno, representaba un paso importante para los sindicalistas revolucionarios.

Según los cálculos sindicales, el fallo del arbitraje concedió a los trabajadores entre un 75 y un 90-95% de lo que habían pedido.⁷ ¿Por qué? La huelga era muy visible e involucraba a unos seis mil trabajadores; el régimen, por su parte, vivía sus primeros días y era probable, por lo tanto, que quisiera fijar un criterio. Además, el sindicato se había comportado de manera aceptable según la perspectiva del gobierno. Se había mostrado dispuesto a aceptar la intervención gubernamental y si bien había habido violencias, estas no representaban el rasgo primordial de su táctica.

La FOM no dejó de enfrentar desafíos. La Compañía Naviera Mihanovich, la más importante entre las dedicadas al comercio fluvial, formó un sindicato de empresa bajo el control de Juan Colmeiro. Este había sido expulsado de un sindicato anterior de marineros por ser un espía policial y, en efecto, había trabajado en la policía. Hacia marzo de 1917 las compañías navieras comenzaron a hacer interpretaciones capciosas del fallo arbitral, mientras la FOM buscaba la ayuda de la jefatura de la Prefectura Naval. Un intento de Mihanovich de contratar a trabajadores pertenecientes al nuevo sindicato desató la violencia, y el 20 de marzo la FOM declaró la huelga contra la compañía. El primer día cinco de sus afiliados fueron heridos. El gobierno despachó tropas, que impidieron la circulación de toda propaganda en el puerto. Con el apoyo de la FORA IX, la FOM amenazó con lanzar una huelga general. Por conducto del jefe de policía, Yrigoyen hizo saber al sindicato que quería una reunión. García y la FORA IX se reunieron con él y lo convencieron de retirar las tropas, para no verse frente a la ampliación del paro. El presidente había dado luz verde al sindicato para usar la fuerza, y Colmeiro fue asesinado a tiros al salir de su casa. En dos oportunidades la FOM sirió la sede del sindicato de la empresa durante varios días y no permitió que los rompehuelgas se marcharan mientras no se comprometieran a abandonar sus actividades.

La compañía cometió un serio error de cálculo al reducir los salarios de los oficiales de a bordo cuyos buques no podían zarpar. Los oficiales se declararon en huelga y por primera vez se generó una comunidad de inte-

reses en las filas del personal embarcado. Esta unidad demostró ser crucial en el breve período triunfal de la FOM. Si bien era relativamente sencillo reemplazar a los subalternos menos calificados, resultaba casi imposible hacer lo mismo con los oficiales, que necesitaban años de capacitación. Para tratar de aumentar la presión sobre el gobierno, Mihanovich intentó convencer a otras compañías navieras de la necesidad de dejar en la calle a sus empleados a partir del 3 de abril, pero la mayoría de las empresas se negaron a hacerlo. Finalmente, las partes en disputa aceptaron la mediación del jefe de la División de Orden Social de la policía de la capital. El 22 de abril se firmó un acuerdo que, entre otras cosas, disolvía el sindicato creado por la patronal y permitía que todos los trabajadores volvieran a sus puestos sin represalias.⁸ La victoria del sindicato se había alcanzado con la colaboración del gobierno.

Las victorias de la FOM tuvieron inmensa repercusión. El sindicato no solo había ganado, sino que parecía contar con el respaldo del Estado. El DNT afirmó luego que esos éxitos habían sido de vastas consecuencias para la confederación sindicalista revolucionaria, la FORA IX, que pasó de 70 organizaciones confederadas en 1916 a 199 el año siguiente. Además, los aportantes mensuales crecieron de 3.292 a 11.994. La disposición de la FOM a ayudar a otros sindicatos la convirtió en la organización gremial más importante del país, con una influencia sobre la naturaleza del movimiento obrero que posiblemente no tenía paralelos en la historia de los sindicatos argentinos. Según el DNT, "Por virtud de esa solidaridad tan permanente, amplia y sabiamente cumplida, la FOM ha venido a ser algo así como la organización tutelar de los sindicatos obreros nacionales de tendencias avanzadas, que buscan en los momentos de lucha su amparo moral y material".⁹

La Federación Obrera Marítima actuó constantemente en solidaridad con los oficiales y otros oficios portuarios, y también prestó apoyo a un vasto conjunto de trabajadores, desde obreros molineros y ferroviarios hasta obreros de la carne. Sus enviados tuvieron un papel crucial en la organización de algunos de los trabajadores más oprimidos de la Argentina, los que se ganaban el pan en las plantaciones de quebracho y yerba mate del nordeste. La mayoría de las ocupaciones del personal embarcado estaban sindicalizadas y había seccionales locales en los puertos, desde Bahía Blanca hacia el norte.¹⁰

Los ferrocarriles

La relación entre los ferroviarios y el gobierno contribuye a la comprensión de las negociaciones de la administración con el puerto. En conjunto, nos permiten formarnos una buena imagen de lo que el régimen aspiraba a lograr. Como los trabajadores marítimos, los ferroviarios podían estrangular la economía del país. Hasta la década de 1930 las rutas fueron notoriamente malas y, por lo tanto, la desorganización del tráfico ferroviario podía interrumpir no solo el vital comercio de importación y exportación sino también la mayor parte del comercio interno. Además, los trabajadores ferroviarios entraban aún más que los portuarios en los cálculos electorales. Había muchos: 112.175 en 1916 y 148.717 en 1930.¹¹ Aunque distribuidos por todo el país, la mayoría vivía en tres distritos decisivos, la capital, Santa Fe y la provincia de Buenos Aires. Como el personal embarcado, muchos ferroviarios tenían la posibilidad de circular y difundir la idea de los sindicatos y la revolución. La sindicalización ferroviaria enfrentaba un problema similar a la de los marítimos: las rivalidades basadas en la naturaleza del trabajo. Los ferrocarriles tenían maquinistas, trabajadores involucrados en la circulación de los trenes y, en los talleres, trabajadores ocupados en el mantenimiento de las vías, etc. Los maquinistas se consideraban superiores al resto de los ferroviarios, pero las diferencias a bordo de los barcos eran mucho más grandes, porque los oficiales tenían por ley el mando de la nave. Las compañías ferroviarias eran en su mayoría de propiedad extranjera y no gozaban de popularidad.

Los ferroviarios tenían un sentido de pertenencia a una comunidad ocupacional. Se identificaban unos con otros:

Su trabajo afecta a tal punto a los integrantes de las comunidades ocupacionales, que su vida no laboral está impregnada de sus relaciones, intereses y valores laborales. [...] Los integrantes de las comunidades ocupacionales basan su vida en su trabajo; sus amigos del trabajo son sus amigos de fuera del trabajo, y sus intereses y actividades en el tiempo libre se fundan en el trabajo.¹²

Las razones de la existencia de esa identificación entre los ferroviarios son poco claras, pero el fenómeno se daba no solo en la Argentina sino también

en los Estados Unidos y Gran Bretaña. Cuestiones de estatus, la importancia de la actividad, la concentración de trabajadores en los talleres y los horarios irregulares pueden esclarecer en parte su existencia. El sentimiento comunitario contribuye a explicar la fuerza que tenían los sindicatos ferroviarios, porque les daba el poder de incluir a los trabajadores de esa comunidad.

En este caso podemos ver aún con más claridad que en el caso de los puertos las motivaciones de Yrigoyen: este quería consolidar el apoyo político a través de lazos personales. Pero también podemos ver los límites de la tolerancia. Cuando en 1918 y 1919 los sindicatos ferroviarios se vieron en la imposibilidad de detener la avalancha de huelgas, Yrigoyen perdió la paciencia. Los maquinistas tenían una tradición de sindicalización que se remontaba a la fundación de La Fraternidad en 1887. Este sindicato se concentraba en la mejora de los salarios y las condiciones laborales, la disciplina y el control centralizado, y esa perspectiva modeló en última instancia todo el movimiento sindical ferroviario. En un comienzo este hecho no fue evidente, porque los fracasos de La Fraternidad condujeron a la sindicalización por separado de otros sectores.

En 1912 La Fraternidad bien podía ser el sindicato más grande del país, pero una huelga convocada en enero reveló una flagrante debilidad. Aunque elementos del gobierno ayudaron al sindicato a negociar con las compañías, y siguieron haciéndolo durante todo el transcurso de la medida de fuerza, La Fraternidad no logró interrumpir la red ferroviaria. El gobierno autorizó a las compañías a tomar rompehuelgas, pero el otro factor de igual importancia es que, de los aproximadamente once mil ferroviarios que pararon, ocho mil eran maquinistas o fogoneros. El personal restante, en su vasta mayoría, no estaba sindicalizado y siguió trabajando. Esa situación mostró la vulnerabilidad de La Fraternidad. Al cabo de cincuenta y dos días se llegó a un acuerdo, pero muchos dirigentes de la huelga no recuperaron sus puestos. Uno de los objetivos fundamentales de La Fraternidad fue entonces contribuir a organizar a los demás ferroviarios.¹⁴

La Federación de Obreros Ferroviarios (FOF) se fundó poco antes de la huelga de 1912, pero tuvo en esta una participación insignificante.¹⁵ No se unió bien a la La Fraternidad. Dominada por sindicalistas revolucionarios (a diferencia de La Fraternidad, donde los socialistas tenían un papel crucial), la FOF tenía una estructura descentralizada que dejaba mucho poder en manos de las seccionales, como un reflejo de la ideología

y del carácter disperso del sistema ferroviario. La descentralización tendía a suscitar constantes huelgas regionales, porque los dirigentes nacionales carecían de herramientas para poner límites a las seccionales.

Tras la elección de Yrigoyen los dos sindicatos comenzaron a posicionarse. La FOF se fusionó con un rival más pequeño y firmó un pacto de solidaridad con La Fraternidad. Poco después de que Yrigoyen asumiera la presidencia, una delegación de este último sindicato se reunió con el ministro de Obras Públicas, Pablo Torello, quien, según el diario radical *La Época*, aseguró a los visitantes que los trabajadores podían tener confianza en que el presidente prestaría atención a sus reclamos. Pese a la celebración de otra reunión, no sucedió nada que pudiera interpretarse como un apoyo a las demandas de los ferroviarios, si bien un alto funcionario gubernamental asistió a la asamblea anual de La Fraternidad.¹⁶ Cuando una delegación de la FOF se reunió con Torello el 17 de enero de 1917 para quejarse por las malas condiciones de trabajo, se le dijo que el gobierno no podía defender a los trabajadores, pero procuraría que se respetaran las leyes y reglamentaciones. También se pidió paciencia al sindicato, porque una huelga ferroviaria arruinaría el país y generaría dificultades al gobierno. En mayo otra delegación se reunió con Yrigoyen para solicitar la libertad (que se le otorgó) de Avelino Zapico, un afiliado convicto de asesinato, y de paso se quejó del atraso en los pagos a los trabajadores de los Ferrocarriles del Estado. Yrigoyen prometió solucionar ese problema.¹⁷ La administración enviaba señales claras de su disposición a cooperar.

Durante la época de la cosecha, a fines de 1917, los dos sindicatos planearon interrumpir el funcionamiento del sistema ferroviario. Sin embargo, huelgas salvajes frustraron sus planes. Esas huelgas comenzaron en los talleres plagados de problemas del Central Argentino, en Rosario y sus alrededores, cuando la compañía limitó aún más la semana laboral. Acompañado por una buena dosis de violencia, el paro se difundió por toda la línea ferroviaria, desorganizando por completo el tráfico. Los huelguistas estaban al margen del control sindical. Aun así, tanto el jefe de policía de Rosario, un funcionario político designado por el gobernador de Santa Fe, como las tropas enviadas de mala gana por Yrigoyen, se contuvieron considerablemente en su accionar. La resolución de la huelga —desenlace en el que Torello tuvo un papel clave— se alcanzó finalmente luego de que el gobierno ejerciera considerable presión sobre la compañía. La Fraternidad

aplaudió sin tapujos las medidas del gobierno.¹⁸ Los radicales intentaban a las claras conquistar el apoyo de los trabajadores. Como argumento en favor de la desprotección a la que se había sometido a la compañía, *La Época* proclamaba: "Nunca el actual gobierno hubiera deprimido el honor de su ejército confiándole una misión de asesinato". Pese al predominio de los anarquistas en el paro (algunos acusaban a los anarquistas rosarinos de tener acuerdos con el radicalismo), la comisión de huelga agradeció al jefe de policía de Rosario y al coronel del ejército al mando de las tropas por su comportamiento.¹⁹ Una motivación decisiva, además de una apertura general hacia el movimiento obrero, era la fractura que padecía la UCR en Santa Fe, provincia en la que Yrigoyen quería fortalecer su posición.

Durante el paro e inmediatamente después de terminado este, estallaron huelgas salvajes en varias líneas, incluida una muy similar en los talleres de los Ferrocarriles del Estado en Taft Viejo, Tucumán. Temerosos de perder el control, los dos sindicatos ferroviarios adelantaron su huelga prevista. Ya había tensiones entre los dirigentes de ambos, causadas por sus diferentes reacciones a los esfuerzos del gobierno por ayudar a resolver las huelgas y los intentos de Torello y la Unión Cívica Radical de impedir una medida de fuerza. En septiembre los sindicatos comenzaron una huelga que duró veinticinco días e interrumpió el tráfico ferroviario en todo el país. Las huelgas solidarias, incluida una de los trabajadores portuarios, y la amenaza de una huelga general comenzaron a paralizar toda la economía. Las elites agrarias y empresariales presionaron al gobierno, pero por momentos este las trataba con desdén. Una delegación de las organizaciones de la elite tuvo que esperar más de una semana antes de poder ver a Yrigoyen. La violencia se extendía y fue menester volver a desplegar tropas, que esta vez no vacilaron en tratar de proteger la propiedad. La FOF se mostraba renuente a negociar con el gobierno. Su principal dirigente, Francisco Rosanova, estaba enfermo y había sido temporalmente reemplazado por otro sindicalista revolucionario, Bautista V. Mansilla, que parecía menos pragmático. La alianza sindical comenzó a astillarse. La FOF rechazó la ayuda del gobierno en las negociaciones; La Fraternidad, en cambio, la aceptó y como resultado obtuvo atractivas concesiones —en parte secretas— en materia de normas laborales, así como considerables aumentos salariales. Las compañías habían empezado a restablecer el servicio con la utilización de rompehuelgas, hasta que el gobierno forzó un acuerdo con

la FOF, que instó entonces de mala gana a volver al trabajo. La mayoría de los ferroviarios consiguieron poco al margen de vagas promesas contenidas en una reglamentación provisional del trabajo emitida por el gobierno. Mansilla generó un gran escándalo al afirmar que había ordenado regresar al trabajo solo en homenaje a Yrigoyen, una curiosa declaración en boca de cualquier dirigente del sindicalismo revolucionario, pero sobre todo si provenía de uno que se había opuesto a permitir la intervención del gobierno en las negociaciones. Más adelante se lo acusó de ser un agente encubierto de la UCR.²⁰

La alianza entre La Fraternidad y la FOF se había roto definitivamente. La FOF siguió haciendo paros y dando su reconocimiento a las iniciativas obreras. Debido a la gran cantidad de huelgas ferroviarias, 31 en 1918, 73 en 1919 y 21 en 1920 —muchas de las cuales terminaron en derrotas aplastantes—, no es de sorprender que el gobierno ofreciera escaso auxilio, si bien continuó reuniéndose con delegaciones de los sindicatos.²¹ La FOF también estaba arrasada por las disputas internas, que dificultaban cualquier negociación con ella. El gobierno ganaría muy poco si seguía apoyando esta revuelta constante.

Reacciones negativas

No todos los sindicatos disfrutaron de la benevolencia del régimen radical. Un buen ejemplo fue el intento de los trabajadores municipales de Buenos Aires de mejorar sus condiciones. Estos trabajadores se desempeñaban en una actividad muy visible, pero el empleador era el gobierno. También era importante el hecho de que los socialistas estuvieran a la cabeza del sindicato, cuando los radicales querían tener las manos más libres para incorporar a la administración municipal a quienes eran fieles al partido. El personal municipal era bastante numeroso, unas doce mil personas en 1914.²²

Las condiciones de los trabajadores seguían siendo pésimas. Debido a problemas presupuestarios, la administración conservadora había reducido en un cinco por ciento los 65 o 70 pesos por mes que recibían los trabajadores no calificados. Con frecuencia, los salarios se pagaban con atraso. Se imponían suspensiones y multas al margen de los reglamentos. Los capataces solían dar un trato abusivo a los trabajadores, a quienes for-

zaban a pagar sobornos. El aumento del costo de vida agravaba aún más las tensiones. La UOM, fundada en enero de 1916, tenía estrechos lazos con el Partido Socialista. Ese mismo año se produjo una serie de huelgas. El sindicato era especialmente fuerte entre los recolectores de residuos, muchos de los cuales eran españoles. Este era el sector menos calificado de la fuerza de trabajo, pero el que, con su accionar, podía generar las consecuencias más inmediatas. Tras dejar la ciudad regada de basura, una tercera huelga arrancó grandes concesiones a la municipalidad, todavía en manos de los conservadores: la eliminación de las multas, la jornada laboral de ocho horas, el despido de un capataz tiránico y la reincorporación de los trabajadores despedidos a raíz de las huelgas anteriores. La motivación de los conservadores, más allá de intentar que la ciudad tuviera un funcionamiento fluido, era el deseo de utilizar a los socialistas para bloquear la creciente influencia de los radicales.

La cooperación se terminó con la llegada de Yrigoyen al poder; los radicales culpaban de ese final a los socialistas, y la UOM culpaba al nuevo gobierno. Es muy probable que la culpa fuera del radicalismo, al que movían dos deseos fundamentales: reemplazar con su clientela a los trabajadores existentes y debilitar una cabeza de playa socialista en expansión (hacia fines de 1916 el sindicato tenía alrededor de seis mil afiliados que pagaban su cuota). En un clima agravado por los rumores de un nuevo recorte salarial y el despido de recientes incorporados, supuestamente beneficiarios del clientelismo conservador, el intendente provocó en 1917 una huelga al negarse a reunirse con delegaciones, pagar los sueldos con atraso y despedir y suspender a delegados. La huelga fue efectiva, pero se la enfrentó con la incorporación de rompehuelgas, detenciones masivas y simulacros de ejecuciones. La magnitud de la violencia llevó al cónsul español a intervenir y pedir por sus connacionales, una actitud muy poco habitual. Para los radicales, los culpables de la huelga eran los socialistas. El intendente rechazó la negociación con la UOM y solo la amenaza de una huelga general, lanzada por la FORA IX, lo obligó a hacer un gesto para salvar las apariencias. El municipio prometió respetar las conquistas obtenidas en pasadas huelgas, pero aceptó reincorporar únicamente a los trabajadores que no habían sido reemplazados. Entre cinco mil y siete mil trabajadores perdieron sus puestos. La municipalidad destinó a algunos de ellos a proyectos de obras públicas con bajos salarios y prometió reincorporar a los

demás. El sindicato mantuvo la acusación de que solo quienes tenían la recomendación de parlamentarios radicales o presidentes de comités locales del partido recuperaban su trabajo. A la larga, la presión sindical y otros factores permitieron que muchos volvieran a sus puestos, pero los radicales habían encontrado la oportunidad concreta de dar un empleo municipal a muchos de los suyos.²³

En 1917 y 1918 el gobierno vaciló antes de ayudar a los frigoríficos a aplastar las huelgas. Quienes han estudiado estas últimas no se ponen de acuerdo en cuanto a si la represión debe atribuirse a presiones de las elites agrarias, la influencia extranjera o la falta de repercusiones positivas del posible respaldo a los huelguistas. Muchos de los trabajadores en huelga eran extranjeros, pero había de todos modos un porcentaje importante de argentinos. La percepción era que las huelgas estaban bajo el control de los anarquistas, y por otra parte había muchas otras que se producían al mismo tiempo. Aun así, el gobierno trató de negociar el final de los paros, y al menos durante un tiempo *La Época* culpó de su fracaso a la negativa de las compañías a encarar negociaciones.²⁴ Lo importante, desde nuestra perspectiva, es la selectividad del gobierno, que no tenía un criterio coherente para decidir qué huelgas apoyar.

La intervención gubernamental positiva se daba no solo en industrias estratégicas. Cuando los obreros molineros declararon la huelga contra Molinos Río de la Plata, propiedad de Bunge y Born, una multinacional exportadora de granos, recibieron el apoyo de los conductores de carros y la FOM. La amenaza de una huelga general se cernía en el aire y delegaciones gremiales se reunieron con funcionarios del DNT y con el propio Yrigoyen, que les ofrecieron su mediación. La negativa de la empresa a cooperar hizo que las cosas fueran aún más complejas, pero finalmente el sindicato triunfó.²⁵

La Semana Trágica

→ En enero de 1919 estalló una crisis que muestra la debilidad del primer modelo radical de relaciones laborales, pero pese a ello el gobierno no modificó sus políticas. Aunque la Semana Trágica es uno de los acontecimientos más estudiados del período radical, sigue envuelta en enigmas.

El 2 de diciembre de 1918 comenzó una huelga encabezada por los anarquistas contra la empresa metalúrgica Vasena. Esta trató de aplastar el movimiento por medio de rompehuelgas armados y lo que era en esencia una policía privada. Es probable que el permiso de portación de armas se obtuviera gracias a los buenos oficios del abogado de la empresa, Leopoldo Melo, un senador radical de la capital. Sin embargo, la mala relación de Melo con Yrigoyen fue tal vez la causa de que el gobierno retirara temporariamente la protección policial de Vasena. Otras fuentes niegan que esa protección haya sido desapareja.

El 7 de enero la policía intervino en un tiroteo entre huelguistas y matones de la empresa; al abrir fuego, las fuerzas policiales mataron a cuatro hombres e hirieron a otros cuarenta. La mayoría de los alcanzados por las balas eran simples curiosos. Al parecer, la lluvia de balas de la policía era una represalia por el asesinato de un oficial durante un episodio anterior de violencia huelguística. La situación se agravó con rapidez. Más impulsada por los trabajadores que por sus organizaciones, se declaró una huelga general que pronto alcanzó el interior del país. El funeral de los muertos por la policía estuvo marcado por una violencia en gran escala de todos los bandos. Sin contar con la autorización previa de Yrigoyen, ingresaron tropas a la ciudad bajo las órdenes del general Luis F. Dellepiane, y la violencia de los obreros cesó de manera relativamente rápida. El gobierno apeló a la negociación para poner fin a la huelga. Sin embargo, bandas compuestas de hombres de clase media y clase alta atacaron a las comunidades catalana y judía e instituciones de la izquierda y los sindicatos. El gobierno toleró o quizás auspició la violencia. Los muertos de la Semana Trágica se contaron por centenares.²⁶

¿Por qué la Unión Cívica Radical respondió de esa manera? Las tensiones sociales habían crecido rápidamente, espoleadas por los problemas económicos y las influencias de la revolución bolchevique, en combinación con la ola de huelgas que recorría el país. En 1917 hubo en la capital 138 huelgas con 136.062 participantes; el año siguiente las cifras fueron 196 y 133.042, respectivamente. Por otra parte, en esas medidas de fuerza disminuyó el porcentaje de derrotas obreras.²⁷ No hay estadísticas para el resto del país, pero un examen de los diarios muestra que la actividad huelguística fue tal vez aún más intensa. Enfrentado a un espasmo de violencia, el gobierno, amilanado, permitió que el ejército, la policía e integrantes

de la elite y las clases medias acometieran contra las personas percibidas como una amenaza. Una vez reinstaurado el orden, el gobierno volvió a su vieja estrategia con el movimiento obrero, pero en un paisaje político más complejo.

Después de la Semana Trágica

Miembros de la elite crearon la Liga Patriótica, un grupo de presión de extrema derecha que exaltaba el patriotismo y se movilizaba para romper las huelgas. Su accionar no hizo sino agravar la violencia que rodeaba la agitación obrera y hacer aún más difícil la posición de los radicales. Sin embargo, el líder de la Liga, Manuel Carlés, siempre había tenido buenas relaciones con figuras cruciales del radicalismo. Antes de 1919 había sido designado por Yrigoyen como interventor en una provincia, y a posteriori desempeñó la misma tarea para Alvear. Muchos radicales importantes eran miembros de la Liga.²⁸

Ya a mediados de 1918, sectores de las elites comerciales, industriales y rurales —tanto locales como extranjeras— habían constituido la Asociación del Trabajo (AT) con el expreso designio de modificar las políticas laborales de la administración. La organización se concentraba en los problemas gremiales en el puerto, aunque también tenía influencia en otros lugares. Como veremos, no se limitaba a actuar como un *lobby*.²⁹

A pesar de la represión de enero, la agitación obrera se intensificó. En 1919 hubo en la capital 367 huelgas, y el 71% de los 308.967 huelguistas participó en movimientos al menos parcialmente exitosos. El año siguiente la agitación se moderó un tanto: las huelgas fueron 206 con alrededor de 134.000 participantes, y las victorias resultaron menos frecuentes. Al mismo tiempo, la FORA IX pasaba de 306 organizaciones federadas y 35.726 aportantes en 1918 a 734 organizaciones y 68.138 aportantes en 1920.³⁰

La crisis generada por la Semana Trágica fue profunda, pero resultó en menos cambios de los que han supuesto muchos comentaristas. Pese a la intensa presión ejercida por sectores cruciales de la sociedad, muchos de cuyos integrantes eran afiliados radicales, Yrigoyen siguió con su ayuda selectiva a las huelgas durante dos años y medio más. Las políticas gubernamentales nunca fueron coherentes. En septiembre de 1919, por ejemplo,

la policía comenzó a entregar certificados de buena conducta a quienes los necesitaban por motivos laborales, lo cual era una manera de ayudar a los empleadores a identificar a los elementos "perturbadores".³¹

El ejemplo más obvio de la continuación de las políticas de Yrigoyen fue el apoyo que este siguió dando a la FOM. En diciembre de 1918 esta había presentado a las compañías navieras un ultimátum con demandas salariales y sobre condiciones de trabajo, pero el verdadero problema era la personería gremial. La patronal había resistido los intentos de mediar hechos por el DNT. El 7 de enero de 1919, al mismo tiempo que las violentas revueltas de la Semana Trágica, comenzó una huelga. El punto de fricción era el uso de los boicots por parte de la FOM. Según David Rock, con ayuda oficial se elaboró un acuerdo por el cual el sindicato renunciaba a utilizarlos, pero todo se vino abajo debido al deseo del gobierno de que lo pactado fuera secreto. El sindicato negó todo acuerdo sobre los boicots. Finalmente se llegó a una solución con la ayuda del prefecto del puerto, y los trabajadores volvieron al trabajo el 1º de febrero. La tripulación del *Suiza*, sin embargo, se negó a permitir un embarque de harina que había sido boicoteado, y dos días después, a instancias de la AT, dos grandes asociaciones de agencias navieras pusieron en marcha un *lockout*. El puerto quedó paralizado. Los barcos británicos lo evitaban y las autoridades norteamericanas informaron de la situación a sus compañías navieras. *La Época* señaló con toda claridad que la administración estaba muy insatisfecha con la actitud de las compañías. Entre marzo y abril se alcanzó un arreglo, sólo posible porque el gobierno se encargó, con sus propias listas, de seleccionar la tripulación de cada buque. El proceso de selección era la llamada oficialización, y su puesta en marcha dio lugar a la presencia en el puerto de los ministros de Marina, Hacienda y Obras Públicas. El decreto correspondiente, como la mayoría de los emitidos por Yrigoyen, era vago. No estaba claro a quiénes beneficiaría, pero la rápida aceptación de los trabajadores y la renuencia de los empleadores dan a entender el tipo de promesas que se hacían. El gobierno utilizó su control de la selección del personal para disponer que solo se incorporara a quienes estuviesen afiliados al sindicato. Esta medida significaba una victoria considerable para la FOM. Los trabajadores no solo trabajarían en un ámbito donde la agremiación era obligatoria, sino que recibirían su salario de febrero, dado que el acuerdo suscrito en enero estaba en vigencia.

Había habido mucha presión extranjera para poner fin a la huelga en términos favorables para las compañías, y los constantes trastornos eran costosos. Algunos comentaristas de la época, como el agregado militar norteamericano, creían que las elecciones locales de marzo de 1919 en Buenos Aires habían tenido un papel crucial en las acciones de los radicales. El candidato radical a senador obtuvo una reñida victoria sobre el candidato socialista. Durante las elecciones simultáneas para cubrir dos bancas de la Cámara de Diputados, un socialista obtuvo el primer lugar, pero un radical ganó el otro asiento.³² Habida cuenta de los acontecimientos de enero, el resultado no era malo para los radicales, en particular porque no les fue mal en La Boca.

Por añadidura, la FOM se presentaba como representante de los verdaderos argentinos contra los extranjeros. A despecho de frecuentes afirmaciones en el sentido de que los sindicatos nunca plantearon reivindicaciones nacionalistas en la época anterior a Perón, la FOM se apropió del lenguaje del nacionalismo para replicar a quienes veían a los activistas sindicales como agitadores foráneos. Para el sindicato marítimo, el agitador foráneo —alarmante, además— era Pedro Christophersen, presidente de la AT que había nacido en Noruega. La FOM hablaba de los “extranjeros que dominan aquí como en un país de conquista” debido al servilismo de la elite nativa, y agregaba que la “mafia” explotadora estaba casi totalmente compuesta de extranjeros.³³ Muchas de las huelgas apoyadas por los radicales se realizaban contra empresas de propiedad extranjera.

Una intervención gubernamental similar se produjo en la industria telefónica. El 2 de febrero de 1919 los trabajadores telefónicos de Buenos Aires formaron la Federación Argentina de Telefonistas y presentaron una solicitud de mejora de salarios y personería gremial. La compañía telefónica, de propiedad británica, que tenía la fama de brindar un mal servicio y obtener grandes ganancias, respondió con el despido de sesenta trabajadores, entre ellos el secretario general del gremio. La huelga resultante se inició el 12 de marzo y se prolongó hasta finales del mes. *La Época* se mostraba favorable a los huelguistas y mencionaba en lugar destacado el rechazo sindical a la participación de los socialistas. El gobierno intervino activamente. Delegaciones obreras se reunieron con el ministro del Interior y el jefe de Policía, y este dio intervención a Yrigoyen. El presidente se encontró varias veces con los dirigentes de la huelga y contribuyó a la bús-

queda de un arreglo. Según una fuente sindical ulterior, los trabajadores obtuvieron la mayor parte de las cosas que querían. El apoyo gubernamental, con todo, no garantizaba el éxito a largo plazo. El sindicato convocó otra huelga en septiembre a raíz del despido de dos personas, una de ellas el líder de la organización. Los trabajadores no respondieron y tanto la huelga como el sindicato se derrumbaron.³⁴

En diciembre de 1920 el personal de la refinería de la West Indian Oil Company en Campana se declaró en huelga, y pronto lo siguieron los trabajadores de otra refinería. Al cabo de unos días empezó a sentirse en Buenos Aires la escasez de nafta. Los taxistas cobraban el doble a sus pasajeros. El 31 de diciembre el sindicato de choferes decidió, por 957 contra 907 votos, iniciar una huelga de solidaridad. Pese al escaso margen de aprobación y las amenazas de la Liga Patriótica, la huelga fue efectiva. No había taxis y circulaban pocos automóviles particulares. El personal de las estaciones de servicio también se sumó al paro. Tanto el intendente de la ciudad de Buenos Aires, José Luis Cantilo, como el jefe de policía, Elpidio González, procuraron mediar en la huelga de la refinería de Campana de la West Indian y en las relacionadas con ella que se realizaban en la capital, recibiendo delegaciones y negociando con buenos resultados. A pesar de una serie de problemas, el 13 de enero los autos estaban de nuevo en las calles. Un editorial de *La Época* se congratulaba de que se hubiera llegado a un arreglo sin derramamiento de sangre, y sentía que esto revelaba “en la clase trabajadora un estado de ánimo de absoluta confianza en la acción tutelar del gobierno”.³⁵

Un ejemplo clave de la decisión de Yrigoyen de proseguir con su fructífera interacción con el movimiento sindical es la nueva lucha de la FOM con la agencia marítima Mihanovich. En febrero de 1920 llegaron a su punto culminante las disputas en torno de la solidaridad del sindicato con los trabajadores de los astilleros y la dimensión y el estatus gremial de las tripulaciones. La FOM puso en marcha una serie de boicots y la compañía cerró las puertas a los trabajadores. El personal embarcado paraguayano abandonó el trabajo en señal de solidaridad. Con la esperanza de restablecer el servicio, el Congreso sancionó una ley que permitía al gobierno hacerse cargo de los buques, pero la administración de Yrigoyen no tomó ninguna medida en ese sentido, a pesar de los serios trastornos económicos padecidos por las provincias situadas río arriba. Durante el prolongado

pero los trabajadores subsistieron con préstamos otorgados por el sindicato y gracias a la solidaridad de la comunidad. El ministro de Obras Públicas y el jefe de Policía de Buenos Aires condujeron las negociaciones. Finalmente, a mediados de marzo de 1921, bajo la tutela del gobierno, la compañía y el sindicato llegaron a un acuerdo que satisfacía casi todas las exigencias de la FOM.³⁶

La postura del gobierno en favor de los sindicatos fue aún más clara durante una disputa acerca de la interpretación del acuerdo. En los astilleros que durante el paro habían tomado rompehuelgas, ¿se computaría en la antigüedad el tiempo que los huelguistas habían estado sin trabajar, para asegurarles prioridad sobre aquellos? El gobierno decidió que así fuera, y también dijo que a los trabajadores que habían perdido su trabajo se les daría un empleo estatal.³⁷ En conclusión, la administración de Yrigoyen no solo terminó por favorecer a los trabajadores sino que, al no lograr restablecer el tráfico fluvial, se causó problemas políticos en las provincias del litoral.

Compromisos

La renuencia de la FOF a controlar los paros constantes en las líneas ferroviarias la convirtió en un interlocutor poco atractivo. Las exportaciones, los viajes y el traslado diario al trabajo se veían perturbados, lo cual hacía que el gobierno fuera cada vez más impopular para vastos sectores de la población. Aun Juan B. Justo, líder histórico del Partido Socialista, expresó su descontento con las revueltas constantes:

Pero nunca hemos podido creer [...] que las huelgas ferroviarias pasaran a ser una costumbre. Los ferrocarriles son el más indispensable de los servicios públicos para el trabajo y la vida del pueblo obrero, en general. Una huelga ferroviaria no es una simple cuestión de gremio, sino un conflicto que afecta a la masa trabajadora entera.³⁸

Yrigoyen adoptó una política de ayuda a los ferroviarios que actuaran dentro de una estructura sindical más centralizada. La adopción de esa estrat-

gia se debía a que la FOF causaba problemas y La Fraternidad proponía un modelo alternativo. Este último gremio procuraba mantener a sus afiliados bajo su control. Utilizaba las huelgas con parsimonia y tendía a no meterse en los asuntos de otros sindicatos. Yrigoyen solo probaría un nuevo método después de que los ferroviarios respondieran con la reorganización a las derrotas de los años previos.

En septiembre de 1919 se había elaborado un acuerdo para reorganizar los sindicatos ferroviarios, y en junio del año siguiente los trabajadores de los ferrocarriles crearon La Confraternidad, compuesta de La Fraternidad y dos sindicatos que representaban a los demás sectores de la actividad. Los nuevos sindicatos respondían al modelo de La Fraternidad. Es probable que la reorganización hubiera cobrado impulso a mediados de 1919, cuando Yrigoyen designó como directores de la recientemente creada Caja Nacional de Jubilaciones y Pensiones de Empleados Ferroviarios a dos miembros de La Fraternidad y un integrante de la Asociación Ferroviaria Nacional, que tenía una conexión personal con el presidente. En el movimiento sindical se consideraba que la Asociación era un sindicato de empresa. Los otros sindicatos ferroviarios persistieron en sus quejas por la designación de uno de sus miembros hasta que, durante la presidencia de Alvear, se celebraron elecciones para conformar la junta directiva de la caja.

La reorganización probó de inmediato ser exitosa y el número de afiliados creció con rapidez. La Confraternidad impulsó la firma de convenios con las compañías en un momento propicio. Por entonces las compañías trataban de obtener la aprobación gubernamental para aumentar las tarifas de fletes, lo cual potenciaba en gran medida la influencia de la administración. El primer convenio se firmó en presencia del ministro de Obras Públicas en septiembre de 1920 y abarcaba a los trabajadores potencialmente pertenecientes a La Fraternidad. Establecía categorías laborales, escalas salariales basadas en la antigüedad y comisiones de reclamos, e incluso preveía beneficios para las familias de los trabajadores. Los hijos de estos tenían pases libres para ir en tren a la escuela y prioridad en la incorporación a las empresas.

Los sindicatos esperaban obtener convenios similares para otros sectores, pero siguieron tropezando con el obstáculo de la negativa de las compañías a negociar. Para forzar una salida, en enero de 1921 La Confraternidad programó un trabajo a reglamento, pero la medida se postergó

hasta febrero. El trabajo a reglamento era una disminución del ritmo laboral que tomaba como excusa la gran cantidad de normas oficiales y de las empresas, y que los ferroviarios llevaron hasta el extremo del absurdo: se aseguraban de que las órdenes estuvieran por escrito y hacían exactamente lo que disponían las normas, y nada más. También permitían que otros apelaran a la violencia. Las grandes demoras en la circulación de los trenes suburbanos solían incitar a los pasajeros a provocar disturbios. Antes de que comenzara el trabajo a reglamento, una delegación gremial visitó a Yrigoyen, que prometió interceder ante las compañías para llegar a una solución. Torello emitió una disposición por la cual se establecían comisiones mixtas de trabajadores y empresas, presididas por el ministro. Los sindicatos estaban autorizados a intervenir en la selección de los delegados. Durante los meses siguientes se redactaron siete convenios que abarcaban diferentes ocupaciones, lo cual representaba un importante primer paso hacia el establecimiento de condiciones de trabajo y salarios uniformes en la industria. De todos modos, algunos grandes sectores todavía carecían de contratos.³⁹ Además, fueron necesarios varios años de grandes esfuerzos antes de que los convenios se llevaran a la práctica. La agitación siguió perturbando el servicio.⁴⁰ Las acciones del gobierno tuvieron repercusiones políticas. Ya en 1919 una publicación gremial de los ferroviarios podía afirmar que el ministro de Obras Públicas era el primero que había sido designado sin la aprobación de las compañías ferroviarias.⁴¹

Paralelamente al desarrollo de la relación de los sindicatos ferroviarios con la administración nacional, se desenvolvía la de la UOM con el gobierno municipal. Como secuela de su derrota en 1917 el sindicato prácticamente había desaparecido: su promedio de aportantes en 1918 fue de apenas 197 afiliados. En los años siguientes convocó una serie de huelgas parciales, en varias de las cuales intervino el intendente para zanjar el conflicto en favor de los trabajadores. Irónicamente, en unos cuantos casos se trataba del mismo intendente que había roto la huelga anterior. La UOM se convirtió en un integrante aceptado de la estructura municipal. Ya en 1919 tres miembros de la comisión de presupuesto del Concejo Deliberante asistieron a una reunión del gremio en compañía de un representante del intendente. El ejecutivo municipal comenzó a recibir cordialmente a delegaciones sindicales y en ocasiones accedió a sus deseos. La razón de este cambio de actitud no puede determinarse con exactitud, pero tenía

que ver con las presiones ejercidas por el Concejo Deliberante, de reciente creación, combinadas con las crecientes tensiones resultantes de la Semana Trágica. Además, en 1919 una cantidad considerable de trabajadores municipales eran clientes radicales y las concesiones mejoraban su situación.⁴²

1921

En 1921 Yrigoyen enfrentó una serie de desafíos que lo llevaron a modificar su política de respaldo a las huelgas. La constante agitación laboral afectaba su popularidad y una economía ya frágil. También tuvo su papel la percepción de que dentro del partido gobernante se le planteaba un reto político. En el radicalismo siempre se había cocido a fuego lento un conflicto en torno de la extensión del control ejercido por Yrigoyen. En ese marco se produjo un cisma con José Camilo Crotto, gobernador de una provincia, Buenos Aires, que era crucial desde el punto de vista electoral. Crotto había sido amigo personal de Yrigoyen, pero tenía posturas independientes acerca de la agitación laboral y otros problemas. Desde comienzos de su mandato había sufrido salvajes ataques de algunos elementos de la UCR. Cuando circularon rumores de que el gobierno nacional intervendría la provincia, Crotto apostó policías y guardias penitenciarios en las cercanías de la capital e incrementó sus existencias de armas y municiones. Al cabo de varios meses, la crisis llegó a su punto culminante en mayo de 1921, justo antes de que Crotto renunciara. Al mismo tiempo, trabajadores y compañías navieras se enfrentaban en el puerto de Buenos Aires. Según un informe ulterior, "un individuo que visitó al presidente en mayo de 1921 le preguntó si lo preocupaba mucho una grave huelga portuaria en Buenos Aires. Al parecer, el presidente respondió: '¡No! ¡Pero sí [me preocupa mucho] ese cerdo de Crotto!'". Es dudoso que a Yrigoyen lo preocupara más Crotto que el puerto, pero es muy probable que la coincidencia de esos dos desafíos fuera para él un motivo de inquietud.⁴³

Las presiones no solo venían del sistema político. Las brigadas de la Liga Patriótica realizaban con frecuencia manifestaciones armadas y procuraban romper los sindicatos. Estas actitudes desembocaban en la violencia, porque era habitual que los participantes en actividades sindicales y políticas estuvieran armados con revólveres. Aun los sindicatos inclinados a la

legalidad se sentían amenazados y se preparaban para defenderse.⁴⁴ La Liga incitaba a la violencia y parecía ser un serio contendiente en la disputa por el poder político.

Un incidente ocurrido en 1921 en la ciudad de Gualeguaychú, Entre Ríos, es un ejemplo de las tendencias violentas de la Liga Patriótica. Los trabajadores habían planeado concentrarse en la plaza central para celebrar, como era tradición hacerlo, el 1º de mayo. La Liga pretendía manifestarse el mismo día en homenaje a Justo José de Urquiza, un presidente del siglo XIX de origen entrerriano. Tras consultar con las autoridades provinciales, el preocupado jefe de policía local hizo vanos planes para mantener separados a los manifestantes. Miembros armados de la Liga ingresaron de todos modos a la plaza y se disgustaron al ver las banderas rojas de los trabajadores. El jefe de policía persuadió a estos últimos de que las bajarán, pero pese a ello la situación no se calmó. Un desconocido hizo un disparo, tras lo cual se desencadenó un tiroteo generalizado. Al menos seis personas murieron y otras veintiocho resultaron heridas. El gobernador, el jefe de policía y *La Época* señalaron a la Liga como culpable de la violencia. Las autoridades solicitaron en vano tropas para proteger la comisaría y la sede sindical contra los ataques de esa agrupación. La Liga exacerbaba las tendencias violentas de la sociedad; tanto la política como los conflictos sindicales generaban a menudo choques armados. Llegaron incluso a circular rumores de una rebelión militar.⁴⁵

Se sumaban a estas tensiones las constantes revueltas laborales, que habían comenzado a representar un pesado costo económico y psicológico. Numerosas huelgas marcaron la primera mitad de 1921. En la ciudad de Buenos Aires se declararon setenta, menos que en los años inmediatamente anteriores, pero más grandes, con un promedio de 1.810 trabajadores por paro. En la oleada huelguística de 1916-1920 el promedio no había superado en ningún momento el millar de participantes.⁴⁶ Durante ese mismo primer semestre de 1921, fuera de la capital los trabajadores se habían declarado en huelga al menos ciento tres veces, cifra que es probablemente una estimación muy baja.⁴⁷

En la primera mitad de 1921 las huelgas generales afectaron cinco ciudades además de la capital. Aunque algunas fueron un rotundo fracaso, las dos realizadas en Campana paralizaron por completo esta ciudad industrial del nordeste de la provincia de Buenos Aires, un semillero de militancia

gremial que vivió grandes huelgas en las refinerías de petróleo y las papeceras, a las que se sumó otra medida de fuerza en el frigorífico Las Palmas. Cuando se convocó una huelga general en apoyo a esos huelguistas, el tránsito cesó. Los únicos autos que circulaban eran los de los médicos, que tenían que llevar banderas blancas para identificarse. Durante la segunda huelga general no se presentaron en sus puestos todos los trabajadores necesarios para operar los generadores, y la ciudad quedó sumida en la oscuridad.⁴⁸

En la segunda y tercera ciudades del país hubo huelgas generales parcialmente relacionadas con la política. Rosario había sido desde 1912 un centro de agitación laboral, conectada al menos en parte con facciones de la UCR que intentaban hacerse de apoyo popular. En 1921 la política hizo su aporte a la mezcla. Aunque los radicales habían gobernado la provincia de Santa Fe desde la apertura del sistema político, el partido dominante en el Concejo Deliberante rosarino era la Democracia Progresista. La designación del intendente, sin embargo, estaba a cargo del gobernador. A comienzos de ese año el intendente pidió una licencia, ostensiblemente por razones de salud, pero al parecer porque había tenido algunos altercados con aliados del gobernador. Su reemplazante interino, un demócrata progresista llamado Fernando Schlesinger, creía con firmeza en la necesidad de recortar costos. Su presupuesto contemplaba la reducción de algunos salarios y el despido de unos cuantos trabajadores temporarios. La ciudad ya tenía un atraso de varios meses en el pago de los salarios.

El 18 de enero los trabajadores municipales se lanzaron a la huelga, pero esta solo tuvo éxito entre los barrenderos y los recolectores de residuos. Sin embargo, como en Rosario todavía había muchos caballos, la falta de limpieza de las calles en pleno verano representaba un grave riesgo para la salud. La administración municipal organizó grupos de rompe-huelgas, pero los huelguistas respondieron con la violencia para limitar su eficacia. Schlesinger no recibió ayuda del gobernador para restablecer el orden y tampoco se designó a un nuevo intendente. La AT denunció que la huelga no se resolvía por motivos políticos. El apoyo a los trabajadores municipales fue creciendo poco a poco. Carreros, conductores de mateos y taxistas, canillitas y tranviarios abandonaron el trabajo y lo mismo hicieron panaderos y trabajadores de los mataderos, provocando la escasez de carne y pan. Los tranvías circulaban solo con guardias armados y horarios limi-

tados. Finalmente, el 4 de febrero la organización anarquista local convocó una huelga general en respaldo de los trabajadores municipales. Ese día, mientras policías con carabinas patrullaban las calles, muchos negocios cerraron después del mediodía. La huelga siguió extendiéndose hasta llegar a los gigantescos talleres ferroviarios cercanos a Rosario y el puerto. Los alimentos empezaron a escasear, en parte porque los chacareros y lecheros de las cercanías no querían entrar a la ciudad. La resolución de la huelga llegó el 12 de febrero, pero solo después de que se designara a un nuevo intendente, más complaciente, que se apresuró a reunirse con el sindicato municipal, hizo concesiones e incluso ofreció pagar el cincuenta por ciento de los salarios perdidos durante la huelga.⁴⁹

En Córdoba la agitación laboral alcanzó la intensidad de 1919, sobre todo en el Ferrocarril Central Córdoba. El gobierno conservador provincial respondió con incursiones policiales en las reuniones, clausuras de sedes gremiales y detenciones de dirigentes sindicales. El 23 de febrero el líder de la federación sindical provincial envió un telegrama al ministro del Interior en Buenos Aires pidiéndole la intervención de la provincia. La idea no era descabellada, porque los radicales cordobeses querían lo mismo. En marzo, enfrentada a una continua presión policial y la ampliación de las huelgas, la federación sindical cordobesa declaró una huelga general con el objetivo manifiesto de obtener la libertad de los presos y la apertura de las sedes de los sindicatos. En realidad, su esperanza era obtener ayuda del gobierno nacional. Varios sindicatos claves, sin embargo, se negaron a adherir al paro o, como los obreros gráficos, limitaron el tiempo de su participación. La falta de apoyo, sumada a la constante presión policial, condenó la medida, a pesar de que ya se había extendido más allá de la ciudad de Córdoba. Al cabo de cuarenta y ocho horas la huelga fue levantada. La Unión Cívica Radical mostró su simpatía por el movimiento, pero no tomó la drástica medida de intervenir la provincia. Un editorial del vocero periodístico partidario, *La Época*, sostenía: "La actitud de los obreros cordobeses, si no tiene un justificativo, tiene una explicación".⁵⁰

En otros lugares, una serie de huelgas muy visibles socavaron aún más la imagen del gobierno radical. En Buenos Aires, la temporada teatral se interrumpió cuando la Federación de Gentes de Teatro paró con el fin de impedir que los empresarios montaran obras de autores locales no pertenecientes a la Sociedad Argentina de Autores. Los actores en huelga hicieron

extraordinarios esfuerzos para seguir con el paro, y hasta llegaron a pagar los salarios de los trabajadores que tenían una remuneración reducida. Las coristas se valían de los pinches de sus sombreros para defenderse de la policía montada. Los actores se vieron en dificultades para mantener la huelga debido a la naturaleza competitiva de su actividad y porque, además, permitieron que las obras de autores extranjeros continuasen en cartel. Al cabo de varias semanas la medida de fuerza se desdibujó hasta extinguirse, pese a los esfuerzos del jefe de policía por mediar.⁵¹

Más perturbadora para el régimen fue una huelga de maestros primarios en la rica provincia de Santa Fe. Los maestros, en su mayoría mujeres, no estaban bien pagos; además, desde 1918 la provincia les debía catorce meses de sueldo. *La Prensa*, que rara vez veía una huelga que le gustara, expresó simpatía por ellos, que reclamaban no solo sus salarios atrasados sino un sistema de cargos permanentes y condiciones de trabajo bien determinadas. Esta última demanda fue el mayor obstáculo, y luego de más de un mes la huelga se derrumbó; los maestros que no volvieron a trabajar perdieron sus puestos.⁵² Esta huelga mostró un marcado nivel de incompetencia en los radicales gobernantes, que pasaron por alto la necesidad de pagar las remuneraciones y se enajenaron un sector que debería haber sido uno de sus principales grupos de partidarios. Como hemos visto en el capítulo 3, muchos maestros recibían sus designaciones como una recompensa política, pese a lo cual el partido, en este caso, les dio la espalda.

La agitación rural era un reto aún más grande para el gobierno, porque muchas de las propiedades amenazadas pertenecían a las elites locales o estaban bajo el control de intereses británicos. El ejemplo más conocido de levantamiento de trabajadores rurales lo representan las huelgas y boicots que hicieron estragos en la Patagonia entre 1920 y 1922, y que inmortalizó la película *La Patagonia rebelde* (1974). Muchas de las estancias ovejeras de la región eran de propiedad británica, en tanto que intereses norteamericanos controlaban los frigoríficos. Representantes diplomáticos británicos y estadounidenses presionaron para que se tomaran fuertes medidas, sumando su peso a las protestas locales. Aunque la represión comenzó con anterioridad, la matanza de trabajadores se inició en noviembre de 1921 y terminó con un saldo de al menos mil quinientas muertes.⁵³

En el norte de la provincia de Santa Fe, una empresa de propiedad británica, La Forestal, controlaba vastas extensiones de bosques de que-

bracho, del que se extraía el tanino. Desde 1919 la agitación obrera en ellos había sido casi constante y de extrema violencia. En enero de 1921 la empresa tenía más tanino del que podía vender. En consecuencia, comenzó a suspender las operaciones y a expulsar a los obreros de sus propiedades. Se desataron entonces batallas campales entre los trabajadores y la policía de la compañía, apoyada por la policía provincial. Trabajadores de toda la provincia pararon en solidaridad con los obreros de La Forestal. La empresa logró desplazar a estos y durante un tiempo interrumpió todas sus actividades, para reiniciarlas lentamente más adelante, con un estricto control sobre las personas que incorporaba al trabajo. El costo de su victoria fue elevado en vidas humanas, aunque nunca se supo a ciencia cierta cuál fue la verdadera cantidad de muertos.⁵⁴ Levantamientos similares se produjeron en el ingenio Las Palmas, de propiedad británica, cuyas tierras se encontraban al oeste de La Forestal.⁵⁵

La Patagonia y la región de los quebrachales eran zonas periféricas, alejadas de Buenos Aires y de importancia secundaria desde un punto de vista económico. Las huelgas en las zonas cerealeras de la llanura pampeana representaban una amenaza más directa para las estrategias de las elites y el gobierno. Los cereales constituían la principal exportación argentina y las elites eran propietarias de gran parte de las tierras donde se cultivaban. Las temporadas de cosecha de 1919-1920 y 1920-1921 fueron testigos de una gran agitación laboral. La Liga Patriótica se esforzó intensamente por romper las huelgas, pero al parecer el accionar de la policía surtía más efecto. Numerosos choques armados se suscitaron entre las fuerzas policiales y los huelguistas, con víctimas fatales en ambos bandos.

Los huelguistas solían ser los hombres que cargaban las bolsas de grano en las estaciones ferroviarias y los carreros que transportaban el grano desde los establecimientos agrícolas. Muchos carreros eran dueños de los vehículos que conducían y, por lo tanto, capitalistas en pequeña escala. Con frecuencia, los cosecheros también participaban en las huelgas. Las huelgas de la llanura pampeana se convirtieron en el tipo de batalla sin cuartel que solo puede existir en comunidades pequeñas, y en la que hay quemaduras de pasturas, boicots de negocios y paros patronales. Una oleada de miedo recorría entonces el campo. Los propietarios y arrendatarios agrícolas eran muy inferiores en número y a menudo rogaban a la policía que los protegiera. *The Review of the River Plate* informaba de rumores de

levantamientos de trabajadores rurales y agregaba: "Sucesos como estos no sorprenderían a nadie, si se considera la falta absoluta de control que hay hoy en todo el país".⁵⁶

Lo que finalmente llevó al gobierno a dejar de lado su apoyo a las huelgas fue el conflicto constante en los muelles de Buenos Aires. ¿Hasta cuándo podría el gobierno de Yrigoyen permitirse dar muestras de haber perdido el control del puerto? En abril de 1921 la FOM ostentaba el poder suficiente para obligar al capitán de un vapor fluvial a hacer bajar a un pasajero que, según creían los tripulantes afiliados al sindicato, había sido enviado por la Liga Patriótica.⁵⁷ Un parlamentario opositor, Julio Costa, podía referirse al puerto de Buenos Aires, "donde hay un 'sóviet', del cual es vicepresidente el presidente de la República y presidente un señor García" (secretario general de la FOM). Los paros eran constantes y amenazaban el comercio y las relaciones con otros países.⁵⁸

La patronal marítima quería reducir el control ejercido por los trabajadores, pero para eso necesitaba un cambio en la actitud del gobierno. Ese cambio se produjo gracias a una disputa jurisdiccional entre sindicatos. Cuatro gremios de estibadores se fusionaron para constituir la Sociedad de Resistencia Obreros del Puerto de la Capital e intentaron imponer una unidad similar a los dos gremios de conductores de carros que prestaban servicios en el puerto. A mediados de abril de 1921 el sindicato de estibadores comenzó un boicot a todos los carreros que no pertenecieran a la Sociedad de Resistencia de Conductores de Carros.⁵⁹

Los usuarios del puerto reaccionaron ruidosamente, pero también advirtieron que ese era el momento que habían esperado. La AT y las organizaciones patronales que desarrollaban actividades en el puerto elevaron una protesta al gobierno y fijaron como fecha límite el 9 de mayo, día a partir del cual tomarían trabajadores "libres" (no sindicalizados) para la carga y descarga de los barcos. Ese día el gobierno cerró el puerto mientras se reunían los trabajadores sindicalizados, y afirmó que el cierre se debía a una huelga. Hubo en efecto una votación para declarar la huelga, pero la clausura del tráfico portuario de carga fue obra del gobierno, a la espera de una solución que favoreciera a los trabajadores. La FOM no paró y sus afiliados operaron los remolcadores para que el tráfico de pasajeros no se interrumpiera. La asociación patronal contrató a trabajadores del interior y

los alojó en el predio de la Sociedad Rural, una entidad oligárquica, donde se celebraba la exposición rural anual.⁶⁰

El gobierno pretendía hacerse cargo de la contratación de los trabajadores portuarios —la llamada oficialización—, como ya lo había hecho en el caso del personal embarcado. Favorecería entonces a los sindicatos. Como es obvio, su deseo era resolver el conflicto, sobre todo después de que estibadores de otros puertos comenzaran a abandonar sus puestos de trabajo en solidaridad con sus compañeros de Buenos Aires. Sin embargo, enfrentaba dos grandes obstáculos: el insoluble conflicto entre los dos gremios de conductores de carros y un ultimátum de los representantes de las compañías navieras, presentado el 18 de mayo. Si el plan de oficialización entraba en vigencia, los agentes navieros pedirían a sus compañías un boicot contra la Argentina. El gobierno también enfrentaba la presión de las grandes potencias, Gran Bretaña, los Estados Unidos y Francia.

Era evidente que el gobierno quería resolver la crisis portuaria en términos favorables a los trabajadores. *La República*, un diario yrigoyenista, hacía continuo hincapié en el deseo de justicia social. La disputa jurisdiccional tornaba difícil cumplirlo. Enfrentado a esta situación y a las tensiones generales, el gobierno se inclinó por la posición de la patronal.

El 21 de mayo anunció, de manera característica, que en dos días el puerto se reabría, pero no aclaró quiénes serían los favorecidos, empleadores o sindicatos. La AT no sabía cómo interpretar las medidas oficiales, pero el ministro de Hacienda aseguró a una delegación que el gobierno permitiría trabajar a todos los trabajadores que estuvieran en condiciones físicas de hacerlo. El puerto se abrió el 23 de mayo, pero a pesar de las dos semanas de cierre el movimiento de tráfico fue mínimo. Cuando las actividades se reanudaron al día siguiente, el gobierno no permitió que los sindicatos controlaran la situación. Estalló la violencia cuando mano de obra no sindicalizada de la AT intentó trabajar en los muelles. Ambos bandos intercambiaron disparos, con el resultado de un muerto de cada lado y numerosos heridos.⁶¹

El puerto volvió a estar cerrado el 25 y 26 de mayo por ser días feriados, pero el 27 el humor cambió de manera drástica. El militante sindicato de choferes había convocado un paro de veinticuatro horas para el 25 de mayo, que afectaba tanto a los taxis como a los autos particulares. La declaración de huelga afirmaba que mientras la burguesía gritaba "libertad;

libertad, libertad" —las palabras del Himno—, para los trabajadores la libertad era una farsa. La AT había creado una liga de propietarios de automóviles y los rompehuelgas no tardaron en estar en las calles, organizados por algunos de los miembros de la flor y nata de la sociedad. La mañana del 25, revólver en mano, un grupo de hombres de la Liga Patriótica irrumpió en la sede de los choferes y obligó a los trabajadores presentes a hincarse y hacer el saludo a la bandera. Esa noche, miembros de la Liga volvieron a atacar la sede, matando a dos trabajadores e hiriendo a varios otros. También intentaron incendiar el edificio. La policía respondió con la detención de atacantes y atacados, pero pronto comenzó a perseguir a huelguistas y simpatizantes. Como era de esperar, los choferes extendieron la huelga. Al cierre de la edición del 28 de mayo de *La Prensa*, la policía había detenido a doscientas cincuenta personas. Más de cien eran choferes; el resto eran dirigentes sindicales e izquierdistas. También se habían clausurado las sedes de otros sindicatos.⁶²

La represión policial siguió ampliándose, y las dos principales confederaciones sindicales se unieron a los choferes para exigir la libertad de los presos y la reapertura de las oficinas gremiales.⁶³ Fuera del movimiento sindical, muchos creían que los choferes habían insultado a la nación. El patriotismo agraviado, en combinación con el enfrentamiento en el puerto y la turbulencia general, forzaron al gobierno a reconsiderar su relación con el movimiento sindical. Si bien siguió recibiendo delegaciones de los gremios, dejó de hacer concesiones.

Al mismo tiempo, la situación en el puerto empeoraba desde la perspectiva de los sindicatos. Fuerzas de seguridad fuertemente armadas custodiaban las instalaciones portuarias. Los pasajeros con destino a Montevideo tenían que pasar en medio de una doble fila de jinetes armados con lanzas. Aun así, los estibadores sindicalizados siguieron trabajando, salvo cuando se topaban con trabajadores no sindicalizados; en ese caso se retiraban, dejando los muelles a sus rivales. La FOM, si bien persistió en su boicot de la mano de obra no afiliada al sindicato, no hizo intentos de cerrar el puerto. Los estibadores recién se lanzaron a la huelga el 29 de mayo. El 30 la FOM votó parar al día siguiente. De igual importancia fue la decisión de la confederación de sindicatos anarquistas de impulsar una huelga general. La policía, empero, allanó la imprenta del Partido Comunista donde se imprimía el llamado a la huelga y confiscó el manifiesto.

La FORA IX había mantenido reuniones con el jefe de policía, Elpidio González, para demandar la liberación de los presos y la vuelta a la normalidad en la actividad sindical, y recordarle que Yrigoyen les había dicho que antes de convocar una huelga general, debían ir a verlo a él en busca de una solución a sus problemas. Con permiso policial, la noche del 30 la FORA IX se reunió con representantes de los sindicatos anarquistas e independientes, pero de todas formas la policía allanó el lugar de la reunión y detuvo a ciento ochenta concurrentes. Solo dos integrantes de la jerarquía escaparon y lograron anunciar la huelga general. Según Elpidio González, esa medida de fuerza se había tornado inevitable y la policía había actuado por orden de un juez. El cierre de las imprentas del Partido Comunista y del principal órgano anarquista, *La Protesta*, constituyó un gran obstáculo para la difusión del llamamiento a la huelga.⁶⁴

Pese a la existencia de un comité conjunto de huelga compuesto por las dos grandes confederaciones —y que solo duró cuatro días—, el paro tuvo un cumplimiento desigual. Sindicalistas revolucionarios y anarquistas dilapidaron energías en una rivalidad innecesaria, y los primeros parecieron renuentes hasta último momento a romper relaciones con los radicales mediante la convocatoria a una huelga general. Aunque muchos trabajadores del Gran Buenos Aires abandonaron sus puestos de trabajo, hubo sectores cruciales que no colaboraron. Los trabajadores tranviarios de la principal compañía de Buenos Aires permanecieron en sus puestos, con la excepción de un paro de medio día del personal de los talleres. Los sindicatos ferroviarios acudieron al gobierno en busca de la promesa de que las oficinas gremiales se reabrirían y los presos serían liberados; se les dieron seguridades de que así se haría y se marcharon satisfechos. Aun los oficiales de a bordo, aliados de la FOM, se negaron a participar. En el interior del país las organizaciones sindicales convocaron a parar, pero lo hicieron de manera vacilante, en algunos casos cuando la huelga ya estaba esencialmente perdida. La colaboración entre las dos confederaciones se deshizo. Los sindicatos comenzaron a mandar a sus afiliados de vuelta al trabajo, incluida la FOM y, finalmente, los estibadores. Habían perdido, y habían perdido estrepitosamente. El 7 de junio, de los 1.863 trabajadores no calificados que se afanaban en los muelles, 1.631 no estaban sindicalizados. La municipalidad comenzó a revisar las licencias de los taxistas.⁶⁵

Más que a causa de la represión, la huelga parecía haber fracasado debido a la mala elección del momento y la renuencia de sindicatos claves a romper con Yrigoyen. Luego de cuatro años de agitación casi constante los trabajadores estaban cansados, y la depresión económica de 1920-1921 hacía que muchos, sin lugar a dudas, estuvieran temerosos. La oleada huelguística, que barrió gran parte del mundo desde 1917, se agotó en muchos países más o menos en el mismo momento que en la Argentina. El gobierno, que enfrentaba las elecciones presidenciales de 1922 y tiempos duros en materia económica, quería asegurarse de que la agitación laboral no perturbara las exportaciones.⁶⁶

Después de 1921

Las relaciones laborales cambiaron rápidamente luego del fracaso de la huelga general. En Buenos Aires, durante la segunda mitad de 1921, apenas 13.064 trabajadores participaron en dieciséis huelgas. En febrero de 1922 *The Review of the River Plate* expresó su satisfacción ante la tranquilidad de la escena sindical. Un poco después, el cónsul norteamericano informó con júbilo que no había disturbios en el puerto.⁶⁷ Para el gobierno, los nuevos modelos eran las relaciones con los sindicatos ferroviarios y la UOM. Si bien en lo que quedaba del mandato de Yrigoyen este tipo de relaciones no se llevó muy lejos, lo que se buscaba era un vínculo en que ambas partes pudieran ganar y la paz laboral no se viera perturbada.

En el período previo a las elecciones presidenciales de abril de 1922, la administración de Yrigoyen hizo una serie de gestos a los ferroviarios con la esperanza de conquistar su apoyo. Se prometieron ocho días de licencia anual a los trabajadores de los talleres. Se suponía que todos los ferroviarios disfrutaban ya de ese beneficio desde 1917, pero no era así en el caso de ese sector. Además, el personal de los Ferrocarriles del Estado instalado en la capital recibió un 20% de aumento salarial si cobraba menos de 200 por mes y un 10% si ganaba entre 201 y 300 pesos.⁶⁸

A pesar de la masacre en la Patagonia, la Semana Trágica de enero de 1919 y el fracaso de la huelga general en 1921, Yrigoyen había ganado una popularidad extraordinaria en ciertos sectores de las masas. En dos estudios

sobre el sufragio en la capital se verifica que el voto de la clase obrera por la Unión Cívica Radical se incrementó durante el mandato presidencial; el único retroceso se produjo en las elecciones celebradas inmediatamente después de la Semana Trágica.⁶⁹ Según *La Época*, en una manifestación al final de su primer mandato, millares de "hombres de condición humilde" vocearon: "¡Somos los obreros!", "¡Queremos abrazar al Padre del Pueblo!" y "¡Viva el apóstol de la libertad!"⁷⁰

Conclusión

A despecho de la violencia y el fracaso final de la oleada huelguística, de 1917 a 1921 Yrigoyen forjó una fuerte relación con un grupo de dirigentes sindicales. Aún más importante: su apoyo a las huelgas y los sindicatos contribuyó a sellar un vínculo especial entre muchos integrantes de los sectores populares y él mismo. De manera pública y abierta, y como nunca había sucedido antes, el presidente los había apoyado contra las elites. Este reconocimiento público de la importancia de esos sectores no era algo que muchos pudieran olvidar con facilidad, pese a las muchas inconsistencias de las políticas de Yrigoyen.

Notas

¹ En el capítulo 2 se encontrarán ejemplos.

² Enrique Garguin, "Mediaciones corporativas entre Estado y sindicatos: Argentina (1916-1930)", trabajo presentado en el congreso de la Latin American Studies Association, 1998, pp. 20-21.

³ Dora Barrancos, "Vita materiale e battaglia ideologica nel quartiere della Boca (1880-1930)", en Gianfausto Rosoli (ed.), *Identità degli italiani in Argentina*, Roma, Edizioni Studium, 1993, p. 197, y Geoffroy de Laforcade, "Port cities, trade unions, and the merchant marine", trabajo presentado en el congreso de la Latin American Studies Association, 1994, pp. 6-7.

⁴ D. Barrancos, "Vita materiale...", op. cit.; G. de Laforcade, "Port cities...", op. cit.; Jeremy Adelman, "State and labour in Argentina: the port workers of Buenos Aires, 1910-21", en *Journal of Latin American Studies*, 25(1), febrero de 1993, pp. 86-87, y R. J. Walter, *Politics and Urban Growth...*, op. cit., en especial pp. 63 y 65.

⁵ Charles Bergquist, *Labor in Latin America: Comparative Essays on Chile, Argentina, Venezuela, and Colombia*, Stanford, Stanford University Press, 1986 [trad. esp.: *Los*

trabajadores en la historia latinoamericana: estudios comparativos de Chile, Argentina, Venezuela y Colombia, México, Siglo XXI, 1988], y J. Adelman, "State and labour...", op. cit., p. 80. Sobre García, véase O. Troncoso, *Fundadores del gremialismo obrero*, op. cit., vol. 1, pp. 77-96.

⁶ Gobiernos anteriores habían mostrado disposición a negociar con los trabajadores. Véase J. Adelman, "State and labour...", op. cit., pp. 82-83.

⁷ *Ibid.*, pp. 84-88; Geoffroy de Laforcade, "Ideas, action, and experience in the labor process: Argentine seamen and revolutionary sindacalismo", trabajo presentado en la Tenth Annual Latin American Labor History Conference, 1993, pp. 14-17; Alfredo Palacios, *El nuevo derecho*, Buenos Aires, Claridad, 1934, pp. 194-198; Alfredo Fernández, *El movimiento obrero en la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1937, fascículo 4-5, pp. 205-211; José Tomás Sojo y Manuel V. Ordóñez, "Historia y organización de la Federación Obrera Marítima", *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, enero-marzo de 1924, pp. 169-174; DNT, *Boletín*, enero de 1918, pp. 5, 45-46 y 179-185, marzo de 1918, pp. v-59, febrero de 1919, pp. 31-50, y abril de 1919, pp. 30-35, y *La Unión del Marino*, noviembre de 1916.

⁸ G. de Laforcade, "Ideas, action, and experience...", op. cit., pp. 13-17; A. Fernández, *El movimiento obrero...*, op. cit., fascículo 6, p. 253; DNT, *Boletín*, marzo de 1918, pp. 61-72, y febrero de 1919, pp. 50-64; S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 2, pp. 205-206; J. T. Sojo y M. V. Ordóñez, "Historia y organización...", op. cit., pp. 173-175, y *La Época*, 20 de marzo a 19 de abril de 1917.

⁹ DNT, *Boletín*, febrero de 1919, p. 64. Véase también el *Boletín* de abril de 1919, p. 31.

¹⁰ Se encontrarán descripciones breves en DNT, *Boletín*, febrero de 1919; Ángel Borda, *Perfil de un libertario*, Buenos Aires, Editorial Reconstruir, 1987, pp. 19-23, y S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 2, pp. 251-252.

¹¹ Ministerio de Obras Públicas, Dirección General de Ferrocarriles, *Estadística de los ferrocarriles en explotación*, vol. 25, año 1916, op. cit., p. 330, e *ibíd.*, vol. 39, año 1930, p. 318.

¹² Graeme Salaman, *Community and Occupation: An Exploration of Work/Leisure Relationships*, Londres, Cambridge University Press, 1974, p. 19.

¹³ J. Horowitz, "Occupational community...", op. cit., pp. 55-81.

¹⁴ Juan Suriano, "Estado y conflicto social: el caso de la huelga de maquinistas ferroviarios de 1912", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"*, tercera serie, 4, segundo semestre de 1991, pp. 91-115; Marcelino Buyán, *Una avanzada obrera*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1933, pp. 9-10 y 28-29; Juan B. Chiti y Francisco Agnelli, *Cincuentenario de "La Fraternidad": fundación, desarrollo, obra, 1887-20 de junio-1937*, Buenos Aires, Revashino Hnos., 1937, pp. 22-25 y 457; Heidi Goldberg, "Railroad unionization in Argentina, 1912-1929: the limitations of working class alliance", tesis de doctorado, Yale University, 1979, pp. 41-52; Ruth Thompson, "The engineer drivers' and firemen's strike of 1912", trabajo inédito; A. Fernández, *El movimiento obrero...*, op. cit., fascículo 4-5, pp. 184-187, y William Rögind, *Historia del Ferrocarril Sud*, Buenos Aires, Establecimiento Gráfico Argentino, 1937, pp. 481-483.

¹⁵ También se la llamaba Federación Obrera Ferrocarrilera.

¹⁶ *El Obrero Ferroviario*, junio y agosto de 1916; H. Goldberg, "Railroad unionization...", op. cit., p. 149; P. B. Goodwin, *Los ferrocarriles británicos...*, op. cit., pp. 70-71,

y Jorge Larroca y Armando Vidal, *Rieles de lucha: centenario de La Fraternidad*, Buenos Aires, La Fraternidad, 1987, pp. 54-55.

¹⁷ *El Obrero Ferroviario*, febrero y junio de 1917.

¹⁸ *El Obrero Ferroviario*, septiembre de 1916 y julio y agosto de 1917; D. Rock, *Politics in Argentina...*, op. cit., pp. 139-143; P. B. Goodwin, *Los ferrocarriles británicos...*, op. cit., pp. 69-101; H. Goldberg, "Railroad unionization...", op. cit., pp. 151-162; Manuel F. Fernández, *La Unión Ferroviaria a través del tiempo: veinticinco años al servicio de un ideal*, Buenos Aires, Unión Ferroviaria, 1948, pp. 83-87; A. Fernández, *El movimiento obrero...*, op. cit., fascículo 4-5, pp. 217-220; Matthew B. Karush, "Workers or citizens: the construction of political identities in democratic Argentina. Rosario, 1912-1930", tesis de doctorado, University of Chicago, 1997, pp. 187-191; W. Rögind, *Historia del Ferrocarril Sud*, op. cit., pp. 563-564; Ruth Thompson, "The making of the Confraternidad Ferroviaria", trabajo inédito; S. Palermo, "Railways and the making...", op. cit., capítulo 6, y J. Larroca y A. Vidal, *Rieles de lucha...*, op. cit., p. 57.

¹⁹ P. B. Goodwin, *Los ferrocarriles británicos...*, op. cit., p. 93, y M. B. Karush, "Workers or citizens...", op. cit., p. 190 n. 9.

²⁰ Con referencia a Mansilla, véase Ruth Thompson, "Trade union organizations: some forgotten aspects", en J. Adelman (ed.), *Essays in Argentine Labour History...*, op. cit., p. 164. *El Obrero Ferroviario*, agosto de 1917; *La Época*, 13 de septiembre a 29 de octubre de 1917; *La Prensa*, 13 de septiembre a 29 de octubre de 1917; S. Palermo, "Railways and the making...", op. cit., capítulo 6; D. Rock, *Politics in Argentina...*, op. cit., pp. 143-150; R. Hora, *The Landowners...*, op. cit., p. 150; Mónica Gordillo, *El movimiento obrero ferroviario desde el interior del país (1916-1922)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1988, pp. 73-83; J. Larroca y A. Vidal, *Rieles de lucha...*, op. cit., pp. 61-75; P. B. Goodwin, *Los ferrocarriles británicos...*, op. cit., pp. 103-148; H. Goldberg, "Railroad unionization...", op. cit., pp. 172-185; R. Thompson, "The making of the Confraternidad...", op. cit.; S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 2, pp. 208-210; M. F. Fernández, *La Unión Ferroviaria...*, op. cit., pp. 85-89, y A. Fernández, *El movimiento obrero...*, op. cit., fascículo 4-5, pp. 228-253.

²¹ DNT, *Crónica Mensual*, enero de 1922, pp. 790-791; *El Obrero Ferroviario*, julio 1918 a diciembre de 1920, en especial diciembre de 1918; M. F. Fernández, *La Unión Ferroviaria...*, op. cit., pp. 90-106; P. B. Goodwin, *Los ferrocarriles británicos...*, op. cit., pp. 134-180, y *La Prensa* y *La Época*, 1918 a 1920.

²² Municipalidad de la Capital, *Anuario estadístico 1914*, p. 316.

²³ Fundación Simón Rodríguez, colección Francisco Pérez Leirós, caja 2, período previo al peronismo, Unión Obreros Municipales, "Huelgas año 1916"; *El Obrero Municipal*, enero, marzo y agosto de 1917, marzo de 1920, enero de 1923, agosto de 1927, 16 de octubre de 1928 y 16 de agosto de 1930; *La Confederación*, julio de 1926; *La Época*, 2 de marzo a 12 de abril de 1917; Martín S. Casaretto, *Historia del movimiento obrero argentino*, Buenos Aires, José Vescovo, 1946, vol. 1, pp. 179-181; D. Rock, *Politics in Argentina...*, op. cit., pp. 131-144; R. J. Walter, *Politics and Urban Growth...*, op. cit., p. 46, y Domingo Varone, *La memoria obrera: testimonios de un militante*, Buenos Aires, Cartago, 1989, pp. 30-31.

²⁴ *La Época*, 28 de noviembre de 1917 a 27 de febrero de 1918; Peter H. Smith, *Politics and Beef in Argentina: Patterns of Conflict and Change*, Nueva York, Columbia University Press, 1969, pp. 71-73 [trad. esp.: *Carne y política en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1968]; D. Rock, *Politics in Argentina...*, op. cit., pp. 288-298; C. Bergquist, *Labor in Latin America...*, op. cit., pp. 121-133, y Mirta Zaida Lobato, *La vida en las fábricas: trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Buenos Aires, Prometeo Libros/Entrepasados, 2001, pp. 105-195. Esta última obra es la que presenta el tratamiento más consumado y detallado.

²⁵ María Ester Rapalo y María Victoria Grillo, "La organización de los obreros molineros y la confrontación con la empresa Molinos Río de la Plata (1917-1918)", en *Estudios Sociales*, 10(18), primer semestre de 2000, pp. 137-160, en especial pp. 152-157, y *La Época*, 2 a 23 de julio de 1918.

²⁶ Edgardo J. Bilsky, *La Semana Trágica*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984; Julio Godio, *La Semana Trágica de enero de 1919*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985; S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 2, pp. 241-248; D. Rock, *Politics in Argentina...*, op. cit., pp. 157-179; S. M. Deutsch, *Counterrevolution in Argentina...*, op. cit., pp. 73-79, y Beatriz Seibel, *Crónicas de la Semana Trágica: enero de 1919*, Buenos Aires, Corregidor, 1999.

²⁷ Municipalidad de la Capital, *Anuario estadístico 1915-1923*, p. 269.

²⁸ L. M. Caterina, *La Liga Patriótica Argentina...*, op. cit., y S. M. Deutsch, *Counterrevolution in Argentina...*, op. cit.

²⁹ J. Schvarzer, *Empresarios del pasado...*, op. cit., pp. 54-57; A. Jáuregui, "El despegue de los industriales...", op. cit., pp. 171-174; María Silvia Ospital, *Inmigración y nacionalismo: la Liga Patriótica y la Asociación del Trabajo (1910-1930)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994; S. M. Deutsch, *Counterrevolution in Argentina...*, op. cit., pp. 64-65, y D. Rock, *Politics in Argentina...*, op. cit., pp. 154-155. Con referencia a los dirigentes de la AT y su franco proceder rompuhuelgas, véase su órgano, el *Boletín de Servicios*.

³⁰ Municipalidad de la capital, *Anuario estadístico 1915-1923*, p. 269; A. Palacios, *El nuevo derecho*, op. cit., pp. 189-190, y *Revista de Ciencia Económica*, agosto de 1927, p. 973.

³¹ A. E. Rodríguez, *Historia de la Policía Federal...*, op. cit., vol. 7, p. 52.

³² *Boletín de la Unión del Marino*, 19 de febrero a 12 de abril de 1919; J. Adelman, "State and labour...", op. cit., pp. 90-93; *La Época*, en especial 5, 12, 17 y 18 de marzo y 1º y 2 de abril de 1919 y 18 de marzo de 1920; U. S. Diplomatic Dispatch, Buenos Aires, núm. 835.5045/90, 12 de marzo de 1919; J. T. Sojo y M. V. Ordóñez, "Historia y organización...", op. cit., pp. 177-179; S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 2, pp. 251-253; D. Rock, *Politics in Argentina...*, op. cit., pp. 184-190; U. S. Military Intelligence Reports, Buenos Aires, 1605, 22 de febrero de 1919, 1622, 5 de marzo de 1919, 1643, 16 de marzo de 1919, y 1685, 19 de abril de 1919, y Ministerio del Interior, *Las fuerzas armadas restituyen...*, op. cit., vol. 1, pp. 380-381.

³³ *Boletín de la Unión del Marino*, 18 y 20 de marzo de 1919.

³⁴ *La Época*, 22 de marzo y 1º de julio de 1918 y 12 a 28 de marzo y 16 y 17 de septiembre de 1919; *La Prensa*, 13 a 29 de marzo de 1919; FOET, *Luchas y conquistas: las*

organizaciones telefónicas en el país, Buenos Aires, Federación Obreros y Empleados Telefónicos, 1944, pp. 8-18.

³⁵ Cita de *La Época*, 10 de enero de 1921. *La Época*, 11 y 15 de diciembre de 1920 y 2 a 12 de enero de 1921; *La Prensa*, 1º a 14 de enero de 1921, y *The Review of the River Plate*, 10 diciembre de 1920 a 14 de enero de 1921. Se encontrará otro ejemplo de mediación de González en *La Época*, 13 de febrero de 1921.

³⁶ *Boletín de la Unión del Marino*, 6 de marzo de 1920 a 9 de marzo de 1921; *Boletín oficial del Sindicato Unión de Cocineros, Mozos y Anexos de a Bordo*, 1º de enero de 1922; *La Unión del Marino*, noviembre de 1919 a febrero de 1921; Fortunato Marinelli, *Por el derecho obrero: resumen histórico de la gran huelga marítima (febrero 12 de 1920-marzo 10 de 1921)*, Buenos Aires, s. n., 1921; *La Prensa*, 3 de febrero de 1920 a 18 de marzo de 1921, en especial 3, 7 y 10 a 14 de febrero de 1920 y 1º de enero y 2 y 8 de marzo de 1921; *La Época*, en especial 18 y 21 de septiembre, 11 y 13 de octubre y 4 de noviembre de 1920; *The Review of the River Plate*, febrero de 1920 a marzo de 1921, en especial 12 de noviembre de 1920 y 11 y 18 de marzo de 1921; Milda Rivarola, *Obreros, utopías y revoluciones: formación de las clases trabajadoras en el Paraguay liberal*, Asunción, Centro de Documentación y Estudios, 1993, pp. 205-219; Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, VI (1920), 10 de marzo de 1921, pp. 752-756; *The Standard*, 13 de marzo de 1920, adjunto al U. S. Diplomatic Dispatch, Buenos Aires, núm. 835.5045/179, 13 de marzo de 1920; U. S. Diplomatic Dispatch, Buenos Aires, núm. 835.5045/187, 3 de marzo de 1921, y U. S. Diplomatic Dispatch, Asunción, núm. 835.5045/190, 11 de abril de 1921.

³⁷ *The Review of the River Plate*, 8 de abril de 1921, pp. 863-865, y 15 de abril de 1921, p. 929, y DNT, *Crónica Mensual*, agosto de 1921, pp. 719-720.

³⁸ S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 2, pp. 214-222, en especial p. 217.

³⁹ *El Obrero Ferroviario*, en especial noviembre de 1916, marzo de 1917, 1º de julio, 1º de septiembre y 1º de octubre de 1919, 16 de mayo, 16 de julio y 1º de octubre de 1920 y 16 de enero a 16 de febrero, 1º de abril y 16 de diciembre de 1921; Cámara de Diputados, *Diarios de sesiones*, II, 4 de junio de 1923, pp. 589-590; DNT, *Crónica Mensual*, septiembre de 1920, pp. 529-536; *La Confraternidad*, 31 de enero a julio de 1921; *La Época*, en especial 6 de agosto y 4 de septiembre de 1920 y 5 y 11 de febrero, 2 de marzo y 1º, 17 y 19 de abril de 1921; *The Review of the River Plate*, 28 de enero a 11 de febrero de 1921; *Boletín de Servicios*, 20 de febrero de 1921, pp. 3-5 y 32-34; M. S. Casaretto, *Historia del movimiento obrero...*, op. cit., vol. 2, p. 5; M. F. Fernández, *La Unión Ferroviaria...*, op. cit., pp. 131-133; P. B. Goodwin, *Los ferrocarriles británicos...*, op. cit., pp. 181-218, y H. Goldberg, "Railroad unionization...", op. cit., pp. 194-214. Sobre el trabajo a reglamento, véanse por ejemplo *La Confraternidad*, 31 de enero de 1921, y *La Vanguardia*, 25 de abril de 1926.

⁴⁰ Se encontrarán ejemplos en *The Review of the River Plate*, 4 de noviembre de 1921 a 27 de enero de 1922.

⁴¹ *El Obrero Ferroviario*, 1º de junio de 1919, citado en Torcuato Di Tella, "Perón and the unions: in search of the roots", trabajo inédito, 2001, p. 5. Así como los ferroviarios siempre tenían cosas agradables que decir sobre el ministro de Obras Públicas de Yrigoyen,

Pablo Torello, en ocasiones eran menos amables con el presidente. Véase el manifiesto de La Fraternidad en *El Obrero Ferroviario*, 16 de marzo de 1923.

⁴² *El Obrero Municipal*, enero, septiembre y diciembre de 1919, marzo de 1920, enero, febrero, julio y agosto de 1921, febrero, julio, octubre y noviembre de 1922, enero de 1926 y 1º de enero y 1º de julio de 1930; *Bandera Proletaria*, 7 de noviembre de 1922, y Concejo Deliberante, *Actas*, 14 de octubre de 1924, pp. 1353-1354.

⁴³ La cita figura en R. J. Walter, *The Province of Buenos Aires...*, op. cit., p. 60, que cita a su vez el U. S. Diplomatic Dispatch, Buenos Aires, núm. 835.00/373, 31 de agosto de 1921; véanse también pp. 55-60. *La Época*, 18 de septiembre de 1919; *El Telégrafo*, 17 de mayo de 1921; *The Review of the River Plate*, 13 de mayo de 1921, p. 1187, y 20 de mayo de 1921, pp. 1253-1255; U. S. Military Intelligence Reports, Buenos Aires, 128, 23 de mayo de 1921; Donato Chaquesien, *Los partidos porteños en la vía pública*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Araujo, 1919, pp. 56-57; Martha Ruffini de Grané, "Un aspecto de la relación Yrigoyen-Crotto: agro y política en la provincia de Buenos Aires", en *Estudios de historia rural*, vol. 3, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1993, pp. 33-58, y Archivo General de la Nación, Ministerio del Interior, 1921, legajo 16, núm. 5246. Sobre la mayor importancia del puerto en comparación con otros problemas, véase *El Telégrafo*, 24 de mayo de 1921.

⁴⁴ *La Confraternidad*, 28 de febrero de 1921. Con referencia a la Liga, véanse S. M. Deutsch, *Counterrevolution in Argentina...*, op. cit., y L. M. Caterina, *La Liga Patriótica Argentina...*, op. cit.

⁴⁵ *La Confraternidad*, marzo y abril de 1921; *La Época*, 2 y 3 de mayo de 1921; *La Prensa*, 11 de febrero y 2, 3 y 13 de mayo de 1921; *The Review of the River Plate*, 6 de mayo de 1921, p. 1119; Archivo General de la Nación, Ministerio del Interior, 1921, legajo 16, núm. 5440; U. S. Military Intelligence Reports, Buenos Aires, 128, 23 de mayo de 1921, y S. M. Deutsch, *Counterrevolution in Argentina...*, op. cit., pp. 129-140.

⁴⁶ DNT, *Crónica Mensual*, mayo de 1922, pp. 861-864.

⁴⁷ Estas cifras son las que da *La Prensa*; es indudable que faltan algunas. Un estudio de *La Organización Obrera* en este período indica que *La Prensa* cubrió solo una parte de las huelgas. Durante los primeros tres meses de 1921, el Departamento de Trabajo de la provincia de Buenos Aires computó treinta y una huelgas. *La Época*, 8 de abril de 1921.

⁴⁸ *The Review of the River Plate*, 1º de abril de 1921, p. 809, 13 de mayo de 1921, pp. 1185-1187, y 20 de mayo de 1921, p. 1262. Los antecedentes generales se encontrarán en *La Prensa*, diciembre de 1920 a mayo de 1921, en especial 17 de enero, 13 de febrero y 1º y 8 de marzo de 1921. Sobre las huelgas generales en Tandil y Tucumán, véanse *La Prensa*, 17 de marzo y 8 a 10 de abril de 1921; *The Review of the River Plate*, 15 de abril de 1921, p. 937; U. S. Diplomatic Dispatch, Buenos Aires, núm. 835.5045/193, 28 de mayo de 1921, pp. 2-3, y Hugo Nario, *Los picapedreros*, Tandil, Ediciones del Manantial, 1997, pp. 100-103. La huelga de Tandil se resolvió con la intervención gubernamental.

⁴⁹ *La Prensa*, 3 de enero a 14 de febrero de 1921; *La Época*, 18 de enero a 14 de febrero de 1921; *The Review of the River Plate*, 21 de enero a 18 de febrero de 1921, y *Boletín de Servicios*, 20 de febrero de 1921. En M. B. Karush, *Workers or Citizens...*, op. cit., se encontrará un panorama general de la política rosarina.

⁵⁰ *La Época*, 3 de marzo de 1921. Las dimensiones y el alcance de la huelga varían según la fuente. Véanse también *La Época*, 21 de febrero a 7 de marzo de 1921, en especial 25 de febrero y 4 a 7 de marzo; *La Organización Obrera*, 26 de febrero y 5 de marzo de 1921; *La Prensa*, 1º a 6 de marzo de 1921; *The Review of the River Plate*, 25 de febrero a 11 de marzo de 1921 y 26 de mayo de 1922, p. 1281; *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, 12 de abril a 12 de mayo de 1921, pp. 106-107; Ministerio del Interior, *Memoria 1921-22*, pp. 90-117, y Ofelia Pianetto, "The labour movement and the historical conjuncture: Córdoba, 1917-1921", en J. Adelman (ed.), *Essays in Argentine Labour History...*, op. cit., pp. 153-154 [original: "Coyuntura histórica y movimiento obrero: Córdoba, 1917-21", en *Estudios Sociales*, 1(1), segundo semestre de 1991, pp. 87-105]. Con frecuencia, los diarios radicales eran mucho menos amables con las huelgas generales, en especial si las autoridades pertenecían a su partido. Véase *La República*, 9 a 11 de abril de 1921.

⁵¹ Teodoro Klein, *Una historia de luchas: la Asociación Argentina de Actores*, Buenos Aires, Ediciones Asociación Argentina de Actores, 1988, pp. 16-21; *La Época*, 12 a 24 de mayo de 1921, y *La Prensa*, 13 de mayo a 2 de junio de 1921.

⁵² *La Prensa*, 8 de enero y 2 de mayo a 20 de julio de 1921, y *La Época*, 5 de mayo a 30 de junio de 1921.

⁵³ Se encontrará un panorama general en Osvaldo Bayer, *Los vengadores de la Patagonia trágica*, 4 vols., Buenos Aires, Galerna, 1972-1974 (vols. 1 a 3) y Wuppertal: Peter Hammer Verlag, 1978. Una buena sinopsis breve en S. M. Deutsch, *Counterrevolution in Argentina...*, op. cit., pp. 144-151. Hay una visión interesante desde el lado de la patronal en *The Review of the River Plate*, 10 de diciembre de 1920 a diciembre de 1921. Con referencia al miedo que hizo presa de la clase patronal, véase Archivo General de la Nación, Ministerio del Interior, 1921, legajo 2, en especial núms. 705 y 706.

⁵⁴ Gastón Gori, *La Forestal: la tragedia del quebracho colorado*, Buenos Aires, Platina/Stilcograf, 1965, en especial pp. 123-148; *The Review of the River Plate*, 3 de diciembre de 1920 a 30 de diciembre de 1921; *La Época*, 30 de enero a 8 de febrero de 1921; *La Prensa*, 3 a 15 de febrero de 1921, y Á. Borda, *Perfil de un libertario*, op. cit., pp. 18-32.

⁵⁵ *The Review of the River Plate*, 13 de mayo de 1921; S. M. Deutsch, *Counterrevolution in Argentina...*, op. cit., pp. 123-127, y José García Pulido, *El gran Chaco y su imperio Las Palmas*, segunda edición, Resistencia, Casa García, 1977.

⁵⁶ *The Review of the River Plate*, 4 de febrero de 1921, p. 324. Se encontrará información general en *The Review of the River Plate*, en especial 10 y 31 de diciembre de 1920 y 8 de abril de 1921; *La Prensa*, en especial 7, 13 a 17 y 23 de enero, 9, 10, 18 y 27 de febrero y 13 a 19 de marzo de 1921; Arturo Marcos Lozza, *Tiempo de huelgas: los apasionados relatos del campesino y ferroviario Florindo Moretti sobre aquellas épocas de fundaciones, luchas y serenatas*, Buenos Aires, Anteo, 1985, p. 203; G. Cuadrado Hernández, "La rebelión de los braceros", en *Todo es Historia*, 185, octubre de 1982, pp. 78-96; *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, 12 de diciembre de 1920 a 12 de enero de 1921, pp. 243-244; C. E. Solberg, *The Prairies and the Pampas...*, op. cit., pp. 167-170, y Waldo Ansaldi (ed.), *Conflictos obrero-rurales pampeanos (1900-1937)*, 3 vols., Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993.

⁵⁷ *La Prensa*, 6 de abril de 1921.

⁵⁸ Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, VI (1920), 23 de febrero de 1921, p. 390. Véase también J. Horowitz, "Argentina's failed general strike of 1921...", op. cit., pp. 71-73.

⁵⁹ *Boletín de Servicios*, 5 de mayo de 1921; U. S. Diplomatic Dispatch, Buenos Aires, núm. 835.5045/205, 31 de enero de 1922, adjunto núm. 1, "Labor unions in Argentina"; *The Review of the River Plate*, 13 de mayo de 1921, pp. 1183-1185, y 20 de mayo de 1921, pp. 1251-1253; R. E. Shipley, "On the outside looking in...", op. cit., pp. 298-299, y J. Adelman, "State and labour...", op. cit., pp. 94-95.

⁶⁰ *Boletín de Servicios*, 20 de mayo de 1921; *La Unión del Marino*, 1º de mayo de 1921; *La Época*, 6 a 9 de mayo de 1921; *La Prensa*, 23 de abril y 4 y 10 de mayo de 1921, y *The Review of the River Plate*, 6 de mayo de 1921, p. 1121, y 13 de mayo de 1921, pp. 1181-1185.

⁶¹ *La República*, 7, 10 y 22 de mayo de 1921; *Boletín de Servicios*, 5 de junio de 1921; *La Unión del Marino*, junio de 1921; Documento 71, R. Clausse, 28 de julio de 1921, en María Estela de Lépori Pithod (ed.), *Selección de informes franceses sobre Argentina, 1897-1930*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, 1998, pp. 159-162; *La Prensa*, 23 de marzo y 18 y 25 a 28 de mayo de 1921; *La Época*, 19, 21, 23 y 24 de mayo de 1921, y *The Review of the River Plate*, 20 de mayo de 1921, pp. 1249-1253, y 27 de mayo de 1921, pp. 1317-1319.

⁶² *The Review of the River Plate*, 31 de diciembre de 1920 a 14 de enero de 1921, y 3 de junio de 1921, p. 1377; *La Prensa*, 23 de marzo y 18 y 25 a 28 de mayo de 1921; *Nueva Era* (Avellaneda), 28 de mayo de 1921; *La Época*, 26 y 27 de mayo de 1921; *La Organización Obrera*, 1º de mayo de 1922, suplemento extraordinario núm. 2, p. 36, y S. M. Deutsch, *Counterrevolution in Argentina...*, op. cit., pp. 117-119.

⁶³ *La Organización Obrera*, 1º de mayo de 1922, suplemento extraordinario núm. 2, p. 38; *La Prensa*, 29 de mayo de 1921, y *The New York Times*, 29 de mayo de 1921.

⁶⁴ *La Prensa*, 27 a 31 de mayo de 1921; *La Época*, 31 de mayo de 1921; *El Telégrafo*, 28 a 30 de mayo de 1921; *La Organización Obrera*, 1º de mayo de 1922, suplemento extraordinario núm. 2, pp. 38-43; S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 2, pp. 38-41; Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, I, 1º de junio de 1921, pp. 135-150; *El País* (Montevideo), 1º de junio de 1921, adjunto a Archivo General de la Nación, Ministerio del Interior, 1921, legajo 21, núm. 7318, y legajo 22, núm. 7859, y Concejo Deliberante, *Actas*, 31 de mayo de 1921, pp. 936-950, y 6 de junio de 1921, pp. 959-962.

⁶⁵ *La Época*, 31 de mayo a 8 de junio de 1921; *La Prensa*, 31 de mayo a 12 de junio de 1921; *El Telégrafo*, 31 de mayo a 6 de junio de 1921; *La Unión del Marino*, julio de 1921; *The New York Times*, 3 de junio de 1921; *London Times*, 3 de junio de 1921; *The Review of the River Plate*, 3 de junio de 1921, pp. 1377-1385, 10 de junio de 1921, pp. 1441-1445, y 15 de julio de 1921, p. 178; *La Organización Obrera*, 1º de mayo de 1922, suplemento extraordinario núm. 2, pp. 36-51; *La Antorcha*, 17 de junio de 1921; *La Confederación*, mayo de 1921; *Times of Argentina*, 6 de junio de 1921, adjunto a U. S. Diplomatic Dispatch, Buenos Aires, núm. 835.5045/196, 6 de junio de 1921; DNT, *Crónica Mensual*, mayo de 1922, p. 862; S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 3, pp. 41-45, y J. Adelman, "State and labour", op. cit., pp. 98-99.

⁶⁶ Anglo-South American Bank Ltd., *Cabled Reports from Branches*, 20 de abril de 1921, p. 5; *The Review of the River Plate*, 8 de julio de 1921, p. 61; *Revista de Economía Argentina*, agosto de 1921, pp. 154-155, y abril-mayo de 1923, pp. 354-355; R. E. Shipley, "On the outside looking in...", op. cit., p. 348, y Arthur M. Ross y Paul Hartman, *Changing Patterns of Industrial Conflict*, Nueva York, Wiley, 1960, p. 194.

⁶⁷ DNT, *Crónica Mensual*, mayo de 1922, p. 864; *The Review of the River Plate*, 10 de febrero de 1922, p. 337, y U. S. Diplomatic Dispatch, Buenos Aires, núm. 835.5045/207, 4 de abril de 1922.

⁶⁸ *La Época*, 12 de febrero y 10 de marzo de 1922.

⁶⁹ Richard J. Walter, "Elections in the city of Buenos Aires during the first Yrigoyen administration: social class and political preferences", en *Hispanic American Historical Review*, 58(4), noviembre de 1978, p. 610, y D. Canton y J. R. Jorrot, *Elecciones en la ciudad...*, op. cit., vol. 2, p. 215.

⁷⁰ *La Época*, 13 de octubre de 1922.

Capítulo 6

Alvear y el intento de institucionalizar las relaciones con el movimiento obrero, 1922-1928

Por lo común se considera que la administración de Alvear fue mucho más conservadora que la de Yrigoyen. Este supuesto se basa principalmente en las acusaciones hechas por sus opositores de la época. Su administración ha sido poco estudiada. Por ejemplo, Félix Luna, en su biografía de Alvear, dedica a su presidencia apenas doce páginas de un total de más de trescientas.¹ En algunos aspectos las políticas laborales alvearistas se parecían a las de Yrigoyen, y cuando diferían, no siempre eran más conservadoras. Los antipersonalistas parecían más motivados por la oposición a la intención de Yrigoyen de controlar el partido que por discrepancias políticas. Seguían siendo radicales y compartían con sus rivales una gran fuerza motivadora, la búsqueda constante de votos.

Ni los antipersonalistas ni los personalistas tenían ideas claramente definidas sobre el movimiento obrero. Es un hecho que la administración de Alvear parecía más cómoda con grandes sindicatos centralizados que trabajarían en armonía con el gobierno. La idea era colaborar en la creación de organizaciones que garantizaran la paz laboral a cambio de mejoras materiales para sus afiliados. También existía la esperanza de que los sindicatos actuaran como un puente hacia la clase obrera y contribuyeran a obtener votos. Los esfuerzos de la administración, si bien no lograron ganar votos para los antipersonalistas, sirvieron como modelo para al menos una generación.

Como hemos visto, el otro gran intento de influir sobre la clase obrera durante el gobierno de Alvear fue la sanción de la ley 11.289 de jubilacio-

nes. El acercamiento de la administración alvearista al movimiento obrero era menos personal que el de los dos gobiernos de Yrigoyen. Aunque los integrantes del gabinete y el propio Alvear se reunían con delegaciones gremiales, la administración prefería acudir a los canales burocráticos. El efecto producido por la rutinización de las negociaciones puede verse en el alboroto generado en 1929 y 1930 cuanto Yrigoyen volvió a apelar a la intervención personal en los conflictos laborales.²

Hay un estereotipo sobre el gobierno de Alvear que sí es válido. Algunos miembros del gabinete tenían una influencia importante. Dentro del gobierno la coordinación de las políticas era escasa. La actitud de la administración hacia los sindicatos ferroviarios se tornó más favorable a comienzos de 1925, cuando Roberto M. Ortiz fue designado ministro de Obras Públicas. Otros ministros, como el almirante Manuel Domecq García, a cargo de la cartera de Marina, adoptaron una decidida postura antisindical en el sector marítimo al mismo tiempo que aliados del gobierno procuraban atraer el apoyo de los trabajadores portuarios. La falta de coordinación hizo que para los antipersonalistas la búsqueda de respaldo fuera casi una misión imposible.

Los ferrocarriles

Un sector clave donde podemos ver el interés antipersonalista en los trabajadores es la actividad ferroviaria. A partir de 1925 el gobierno prestó una crucial ayuda para que la Unión Ferroviaria (UF) se convirtiera en un sindicato poderoso. La disposición de los antipersonalistas para hacerlo no debería sorprender. Como ha mostrado Paul Goodwin, en lo referido a la fijación de las tarifas de flete de las compañías ferroviarias británicas la administración de Alvear estaba dispuesta a ser más dura de lo que habría de serlo Yrigoyen en su segundo mandato.³ Ayudar a un sindicato como el que llegó a ser la UF —capaz de colaborar en el mantenimiento de la paz en la red ferroviaria y, llegado el caso, de contribuir también a promover la popularidad de la administración en sectores de la clase obrera— era una estrategia obvia, aunque un tanto arriesgada.

La UF trató de ponerse a resguardo de la política, lo que significaba que cooperaría con casi todos los gobiernos que estuvieran dis-

puestos a cooperar con ella. Cuando se crearon numerosos comités de ferroviarios para reunir apoyo a la reelección de Yrigoyen, los consejos directivos de La Fraternidad y la UF se sintieron en la obligación de emitir una declaración conjunta en la que reclamaban neutralidad política.⁴ Durante la década de 1920 el consejo directivo de la UF estuvo dividido entre los sindicalistas revolucionarios y los socialistas. Para la mayoría de sus dirigentes, el sindicato era más importante que la ideología. Antonio Tramonti, el presidente durante esa década, era un sindicalista revolucionario que se peleaba con la confederación dominada por su misma tendencia, la USA. En una reunión de negociación con los ferrocarriles, Tramonti dijo: "El otro día el doctor Videla se refirió a un socialista francés que —dijo— era más avanzado que nosotros. Yo le contesté que nosotros no éramos socialistas, y si alguno lo es, no lo tenemos en cuenta".⁵

Esta actitud —más su determinación de aferrarse a las cuestiones que estaban a la orden del día— hacía de la UF un interlocutor atractivo no solo para el gobierno sino también para las compañías. Durante las mismas negociaciones con los ferrocarriles, un representante de las empresas dijo:

Con ustedes se puede hablar porque tienen capacidad para ello y podrían —como se lo he dicho a Becerra— ocupar una banca en la Cámara [de Diputados] con más títulos que muchos; poseen una facultad que vale mucho, la de la atención en el sentido de fijarse, lo que ya es un comienzo de comprensión y tratan los asuntos con sobriedad, razonando, aunque a mi juicio equivocadamente.⁶

Los gremios ferroviarios ofrecían a las compañías lo mismo que ofrecían al gobierno: una relativa paz a cambio de concesiones.

Aun cuando los alvearistas, como se ha sostenido con frecuencia, representaran el ala más elitista de la Unión Cívica Radical, de ningún modo resulta evidente que favorecieran a las compañías ferroviarias. Las elites rurales tenían quejas muy antiguas contra estas en relación con problemas como las tarifas de los fletes y la disponibilidad de vagones. Por otra parte, durante gran parte de este período los representantes de las compañías fueron conservadores y no miembros de uno u otro de los dos grandes sectores del radicalismo.⁷

La oportunidad de establecer esa nueva relación surgió al plantearse una nueva reorganización de los gremios ferroviarios. La estructura laxa creada por la formación de La Confraternidad no había resultado, según la opinión de numerosos dirigentes sindicales, en la disciplina y la centralización necesarias. En 1922, estos hombres, a pesar de las objeciones de muchos y con un juego bastante rápido y flexible con sus propias reglas, crearon la UF mediante la reunión de los dos sindicatos que no representaban a los maquinistas y fogoneros. Tomaron La Fraternidad como modelo del nuevo sindicato. La Confraternidad, la organización marco, siguió existiendo.

La estructura centralizada de la UF enfrentó serios desafíos durante los años siguientes. La mayoría de los estudios han mostrado como inevitable el triunfo de la organización, pero no hacían de ese modo sino ver sus inicios a la luz de su futuro. Muchos dirigentes ferroviarios tradicionales se oponían al centralismo, y en 1922 eran lo bastante fuertes para controlar la convención del gremio. Para soslayarlos fue preciso apelar a un referéndum especial de las seccionales. La centralización enfrentaba la resuelta oposición de los nacientes comunistas y, más importante, de los sindicalistas revolucionarios que controlaban la USA, la nueva confederación del trabajo, que utilizó sus recursos para combatirla.⁸

La UF necesitaba generar resultados con rapidez; de lo contrario, sus adversarios la aplastarían. A corto plazo, los dirigentes gremiales que se muestran más confrontativos tienen cierta ventaja porque parecen levantarse en defensa de sus afiliados. Aunque las actitudes disciplinadas puedan ser mucho más exitosas a largo plazo, las ventajas inmediatas suelen ser menores.

Cuando Alvear asumió la presidencia en octubre de 1922, la administración dio señales de que cooperaría con La Confraternidad. Eufasio B. Loza, ministro de Obras Públicas, se reunió con una delegación de la UF. Poco después la administración se hizo cargo de un problema que había estado cociéndose a fuego lento desde 1917: la renuencia de las compañías, a pesar de la existencia de decretos gubernamentales, a dar a los obreros de los talleres vacaciones pagas anuales y licencia por enfermedad. El gobierno creó un tribunal arbitral. Pese a que con anterioridad se habían utilizado organismos semejantes, las compañías se negaron a cooperar, con el argumento de que el gobierno no tenía derecho a obligar al uso del arbitraje.

Enfrentada a posibles demoras judiciales y tras la intervención directa de Alvear, que se mostraba amistoso con los sindicatos, la administración empujó a las compañías a entablar negociaciones directas con los trabajadores. Como resultado, estos obtuvieron las licencias por enfermedad, pero no las vacaciones pagas.⁹

Un objetivo clave de los fundadores de la UF era la obtención de la personería jurídica. Esta daría al sindicato la misma jerarquía jurídica que, por ejemplo, un club, pero hacía que los contratos fueran legalmente vinculantes. La Fraternidad tenía personería jurídica y muchos dirigentes de la UF consideraban que obtenerla significaría un paso importante. De ese modo el sindicato dejaba ver su aceptación del sistema político y jurídico, porque las organizaciones con personería tenían que respetar ciertas normas. Los adversarios de la existencia de un sindicato centralizado se opusieron a grito pelado a ese objetivo. Por su parte, el gobierno debe de haberlo considerado tranquilizador, porque otorgó la personería jurídica con relativa rapidez, cosa que no siempre había que dar por sentada. Una organización rival, la Asociación Ferroviaria Nacional, frecuentemente vista como un sindicato de empresa, recibió una respuesta negativa cuando la solicitó.¹⁰

En 1923 y 1924 los sindicatos de La Confraternidad hicieron escasos progresos, aunque la administración siguió negociando con ellos. El gobierno prestó su asistencia para resolver reclamos presentados a las compañías y, luego de largas demoras, se fijaron los salarios de los telegrafistas y se actualizó el convenio de los trabajadores que podían estar afiliados a La Fraternidad.¹¹ La actitud del gobierno puede resumirse en el informe elaborado en 1923 por la división de la policía responsable del orden público: "La entidad [UF] es quizás la única a la que pueden adjudicársele ciertos progresos dentro de su organización, debido en gran parte a los métodos empleados hasta ahora, en sus gestiones de mejoras, que en algunos casos obtuvieron".¹²

La renuncia de Loza al cargo de ministro de Obras Públicas y su reemplazo por Ortiz a comienzos de 1925 modificaron la relación entre los ferroviarios y el gobierno. Se cree que, en el primer gabinete de Alvear, Loza era el único funcionario leal a Yrigoyen. Su renuncia, supuestamente por razones de salud, se produjo en medio de una controversia en el gabinete en torno de la posible intervención de la provincia de Buenos Aires,

que habría modificado drásticamente el paisaje político en favor de los antipersonalistas. En definitiva, Alvear bloqueó la medida. Loza también enfrentaba un escándalo suscitado por la situación de los Ferrocarriles del Estado. Según Marcelino Buyán, secretario general de La Confraternidad y miembro del Partido Socialista, Loza tenía un motivo para no favorecer a la UF: su estrecha amistad con el abogado de la Asociación Ferroviaria Nacional, rival de la Unión Ferroviaria. Ortiz, un antipersonalista comprometido con su causa, no había sido el primer candidato en quien se pensó para el cargo, pero, como lo demostraría durante su presidencia en la década de 1930, era un político de considerable habilidad. Con él, la administración tenía ahora un ministro de Obras Públicas ávido de expandir la base política del antipersonalismo.¹³

Entre 1925 y 1926 la UF obtuvo una serie de victorias con la ayuda del gobierno. ¿Por qué esos años? El sindicato ya se había convertido en una fuerza poderosa dispuesta a trabajar tanto con el gobierno como con las compañías. Los ferrocarriles estaban en condiciones de hacer concesiones, ya que entre 1921 y 1928 sus ganancias promediaron el 5% anual y luego de 1924 los pagos de dividendos fueron sustanciales.¹⁴ Más importante, los antipersonalistas necesitaban apoyo popular si pretendían competir con posibilidades en las elecciones presidenciales de 1928. Tal como había sucedido en el gobierno de Yrigoyen, los ferroviarios se convirtieron en un blanco decisivo.

Casi desde la creación de la caja de jubilaciones de los ferroviarios La Confraternidad había militado en procura de obtener una mejor representación. Yrigoyen había hecho las designaciones iniciales y, aunque había nombrado a dos afiliados a La Fraternidad, ulteriormente este sindicato los había desautorizado. El otro representante obrero tenía vínculos con la Asociación Ferroviaria Nacional. La Confraternidad acusó a la Asociación de obstaculizar los cambios en la representación, tanto durante el gobierno de Yrigoyen como en el de Alvear. La reforma de la caja de jubilaciones ferroviaria sancionada en 1923 disponía la realización de elecciones para integrar la comisión directiva en un plazo de tres meses luego de su promulgación, pero hubo que esperar hasta abril de 1925 para celebrarlas. La Confraternidad culpó de la demora a la Asociación Ferroviaria Nacional y la administración. Esta adujo más adelante problemas burocráticos como causa de la postergación.¹⁵

En las elecciones La Confraternidad demostró que se había convertido en la organización dominante entre los ferroviarios. En lo que fue la única competencia abierta de fuerzas, sus candidatos obtuvieron casi las tres cuartas partes de los votos y ganaron en todas las grandes líneas ferroviarias. La organización rival encabezada por sindicalistas revolucionarios y comunistas había llamado a la abstención, pero la concurrencia a las urnas fue alta.¹⁶ El gobierno y las compañías no pudieron dejar de reconocer una afirmación tan impresionante de hegemonía.

La UF se quejaba desde hacía tiempo de la falta de aumentos salariales y lamentaba que en 1921 el entonces ministro de Obras Públicas, Pablo Torello, hubiera dicho que los ferroviarios merecían un aumento pero que la situación económica de las compañías no lo permitía. En 1924, cuando ya resultaba más que evidente que esa situación había mejorado, la UF presionó para obtener los aumentos y reunirse con el presidente.¹⁷

En 1925, aunque dispuestas a revisar los convenios existentes, las compañías se negaron a negociar directamente con el sindicato y afirmaron que solo hablarían con sus propios trabajadores. Cuando, a raíz de esta postura, la selección de negociadores se demostró difícil, Ortiz intervino y dispuso que con tal fin se celebraran elecciones, en las que la UF se impuso con facilidad. Los convenios reescritos mejoraron enormemente las condiciones.¹⁸

Si puede darse crédito al relato de Luis M. Rodríguez, en 1926, con la ayuda del gobierno, la UF obtuvo el reconocimiento de las compañías como representante de los trabajadores. Rodríguez fue integrante de la comisión directiva del sindicato de 1927 a 1936 y, en la década de 1930, radical y dirigente clave de la facción sindicalista revolucionaria de la UF.¹⁹ Según sus dichos, Ortiz aconsejó a los dirigentes de este sindicato ver a Alvear si querían conseguir su reconocimiento. El presidente les dijo entonces: "Muchachos, yo directamente no puedo intervenir, no puedo sacar decretos ni nada obligándolos a ellos, pero si ustedes le mueven un poco la batea a los ingleses, yo, en cierto modo, estoy obligado a intervenir".²⁰

No es posible saber de manera definitiva si el trabajo a reglamento dispuesto por la UF en abril de 1926 tenía como objetivo exclusivo la obtención de aumentos salariales para los ferroviarios, que carecían de convenios, o aspiraba a algo más amplio, como afirmó Rodríguez, pero esto último es más que probable. Como solía suceder con esta forma de

protesta, restringía el servicio ferroviario pero permitía a los trabajadores cobrar sus salarios y no interrumpía por completo el tráfico y, por lo tanto, ponía a prueba al gobierno. Aun así, el primer día de la medida un tren cargado de ganado llegó a su destino con siete horas de retraso. El gobierno participó en todas las negociaciones, pero la más crucial fue la mantenida con la línea de Buenos Aires al Pacífico. Después de que la compañía acordara aceptar a la UF como representante oficial de los obreros, surgió otro problema que prolongó el trabajo a reglamento: ¿se reconocería al sindicato como representante de los empleados administrativos? La intervención directa de Ortiz destrabó el conflicto. El sindicato puso fin a la protesta a cambio de un sustancial aumento salarial y su reconocimiento como representante de los obreros. Por el momento, el derecho a representar oficialmente a los empleados administrativos quedaba archivado. Gracias a la intervención directa del gobierno, las otras líneas suscribieron rápidamente convenios basados en el del Ferrocarril Pacífico.²¹

El diario antipersonalista *La Acción*, al hacer un contraste con lo que a su entender era la violencia generada por los objetivos políticos de la agitación sindical durante los años de Yrigoyen, proclamaba que el gobierno de Alvear, "empeñado en mantener el orden en todas las actividades del país, ha escuchado y resuelto satisfactoriamente los problemas planteados con motivo del trabajo a reglamento".²² Hasta la UF reconoció más adelante el papel decisivo del gobierno.²³ Los convenios de 1925 y 1926 fijaron (con algunas excepciones) condiciones y salarios que se mantendrían hasta el ascenso de Perón en la década de 1940.²⁴

La decisión de las compañías de aceptar a la UF como agente negociador de los trabajadores fue crucial. Quedaron así excluidos los sindicatos rivales y la UF pudo negociar directamente con los ferrocarriles. Este sindicato también logró de ese modo una posición privilegiada en las comisiones de reclamos que se habían creado.

Ortiz y Alvear se dedicaron a atender problemas menores. Por ejemplo, cuando el Ferrocarril Pacífico suspendió a los mecánicos por trabajar solo las ocho horas diarias que había dispuesto la comisión ferroviaria gubernamental, en vez de las diez horas exigidas por la compañía, ambos intervinieron para lograr el levantamiento de la medida disciplinaria.²⁵

El período previo a las elecciones presidenciales de 1928 fue políticamente peligroso tanto para los sindicatos ferroviarios como para la administración de Alvear. En toda la extensión de las líneas, organizaciones compuestas de trabajadores del riel apoyaban la candidatura de Yrigoyen. Es difícil estimar sus verdaderas dimensiones e influencia, pero número tras número de *La Época* publicaban información acerca de nuevos grupos y las concentraciones que habían realizado. La cantidad de trabajadores participantes debe de haber sido considerable, porque en muchos casos aparecían numerosos nombres en los anuncios, aunque bien podían haberse incluido para hacer bulto.²⁶

Es evidente que Yrigoyen contaba con un extendido apoyo organizado. Si bien había ganado a algunos dirigentes gremiales, Ortiz no había conseguido pese a su esfuerzo cosechar un respaldo fervoroso de las bases. Las acciones de Yrigoyen en 1917 y su capacidad general para granjearse el apoyo popular valían más. Esta situación representaba un peligro político para los dirigentes sindicales, que de un modo u otro se sentían amenazados por el desarrollo de organizaciones paralelas.²⁷ Cualquiera de esos grupos tenía el potencial de crear una base de poder alternativa, capaz de desafiar al sindicato o al menos a su conducción. Los antipersonalistas veían ese activismo como una amenaza a su objetivo de ganar las elecciones. Los sindicatos ferroviarios se sintieron obligados a proclamar públicamente su neutralidad política, y a afirmar que eso era lo más recomendable.²⁸

Según Félix Luna, Ortiz trató de neutralizar el creciente apoyo a Yrigoyen con la ayuda de los dirigentes gremiales. Enfrentado a la amenaza de otra medida de trabajo a reglamento, el gobierno ayudó a La Fraternidad a obtener un nuevo convenio con cambios en las normas de trabajo e incrementos salariales. Igualmente asistida por el gobierno, la UF consiguió una serie de éxitos en cuestiones locales. Sin embargo, su campaña por un aumento general de salarios se puso en marcha después de los comicios presidenciales. Debido a la abrumadora victoria de Yrigoyen, la administración de Alvear carecía de la fuerza y la voluntad para ser de mucha ayuda.²⁹

El efecto producido por Ortiz y la administración de Alvear queda demostrado en las cosas agradables que las dos facciones que se crearon dentro de la UF a fines de los años veinte tenían para decir del gobierno. José Domenech, que encabezaba la "facción socialista", dijo que "el gabinete de Alvear fue bueno hablando así en general, fue buena gente. La verdad

es que Alvear, según mi recuerdo, fue la persona que más respetó la Constitución, y que demostró ser todo un caballero en el buen sentido de la palabra". Según Luis M. Rodríguez, Ortiz "decía que era amigo nuestro". Como antes señalamos, Rodríguez también elogiaba al propio Ortiz y a Alvear por ayudar al sindicato a obtener el reconocimiento de las compañías. No debería sorprender que, al llegar a la presidencia en los años treinta, Ortiz contribuyera a la creación de un sindicato ferroviario alternativo con el objetivo de cosechar apoyo político, gracias a las conexiones que había hecho durante la década anterior.³⁰

Aun durante el mandato de Alvear, Ortiz y los sindicatos ferroviarios expresaron en público su admiración mutua. Por ejemplo, el tercer congreso anual de la UF decidió por votación enviar una delegación a reunirse con el ministro y urgirlo a tomar medidas adicionales en favor de los afiliados; pero también, debido a que había tenido "una actuación correcta en todos los momentos en que debió actuar, este congreso resuelve: designar una delegación para que transmita esas impresiones".³¹ Ortiz, al hablar en la inauguración de la sede central de la Caja de Jubilaciones de los ferroviarios, expresó la opinión de que "la colaboración de las compañías y los trabajadores en la realización del progreso de la nación argentina, escapando las primeras a la tendencia a un capitalismo omnímodo y los segundos a la influencia de la demagogia, propone un elocuente ejemplo para otras actividades".³²

Ortiz no era el único funcionario gubernamental que alababa a las organizaciones ferroviarias. Luis Grüner, un subinspector del DNT, elogió a la UF en un documento oficial y un artículo publicado en *El Obrero Ferroviario*. Agustín P. Justo, ministro de Guerra y futuro presidente, envió una nota a la Unión Ferroviaria en la que exaltaba la cooperación de sus afiliados en las maniobras militares.³³

¿Qué ganaban los sindicatos y el régimen con todo esto? A los sindicatos les iba bien. La UF no tardó en ser más grande que todas las demás confederaciones en las que no participaba. En 1923 tenía en promedio 18.925 aportantes mensuales, y en los dos años siguientes la cifra ascendió a 19.683 y 28.432, respectivamente. Llegó a los 41.556 en 1926 y a 55.355 en 1928, y las cifras treparon en 1929 a 63.485 y en 1930 a 70.793 aportantes. Estos números son notables, dado que la cantidad de afiliados siempre era bastante más alta que la de quienes pagaban la cuota sindical,

porque no había un sistema de descuento de ese aporte por planilla. En 1930, si se suman los 13.515 afiliados que afirmaba tener La Fraternidad a los aportantes de la UF, la cifra resultante representa el 59% de quienes hacían aportes a la caja de jubilaciones ferroviaria. Entre estos se incluían muchos gerentes que no estaban autorizados a afiliarse a los sindicatos, así como empresas periféricas solo tangencialmente conectadas con los ferrocarriles.³⁴ Los salarios y las condiciones de trabajo habían experimentado una espectacular mejoría. Por ejemplo, un guardafíos telegráfico ganaba 115 pesos por mes en 1918 y 180 en 1930, mientras que los artesanos de los talleres pasaron en promedio de 145 a 206 pesos.³⁵ La mayoría de los salarios se fijaron en la época de Alvear.

La administración alvearista tenía dos motivaciones principales. Quería evitar la turbulencia que había marcado a los ferrocarriles entre 1917 y 1921. Debido a su estructura centralizada, la UF ofrecía paz laboral a cambio de concesiones de las compañías. El sindicato se esforzaba por aislar los disturbios e imponer el orden. Se negaba a proteger a los ferroviarios que se lanzaban a la huelga sin consultarlo. Era necesario mantener la disciplina.³⁶ La Unión Ferroviaria había reconocido que una de las cosas que un sindicato puede ofrecer a la patronal y el gobierno es la paz laboral, pero esta solo es posible si aquel puede controlar a sus afiliados.

La otra motivación era política. Los antipersonalistas estaban distanciándose de los personalistas y, en consecuencia, necesitaban construir una base de apoyo; los sindicatos podían actuar como un puente hacia los ferroviarios. Esto era una forma de obrerismo. Es imposible saber con certeza cómo votaron los ferroviarios en 1928, pero es improbable que muchos lo hicieran por los antipersonalistas. La mayoría votó probablemente por Yrigoyen. Los dirigentes sindicales siempre afirmaban que los ferroviarios tendían a votar por los radicales.³⁷ Los antipersonalistas no pudieron apartar a los trabajadores de su lealtad a antiguas adhesiones políticas. La administración cumplió su otro objetivo porque este coincidía con el de muchos ferroviarios que estaban profundamente marcados por las derrotas y levantamientos de años anteriores. También ellos querían una organización disciplinada que fuera capaz de desorganizar el tráfico ferroviario pero prefiriera no hacerlo. Los ferroviarios aceptaron de buena gana al gobierno como un intercesor entre el sindicato y las compañías. Cedieron alguna libertad de maniobra a cambio de la ayuda gubernamental.³⁸

Lo que vemos en el régimen de Alvear es la comprensión de que contar con un sindicato poderoso podía ser una gran ventaja. Sería erróneo suponer que toda la iniciativa estaba en manos del gobierno. Tanto los gremios ferroviarios como la administración percibieron que tenían intereses compartidos. Daríamos al gobierno demasiado crédito si afirmáramos que en 1922-1923 tuvo la perspicacia de ver lo que la relación llegaría a ser en 1928. Esa relación fue creciendo gradualmente, mientras los sindicatos y la administración se esforzaban por encontrar su camino.

El personal embarcado

Como su predecesora, la administración de Alvear quería ganar votos en La Boca construyendo relaciones con los sindicatos del puerto. Trató de alentar la formación de un sindicato marítimo conforme al modelo de la UF, capaz de mantener la disciplina y poner coto a las constantes perturbaciones. La administración necesitaba un sindicato fuerte con el cual pudiera trabajar, pero la FOM estaba desbordada por los conflictos internos. Las tensiones entre la oficialidad y las tripulaciones no menguaban; al contrario, se intensificaban. También era importante el hecho de que el gobierno nunca hubiera tenido una política coherente en la zona portuaria, lo cual destaca el problema planteado por el estilo político más bien pasivo de Alvear. Algunos políticos antipersonalistas, como Anastasi, se interesaron especialmente en obtener el apoyo de los sindicatos portuarios. Sin embargo, el ministro de Marina, Domecq García, brindaba protección política al prefecto del puerto, Ricardo Hermelo, que era extremadamente impopular entre los trabajadores sindicalizados y los interesados en ganar su apoyo. Domecq García había sido uno de los primeros miembros importantes de la Liga Patriótica, y seguía integrándola. A fines de 1921 habló en una reunión organizativa de un sindicato de personal embarcado que la Liga trataba de formar.³⁹

A raíz de la derrota de 1921, la FOM enfrentaba una serie de problemas, entre ellos las tensiones entre oficiales y tripulantes, y la pérdida del control total de los embarques. También tenía que vérselas con tensiones ideológicas internas y una organización rival auspiciada por la Liga. Aun así, logró recuperar el control de una parte significativa de los buques de

bandera argentina.⁴⁰ Las condiciones, empero, se tornaron más complejas. Casi desde el comienzo del gobierno de Alvear la FOM manifestó su descontento con él y sobre todo con la influencia de la Liga Patriótica y Domecq García. El periódico gremial tomó incluso la decisión casi insólita de criticar la concurrencia de la esposa de Alvear a una función de la Liga.⁴¹

La idea de una caja de jubilaciones fragmentó el sindicato. En un bando se alineaban Francisco García, algunos aliados y los socialistas; en otro, los comunistas y los sindicalistas revolucionarios doctrinarios. Los primeros se mostraban ambivalentes respecto de la cuestión, al menos en público, pero según sus enemigos la apoyaban, en tanto que los grupos que conformaban el segundo bando se oponían a cualquier plan de jubilaciones. De acuerdo con lo que informaba un artículo escrito por opositores a la creación de la caja y publicado en el número de agosto de 1925 de *La Unión del Marino*, el club radical La Marina, compuesto en lo esencial por oficiales de la marina mercante, había invitado a Anastasi a elaborar un proyecto de jubilaciones para la actividad marítima, a fin de presentarlo en la Cámara de Diputados. El proyecto se publicó en el periódico del sindicato y García afirmó estar seguro de que la inmensa mayoría de los afiliados respaldarían la sanción de la ley correspondiente. No era así, y la situación generó una pelea entre el consejo directivo y García; este salió vencedor, pero tuvo que moderar su posición pública, al menos, sobre las jubilaciones. Según sus enemigos, García violentaba continuamente la voluntad de los afiliados con respecto al tema.⁴²

Como hemos visto, el proyecto de 1923 de creación de una caja de jubilaciones incluía a quienes trabajaban en la actividad marítima. Los oficiales querían ser incluidos y la FOM se oponía al proyecto. El entorno de García parecía amoldarse a la idea de aceptar las jubilaciones, en particular para mantener las relaciones con los oficiales. Habida cuenta de que el gobierno no estaba dispuesto a proteger un sindicato dividido que lo atacaba, la patronal procuró destruir hasta el último vestigio de control sindical del puerto.

Desde la derrota de 1921 las tensiones dentro de la actividad eran crecientes. El sindicato se movilizaba contra los recortes salariales y el empeoramiento de las condiciones laborales, y con ese fin trató de jugar la carta nacionalista. En una reunión gremial, uno de sus dirigentes, Vicente Tadich, sostuvo que la Liga era "sencillamente una institución de extran-

jeros para defender los intereses de extranjeros". La reunión terminó con "muera a la Liga Anglo-Argentina y la Asociación del Trabajo".⁴³ En enero de 1924 la FOM aprobó un pliego de exigencias para presentar a la patronal. Comenzaron entonces prolongadas negociaciones sobre las que se cernía la amenaza constante de una huelga, si bien el momento no era propicio para una medida de ese tipo. El gobierno dio a entender que, de haber una huelga, se la consideraría de naturaleza política, y la discrepancia acerca de la caja de jubilaciones representaba un gran obstáculo, tal cual se desprendía con claridad de los comentarios de García en la reunión. El sindicato no fue a la huelga.⁴⁴

Cuestiones sobre la disciplina a bordo agravaron las tensiones entre los oficiales y la FOM. En abril de 1924 esta pidió al capitán del *Asturiano* que desembarcara a un marinero que no estaba afiliado al sindicato. El capitán se negó, con el argumento de que el hombre ya había firmado el rol y no había hecho nada malo. El sindicato sostuvo que nunca había firmado. La tripulación se negó a zarpar y el capitán acudió a las autoridades e hizo arrestar a sus integrantes, cuarenta y dos en total. El buque zarpó con una tripulación no sindicalizada; los oficiales embarcaron debido a las amenazas del gobierno. La FOM envió una delegación de tres miembros a quejarse a Alvear por el papel desempeñado por las autoridades portuarias.⁴⁵

García y sus aliados tenían aguda conciencia de la difícil posición de la FOM, que trataba de negociar un nuevo convenio a la vez que enfrentaba marcadas divisiones en torno del proyecto de caja de jubilaciones. La postura que adoptaron consistía en destacar la necesidad de oponerse al proyecto, pero apoyar la idea del beneficio jubilatorio. En otras palabras, evitaron tomar una posición clara. Pese a ello, García perdió el control del sindicato, que quedó en manos de los comunistas y los sindicalistas revolucionarios doctrinarios, enconados opositores de las jubilaciones.⁴⁶

El 3 de mayo de 1924 la FOM participó en la huelga general contra el proyecto de las jubilaciones, pero los oficiales dijeron que zarparían con tripulaciones no sindicalizadas. Al cabo de tres días, tras comprender que su decisión no solo rompería la FOM sino que también disiparía su propio poder, los oficiales se retractaron. El 8 de mayo, cuando la FOM envió a su gente de vuelta al trabajo, varias agencias navieras insistieron en zarpar con personal no sindicalizado, que en su mayor parte carecía de los documentos oficiales necesarios. Los sindicatos portuarios boicotearon los buques.

Representantes de los oficiales y la FOM se reunieron con Alvear (fuentes sindicales omiten la presencia de la organización gremial). Los delegados se quejaron amargamente del comportamiento del ministro de Marina. Según la FOM, Alvear criticó a Domecq García y dijo que las organizaciones de los trabajadores eran buenas para el bienestar económico de la nación. Propuso establecer una comisión mixta para resolver los problemas de la actividad y dio instrucciones para que el personal naval se mantuviera al margen del conflicto. Más adelante hizo que el director de la Aduana, el capitán Ricardo Hermelo, iniciara negociaciones, pero los agentes navieros rechazaron la propuesta de este último. El 13 de mayo la FOM declaró una huelga general en el puerto que paralizó prácticamente todas las actividades. El gobierno intervino casi de inmediato y obligó a desembarcar a los tripulantes que carecían de las debidas credenciales. Como no había suficientes trabajadores no sindicalizados con los documentos en regla para tripular los barcos, los empleadores cedieron. Se concertó un compromiso. Los capitanes escogían las tripulaciones; mientras la alianza entre ellos y la FOM se mantuviera, en los barcos solo habría personal sindicalizado. Cuando la edición de *Bandera Proletaria* del 17 de mayo estaba en prensa, solo cuatro remolcadores estaban operando con tripulaciones no sindicalizadas.⁴⁷ El gobierno había ayudado a la FOM a sobrevivir a una difícil situación.

A mediados de julio los capitanes que zarpaban hacia la Patagonia dejaron en manos de las compañías la tarea de escoger el personal de sus barcos, en apariencia debido a las fricciones con los tripulantes en torno de las normas laborales, pero más probablemente a causa del fracaso de la relación con la FOM. Los oficiales estaban muy urgidos por contar con la caja de jubilaciones, y rechazaron los esfuerzos del gobierno por retrotraer la situación a las condiciones antes existentes. Las autoridades comenzaron entonces a favorecer a las agencias navieras, a las que se permitió incluir trabajadores no sindicalizados en la tripulación de sus barcos, sin que los boicots de la FOM pudieran impedir que zarparan. El 24 de agosto, en un intento de revertir esta pérdida de su influencia, la FOM paralizó todas las actividades marítimas. Probablemente tenía pocas alternativas, pero con esta decisión puso en peligro los sectores —el puerto y el tráfico río arriba— que todavía controlaba.

Alrededor de once mil tripulantes y dos mil oficiales pararon, pero el gobierno permitió a las compañías navieras utilizar trabajadores sin licen-

cia. Tras respaldar brevemente a la FOM, muchos oficiales decidieron que ya era suficiente y volvieron a trabajar. Los huelguistas se reunieron con Alvear, pero lo mismo hizo un grupo de "trabajadores libres" (no sindicalizados) a quienes, según la AT, se aseguró que el gobierno respetaría la libertad de trabajo, un mensaje en código para aludir a la mano de obra no afiliada a los sindicatos. Las autoridades portuarias favorecieron a tal punto a las agencias navieras que estas expresaron su gratitud por la actitud tanto del prefecto como del propio Alvear. En un debate en el Congreso, Leopoldo Bard, un diputado personalista de la capital, calificó a la Prefectura Naval de agencia de reclutamiento de rompehuelgas. El gobierno tomó a su cargo la designación de pilotos a fin de forzarlos a volver al trabajo. Pese a algunos esfuerzos de distintos sectores del movimiento sindical por respaldar a la FOM, esta sufrió una aplastante derrota. A fines de octubre La Confraternidad acudió al gobierno y contribuyó a idear un arreglo que al menos evitara el bochorno; las condiciones y los salarios se mantendrían sin cambios y los capitanes elegirían las tripulaciones sin discriminar a los afiliados al sindicato. Con esto se puso fin a la huelga.⁴⁸ Sin embargo, como resultado la FOM perdió el control de los barcos y la administración de Alvear se malquistó con ella. Un factor clave de esa situación era el predominio de dirigentes que rechazaban la colaboración con el gobierno. Además, la FOM atacaba ferozmente el plan de creación de una caja de jubilaciones promovido por el gobierno, actitud poco propicia para que este se sintiera con ganas de prestarle su apoyo.

Los antipersonalistas querían orden en los puertos y querían votos. Ahora podían respaldar los intentos de la patronal de mantener el orden sin sindicatos auténticos. La AT tenía los recursos y la ambición de controlar el puerto.⁴⁹ El gobierno sabía, empero, que el puerto tenía una tradición de militancia obrera y que la probabilidad de nuevos desórdenes era muy alta. Aquella estrategia conquistaría la gratitud de grupos influyentes y acaudalados, pero los beneficios políticos eran limitados. Las elites no aportaban muchos votos y un programa semejante proponía pocas maneras de obtenerlos. ¿Había algún modo de mantener el orden y al mismo tiempo atraer votos? El deseo de encontrar ese camino era aún más intenso debido a la escisión en el radicalismo.

El modelo obvio era la UE, pero el problema era cómo crear un sindicato de esas características. Los trabajadores necesitaban estar convenci-

dos de que un sindicato centralizado los representaría bien. Además, era menester conquistar algunas victorias iniciales para que la nueva forma de organización pudiera llegar a ser hegemónica. Esto nunca ocurrió, en parte debido a las luchas intestinas en la FOM y en parte porque la administración de Alvear carecía de una política clara.

A fines de 1924 tanto las autoridades gubernamentales como las compañías navieras incrementaron su presión sobre la FOM y redujeron así la posibilidad de que el sindicato pudiera ejercer alguna influencia.⁵⁰ El Consejo Federal, que mantenía unidas las diversas seccionales de la FOM, había dejado de existir, pero hacia comienzos de 1925 ya se hacían esfuerzos en procura de reorganizar el sindicato. Se creó un Comité de Relaciones de emergencia, compuesto por representantes de todas las seccionales de la capital con excepción de los patrones de lanchas, que tenían diferencias de larga data con los otros oficios. Cuando al cabo de varios meses se incorporaron al Comité de Relaciones, esos mismos patrones insistieron en el regreso de García como máximo dirigente de la FOM. En una reunión masiva realizada el 4 de marzo de 1925, y a la que asistieron unas cuatro mil personas, la FOM se reorganizó y García fue elegido secretario general. Este paso fue crucial, porque si había alguien que disfrutaba de legitimidad entre los afiliados, era García. Este se había apartado del sindicato porque, a su entender, era preciso darle una perspectiva más disciplinada y centralizada.⁵¹

El nuevo consejo directivo tomó una serie de medidas que podían llegar a modificar sus relaciones con el gobierno. Emitió un extenso comunicado en el que esencialmente exhortaba a aceptar la ley de jubilaciones tal como regía en esos momentos. Una delegación se reunió con Alvear para solicitar la creación de una comisión formada por representantes de las agencias navieras y del sindicato, que examinaría las reglas para la actividad. El presidente se manifestó dispuesto a satisfacer los pedidos del sindicato. Según el periódico del Partido Comunista, *La Internacional*, la delegación era puramente criolla, esto es, compuesta de argentinos nativos, y la selección de sus miembros se había hecho a sugerencia de dos radicales antipersonalistas muy importantes, José Tamborini y Anastasi. Tamborini, luego diputado, no tardó en ser designado ministro del Interior. El 14 de mayo Alvear envió un mensaje al Congreso en el que requería la formación de una comisión mixta con representantes elegidos por los trabajadores y

las compañías navieras, y la facultad de desempatar en manos del gobierno. Esta comisión haría las veces de árbitro en los casos en que no pudiera llegarse a un acuerdo, incluso sobre el tema de las condiciones laborales. Si hemos de creer en lo que dice la AT, Alvear parecía deseoso de complacer a todo el mundo y también daba cabida a los adversarios del sindicato, ya que recibió a una delegación de trabajadores "libres".

La política de conciliación de la FOM con los oficiales y la administración enfrentó la oposición de los comunistas y de los miembros más militantes del sindicalismo revolucionario; dos seccionales claves, las de marineros y foguistas, rechazaron la nueva dirección. El 22 de mayo, en una reunión masiva, el consejo directivo presentó su renuncia, que fue aceptada luego de un caldeado debate. El nuevo consejo proclamó que no aceptaría el arbitraje. García renunció y el sindicato adoptó una postura beligerante, pero pronto comenzó a desintegrarse.⁵² La FOM dejó su sede central porque no podía costear el alquiler. Ya antes, en abril de 1924, le había faltado dinero para pagar sus aportes a la USA.⁵³

Habían desaparecido todas las esperanzas de establecer una relación firme con la FOM, pero la administración tenía alternativas. En un informe de 1927, Luis Grüner, del DNT, se refería a una nueva organización, la Unión Obrera Marítima (UOMar):*

Actualmente, el gremio está reconstruyendo sus cuadros sindicales y la parte más inteligente y perspicaz de estos trabajadores elabora un nuevo tipo de organización gremial que excluirá de su seno todas las tendencias que hasta la fecha perturbaron su libre desenvolvimiento como entidad representativa del trabajo marítimo. La Confederación Ferroviaria inspira y sirve de ejemplo a los que bregan por la renovación de los valores sindicales marítimos.⁵⁴

La UOMar fue el producto de una Junta Reorganizadora fundada a mediados de 1925. Varios de sus principales dirigentes habían militado en

* La sigla con que se conocía al sindicato era UOM; el autor agrega la terminación "ar" para evitar la confusión con la Unión Obrera Municipal, a la que se hace referencia a través del libro como UOM. (*N. del T.*)

la FOM. El nuevo sindicato tenía el apoyo de una comisión que se había creado para respaldar el establecimiento de un sistema jubilatorio, así como de las organizaciones de oficiales. Los patrones de lanchas, que siempre se habían considerado como de un estatus similar al de los oficiales, eran su fuerza impulsora. La organización también contaba con el apoyo de los socialistas, que se encontraban en medio de una lucha ideológica con los sindicalistas revolucionarios que poco después iba a llevar a la creación de una confederación de sindicatos dominada por el socialismo. Además, el nuevo sindicato tenía el respaldo de La Confraternidad.⁵⁵

La Unión Obrera Marítima trató de tomar como modelo la organización ferroviaria. Según el primer número del periódico de la nueva organización:

Para reorganizar al gremio sobre bases serias y estables, digámoslo sin ambages, tiene que hacerse en forma idéntica a los ferroviarios. [...] Los ferroviarios han pasado por todas nuestras dificultades, debido a que en épocas pretéritas estaban organizados en forma idéntica a los marítimos. Los fracasos sufridos, fueron para ellos enseñanzas que, aprovechadas inteligentemente, tuvieron por consecuencia el sistema actual de su organización.

La Confraternidad estaba dispuesta a zanjar las diferencias entre oficiales y tripulaciones.⁵⁶

El gobierno comenzó a favorecer a la UOMar. Se alzaron acusaciones de que, cuando los activistas hacían propaganda en la zona portuaria, se los interrumpía para preguntarles de qué organización eran. Si decían que eran de la FOM, se los arrestaba. La justicia no les brindaba protección alguna, porque a poco de ser liberados volvían a detenerlos. Como una señal pública de la aprobación oficial, el gobierno también eligió a un miembro del nuevo grupo como representante laboral en la reunión de la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra.⁵⁷

Según los comunistas, el gobierno estaba embarcado en un juego mucho más complejo. Respaldaba una comisión cuya intención era alcanzar la unidad entre los diferentes elementos del personal embarcado. Un miembro clave de la comisión, Fortunato Marinelli —activista marítimo de larga data— era editor de asuntos laborales del diario antipersonalista *La*

Argentina, que también estaba a favor de la unidad. El prefecto del puerto, Hermelo, estableció un comité antipersonalista en La Boca. Su objetivo era reformar los sindicatos portuarios, para lo cual favorecía a algunas facciones en detrimento de otras, y se granjeaba las lisonjas de las agencias navieras.⁵⁸ Era evidente que el gobierno carecía de un proyecto definido.

¿Cambió la situación en La Boca debido a las políticas laborales? No podemos estar seguros de por qué la gente votó como lo hizo, pero al parecer estaba gestándose un gran cambio. En las elecciones para el Concejo Deliberante celebradas a fines de 1926 en la cuarta circunscripción, que incluía La Boca, un baluarte tradicional de los socialistas, los personalistas cosecharon 3.909 votos; los antipersonalistas, 3.635, y los socialistas solo 3.157. Con palabras casi idénticas, fuentes comunistas y socialistas afirmaron que las cifras obtenidas por los antipersonalistas se debían a la influencia de Anastasi en el personal embarcado y a una organización de empleados estatales manejada por Juan Popovich, un ex miembro del Comité Central de la USA que había representado al sindicato de trabajadores de los astilleros.⁵⁹

El confuso carácter de las políticas antipersonalistas se reveló aún con mayor claridad en diciembre de 1926 y enero de 1927, cuando estalló una huelga por las normas laborales en los astilleros de las Líneas Mihanovich. Aunque la medida de fuerza persistió hasta mediados de mayo, según el DNT hacia fines de enero los huelguistas ya habían sido reemplazados y 530 de un total de 548 habían perdido el trabajo. La respuesta antipersonalista fue ambigua. Hermelo utilizó la biblioteca Almirante Brown de La Boca, que pasaba por ser una organización antipersonalista, como lugar para reclutar rompehuelgas. Esta actitud fue denunciada por Reinaldo Elena, un dirigente antipersonalista del mismo barrio, quien dijo que "en las luchas entre el capital y el trabajo los comités y autoridades de la UCR, se mantienen equidistantes y desautorizan de una manera categórica cuanto acto conduzca a separar su acción de los postulados que señalan la vida partidaria".⁶⁰ Al denunciar las actividades de Hermelo, Elena no mencionaba su nombre, probablemente porque de hacerlo Alvear podría haber reemplazado al prefecto.

La confusión se agravó cuando estalló una bomba en la casa de Hermelo. La policía clausuró las sedes centrales de la FOM y de los obreros de los astilleros, además de arrestar a unos sesenta trabajadores, incluidos

algunos dirigentes gremiales. El diario antipersonalista *La Acción* condenó el accionar policial. La huelga de los astilleros llegó a su fin con la ayuda de Hermelo.⁶¹

En el puerto, las presiones políticas sobre los trabajadores aumentaron. Se lanzaron acusaciones dignas de crédito en el sentido de que, para conseguir trabajo, los obreros portuarios tenían que registrarse en la biblioteca Almirante Brown de Hermelo. Los socialistas independientes afirmaban que este esperaba utilizar su habilidad para conseguir votos con el fin de ser ministro de Marina o senador.⁶² También parecía haber empezado el hostigamiento a la UOMar.⁶³

A medida que se acercaban las elecciones presidenciales de 1928, todos los elementos maniobraban para posicionarse y volaban las acusaciones. Hermelo organizaba trabajadores para formar sindicatos de empresa. Los vínculos socialistas con la UOMar resultaban más claros y los personalistas trataban de utilizar el respaldo a la FOM para atraer votos. Entretanto, se produjo una reestructuración de los sindicatos marítimos. Hacía algún tiempo que había un Comité Pro-Unificación que intentaba lograr una fusión de las dos organizaciones rivales. Cuando este comité propuso negociaciones entre las tres partes (los oficiales, la FOM y la UOMar), los oficiales aceptaron, pero solo si García tenía un papel clave. La FOM también aceptó, pero la UOMar rechazó la propuesta porque afirmaba ser la única organización legítima. Los oficiales, entonces, se reorganizaron y decidieron apoyar a la FOM. Se creó un nuevo Consejo de Relaciones encabezado por García para coordinar las cuestiones entre los oficiales y la FOM. La UOMar quedó aislada.⁶⁴

Los antipersonalistas aún buscaban votos en los muelles, mientras Hermelo operaba políticamente para dar empleos y ayudaba a Mihanovich a organizar una serie de sindicatos de empresa para su personal. Circulaban acusaciones de que para conseguir un trabajo en Mihanovich el trabajador debía asociarse a la biblioteca Almirante Brown. Otro comité político recibió el nombre de subcomité Ricardo Hermelo. Hermelo se valía libremente de su poder de policía para reprimir a las organizaciones rivales. Los sindicatos de empresa funcionaban en evidente y estrecha colaboración con un comité del personal de la marina mercante que apoyaba la fórmula presidencial antipersonalista de Leopoldo Melo y Vicente Gallo. Todavía existían profundas desavenencias entre algunos antipersonalistas y Hermelo.⁶⁵

Se hicieron veladas acusaciones de que García trabajaba para los personalistas, cosa que, por supuesto, fue desmentida.⁶⁶ La FOM y sindicatos aliados pusieron en marcha una gran campaña contra Hermelo y las condiciones existentes en el puerto de Buenos Aires. En protesta contra los intentos del prefecto de controlar las contrataciones en los muelles, a fines de 1927 los estibadores y otros trabajadores portuarios convocaron dos huelgas de veinticuatro horas. El Consejo de Relaciones, compuesto de oficiales y miembros de la FOM, llegó incluso a acusar a Hermelo de extorsionar a organizaciones portuarias para sacarles dinero. Es indudable que algunas de las acusaciones eran ciertas, pero el momento, el redoble publicitario y la resonancia que les daba *La Época* hacen pensar en una campaña para socavar las aspiraciones de Hermelo antes de las elecciones.⁶⁷

Privada del apoyo de los oficiales y con la deserción de algunos de sus principales dirigentes, la UOMar quedó cada vez más atada al Partido Socialista. José Palmeiro, su máximo dirigente, no tenían conexiones históricas con el puerto pero había militado en La Fraternidad —de donde lo expulsaron— y había sido concejal municipal socialista en el suburbio industrial de Avellaneda. Las conexiones del sindicato con los gremios ferroviarios seguían siendo fuertes, pero sus vínculos cada vez más estrechos con Mihanovich terminaron por convertirlo en un sindicato de empresa.⁶⁸

A pesar de las tensiones existentes entre la FOM y Hermelo, el sindicato se reunió con figuras de la administración, incluido el propio Alvear, aunque no con la frecuencia que deseaba ni con mucho éxito.⁶⁹ Aun así, crecía y su seccional de Rosario resurgió. Además, la FOM estableció una clínica dental para sus afiliados en Buenos Aires.⁷⁰

Los antipersonalistas no habían logrado crear el tipo de sindicato obrero que deseaban, pero ¿tuvieron más éxito en lo político? Las elecciones parlamentarias de abril de 1928, que se celebraron junto con las presidenciales, demuestran el completo fracaso del antipersonalismo. En la cuarta circunscripción de la capital, que incluía La Boca, esa facción obtuvo apenas el 16% de los sufragios, apenas por encima del 11,2% de su promedio en toda la ciudad. En un barrio que era habitualmente su bastión, los socialistas cosecharon solo el 21% de los votos, si bien este fue su segundo mejor resultado. Los radicales personalistas consiguieron un 43,5 por ciento.⁷¹ Los esfuerzos por ganar votos en la zona portuaria habían sido un fracaso, excepto, tal vez, en lo que respecta a la FOM.

La lucha por el manejo del puerto no terminó con las elecciones. Con la victoria de Yrigoyen, la actitud de Hermelo se modificó: ahora parecía más dispuesto a cooperar con la FOM. Sin embargo, surgieron problemas con Mihanovich debido a la reducción de los salarios y la presión para forzar a oficiales y tripulantes a afiliarse a los sindicatos de empresa. La FOM depositaba grandes expectativas en la nueva administración, y pocos días antes de la asunción del mando estalló una huelga.⁷² El momento elegido para la medida estaba en consonancia con el cambio en el poder.

Creación de nuevos sindicatos

La formación de la Asociación Trabajadores del Estado, una organización que todavía existe, se produjo en estrecha conexión con la búsqueda de votantes en la zona portuaria y el deseo de tener un movimiento sindical con el que la administración pudiera trabajar. Ese sindicato se fundó a principios de 1925. Durante tres meses el Congreso no había liberado los fondos necesarios para pagar a los trabajadores del Ministerio de Obras Públicas empleados en el puerto, y un grupo había hecho una protesta que, exitosa, pronto derivó en la creación de un sindicato, principalmente basado en el taller central del Ministerio; la zona que rodeaba el puerto era el lugar donde la nueva organización tenía mayor fuerza. Sus dirigentes se reunieron desde el inicio con los ministros de Hacienda y Obras Públicas, y los trabajadores no tardaron en recibir vacaciones y licencias por enfermedad. En una actitud inusual, el sindicato agradeció públicamente a Ortiz, el ministro de Obras Públicas. Logró asimismo establecer seccionales río arriba, donde había una cantidad importante de trabajadores de ese Ministerio. Y disfrutó de una publicidad favorable en el diario progubernamental *La Argentina*, cuyo editor de temas laborales era Fortunato Marinelli.

Los vínculos del sindicato con el gobierno pueden constatararse en lo sucedido con algunos de sus dirigentes, a quienes se otorgaron empleos en el Estado con la expectativa de que constituyeran un gremio que aportara beneficios políticos. Es difícil creer que se los hubiera designado en esos puestos por cualquier otra razón. Tras las derrotas de 1924, unos cuantos dirigentes sindicalistas revolucionarios necesitaban empleo. Uno de los más importantes era Popovich, el ya mencionado ex líder de los trabajado-

res de los astilleros. Miguel Altrudi, que había militado en el sindicato de la industria del mueble y pertenecido al Comité Central de la USA, era otro. Altrudi buscaba un empleo público al menos desde mediados de 1926, cuando un concejal socialista de la capital había solicitado que el gobierno municipal lo contratara. Un tercer dirigente, Augusto Sparnochia, había sido activista en uno de los sindicatos del puerto.⁷³ La administración de Alvear buscaba votos y, como hemos visto, tal vez se haya agenciado algunos en La Boca en 1926.

Las esperanzas del gobierno de reconfigurar el movimiento sindical pueden verse con mayor claridad en el caso de los trabajadores municipales de la ciudad de Buenos Aires. Varios dirigentes del sindicalismo revolucionario fueron beneficiados con puestos en la administración municipal y rápidamente formaron su propio sindicato, luego del fracaso de sus intentos de ganar influencia en la UOM. Además de las razones aducidas para contribuir a formar la organización de los trabajadores estatales, la Unión Obrera Municipal estaba en manos de los socialistas.

La primera prueba de que los radicales antipersonalistas estaban incorporando a prominentes dirigentes gremiales del sindicalismo revolucionario a la plantilla de empleados municipales surgió en una reunión de la UOM celebrada en febrero de 1926, en la cual el debate se centró en la cuestión de si el sindicato debía apartarse de la USA y afiliarse a una nueva confederación de obediencia socialista. Daba la casualidad de que varios nuevos miembros de la UOM, que tuvieron un destacado papel en el debate, eran empleados municipales recientes y habían tenido cargos importantes en el movimiento sindical. Los relatos sobre lo que pasó exactamente en la reunión varían, pero los socialistas lograron mantener el control. Comenzaron entonces a volar acusaciones de uno y otro lado. A mediados de 1927 se creó un nuevo sindicato, que a la larga se convirtió en la Asociación de Trabajadores de la Comuna (ATC).

En 1924 y 1925 (y más adelante, aunque en menor medida) una serie de importantes dirigentes gremiales de la tendencia sindicalista revolucionaria obtuvieron puestos en la administración municipal. Muchos de ellos, al menos en opinión de los socialistas, tenían una reputación bastante dudosa. Varios estaban vinculados a sindicatos con sede en La Boca. Los socialistas afirmaban que los sindicalistas revolucionarios habían hecho acuerdos con caudillos antipersonalistas para fundar un nuevo sindicato

“apolítico” a cambio de empleos en el municipio. Los socialistas también sostenían que, en realidad, esos dirigentes del sindicalismo revolucionario no trabajaban o, al menos, no lo hacían con regularidad. Según la UOM, en 1930 hacía tres años que el secretario general de la ATC trabajaba en la municipalidad, pero había pasado la mitad de ese tiempo con licencia médica.⁷⁴

Aunque quizá no todas fueran ciertas, las acusaciones que salían a la superficie muestran efectivamente lo que quería hacer la administración de Alvear. También nos permiten saber quiénes eran esos dirigentes y por qué necesitaban empleos municipales. Muchos de ellos habían pertenecido a sindicatos que habían sufrido grandes derrotas. El caso más interesante es el de José R. Luz o Máximo Rita (había discrepancias acerca de cuál era exactamente su nombre y por qué usaba varios). Luz obtuvo un puesto en el municipio en julio de 1925 y se afilió a la UOM en enero de 1926, ocho días antes de la polémica reunión antes mencionada, en la cual tuvo un destacado papel. Según lo que él mismo decía, había trabajado dieciocho años para varios sindicatos de tendencias sindicalistas revolucionarias, muchos de ellos con sede en La Boca, incluidos la FOM y el gremio de los astilleros. En 1923 fue expulsado de la UOL de Buenos Aires, la federación regional de sindicatos, por aceptar dinero de la organización en pago de días no trabajados. Luz afirmaba que un malentendido lo había llevado a tomar el dinero, pero sus adversarios eran menos benévolos.⁷⁵

Otro dirigente, Américo Biondi, había sido activista en la federación de trabajadores de los astilleros, a cuyo sindicato se afilió en 1906. Al parecer, era allegado a los caudillos de La Boca y a Alberto Barceló, el caudillo conservador del cercano suburbio industrial de Avellaneda. Biondi apoyaba la postura antipolítica de su sindicato. Estuvo en contra de que este pidiera al gobierno el indulto de un dirigente gremial, Atilio Biondi, encarcelado por desafiar una disposición oficial que prohibía la publicación de materiales anarquistas; no obstante, con la ayuda de caudillos boquenses convenció a Yrigoyen de que firmara el indulto. Trabajó junto a su sindicato contra la ley de creación de cajas de jubilaciones de 1923, pero se lo vio en la isla Maciel, una barriada obrera vecina a La Boca, haciendo campaña a favor de la ley. Se incorporó a la administración municipal el 6 de junio de 1924 con el cargo de inspector de previsión social y un salario mensual de 250 pesos. Fue despedido en diciembre, sin duda porque la ley

de jubilaciones nunca se implementó del todo, pero un mes después se le asignó otro cargo en el municipio con un sueldo de 220 pesos por mes.⁷⁶

Alejandro Protti había tenido un papel protagónico tanto en el sindicato de los astilleros como en la FOM. Había asistido a convenciones de confederaciones sindicales nacionales, además de haber sido miembro del Comité Central de la confederación sindicalista revolucionaria y secretario de la UOL. Obtuvo su cargo en el municipio gracias a la recomendación de un poderoso caudillo político que era su amigo personal. Hacia 1928 era capataz en el quemadero municipal de basura, donde doce trabajadores lo acusaron de utilizar su puesto para colaborar con la ATC. No pudo, empero, obtener la ciudadanía: la policía se negó varias veces a otorgarle el certificado de buena conducta, debido a su papel en la distribución de propaganda antimilitar.⁷⁷

Otras personas que tenían cargos claves en la ATC también tenían largas historias sindicales y habían sido designadas en cargos municipales más o menos al mismo tiempo. Sebastián Ferrer había tenido activa participación en la federación sindical anarquista, la FORA V, y luego fue secretario general de la USA, antes de incorporarse a la plantilla municipal y a la ATC. Pedro Milesi había asistido al último congreso de la FORA IX y había sido secretario general del sindicato metalúrgico. Dejó este último tras una disputa no saldada en torno de temas de dinero. Milesi tenía vínculos con el sindicalismo revolucionario, pero se había afiliado al Partido Comunista, del que fue rápidamente expulsado. Más adelante el partido lo acusó de ser un agente de la policía. Ángel López había integrado el Comité Central de la USA. Manuel Monzón había sido activista en una organización de trabajadores ferroviarios de Entre Ríos y una figura clave en una confederación sindical provincial que se desintegró a raíz de una huelga.⁷⁸ Otras personas a quienes se designó en empleos municipales tenían antecedentes similares, y significaría poner a prueba nuestra credulidad suponer que los caudillos partidistas que las recomendaban y quienes hacían en concreto las designaciones no sabían qué estaban haciendo. Su intención era crear un sindicato de trabajadores municipales que les fuera favorable. En sus tratos con las autoridades del municipio la ATC se comportaba, en efecto, de manera similar a la UOM.⁷⁹

La ATC había apostado al caballo equivocado, y la victoria de los personalistas en 1928 la puso en una situación difícil. Según la UOM, trató

de llegar a un arreglo con los vencedores. Si las acusaciones hechas por su organización rival de obediencia socialista son exactas —a saber, que ofrecía mejoras en las condiciones a quienes se afiliaran a su sindicato—, cabe deducir que había alcanzado un *modus vivendi* con los radicales personalistas.⁸⁰

Los antipersonalistas trataron de crear sindicatos amigos y que pudieran ayudarlos a conseguir votos, sobre todo en La Boca. Pero ofrecían demasiado poco y enfrentaban una seria competencia, especialmente de los socialistas y de la que planteaba la popularidad personal de Yrigoyen.

Conclusión

Como su predecesora, la administración de Alvear intentó ganarse el apoyo de las clases populares por medio de contactos con el movimiento sindical. También tuvo una política obrerista. El gobierno tuvo un éxito parcial en la transformación del movimiento sindical, al contribuir a crear sindicatos que ofrecieran mejores condiciones a cambio de disciplina. Ayudó a construir un poderoso sindicato ferroviario, pero es improbable que al hacerlo ganara una cantidad importante de votos. La creación de sindicatos de empleados estatales y municipales no tuvo una gran repercusión. Se trataba de organizaciones pequeñas y que no tenían mucho para ofrecer. Los antipersonalistas no conquistaron una gran popularidad. En las elecciones parlamentarias de 1926 y 1928 hubo en Buenos Aires una correlación positiva creciente entre los trabajadores y los votos obtenidos por los radicales personalistas.⁸¹

La situación en la zona portuaria destaca a las claras los problemas de la administración. En 1925 el diario del Partido Comunista afirmaba que esa administración estaba dividida en dos campos: los que se oponían abiertamente a los trabajadores y los que —como Anastasi, que luego fue el nuevo jefe del aparato antipersonalista en la capital— eran antiobreros pero estaban interesados en ganar el voto de los trabajadores. La afirmación sobre el carácter antiobrero de Anastasi es falsa, pero el resto tiene sentido. Hermelo y Domecq García estaban contra los sindicatos. Anastasi, en cambio, tenía buenos contactos con una gran cantidad de sindicalistas revolucionarios y había sido abogado de la FOM. También declaraba seguir una política obrerista. Tamborini, desde su cargo de ministro del Interior,

tuvo alguna influencia en esa estrategia.⁸² No obstante, Alvear nunca hizo que su gobierno se encaminara en una u otra dirección.

Las actividades de un Ortiz o un Anastasi no contrapesaron las de un Hermelo o las políticas generalmente torpes de la administración de Alvear. La presencia de muchos integrantes de la Liga Patriótica en el gobierno y el apoyo a la creación de cajas de jubilaciones contribuyeron a socavar la posición del gobierno entre los sindicatos y los trabajadores. Con todo, las políticas laborales de la administración no pueden tildarse sin más de conservadoras, como lo indica su ayuda a la UF, que es un mentís de ese calificativo.

Notas

¹ F. Luna, *Alvear*, op. cit.

² *La Prensa*, 8 de julio y 4 y 23 de agosto de 1929.

³ P. B. Goodwin, *Los ferrocarriles británicos...*, op. cit., pp. 270-285.

⁴ *La Época*, 16 de julio de 1927 a 12 de marzo de 1928, y *La Confederación*, diciembre de 1927.

⁵ Comisión Especial de Representantes de Empresas y Obreros Ferroviarios, *Revisión de escalafones, convenios y reglamentos*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1930, p. 159. Con referencia a las peleas con los sindicalistas revolucionarios, véanse los números de *Bandera Proletaria* correspondientes a todo ese período.

⁶ Comisión Especial de Representantes de Empresas y Obreros Ferroviarios, *Revisión de escalafones...*, op. cit., p. 176. Bernardo Becerra fue elegido diputado en 1931 en representación del Partido Conservador de la provincia de Buenos Aires. Sobre el incidente, véase J. Horowitz, *Argentine Unions...*, op. cit., p. 139.

⁷ Véase P. B. Goodwin, *Los ferrocarriles británicos...*, op. cit., en especial p. 273, acerca de la importancia de tener un abogado radical.

⁸ *La Confraternidad*, marzo a noviembre de 1922; *Unión Sindical*, 8 de abril a 29 de julio de 1922; *Bandera Proletaria*, 28 de septiembre a 29 de octubre de 1922 y 14 de enero y 24 de marzo de 1923; *Copiadores de cartas de USA*, cartas de abril a agosto de 1922; M. V. Fernández, *La Unión Ferroviaria...*, op. cit., pp. 127-148; H. Goldberg, "Railroad unionization...", op. cit., pp. 194-238, y *El Obrero Ferroviario*, 1º de febrero de 1922 a 1º de febrero de 1923.

⁹ *El Obrero Ferroviario*, 16 de marzo, 1º de abril y 16 de octubre de 1922, 16 de diciembre de 1922 a 1º de febrero de 1923 y 16 de agosto de 1923; *La Confraternidad*, enero y febrero de 1923; DNT, *Crónica Mensual*, enero de 1923, pp. 983-988; P. B. Goodwin, *Los ferrocarriles británicos...*, op. cit., pp. 223-226 y 230-232, y Ministerio del Interior, *Crónica Informativa*, diciembre de 1926, p. 89.

¹⁰ Unión Ferroviaria, *Memoria y balance de la Comisión Directiva, 1922-23*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Federación Gráfica Bonaerense, 1924, p. 6 (en lo sucesivo,

UF, *Memoria y balance*, año); *Boletín de Servicios*, 5 de febrero de 1921, p. 3; *La Unión del Marino*, julio y septiembre de 1922; M. V. Fernández, *La Unión Ferroviaria...*, op. cit., pp. 163-164; H. Goldberg, "Railroad unionization...", op. cit., pp. 245-257; *Bandera Proletaria*, 14 de junio de 1923, y *El Obrero Ferroviario*, 16 de octubre de 1922 y 1º a 16 de junio de 1923. Sobre el papel de la personería jurídica, véase Line Schjolden, "Suing for justice: labor and the courts in Argentina, 1900-1943", tesis de doctorado, University of California, Berkeley, 2002, pp. 230-234.

¹¹ *El Obrero Ferroviario*, 16 de junio, 16 de julio, 16 de agosto, 1º de noviembre y 1º y 16 de diciembre de 1923 y 16 de febrero de 1924.

¹² Policía de la Capital Federal, *Memoria, antecedentes, datos estadísticos y crónica de actos públicos, correspondientes al año 1923*, Buenos Aires, s. n., 1924, p. 75.

¹³ R. A. Molina, "Presidencia de Marcelo T. de Alvear", op. cit., pp. 278 y 296-297; P. B. Goodwin, *Los ferrocarriles británicos...*, op. cit., p. 223; *El Obrero Ferroviario*, 16 de junio de 1923, y *La Prensa*, 8 de enero a 7 de febrero de 1925.

¹⁴ Winthrop R. Wright, *British-Owned Railways in Argentina: Their Effect on the Growth of Economic Nationalism, 1854-1948*, Austin, University of Texas Press, 1974, p. 127 [trad. esp.: *Los ferrocarriles ingleses en la Argentina: su influencia en el nacionalismo económico, 1854-1948*, Buenos Aires, Emecé, 1980].

¹⁵ *El Obrero Ferroviario*, 16 de marzo y junio de 1923 y 16 de julio de 1924; Ministerio del Interior, *Crónica Informativa*, diciembre de 1926, pp. 129-141, y Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, II, 4 de junio de 1923, pp. 585-593, I, 25 de junio de 1924, pp. 745-747, y II, 3 de julio de 1924, pp. 281-312.

¹⁶ *Nueva Era* (Avellaneda), 13 de junio de 1925, y *El Obrero Ferroviario*, 16 de febrero, 16 de marzo y 1º de junio de 1925.

¹⁷ Ministerio del Interior, *Crónica Informativa*, diciembre de 1926, p. 96; *La Acción*, 22 de enero de 1925; *La Prensa*, 26 de marzo, agosto y 2 de octubre de 1925, y véase *infra*.

¹⁸ *El Obrero Ferroviario*, 1º de julio de 1924 y 1º de febrero de 1925 a 1º de enero de 1926; UF, *Memoria y balance*, 1925, pp. 5-13, y M. V. Fernández, *La Unión Ferroviaria...*, op. cit., pp. 152 y 168.

¹⁹ M. V. Fernández, *La Unión Ferroviaria...*, op. cit., p. 152, y J. Horowitz, *Argentine Unions...*, op. cit., pp. 157-160.

²⁰ Luis M. Rodríguez, Programa de Historia Oral del Instituto Di Tella, p. 17.

²¹ *El Obrero Ferroviario*, 1º de mayo a 1º de julio y 1º y 16 de septiembre de 1926; *La Vanguardia*, 23 de abril a 6 de mayo de 1926; *La Argentina*, 23 de abril a 6 de mayo de 1926; *Boletín de Servicios*, 5 de mayo de 1926, pp. 197-198; Ministerio del Interior, *Crónica informativa*, diciembre de 1926, pp. 95-118; M. V. Fernández, *La Unión Ferroviaria...*, op. cit., pp. 168-176; P. B. Goodwin, *Los ferrocarriles británicos...*, op. cit., pp. 241-247, y Félix Luna, *Ortiz: reportaje a la Argentina opulenta*, Buenos Aires, Sudamericana, 1978, p. 96.

²² *La Acción*, 23 de febrero de 1927.

²³ M. V. Fernández, *La Unión Ferroviaria...*, op. cit., p. 172.

²⁴ *El Obrero Ferroviario*, 16 de octubre de 1942.

²⁵ *El Obrero Ferroviario*, 16 de septiembre de 1925.

²⁶ *La Época*, mayo de 1927 a 31 de marzo de 1928; véanse por ejemplo 16 a 18 y 25 de julio de 1927. Véanse también *La Acción*, 28 de enero de 1928, y *La Vanguardia*, 16 de diciembre de 1927.

²⁷ El periódico comunista *La Internacional*, 23 de julio de 1927, consideraba que detrás de algunas de esas organizaciones había sindicalistas revolucionarios vinculados al radicalismo.

²⁸ *Confederación*, diciembre de 1927, y *El Obrero Ferroviario*, 1º de septiembre, 1º de octubre, 16 de noviembre y 16 de diciembre de 1927.

²⁹ F. Luna, *Ortiz...*, op. cit., pp. 96-97; *El Obrero Ferroviario*, 16 de marzo y 1º de septiembre a 1º de noviembre de 1927 y 16 de abril y 16 de mayo de 1928; M. V. Fernández, *La Unión Ferroviaria...*, op. cit., pp. 176 y 178; *La Prensa*, 24 a 26 de agosto de 1927 y 16 de mayo a 14 de junio de 1928; *La Acción*, 26 de agosto y 20 de octubre de 1927; *La Época*, 27 de agosto y 21 de octubre de 1927, y P. B. Goodwin, *Los ferrocarriles británicos...*, op. cit., pp. 251-258.

³⁰ José Domenech, Programa de Historia Oral del Instituto Di Tella, p. 65; véanse también pp. 25-26; Luis M. Rodríguez, Programa de Historia Oral del Instituto Di Tella, p. 17, y J. Horowitz, *Argentine Unions...*, op. cit., pp. 140-144 y 157-163.

³¹ *El Obrero Ferroviario*, 16 de junio de 1926. Moderaba el elogio una crítica al jefe de la oficina de control del trabajo ferroviario.

³² *El Obrero Ferroviario*, 16 de octubre de 1927.

³³ Ministerio del Interior, *Crónica Informativa*, diciembre de 1927, pp. 70-161, y *El Obrero Ferroviario*, 1º de mayo y 16 de diciembre de 1927.

³⁴ La cantidad de aportantes de la UF se calculó sobre la base de Unión Ferroviaria, *Memoria y balance*, 1922-23, 1925, 1926, 1928 y 1930, y Mario Bravo, *Capítulos de legislación obrera*, Buenos Aires, Imprenta A. García y Cía., 1927, p. 51. Las cifras de la *Memoria* y de Bravo difieren para 1923. He utilizado las cifras oficiales. Para *La Fraternidad*, J. B. Chiti y F. Agnelli, *Cincuentenario de "La Fraternidad"...*, op. cit., p. 457. Para los aportantes a la caja de jubilaciones, Ministerio de Obras Públicas, Caja Nacional de Pensiones de Empleados Ferroviarios, *Memoria correspondiente al año 1941*, Buenos Aires, 1942, p. 54.

³⁵ *The Review of the River Plate*, 21 de marzo de 1930, p. 23.

³⁶ H. Goldberg, "Railroad unionization...", op. cit., pp. 260-272, y J. Horowitz, *Argentine Unions...*, op. cit.

³⁷ Juan Rodríguez, Programa de Historia Oral del Instituto Di Tella, pp. 6-7; José Domenech, Programa de Historia Oral del Instituto Di Tella, p. 166, y Sebastián Marotta, entrevistado por Robert J. Alexander, 27 de noviembre de 1946.

³⁸ Según Steve Fraser, *Labor Will Rule: Sidney Hillman and the Rise of American Labor*, Nueva York, Free Press, 1991, el dirigente sindical norteamericano Sidney Hillman tomó una decisión similar en una actividad extremadamente diferente, la industria del vestido. Hillman sentía que debido a la falta de mano de obra calificada en su industria, las condiciones solo podían mejorar con la ayuda del gobierno, y estaba dispuesto a sofocar huelgas y aceptar algunas políticas que no le gustaban para poder implementar las que quería.

³⁹ S. M. Deutsch, *Counterrevolution in Argentina...*, op. cit., pp. 76-85; L. M. Carerina, *La Liga Patriótica Argentina...*, op. cit., pp. 31-35 y 91, y *La Unión del Marino*, noviembre de 1921.

⁴⁰ *La Unión del Marino*, julio de 1921 a noviembre de 1922.

⁴¹ *La Unión del Marino*, diciembre de 1922 y marzo de 1923.

⁴² *La Unión del Marino*, octubre de 1922 a febrero de 1923, septiembre de 1923, febrero, abril y mayo de 1924 y agosto de 1925.

⁴³ *La Unión del Marino*, marzo de 1923.

⁴⁴ Véanse en especial *La Unión del Marino*, noviembre de 1923 y febrero a abril de 1924; *La Época*, 18 a 28 de enero y 17 a 25 de marzo de 1924; *La Acción*, 20 a 29 de enero de 1924; *La Prensa*, 21 a 26 de marzo y 1º de abril de 1924; *Boletín de Servicios*, 5 de abril de 1924, pp. 181-183, y *La Internacional*, 21 y 22 de enero de 1924. La inquietud del gobierno puede explicarse por la negativa del sindicato a permitirle intervenir en su favor. G. de Laforcade, "Ideas, action, and experience...", op. cit., p. 27.

⁴⁵ *La Internacional*, 16 de abril de 1924; *Bandera Proletaria*, 26 de abril de 1924; *La Época*, 15 y 16 de abril de 1924; *La Prensa*, 15 a 17 y 23 de abril de 1924; *La Acción*, 24 de abril de 1924; *Boletín de Servicios*, 20 de abril de 1924, pp. 201-202, y *La Unión del Marino*, mayo de 1924. Los detalles del incidente son oscuros. El ministro de Marina afirmó que el tripulante cuestionado solo debía un mes de cuota, \$ 1,50, pero la FOM sostuvo que en el viaje anterior el capitán había zarpado con ocho tripulantes a quienes no debería haberse permitido navegar. El capitán había prometido que en su próximo viaje todo estaría en orden para zarpar, pero a último momento intentó desembarcar a un hombre en condiciones de navegar para reemplazarlo por uno de aquellos ocho. Véanse en especial Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, V, 29 de agosto de 1924, pp. 81-83, y *La Prensa*, 16 de abril de 1924. La tripulación pagó un precio sumamente alto por este conflicto: seis meses de cárcel. *Bandera Proletaria*, 29 de noviembre de 1924.

⁴⁶ *La Internacional*, 20 a 22 de enero, 16 de abril, 27 de junio y 22 de noviembre de 1924; *Bandera Proletaria*, 26 de enero, 25 de abril y 24 de noviembre de 1924; *La Época*, 24 de abril de 1924; *La Acción*, 26 de abril de 1924; *El Obrero Ferroviario*, 1º de diciembre de 1924; *La Unión del Marino*, mayo de 1924; S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 3, pp. 160-161; Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, I, 23 de junio de 1924, en especial pp. 443-446, 466-467, 475, 483-484, 501-502 y 555, y Ministerio del Interior, *Memoria 1924-25*, pp. 571-572.

⁴⁷ *Bandera Proletaria*, 17 de mayo de 1924; *La Unión del Marino*, junio de 1924; *Boletín de Servicios*, 20 de mayo de 1924, pp. 262-264; *La Vanguardia*, 5 a 15 de mayo de 1924; *La Acción*, 9 a 15 de mayo de 1924; *La Prensa*, 3 a 17 de mayo de 1924; *La Época*, 3 a 14 de mayo de 1924, y S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 3, pp. 66-67.

⁴⁸ *Bandera Proletaria*, 12 de julio a 6 de diciembre de 1924; *La Internacional*, 16 de agosto a 7 de noviembre de 1924; *El Obrero Municipal*, septiembre a noviembre de 1924; *El Obrero Gráfico*, agosto-septiembre y octubre-noviembre de 1924; *La Confraternidad*, octubre de 1924; *La Época*, 8 de julio a 24 de octubre de 1924; *La Prensa*, 8 de julio a 24 de octubre de 1924; Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, IV, 27 de agosto de 1924,

pp. 716-727, y V, 29 de agosto de 1924, pp. 80-145, en especial p. 129; S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 3, pp. 179-181; *Boletín de Servicios*, 20 de agosto a 5 de noviembre de 1924; *El Obrero Ferroviario*, 1º de septiembre a 1º de diciembre de 1924, y Ministerio del Interior, *Crónica Informativa*, agosto de 1927, pp. 71-82.

⁴⁹ Véase el *Boletín de Servicios* de este período.

⁵⁰ Véase, por ejemplo, *Bandera Proletaria*, 28 de febrero de 1925.

⁵¹ *Bandera Proletaria*, 10 de enero y 25 de marzo de 1925; *La Argentina*, 26 de enero de 1925, y *La Acción*, 5 y 10 de marzo de 1925. Véanse también *La Internacional*, 20 a 22 de enero, 16 de abril, 27 de junio y 22 de noviembre de 1924; *El Obrero Ferroviario*, 1º de diciembre de 1924 y 16 de marzo de 1925, y *Bandera Proletaria*, 26 de enero, 25 de abril y 15 de noviembre de 1924.

⁵² Se encontrarán ejemplos en *Bandera Proletaria*, 15 de noviembre de 1924 y 10 de enero, 21 de marzo y 18 de julio de 1925; *El Obrero Municipal*, abril de 1925; *El Obrero Ferroviario*, 16 de mayo de 1925; *La Prensa*, 1º de abril de 1925; *La Argentina*, 11 y 23 de mayo y 6 de junio de 1925; *Boletín de Servicios*, 5 de mayo de 1925, p. 205; *La Internacional*, 22 de noviembre de 1924 y 12 y 20 a 22 de mayo de 1925; *La Época*, 1º de febrero de 1925; Cámara de Senadores, *Diario de sesiones*, I, 15 de mayo de 1925, pp. 72-79; *Almanaque del trabajo para el año 1929*, Buenos Aires, Partido Socialista Independiente, 1928, pp. 274-275; M. S. Casaretto, *Historia del movimiento obrero...*, op. cit., vol. 2, pp. 29-32, y S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 3, p. 182.

⁵³ Ministerio del Interior, *Crónica Informativa*, agosto de 1927, p. 85, y S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 3, p. 206.

⁵⁴ Ministerio del Interior, *Crónica Informativa*, agosto de 1927, p. 61.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 85-86; M. S. Casaretto, *Historia del movimiento obrero...*, op. cit., vol. 2, pp. 30-33; *La Argentina*, 18 de junio a 25 de julio de 1925; *La Unión del Marino*, agosto y septiembre de 1925; *Bandera Proletaria*, 25 de julio, 15 de agosto, 26 de septiembre y 31 de octubre de 1925; *La Internacional*, 28 de julio y 27 de septiembre de 1925, y *El Obrero Ferroviario*, 16 de octubre de 1925.

⁵⁶ Reproducido en Ministerio del Interior, *Crónica Informativa*, agosto de 1927, p. 85; véase también p. 86.

⁵⁷ *La Internacional*, 29 de septiembre, 1º y 11 de octubre, 29 de noviembre y 10 de diciembre de 1925 y 14 de enero de 1926; *Bandera Proletaria*, 10, 17 y 31 de octubre y 5 y 12 de diciembre de 1925; *El Obrero Gráfico*, diciembre de 1925; Ministerio del Interior, *Memoria 1925-26*, p. 454; *La Argentina*, 11 de julio de 1925 y 2 de agosto de 1926, y *La Unión del Marino*, agosto de 1925. La posición del gobierno no era coherente. Véase, por ejemplo, *La Internacional*, 27 de marzo y 5 de mayo de 1926.

⁵⁸ *La Internacional*, 29 de septiembre de 1925 y 14 y 20 de enero, 20 de julio y 15 de agosto de 1926; *La Prensa*, 25 de septiembre de 1925; *Bandera Proletaria*, 10 y 17 de octubre de 1925 y 23 de enero, 24 de julio y 11 de septiembre de 1926; *La Argentina*, 1º, 11 y 18 de octubre y 14 de diciembre de 1925 y 12 a 26 de enero, 1º y 4 de febrero, 28 de marzo, 1º a 6 de mayo, 13 a 16 de julio y 2, 8, 12 y 14 de agosto de 1926.

⁵⁹ *La Internacional*, 4 de diciembre de 1926; *La Chispa*, Rosario, 27 de diciembre de 1926, y S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 3, p. 86.

⁶⁰ *La Acción*, 19 de enero de 1927.

⁶¹ Véase *La Acción*, 20 y 28 de enero de 1927. Sobre la huelga y la bomba, véanse *Bandera Proletaria*, 25 de diciembre de 1926 y 15 a 29 de enero, 12 de febrero, 12 de marzo y 28 de mayo de 1927; *La Internacional*, 29 de enero, 5 de febrero y 12 de marzo de 1927; *La Acción*, 19 y 26 a 29 de enero y 8 de febrero de 1927; *La Vanguardia*, 21 a 30 de diciembre de 1926 y 7 y 20 de mayo de 1927; Ministerio del Interior, *Crónica Informativa*, enero de 1927, p. 69; DNT, *Crónica Mensual*, julio de 1927, p. 2067, y S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 3, pp. 252-253.

⁶² *La Internacional*, 30 de abril de 1927, y *Libertad*, 1º de septiembre de 1927.

⁶³ *La Acción*, 22 de enero y 1º de febrero de 1927.

⁶⁴ M. S. Casaretto, *Historia del movimiento obrero...*, op. cit., vol. 2, pp. 32-33; *La Época*, 8 de junio de 1927; Ministerio del Interior, *Crónica Informativa*, agosto de 1927, pp. 91-95; *Bandera Proletaria*, 9 de julio, 8 y 29 de octubre y 26 de noviembre de 1927; Consejo de Relaciones Marítimas, *Actas*, 1-5, 15 de septiembre a 22 de octubre de 1927; *Confederación*, julio de 1927; *La Internacional*, 1º de octubre y 19 de noviembre de 1927; *Libertad*, 10 y 15 de septiembre y 1º y 4 de octubre de 1927, y *La Acción*, 19 de marzo, 29 de abril, 30 de junio, 17 de julio, y 6 de septiembre a 4 de octubre de 1927.

⁶⁵ *Bandera Proletaria*, 15 de octubre y 3 de diciembre de 1927 y 7 de enero y 31 de marzo de 1928; *Libertad*, 7 y 14 de marzo de 1928; *La Internacional*, 24 de diciembre de 1927; *La Época*, 17 y 20 de septiembre y 30 de diciembre de 1927; *La Vanguardia*, 1º, 29 y 30 de diciembre de 1927, y *La Acción*, 17 de noviembre de 1927.

⁶⁶ Consejo de Relaciones Marítimas, *Actas*, 6, 29 de octubre de 1927; *La Prensa*, 3 y 4 de enero de 1928; *La Época*, 7 de enero de 1928, y *Bandera Proletaria*, 14 de enero de 1928.

⁶⁷ Véanse *La Época*, 17 de septiembre de 1927 a 8 de marzo de 1928, en especial 24 de octubre y 30 de diciembre de 1927; *La Internacional*, 31 de diciembre de 1927; *Bandera Proletaria*, 4 de febrero y 10 a 24 de marzo de 1928; *Libertad*, 27 de febrero, 3 y 22 de marzo y 18 de mayo de 1928; Consejo de Relaciones Marítimas, *Actas*, 17-18, 17 de marzo a 1º de abril de 1928, y DNT, *Crónica Mensual*, enero de 1928, pp. 2276-2277.

⁶⁸ M. S. Casaretto, *Historia del movimiento obrero...*, op. cit., vol. 2, pp. 33-35; *Libertad*, 22 de marzo, 8 a 17 de abril y 4 de mayo de 1928, y *Bandera Proletaria*, 5 de noviembre de 1927 y 14 de abril, 2 y 9 de junio y 22 de septiembre de 1928.

⁶⁹ Consejo de Relaciones Marítimas, *Actas*, 9, 12 y 19, 24 de noviembre y 31 de diciembre de 1927 y 30 de abril de 1928, y *Bandera Proletaria*, 3 de diciembre de 1927 y 7 de enero de 1928.

⁷⁰ *Libertad*, 4 y 15 de abril de 1928, y *Bandera Proletaria*, 11 de agosto de 1928.

⁷¹ Los resultados de la elección se encontrarán en R. J. Walter, *The Socialist Party...*, op. cit., p. 215.

⁷² *Libertad*, 4 de abril, 31 de mayo y 5 y 21 de junio de 1928; *Bandera Proletaria*, 2, 9 y 24 de junio, 21 y 28 de julio y 22 y 29 de septiembre de 1928; *La Internacional*, 25 de agosto de 1928; *La Unión del Marino*, mayo y junio de 1928, y Consejo de Relaciones Marítimas, *Actas*, 19-22, 24-25 y 32-33, 30 de abril a 8 de septiembre de 1928.

⁷³ *La Argentina*, 21 de septiembre, 1º y 30 de octubre y 25 de noviembre de 1925 y 18 de enero y 12 y 15 de julio de 1926; *La Acción*, 1º y 7 de noviembre de 1927; *Crítica*,

23 de febrero de 1929; *Unión Sindical*, 8 y 22 de abril de 1922; *Bandera Proletaria*, 17 de agosto de 1927; S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 3, pp. 86 y 150; Andrés Cabona, "Un homenaje y una reivindicación", en Diego Abad de Santillán et al., *Vida, obra y trascendencia de Sebastián Marotta: juicios, semblanzas y anecdotario de un precursor del sindicalismo*, Buenos Aires, Editorial Calomino, 1971, p. 153; <http://www.torcuatoditella.com/> [hoy inaccesible] (consultado el 10 de julio de 2004), y Colección Emilio Ravignani, serie 2, caja 6, 260. Altrudi se incorporó a la Asociación Trabajadores del Estado en 1928, pero no está claro si lo hizo antes de que Yrigoyen asumiera la presidencia. Ignoro la fecha de afiliación de Sparnochia a ese mismo sindicato.

⁷⁴ *El Obrero Municipal*, octubre de 1925, marzo, abril y octubre de 1926, mayo y julio de 1927 y 1º de junio de 1930; *Bandera Proletaria*, 13 de febrero de 1926; *La Vanguardia*, 8 de mayo de 1927; *La Internacional*, 4 de diciembre de 1926, y *La Acción*, 23 de abril y 17 de junio de 1927.

⁷⁵ *Bandera Proletaria*, 21 de septiembre de 1929; *El Obrero Municipal*, septiembre a octubre de 1926 y marzo y mayo de 1927; *La Vanguardia*, 8 de mayo de 1927, y *La Unión del Marino*, julio de 1923.

⁷⁶ *El Obrero Municipal*, marzo a julio de 1927. Véase también E. Bilsky, *La Semana Trágica*, op. cit., pp. 102-103.

⁷⁷ *La Confederación*, diciembre de 1927; *El Obrero Municipal*, julio de 1927 y 16 de junio, 16 de agosto y 1º de noviembre de 1928; S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 3, pp. 132, 150 y 173; Policía Federal Argentina, Archivo General, Orden Social, *Extractos y diligencia*, 26 de julio de 1928 a 26 de junio de 1929, núm. 3073, p. 18, y *Copiadores de cartas*, 26 de junio de 1929 a 7 de octubre de 1930, núm. 1230, p. 55.

⁷⁸ *El Obrero Municipal*, julio, agosto y diciembre de 1927; *Bandera Proletaria*, 6 y 20 de diciembre de 1924; *Libertad*, 23 de junio de 1928; S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 3, pp. 52, 68, 132, 144, 150, 173 y 185; A. Cabona, "Un homenaje y una reivindicación", op. cit., p. 153, y Partido Comunista de la Argentina, *Esbozo de historia...*, op. cit., p. 52. Sobre los dirigentes de la ATC véase, por ejemplo, *Bandera Proletaria*, 2 de marzo de 1929 y 15 de marzo de 1930.

⁷⁹ *Libertad*, 9 de abril de 1928, y *Bandera Proletaria*, 17 de noviembre de 1928.

⁸⁰ *El Obrero Municipal*, 16 de noviembre de 1928, 1º de abril, 16 de octubre y 16 de diciembre de 1929 y 16 de enero de 1930.

⁸¹ D. Canton y J. R. Jorrat, *Elecciones en la ciudad...*, op. cit., vol. 2, p. 215.

⁸² *La Internacional*, 16 y 22 de mayo y 13 de agosto de 1925, 16 de enero de 1926 y 9 de abril de 1927, y *La Argentina*, 23 de marzo a 4 de abril de 1926.

Capítulo 7

Yrigoyen y la incapacidad de reinstaurar el obrerismo, 1928-1930

Humores contradictorios asaltaron al público en octubre de 1928, cuando Yrigoyen asumió el poder por segunda vez tras haber ganado las elecciones por amplio margen. Muchos temían y aborrecían la idea de verlo una vez más en el palacio presidencial. Circulaban rumores de golpe, y el ministro de Guerra de Alvear, Agustín P. Justo, se sintió obligado a desmentir su papel en una conspiración de esa índole.¹ Por otro lado, en las elecciones presidenciales y parlamentarias simultáneas, los radicales personalistas habían obtenido una aplastante victoria en todas las circunscripciones de la ciudad de Buenos Aires. En los comicios parlamentarios, más competitivos, habían alcanzado una cómoda mayoría en todas las circunscripciones predominantemente obreras.² El obrerismo había ejercido su efecto.

Existía la esperanza (y el temor) de que Yrigoyen volviera a apelar a las políticas de los años iniciales de su primera administración, cuando colaboraba con los trabajadores en huelga. En parte, estas expectativas se cumplieron. Durante los primeros días de la nueva administración, *La Época* dio su apoyo a los trabajadores. Por ejemplo, con referencia a un conflicto en el taller del ferrocarril Central Argentino en Pérez, en las afueras de Rosario, que el ministro de Obras Públicas intentaba resolver, el diario comentó: "Como se sabe, dicho conflicto fúndase en que la empresa no ha cumplido los convenios suscriptos con los obreros del riel, en lo que respecta a la construcción, arreglo y armado de coches".³

La respuesta de Yrigoyen a las expectativas planteadas por su retorno a la Casa Rosada fue un tanto embarullada. Su intención era basarse en la relación que había forjado en el pasado con el movimiento sindical, pero una serie de obstáculos hacían difícil que así fuera. Yrigoyen recelaba de la UF debido a su estructura centralizada y la presencia de socialistas en puestos claves. Otros sectores del movimiento sindical estaban muy divididos, lo cual dificultaba la cooperación con ellos. Yrigoyen también quería tener mejores relaciones con los británicos, pero no tardó en enfrentar graves problemas políticos, producidos en parte por el inicio de la Depresión. Carecía, por otra parte, de la energía de antaño.

La respuesta inicial del movimiento obrero a la administración de Yrigoyen

Muchos trabajadores creían que Yrigoyen simpatizaría con ellos, por lo cual utilizaron la oportunidad representada por su regreso a la Casa Rosada. Tras las elecciones se estableció por primera vez desde 1919 un sindicato en la industria telefónica, que llegaría a ser la Federación Obreros y Empleados Telefónicos (FOET). Pese a una conexión inicial con la Federación de Empleados de Comercio, dominada por los socialistas, los sindicalistas revolucionarios lograron controlar la nueva organización. Luis Gay, un dirigente que alcanzó casi desde el principio una posición preponderante, afirmó que no era radical en la época, pero que siempre había simpatizado con la UCR. Su padre había sido radical y gracias a sus conexiones Gay obtuvo su primer trabajo, un puesto en la legislatura de la provincia de Buenos Aires.⁴ El nuevo sindicato tenía varias otras ventajas. La International Telephone and Telegraph, empresa con sede en los Estados Unidos, estaba por comprar la compañía telefónica británica, pero Yrigoyen prefería el capital británico al capital norteamericano. La compañía también quería obtener del gobierno tarifas más altas.⁵

Cuando la FOET presionó para conseguir un convenio, *La Época* adhirió a esa aspiración e Yrigoyen y el ministro del Interior, Elpidio González, se reunieron varias veces con el sindicato y la compañía. Colaboraron así en la negociación de un convenio que no solo elevó los salarios sino que estableció vacaciones pagas y licencias con goce de sueldo por enfermedad

y determinó las categorías laborales. Además, la compañía reconoció la comisión de reclamos del sindicato. Este se adjudicó un gran triunfo, que habría sido imposible sin la intervención gubernamental. Y si el sindicato estaba complacido, la compañía no lo estaba menos. No solo hizo pública su satisfacción, sino que, según el encargado de negocios interino de los Estados Unidos, "la actitud del ministro del Interior con la compañía fue [...] muy satisfactoria".⁶

La creciente amenaza de agitación laboral alimentó el temor de un retorno a la turbulencia en que se había sumido el país luego de 1916. En un mitin de la Liga Patriótica, su viejo líder Manuel Carlés propuso que, habida cuenta de la agitación que hacía presa de la clase obrera y lo que había sucedido en la presidencia anterior de Yrigoyen, las brigadas debían adoptar la organización marcial que habían tenido en 1919 y 1920 "para hallarse en condiciones de defender al vecindario contra la agresión de los grupos maleantes, disfrazados de huelguistas, digo, para cometer asaltos, asesinatos y atentados de todo género". Los concurrentes aprobaron la propuesta.⁷

En realidad la situación era más compleja. En 1928 el índice de huelgas en la ciudad de Buenos Aires creció de manera considerable en comparación con los años anteriores, pero no se incrementó luego de que Yrigoyen asumiera la presidencia; los paros sí parecían ser más frecuentes en las provincias. Las huelgas eran pequeñas; en 1928 y 1929 la cantidad de huelguistas promedió los 208 y 250 por paro, en comparación con 659 en 1927. Los resultados de las huelgas no eran alentadores para el movimiento obrero.⁸ Las reuniones de los trabajadores telefónicos con Yrigoyen o González no eran un hecho inusual; con frecuencia, estos se reunían con más de un grupo de trabajadores por día.⁹ Lo que sí era inusual, sin embargo, era el éxito de la FOET.

El puerto y Rosario como indicadores de los límites de la tolerancia

La disposición de la compañía telefónica a negociar hizo posible un acuerdo gestionado por el gobierno, pero muchas veces los empleadores se mostraban intransigentes. La situación económica todavía era buena, pero no lo sería por mucho tiempo más. La base electoral de Yrigoyen parecía só-

lida, lo cual significaba que no era necesario ampliarla constantemente. El presidente siguió siendo reacio a tolerar graves perturbaciones del orden público o la economía, y esta actitud hacía que las conquistas sindicales fueran arduas de lograr cuando la patronal se obstinaba en no ceder.

La prueba de fuego inicial de las políticas laborales de Yrigoyen fue el puerto de Buenos Aires, que había mantenido su papel simbólico ganado durante la primera presidencia. Por otra parte, existía la percepción de que la FOM tenía vínculos con la UCR; si la posición del movimiento obrero debía cambiar, esa organización era la candidata obvia para poner en marcha el proceso. Además, con la posible excepción de los ferroviarios, no había otros trabajadores que pudieran poner tan fácilmente al gobierno en una situación complicada.

Muchos trabajadores marítimos vieron la elección de Yrigoyen como una oportunidad de recuperar una posición dominante. Las tensiones entre el Consejo de Relaciones (el organismo coordinador de la FOM y los oficiales organizados) y la línea Mihanovich habían llegado a niveles muy altos. Los problemas eran claros. La agencia no había cumplido los acuerdos suscritos en 1924, como lo reconocía incluso *La Prensa*.¹⁰ También eran cruciales la presión ejercida, especialmente sobre los oficiales, para que se afiliaran a los sindicatos de empresa, y los obstáculos puestos a la actividad sindical. El consejo creía que Hermelo había procurado debilitar el sindicato y que un cambio en el gobierno los favorecería. Como los arreglos vigentes en el puerto se habían concertado con la intención de favorecer a los antipersonalistas, los personalistas iban a querer revertir la situación.

El Consejo de Relaciones se había preparado para el cambio de administración. Hizo acuerdos con sindicatos marítimos de Uruguay y Paraguay, muchos de cuyos afiliados también trabajaban para Mihanovich. Se presentó un pliego de demandas que pedían el cumplimiento de los acuerdos de 1924 y el reconocimiento, por parte de la agencia naviera, del derecho a sindicalizar y no permitir trabajar a quienes no estuvieran afiliados al sindicato.

La agencia precipitó una crisis justo antes de la asunción de Yrigoyen al despedir al capitán del *Bruselas* y, cuando este fue respaldado por su tripulación, recurrir a la fuerza para expulsarlos del barco. En las discusiones internas, Francisco García sostuvo que la huelga debía posponerse; en su opinión, solo había que declararla cuando el sindicato quisiese, y no cuan-

do la agencia naviera lo considerara conveniente. Pero no logró refrenar la urgencia por parar, y la huelga comenzó apenas seis días antes del cambio de gobierno. Aunque la FOM contó con la colaboración de sus pares de los otros países, la mayoría de los oficiales no desembarcaron. Esto permitió a Mihanovich dotar de personal a sus barcos. Aunque hubo bastante confusión debido a problemas con los remolcadores y, según la embajada norteamericana, una nítida disminución de la actividad marítima, los barcos zarparon.

La administración entrante tenía dos opiniones. Quería ayudar al sindicato pero sin perturbar el comercio. Desplegó en la zona portuaria la fuerza suficiente para limitar la violencia, pero sin lograrlo del todo. En uno de los incidentes se desató un tiroteo entre huelguistas y partidarios de la agencia, con el saldo de un muerto y un herido entre estos últimos. Este no fue ni con mucho el único hecho de esas características. Pese a una intensa vigilancia, cuando el *Apipé*, con una tripulación formada por rompeshuelgas, estaba por zarpar, un llamado anónimo advirtió a las autoridades de que había una bomba a bordo. Se dispuso entonces inundar la bodega para impedir la explosión, y de ese modo se demoró la zarpada. Según Osvaldo Bayer, el hombre que afirmó haber puesto la bomba era Severino Di Giovanni, el famoso anarquista italiano, que lo hizo sin el conocimiento de la FOM.

La administración de Yrigoyen se resolvió a alcanzar un arreglo. Las partes en disputa se reunieron regularmente con el ministro de Marina y más a menudo con Elpidio González, el ministro del Interior, y en ocasiones con el propio Yrigoyen. El gobierno secundó su deseo de llegar a un arreglo con órdenes a las autoridades portuarias para que no dieran documentos de trabajo al personal de reemplazo, con lo cual dificultó la utilización de rompeshuelgas. Al cabo de veinte días y numerosas reuniones se logró sacar adelante un acuerdo que permitía al sindicato declararse triunfante. Dicho acuerdo disponía la reincorporación de todos los trabajadores de buques de bandera argentina y el reconocimiento del derecho de asociación, y la agencia prometía respetar las condiciones laborales y salariales existentes. El sindicato no consiguió incluir el despido de los rompeshuelgas. Esto suscitó una discrepancia acerca de si los huelguistas iban a navegar en el mismo barco que antes del paro; una respuesta afirmativa implicaba la expulsión de los rompeshuelgas. El gobierno decidió en favor

del sindicato.¹¹ Los problemas, no obstante, continuaron, y la agencia dejó de mostrarse dispuesta a aceptar la actividad sindical. Los uruguayos, que habían hecho huelga en respaldo de los argentinos, seguían inactivos a causa del *lockout* patronal, y la FOM se sentía incapaz de hacer nada. González se negó a recibir al sindicato, aunque más adelante hubo delegaciones que se reunieron con él y con Yrigoyen.¹²

El gobierno pudo ver el resultado como un triunfo. El sindicato no estaba descontento. En un editorial, *La Prensa* sostuvo que esa era la manera como debían manejarse las huelgas, con firmeza y negociaciones gubernamentales. Para el editorialista ese proceder era óptimo, y al mismo tiempo criticaba la actitud de no intervención que se había visto en Rosario. La embajada norteamericana informó a Washington que "la prensa fue unánime en su aprobación de la actitud firme pero conciliadora del gobierno".¹³ Hacia fines de octubre el agregado militar de los Estados Unidos decía lo siguiente:

La manera muy pesimista en que un amplio círculo juzgó la idea del retorno de Yrigoyen a la presidencia parece estar cambiando. Lo que sigue es una cita de un editorial aparecido en el *Buenos Aires Herald* de esta ciudad: "No puede negarse el hecho de que hay un creciente espíritu de optimismo en los círculos empresariales y comerciales locales en lo tocante a la actuación del gobierno de Yrigoyen. La causa no reside tanto en las entrevistas que el presidente ha concedido a diversas delegaciones industriales y financieras y su deseo manifiesto de ayudar a comerciantes, ferrocarriles y productores a ampliar sus operaciones en la Argentina, como en su evidente negativa a seguir el camino al que agitadores sindicales y otros procuran arrastrarlo".¹⁴

Desde el punto de vista gubernamental, la huelga portuaria había resultado bien. Una ola huelguística simultánea en Rosario parecía mucho más ominosa. Como había comenzado antes de que Yrigoyen asumiera la presidencia, racionalmente no podía culpárselo. Aun así, las huelgas perturbaron la vida económica rosarina durante varios meses, afectando su puerto y servicios públicos como la energía eléctrica, los teléfonos, los tranvías y los ómnibus. También se extendieron a la ciudad de Santa Fe y otros puertos

de la provincia, y comenzaron a diseminarse por el cinturón cerealero, tanto en la propia Santa Fe como en Córdoba.

La huelga de Rosario contribuyó a marcar el tono del segundo mandato de Yrigoyen, pero es innecesario describirla en detalle porque dos artículos recientes la han examinado con cierta extensión.¹⁵ Es necesario, con todo, presentar un panorama general para ver el alcance del desafío al deseo de una sociedad ordenada. La ola de huelgas comenzó en mayo de 1928 y solo empezó a disiparse a mediados de 1929. Por otra parte, el movimiento tenía vínculos con la política y con la Unión Cívica Radical, lo cual lo hacía más perturbador para quienes lo veían como un heraldito del futuro.

La agitación laboral comenzó inmediatamente antes de que Miguel Gómez Cello asumiera su cargo de gobernador de Santa Fe. Gómez Cello era un radical personalista y había derrotado a un candidato del antipersonalismo gobernante. El nuevo gobernador designó a Ricardo Caballero, un voluble político radical que se especializaba en invocar a la clase obrera y había sido anarquista en su juventud, como jefe de policía de Rosario. El jefe de policía era el operador político clave del gobernador en la ciudad, y el papel de Caballero destaca la importancia que esa fuerza tenía en la política radical. También vuelve a recordar el papel que la policía desempeñaba en la agitación laboral. Cuando la fuerza policial retrocede y permite que los trabajadores utilicen la intimidación sobre la base de su número, el equilibrio de poder se desbalancea en favor de estos últimos.

En 1927 aproximadamente el 50% de los estibadores habían sido reclutados por la Asociación del Trabajo, pero el sindicato había comenzado a reconstruirse. En mayo de 1928 se declaró en huelga para lograr un aumento de un peso por día y el retiro del puerto de los inspectores de la AT. Las autoridades nacionales (todavía antipersonalistas) apelaron a la prefectura para mantener la situación en el puerto bajo un riguroso control.

Sin embargo, el 8 de mayo un rompehuelgas que respondía al nombre de Juan Romero bajó de un tranvía para ingresar al puerto. Un grupo de partidarias de la huelga se le acercó e intentó entregarle material de propaganda. Romero sacó un revólver e hirió mortalmente a Luisa Lallana, de diecinueve años. El hombre fue detenido, al igual que Tiberio Podestá, líder del sindicato de empresa. Se acusó a este último de incitar a Romero a disparar, pero más adelante se lo absolvió. Miles de personas acudieron

al funeral de Lallana, y su muerte fue el motivo de una huelga general de veinticuatro horas en la ciudad. Estas serían la primera muerte y la primera huelga general de las muchas que paralizaron Rosario en 1928 y 1929.

El puerto seguía en manos de las autoridades nacionales, pero el 10 de mayo, cuando Caballero asumió como jefe de policía, fuera de la zona portuaria los huelguistas y sus partidarios gozaban prácticamente de carta blanca. Caballero pretendía ganarse el apoyo político de la clase obrera a cambio de una actitud tolerante. Por lo demás, tuvo la precaución de aclarar que también había otras razones. Afirmó que quienes trabajaban para la AT y repartían trabajos en el puerto también actuaban como caciques políticos en beneficio de los intereses conservadores (antipersonalistas) gobernantes. Una victoria sindical les costaría su fuente de patronazgo.

La huelga portuaria se extendió a otros puertos de la provincia de Santa Fe y también, aunque brevemente, a Bahía Blanca, en el sur de la provincia de Buenos Aires. Durante su transcurso una huelga de solidaridad de cuarenta y ocho horas paralizó Rosario. Aun la prensa sindical señaló que los suburbios parecían carecer de toda protección policial. Se produjeron numerosos episodios de violencia y saqueos. Los anarquistas trataron incluso de paralizar Buenos Aires con otra huelga de solidaridad, pero con poco éxito. La huelga portuaria se resolvió el 22 de mayo con una victoria para los trabajadores.¹⁶

Una vez levantadas las barreras, una oleada tras otra de grandes huelgas desbarataron toda la tranquilidad que pudiera haber en Rosario. Los paros en los servicios telefónico y tranviario amenazaron el tejido mismo de la vida urbana. Sabotajes y violencias aparentemente incesantes acompañaron las huelgas.¹⁷ Caballero medió en algunas de estas, pero la actitud pasiva de la policía, el sentimiento de exaltación de que estaba imbuida la clase obrera rosarina y la posibilidad de obtener verdaderas ganancias impulsaban a los huelguistas. La permisividad que se achacaba a la policía no era el producto de la paranoia de la patronal y de la prensa del *establishment*: se trataba, en realidad, de algo que aun los sindicalistas revolucionarios reconocían.¹⁸

La política santafesina estaba sumida en la confusión. El gobernador clausuró la legislatura con la esperanza de que el gobierno nacional interviniera y convocara a nuevas elecciones. La excusa era que la mayoría había sido elegida con fraude. El proceder de Caballero provocó la esci-

sión de la UCR provincial, que se presentó dividida en las elecciones municipales rosarinas. Pese a acusaciones de que utilizaba a la policía para obtener votos, el grupo de Caballero fue derrotado por la facción radical más ortodoxa. Tuvo un buen desempeño, no obstante, en los barrios de clase obrera.¹⁹

Con las manos atadas debido a la abrumadora victoria electoral de los personalistas tanto en Santa Fe como en el resto del país, Alvear se había abstenido de intervenir en la provincia. Las huelgas en las zonas rurales empujaron a Yrigoyen a involucrarse. En parte, esas medidas de fuerza tenían su fuente de inspiración en la oleada de agitación rosarina y, según Eduardo Sartelli, en la disminución de los jornales provocada por el uso creciente de camiones y cosechadoras. Las huelgas comenzaron a mediados de 1928 y hacia diciembre ya tenían gran extensión entre los carreros, los estibadores y otros oficios. Las exigencias se concentraban en la personería gremial, la agremiación obligatoria y un alza en los jornales. Como siempre ocurría en este tipo de conflicto, se produjeron episodios de considerable violencia.

Los chacareros y los representantes de intereses agrícolas pidieron ayuda al gobierno nacional. Tras enviar a un agente del DNT a investigar, el 2 de diciembre Yrigoyen ordenó el despliegue de tropas en Santa Fe. Pese a su pretensión de neutralidad, las tropas favorecieron a los chacareros en detrimento de los trabajadores, como lo demostraron las protestas sindicales. La agitación rural se extinguió y la cosecha pudo terminar casi sin obstáculos. Esto no satisfizo a quienes habían estado haciendo llamados a la acción. Un editorial de *La Prensa* del 4 de diciembre sostenía que el mantenimiento del orden correspondía al gobierno provincial y no al gobierno nacional.²⁰

Nueve días después de la entrada de las tropas a la provincia, Caballero presentó su renuncia, temeroso, sin duda, de que lo despidiese un gobernador preocupado ante la posibilidad de que Yrigoyen interviniera la provincia.²¹ En 1929 la actividad huelguística se mantuvo con índices extremadamente altos en Rosario. Pese a las esperanzas con que grandes sectores del movimiento sindical y las clases populares habían saludado la elección de Yrigoyen, menos de dos meses después de asumir la presidencia este había despachado tropas para sofocar la agitación laboral.

La retirada de la administración

La aptitud de la administración para hacer grandes gestos empezaba a ser muy limitada. A comienzos de mayo de 1929 *Crítica* hizo notar el bajo precio del trigo. En la capital el empleo había sido volátil desde mediados de 1928, pero comenzó a caer un año después. Esta caída era un reflejo de los precios deprimidos de las exportaciones y la fuga de capitales hacia Nueva York. Los ingresos impositivos del gobierno central se redujeron de manera pronunciada en 1930, aunque la caída no tuvo por el momento repercusión en los gastos.²²

Las relaciones de la administración con la Unión Ferroviaria eran inestables. Al parecer, Yrigoyen consideraba perturbadora la fuerza del sindicato debido al papel prominente de los socialistas y los estrechos vínculos que muchos dirigentes habían entablado con la administración de Alvear. Además, según Paul Goodwin, el presidente deseaba mantener buenas relaciones con las compañías ferroviarias. Un actor clave en el desarrollo de esas relaciones era el principal consejero legal del Central Argentino, Atanasio Iturbe, un radical de la primera hora que se había desempeñado como secretario privado de Yrigoyen. El presidente quería buenas relaciones con los capitales británicos, en parte porque desconfiaba de los capitales yanquis. El embajador británico Malcolm Robertson informó que Yrigoyen le había dicho: "Sé que hablo en nombre de mi país y en el mío propio cuando digo que tenemos confianza en el capital británico y los ferrocarriles británicos que conocemos". El presidente llegó incluso a bloquear una reducción de los costos de los fletes que había requerido el gobierno de Alvear.²³

Los personalistas forjaron una relación compleja con los ferroviarios. Los rivales de la UF se reunían regularmente con Yrigoyen y otros altos funcionarios. Estos sindicatos paralelos disfrutaban de un respaldo importante en algunas provincias. Sin embargo, comunistas y sindicalistas revolucionarios, en especial estos últimos, comenzaron a retirarles su apoyo cuando en 1929 se puso en marcha un intento de fusionar las confederaciones gremiales dominadas por el socialismo y el sindicalismo revolucionario.²⁴

La administración mantuvo su disposición a intervenir en los conflictos locales del lado de la UF. A principios de 1929 el Ferrocarril Buenos Aires al Pacífico despidió, con el argumento de la falta de trabajo, a ciento sesenta trabajadores de sus talleres de Junín y Mendoza, que empleaban a

tres mil doscientas personas. La UF denunció que los despidos se habían producido para permitir la incorporación de veinticinco extranjeros y la tercerización del trabajo. Por convenio, los talleres debían encargarse de la mayor cantidad de trabajo posible, y el sindicato apelaba al sentimiento nacionalista. Los trabajadores paralizaron los talleres durante ocho días, respaldados por una amplia agitación popular en Junín. Funcionarios del gobierno, incluido Yrigoyen, se habían reunido con las partes, pero la intervención cobró mayor firmeza después del 7 de marzo de 1929. Ese día, en la hora pico de la mañana, los trabajadores interrumpieron durante quince minutos todo el tráfico de la línea en las cercanías de Buenos Aires y amenazaron con aplicar el trabajo a reglamento. Las más altas esferas del gobierno, incluidos el ministro de Obras Públicas y el propio Yrigoyen, presionaron a la compañía; el primer mandatario se pronunció vigorosamente en favor de la reincorporación de los despedidos. La compañía aceptó reincorporarlos y no descontar los días de huelga. Otros asuntos pendientes iban a ser objeto de estudios.²⁵ La UF siguió reuniéndose con dirigentes claves, incluido el presidente, y obtuvo su cooperación en temas de menor cuantía pero importantes.²⁶

Otras cuestiones, de mayor magnitud, eran más problemáticas. La UF había presionado durante algún tiempo para obtener una serie de mejoras, entre ellas un salario mínimo de 150 pesos por mes, un convenio para los empleados administrativos y vacaciones pagas para los trabajadores que aún no las tenían. En noviembre de 1929 el sindicato realizó una serie de paros breves pero en aumento, que motivaron la intervención de Yrigoyen y González. La protesta se canceló y las negociaciones con la compañía siguieron adelante. Según documentos internos de la empresa, el gobierno no se mostraba muy inclinado hacia los trabajadores. Sí garantizó, no obstante, que varias categorías laborales comenzaran a disfrutar de vacaciones pagas a partir de diciembre. No hubo más avances hasta que, en febrero de 1930, trabajadores pertenecientes a una Federación de Sindicatos Ferroviarios recientemente fundada, un sindicato paralelo vinculado a los comunistas, comenzaron a trabajar a reglamento. Aunque la organización no era muy grande, tenía mucho apoyo entre los señaleros, que hicieron más lento el tráfico en el Central Argentino. Esta última medida amenazó con extenderse a otras líneas. Tras negociar el regreso de todos los huelguistas, el movimiento terminó, pero la amenaza quedó flotando en el aire.

El 11 de marzo de 1930 la UF anunció que al día siguiente el tráfico ferroviario se interrumpiría entre tres y cuatro horas a la tarde. El 13 comenzó el trabajo a reglamento que, como siempre, redujo el tráfico. *La Prensa* culpó al gobierno de no tomar medidas más fuertes para resolver los problemas antes de que se declarara la huelga. Como sucedía con frecuencia cuando había trabajo a reglamento en las líneas suburbanas, los pasajeros se amotinaron. En la estación Villa Luro del Ferrocarril Oeste un tren fue saqueado y se incendiaron diez vagones. En otros lugares hubo incidentes menos violentos. La compañía culpó a los ferroviarios de la violencia, pero parece probable que la responsabilidad fuera de los pasajeros. No puede descartarse, con todo, la posibilidad de que los trabajadores los hubieran incitado. Fue difícil llegar a una solución porque las bases ejercían una gran presión sobre el sindicato. Las compañías afirmaban que, debido al deterioro que sufría su posición económica, tenían demasiados empleados. Luego de que ambas partes se reunieran con Yrigoyen y varios miembros del gabinete, el 20 de marzo se anunció una solución. El servicio quedaría regularizado en cuarenta y ocho horas y todos los convenios sin fecha de vencimiento se someterían a una revisión. Se constituyó entonces una comisión conjunta presidida por el director general de ferrocarriles, pero, como no se pudo llegar a ningún acuerdo, los trabajadores quedaron en la misma situación que antes. Hasta 1943 no hubo mejoras importantes en las condiciones de trabajo.²⁷

Las huelgas de los tranvías de Rosario de 1929 ilustran la disposición del gobierno a mediar en la agitación laboral al margen de los canales reconocidos, y la limitada posibilidad de obtener ganancias políticas con ese proceder. El sindicato de trabajadores tranviarios se había creado en 1928 y había hecho dos huelgas a lo largo de ese año. Una tercera huelga estalló a las nueve y media de la mañana del 31 de diciembre, cuando el sindicato emitió la orden de regresar con todos los tranvías al depósito. Este paro inesperado se produjo porque la compañía había tomado hombres a quienes capacitaría como conductores, sin consultar al sindicato como indicaba el convenio. Un conductor se había negado a instruir a uno de los recién incorporados y fue despedido. Según un artículo publicado en *Crítica*, los trabajadores afirmaban que el director de la compañía los había presionado a votar por el candidato presidencial antipersonalista, Leopoldo Melo, y ahora tomaba represalias porque habían votado a Yrigoyen. Ciertamente,

no, la compañía no pudo restablecer de inmediato el servicio por falta de conductores. El 5 de enero, cuando parecía estar encaminándose en esa dirección, aparecieron agujas destrozadas y varios tranvías fueron atacados a tiros, pedradas y ladrillazos. Hubo ventanillas rotas y varios empleados heridos. La compañía sacó los tranvías de las calles y trasladó así la presión al gobierno, ya que no había ómnibus suficientes para reemplazarlos y, además, existía la posibilidad de que también se declarara la huelga en ese medio de transporte.

El jefe de policía interino, que había sustituido a Caballero, habló con ambas partes y prometió tratar de proteger los tranvías, pero el servicio siguió suspendido. Se entablaron negociaciones, pero según el sindicato la compañía insistió en el despido de algunos trabajadores y la reducción del salario de otros. La posición del gobierno nacional era nebulosa. El comandante de las tropas despachadas a Santa Fe esperaba órdenes mientras continuaban los sabotajes. Cuando una delegación de trabajadores viajó a la capital a exponer su posición al presidente, no lograron reunirse con él pero sí vieron al ministro del Interior, Elpidio González. El escollo era la insistencia de la compañía en no deshacerse de los doscientos trabajadores que había incorporado para romper la huelga. La posibilidad de negociar por conducto del gobierno nacional generaba conflictos en el sindicato. El 15 de enero Yrigoyen se ofreció a arbitrar; su veredicto fue favorable al sindicato, ya que disponía la reincorporación de todos los huelguistas y una mejora general de las condiciones laborales. El servicio de tranvías se restableció poco a poco.²⁸

Los problemas no terminaron. Las fricciones generadas entre quienes habían actuado de rompehuelgas y los miembros del sindicato desembocaron en la violencia. Ambas partes se reunieron con Yrigoyen y acordaron aceptar que un representante del gobierno investigara los hechos. La decisión del presidente de designar para la tarea a Manuel Claps, director general de los Ferrocarriles del Estado y su confidente personal, pasaba por alto las minucias burocráticas. En un sistema federal el presidente no estaba legalmente autorizado a intervenir en un conflicto en la ciudad de Rosario, y el cargo ejercido por Claps tampoco tenía nada que ver con los tranvías. Yrigoyen no se inquietaba por este tipo de cosas, pero *La Prensa* sí. Los choques entre los dos grupos de trabajadores continuaron, pese a que se desempeñaban en turnos diferentes. El presidente

y sus representantes siguieron mediando, pero el disgusto de los afiliados al sindicato iba en aumento.

En julio, en medio de otra huelga en los muelles rosarinos, el sindicato adoptó una postura de neto corte anarcosindicalista al rechazar la continuidad de la mediación del gobierno nacional. Prefería negociar directamente con la patronal, y con ese fin entregó a la compañía un petitorio de mejoras. La compañía se negó a considerarlo y el sindicato declaró la huelga. La empresa, si bien afirmaba tener trabajadores suficientes para poner en servicio los tranvías, prefirió aguardar el permiso del gobierno. El efecto de la falta de tranvías se agravó con una huelga general en apoyo a los trabajadores portuarios. El transporte, tanto público como privado, se paralizó casi por completo y los alimentos empezaron a escasear. El gobierno nacional envió a Rosario al ministro de Obras Públicas. Este funcionario, junto con otros, contribuyeron a dar forma a una solución a la huelga portuaria, que incluía la promesa oficial de libertad de trabajo, lo cual significaba en este caso despojar a la AT del papel especial que tenía en el puerto.

Con el final de la huelga general, la compañía tranviaria y la policía prometieron la vuelta del servicio y la municipalidad comenzó a multar a aquella por cada tranvía que no circulara. El 3 de agosto la empresa puso una cuarta parte de sus tranvías en la calle y aumentó su número en los días posteriores. Los vehículos, sin embargo, solo circulaban con un guardia armado con un rifle en la plataforma delantera en los recorridos urbanos y otro más en la plataforma trasera cuando se desplazaban por los suburbios. Además, solo podían circular durante el día y la violencia era constante. Como es comprensible, el público temía subirse a ellos. Había pocas esperanzas de llegar a un arreglo, porque los trabajadores se negaban a aceptar la mediación de las autoridades locales o nacionales y preferían negociar directamente con la compañía. Esta parecía resuelta a romper el sindicato, pero estaba dispuesta a aceptar un arbitraje de Yrigoyen.

La falta de progresos llevó a los sindicatos rosarinos a apelar a su arma tradicional, una huelga general, que convocaron para el 21 de agosto. La respuesta sindical y de los trabajadores no tuvo el vigor habitual. Tras un año de constante turbulencia, los trabajadores parecían cansados. Las autoridades actuaron con mayor resolución que de costumbre y pusieron todas sus fuerzas en las calles. El 23 de agosto la mayoría de los huelguistas había vuelto al trabajo. La huelga tranviaria proseguía, pero los tranvías

comenzaron a circular dentro de la ciudad sin guardias armados e incluso corrían de noche. Con la aprobación de las autoridades provinciales, la compañía anunció que reincorporaría a los huelguistas que regresaran al trabajo, pero solo cumplió en parte. Hacia fines de la primera semana de septiembre el servicio de las líneas de tranvías había vuelto a la normalidad, aunque seguía siendo necesaria la presencia de guardias a la noche. Los huelguistas continuaron con sus esfuerzos, pero en vano. La combinación de las concepciones ideológicas de los trabajadores, el cansancio de la clase obrera y la mayor resolución de las autoridades condenó al sindicato, a pesar de haber obtenido la intervención de Yrigoyen.²⁹ La violencia y el clima tormentoso que marcaron a Rosario en 1928 y 1929 alimentaron los temores de figuras claves de Buenos Aires acerca de la inevitabilidad de la repetición de los levantamientos de 1917-1921.

Ni siquiera los sindicatos que tenían conexiones con el gobierno podían contar con una ayuda constante. Así lo demuestra el caso del sindicato de trabajadores telefónicos de la capital. Desde su fundación había extendido su esfera de influencia. Tenía sindicatos afiliados —algunos débiles— en el interior: Córdoba, Bahía Blanca, La Plata, Rosario, Tucumán y Santiago del Estero. Los problemas comenzaron cuando en mayo de 1930 los telefónicos fundaron un sindicato en la ciudad de Santa Fe. A mediados de julio se inició una huelga, pero el sindicato se negó a aceptar un ofrecimiento de mediación del departamento de trabajo de la provincia. Tampoco estaba dispuesto a reunirse con la patronal sin la presencia de un delegado sindical de Buenos Aires, cosa que la compañía rechazaba. Publicaciones gremiales ulteriores sostendrían que ambas tácticas constituían graves errores. El sabotaje se convirtió en el arma elegida. En otras huelgas telefónicas se lo había utilizado, pero en ellas se había combinado la acción directa con el acceso a los despachos oficiales. En este caso, no parecía haber manera de que la huelga terminara con éxito. El sindicato telefónico de la capital convocó el 28 de agosto a un paro de veinticuatro horas en todas sus organizaciones federadas, con la esperanza de presionar a la compañía santafesina y obtener una solución a sus propias quejas sobre cambios en las normas laborales que consideraba peligrosos. A pesar de que representantes gremiales aseguraron personalmente a Elpidio González, el ministro del Interior, que no tenían intenciones de ayudar a ningún movimiento político contrario al gobierno y estaban dispuestos a aceptar cualquier

oferta razonable de la compañía, la respuesta oficial no fue neutral. Gran número de policías se lanzaron a reprimir la huelga, y su accionar parece presentarse bajo una luz más favorable en *La Prensa* que en *La Época*. La repercusión de la medida de fuerza fue limitada porque los activistas sindicales se dedicaban en su mayoría a la instalación y reparación de líneas y, en consecuencia, tenían pocas posibilidades de cortar las comunicaciones sin demora. La cantidad de operadoras que apoyaban al sindicato era mucho más pequeña. El golpe de septiembre terminó con los esfuerzos por salvar la huelga, y muchos activistas de Santa Fe quedaron en la calle.³⁰

El gobierno prosiguió con sus intentos de mantener la cercanía con la FOM. Sin embargo, la competencia entre este sindicato y la UOMar seguía provocando multitud de trastornos en el puerto. Igual importancia tenían las fricciones por cuestiones de disciplina entre los oficiales y el personal subalterno. El empleador portuario más grande, Mihanovich, estaba empeñado en tener sindicatos bajo su control. Para terminar, con el avance de la Depresión mal podía el gobierno darse el lujo de tener paralizado el puerto de Buenos Aires.

En febrero de 1929 una breve huelga de estibadores secundados por otros trabajadores portuarios llevó al jefe de policía a prometer la exclusión de los agentes de la AT del puerto. Por primera vez desde 1921 la AT no controlaría una parte de los empleos portuarios. De ese modo, y según el punto de vista del gobierno, los encargados de distribuir los empleos no estarían mal dispuestos con el radicalismo. La AT, en cambio, había sido acusada de apoyar a los adversarios políticos de Yrigoyen.

Casi simultáneamente, la FOM reiteró una serie de exigencias a las compañías navieras. A raíz de ello, tanto el Consejo de Relaciones como las compañías tuvieron varias reuniones con Yrigoyen y Elpidio González. Según *Crítica*, Yrigoyen se mostró asombrado por los bajos salarios que se pagaban en algunas categorías laborales. En última instancia, ambas partes aceptaron que el presidente mediara para llegar a un arreglo. En mayo, un acuerdo incrementó de manera considerable los salarios de casi todas las categorías inferiores. Dos importantes magnates navieros —uno de ellos, Alberto Doderó, era el presidente de Mihanovich— escribieron a Yrigoyen para expresar el agradecimiento “por su valiosa intervención”.

La FOM persistió en su agitación en torno de varios problemas diferentes, incluida la jornada laboral de ocho horas, y la zona portuaria siguió

plagada de conflictos en relación con la asignación de tripulaciones a los buques. El sindicato se reunió con las autoridades portuarias, con González y ocasionalmente con el presidente, pero sin conseguir nada importante. Según afirmaba el periódico del Partido Comunista, parte del problema radicaba quizás en que en una oportunidad Yrigoyen no quiso reunirse con la FOM porque ya se sentía demasiado viejo. Por lo demás, los estibadores anarquistas y sindicalistas revolucionarios comenzaron a luchar abiertamente por el control del puerto, incluso por medios violentos. El conflicto ideológico hizo estragos en la FOM. Las diferentes seccionales del sindicato no podían ponerse de acuerdo sobre la necesidad, o no, de crear una nueva confederación sindical. La colaboración entre los oficiales y el personal subalterno se deterioró. La FOM aún mantenía sus vínculos con el gobierno, como pudo comprobarse en marzo de 1930 al morir Francisco García. González y el jefe de policía de Buenos Aires concurren a su velatorio, un gesto sorprendente en un marco en el cual las relaciones a la luz del día entre el gobierno y los sindicatos no eran habituales. Sin la presencia de García, todas las esperanzas de mantener la unidad del sindicato se revelaron imposibles. Los conflictos entre los oficiales y sus subordinados se agravaron, al igual que los existentes entre los distintos oficios en los buques. El Consejo de Relaciones prácticamente dejó de reunirse luego de febrero de 1930.³¹

Cuando el DNT trató de hacer un resumen de la actividad sindical en Buenos Aires a fines de 1929, describió un movimiento que era incoherente e incapaz de lograr ganancias significativas debido a sus rivalidades y formas de organización. Si bien distaba de ser una fuente imparcial —el DNT favorecía claramente el tipo de organización creada por los ferroviarios—, su resumen no estaba muy errado.³² El retorno de Yrigoyen había tenido pocos efectos positivos en el movimiento sindical.

El golpe

El derrocamiento de Yrigoyen plantea al historiador dos desafíos distintos. El primero es el más obvio y el que más historiadores han abordado: por qué la elite política y militar recurrió a la fuerza y expulsó al presidente. Este aspecto se analizará brevemente a continuación. Más de conformidad con

la idea central de este libro y de igual importancia es la cuestión de por qué el golpe disfrutó de tanta popularidad en grandes sectores de la población. ¿Qué había cambiado tan dramáticamente desde la abrumadora victoria de los personalistas de la capital en las elecciones legislativas de 1928, cuando obtuvieron el 46% de los votos, hasta su humillante segundo puesto final en marzo de 1930, cuando, con el 28% del total, se adelantaron por un pelo a los socialistas?³³

Aunque el régimen gozó de respaldo hasta el último momento, ¿qué llevó a muchos seguidores de los radicales a la apatía o la franca oposición? Para las clases populares, un aspecto de particular importancia fue la renuencia o la ineptitud de Yrigoyen para satisfacer las elevadas expectativas que había suscitado su vuelta a la presidencia. El fracaso de la mayor parte de los sindicatos en sus intentos de hacer grandes progresos generó una sensación de frustración. Exaltadas simpatías ideológicas, sumadas a las presiones causadas por la Depresión, condujeron a la violencia, no siempre entre trabajadores y patronal.

El papel de la violencia puede verse en una huelga de los trabajadores de la industria del mueble convocada en junio de 1930 por una organización liderada por los comunistas, con el objeto de obtener la personería gremial y un incremento salarial. Los comunistas acababan de separarse de un sindicato controlado por los sindicalistas revolucionarios, y había un terrible encono entre unos y otros. Poco tiempo atrás el Partido Comunista había entrado en un período de extrema agresividad con la patronal, el gobierno y otras tendencias ideológicas, incluso de la izquierda. Era inevitable que una huelga en la industria del mueble provocara luchas sectarias, pero las tensiones étnicas agravaron la situación. Las fábricas que hacían muebles baratos solían ser de judíos de Europa Oriental, que empleaban a sus paisanos. Muchos de los activistas obreros judíos eran comunistas, y su etnicidad y posición dentro de la industria ofendían a los trabajadores más calificados. Estos construían muebles más caros, solían ser españoles o italianos y simpatizaban con el sindicalismo revolucionario. Siete de los diez afiliados gremiales suspendidos por apoyar la posición comunista tenían apellidos europeos orientales.

Una táctica clave de la huelga, que al parecer no contaba con un respaldo muy extendido, fue el uso de la violencia para cerrar las fábricas. El 4 de junio, por ejemplo, un grupo de personas, incluidas varias mujeres,

actuó de señuelo para alejar a la policía de una fábrica. Conseguido eso, un grupo más grande tomó la planta para impedir que se trabajara, y perpetró daños considerables. Según *La Prensa*, esa era la táctica preponderante. El 10 de junio los cuatrocientos obreros del mueble encerrados en la cárcel de Villa Devoto se declararon en huelga de hambre. No es de sorprender que algunos días después los comunistas autorizaran la vuelta al trabajo en las pocas fábricas cuyos dueños habían hecho concesiones. La huelga terminó en un fracaso.³⁴

Como siempre en la era radical, el puerto de Buenos Aires se convirtió en un ámbito crucial de confrontación. En 1930, más alarmantes que los problemas del personal embarcado, desde el punto de vista del gobierno y de quienes querían que reinara el orden, eran las frecuentes batallas a tiros entre grupos de trabajadores de los muelles. Los espectadores no siempre escapaban a ellas. En febrero de ese año tres de ellos fueron alcanzados en un tiroteo, incluido un alto funcionario del Ferrocarril del Sud. También hubo intercambios de disparos en las calles de La Boca.

Desde principios de la década de 1920, si no antes, había en la zona portuaria intensas fricciones entre sindicalistas revolucionarios y anarquistas, pero solo se llegó a un punto álgido luego de que Yrigoyen impidiera a la AT tomar gente en el puerto. El deseo de favorecer a los propios en un momento en que el trabajo escaseaba se sumó a la rivalidad ideológica para producir violencia. En noviembre de 1929, con la ayuda de la FOM, la USA y los sindicalistas revolucionarios en general, se reconstruyó el sindicato de los estibadores, Diques y Dársenas, con la idea de enfrentar al sindicato Boca y Barracas controlado por los anarquistas, que tenía su base en el sur de la zona portuaria. Al cabo de un mes, Boca y Barracas exigió que todos los estibadores se afiliaran a su organización. Tanto los sindicalistas revolucionarios como los socialistas afirmaron que ese sindicato trabajaba con los matones que habían manejado el puerto para la AT. Los comunistas hicieron acusaciones parecidas, pero para ellos los que trabajaban con los matones pertenecían a Diques y Dársenas.

Para tratar de ampliar su influencia, ambos sindicatos se aliaron con trabajadores de actividades conexas —carreros y camioneros— y declararon boicots. La violencia se transformó en cosa de todos los días. En abril los sindicatos acordaron dividirse por mitades los puestos de trabajo, pero como el acuerdo funcionó en contadas ocasiones, el uso de armas de fuego

persistió. Mencionemos por ejemplo lo sucedido con el buque italiano *Attività*, de cuya descarga se habían ocupado durante varios días hombres pertenecientes a Boca y Barracas. Cuando afiliados del otro sindicato se acercaron al capataz para exigir el cumplimiento del acuerdo, el interpeado afirmó no conocerlo. Hubo un intercambio de insultos, tras el cual sonó un tiro, seguido por una lluvia de balas. Cuando llegó la policía la mayoría de los participantes había huido, pero habían muerto dos hombres y otros cinco estaban heridos. Uno de los muertos, Wenceslao Balbín, era el prosecretario de Boca y Barracas. Los sindicalistas revolucionarios sostuvieron que lo había asesinado uno de sus propios hombres. En otro incidente murió el prosecretario de Diques y Dársenas. La disputa entre ideologías se extendió al puerto de Rosario. Empezó a haber episodios de violencia a bordo de los buques. Aunque el gobierno había querido liberar el puerto del control patronal en su propio beneficio político, los disturbios amenazaban el comercio y también la paz general.³⁵

Los panaderos también enfrentaron una ola de violencia. Según la organización de propietarios de panaderías, en los últimos años se habían producido unos cuatrocientos incidentes violentos en el Gran Buenos Aires. Habían muerto siete jefes y ocho trabajadores, y los daños materiales eran muchos. Los propietarios panaderos culpaban en parte a los caudillos provinciales, que supuestamente gestionaban la liberación de las personas detenidas.³⁶ En la ciudad de Córdoba, habitualmente pacífica, una huelga tranviaria degeneró en violencia y atentados con bombas y provocó un paro general —parcialmente exitoso— de cuarenta y ocho horas, pese a los esfuerzos mediadores de las autoridades y el Senado de la provincia. Finalmente, la medida de los trabajadores tranviarios fracasó.³⁷ La violencia afectaba los nervios de muchos y les recordaba la primera presidencia de Yrigoyen.

En un intento de restablecer su menguante base política, en abril de 1930 el presidente liberó a Simón Radowitzky y lo envió al exilio. El anarquista Radowitzky estaba en la cárcel desde 1909 por asesinar al jefe de policía de Buenos Aires en represalia por la masacre perpetrada contra una manifestación que celebraba el Día del Trabajo. En torno a su figura se había gestado una prolongada campaña, no excesivamente eficaz, para obtener su libertad. La medida de Yrigoyen es un paralelo del gesto de Alvear al liberar a Mañasco. Aquel esperaba fortalecer el apoyo con que contaba

en las clases populares, pero en otros sectores ese gesto no haría sino confirmar las opiniones negativas que se tenían de él. Era improbable que los efectos fueran considerables. *Crítica*, un diario de circulación masiva, apoyó la liberación, pero sin dejar de manifestar su estridente oposición al presidente.³⁸

Las elevadas expectativas sobre un gran cambio favorable a la clase obrera no se habían cumplido y la situación parecía deteriorarse. La Depresión, con su secuela de penurias y el debilitamiento del clientelismo, contribuía en mucho a hacer tambalear la confianza en el sistema político. Es indudable que la incapacidad del gobierno para satisfacer las expectativas de la clase obrera se debía al menos en parte a ella. Aun así, como Peter Smith señaló hace más de veinticinco años, los efectos más contundentes de la Depresión solo se sintieron bastante después de que la planificación del golpe se pusiera en marcha. En consecuencia, si bien fue una condición necesaria, la Depresión no pudo causar por sí sola el golpe.³⁹

Yrigoyen siempre había ignorado a la burocracia y prefería tener el poder en sus manos. Sentía la necesidad de involucrarse en todos los asuntos, cosa que le resultó cada vez más difícil en su segundo mandato debido a su menguada fortaleza física. Ya estuviera enfermo o senil, como sostenía parte de la oposición, era evidente que no tenía el vigor de antaño. Esta situación generaba problemas a la hora de tomar decisiones, porque no había un gran aparato gubernamental que compensara la deficiencia. El desmoronamiento de los cuerpos legislativos en 1930 agravó la situación. La Cámara de Diputados nunca pasó de discutir las credenciales de sus miembros, en tanto que el Senado sesionó solo una vez. El Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires se enredó en problemas en torno de la integración de las comisiones.⁴⁰ La Unión Cívica Radical comenzó a astillarse.

Las elites tradicionales se sentían incómodas. Si el gobierno tenía un aire de clase media, era porque los radicales más elitistas adherían al antipersonalismo. Había temores de agitación laboral. Los personalistas se valían del poder del gobierno nacional para desbaratar los arreglos políticos locales. Los radicales afirmaban que esas intervenciones permitían la realización de elecciones libres y limpias, mientras que la oposición creía que representaban el uso descarnado del poder. Ambos argumentos tenían algo de verdad. Las catorce provincias sufrieron ochenta y dos intervenciones nacionales entre 1860 y 1911 y treinta y cuatro durante el período de he-

gemonía radical, veinte en el primer mandato de Yrigoyen y otras cuatro durante los dos años de su segunda presidencia.⁴¹ Particularmente inquietante era la violencia que había acompañado la política y las intervenciones en San Juan y Mendoza, en especial el asesinato de Carlos Lencinas en esta última provincia. Lencinas, un disidente radical populista cuyas credenciales habían sido rechazadas poco tiempo atrás por el Senado, contaba con el apoyo de los antipersonalistas y el aborrecimiento de los personalistas. La intervención en esas provincias redundaría inevitablemente en una mayoría personalista en el Senado, lo cual les daría por primera vez el control de todos los poderes del Estado.⁴²

La creación del llamado Klan Radical exacerbó aún más las tensiones. Grupo de choque que se utilizaba para intimidar a la oposición, este clan tenía conexiones con algunos de los caudillos radicales barriales de Buenos Aires. La oposición no le hacía ascos al uso de tácticas similares.⁴³ Para algunos de los integrantes de las elites tradicionales, la sensación de inquietud se agravaba por su percepción de que el gobierno radical no comprendía la democracia. En 1927 un artículo de *La Nación* se refería al yrigoyenismo como un tipo de bolchevismo mezclado con la idolatría a su jefe. *Crítica* decía que el gobierno era "peor que las dictaduras" y "una tiranía sin violencia", con lo cual daba a entender que Yrigoyen podía mantener a la población argentina en la servidumbre sin apelar a métodos violentos. Después del golpe se dieron a conocer unas presuntas palabras de Alvear: "Tenía que ser así. Yrigoyen, con una ignorancia absoluta de toda práctica de gobierno democrático, parece que se hubiera complacido en menoscabar las instituciones".⁴⁴ Muchos también habían terminado por cuestionar la idea de una democracia liberal.⁴⁵

La caída de los ingresos causada por la Depresión provocó demoras en el pago de los salarios de los empleados públicos y contribuyó así a debilitar su lealtad. Es preciso plantear con cuidado este argumento; aun antes de la Depresión era frecuente que los trabajadores estatales recibieran sus remuneraciones con demora, sobre todo debido a la ineficiencia reinante. En 1930, sin embargo, esa demora llegó a ser en muchos casos lo bastante grave para deshacer cualquier lazo de lealtad. Los trabajadores municipales de Santiago del Estero constituyeron un sindicato e hicieron huelga cuando el atraso en el pago de los salarios llegó a los dos meses. Las autoridades municipales afirmaron que carecían simplemente de fondos. En La Rioja

la policía se declaró en huelga porque se les debían cinco meses o más de sus modestos salarios de 60 pesos mensuales. Los huelguistas fueron a dar a la cárcel. Los trabajadores del matadero municipal de Córdoba pararon debido al atraso en los pagos. Los maestros y empleados municipales de la ciudad de Buenos Aires recibían su sueldo con demoras, como les pasaba a los trabajadores estatales en general.⁴⁶ Si había lealtad debido a la obtención de un puesto de trabajo, podía romperse debido a la falta de pago. La ruptura de esa lealtad tenía un costo potencial, porque un cambio de gobierno podía significar la pérdida del trabajo, pero la ira, el miedo y la esperanza de cambio tal vez pesaban más que otros factores.

El funcionamiento del sistema político se había derrumbado en medio de una crisis económica en expansión. Las elites políticas dirigieron sus miradas a los militares en busca de una salida, y los militares, motivados por los mismos objetivos y molestos por lo que veían como un favoritismo en los ascensos, se unieron a los complots.⁴⁷ Pese a un desempeño poco estimulante desde casi todos los puntos de vista, algunos sindicatos apoyaron abiertamente al gobierno hasta el amargo final. El día anterior al golpe, representantes de La Fraternidad, la UF y los trabajadores marítimos (sin lugar a dudas la FOM, aunque se omitía mencionar el nombre del sindicato) se reunieron con el ministro del Interior González y le ofrecieron su respaldo, conjeturando correctamente que las alternativas eran peores. Según el intelectual anarquista Diego Abad de Santillán, después del golpe representantes de diferentes agrupaciones anarquistas, la USA, los trabajadores estatales y la FOM, entre otros, planearon resistir, pero el accionar de la policía desbarató sus proyectos.⁴⁸

El 6 de septiembre de 1930 el gobierno cayó con facilidad ante una fuerza militar principalmente compuesta de cadetes del ejército. Hubo poca violencia y los cadetes fueron saludados por muchedumbres entusiasmadas. Una era llegaba a su fin.

Conclusión

En su segundo mandato, de menos de dos años, Yrigoyen se las arregló para disipar gran parte del entusiasmo que había rodeado su elección. No debía cargar con la responsabilidad de la depresión económica, y lo peor todavía

estaba por venir. Aun así, como la popularidad de cualquier político, la de Yrigoyen sufrió a causa de una mala economía. Por lo demás, el presidente había hecho poco para consolidar su autoridad sobre las clases populares. En parte, las condiciones económicas fueron un obstáculo, como lo fue la aparente avidez de Yrigoyen por promover los intereses británicos. Su falta de energía también contribuyó. El estado del movimiento sindical hizo que resultara difícil profundizar la relación. Los esfuerzos por recrear una alianza con los trabajadores en el puerto naufragaron en parte debido a las propias divisiones de estos. ¿Con quién podía Yrigoyen concertar una alianza? ¿Podría acaso esta ser estable?

La violencia era perturbadora. En 1919 y 1921 había suscitado problemas políticos, y la situación fue aún más inestable en 1929 y 1930. La violencia, y en especial la violencia sectaria que a veces se cobraba la vida de espectadores inocentes, no podía ser popular para la abrumadora mayoría de la gente. Y para quienes la practicaban redundaba en poco y nada. Hasta la oleada huelguística de Rosario había agotado a los participantes. Hacia el momento en que la elite económica y política decidió alentar un golpe, gran parte del apoyo popular a Yrigoyen se había evaporado. Puede encontrarse una prueba contundente de ello en la limitada respuesta negativa al golpe, un levantamiento que en los hechos fue poco más que una manifestación armada. El apoyo al gobierno, en verdad, se había desvanecido con rapidez.

Notas

¹ R. A. Potash, *The Army and Politics...*, op. cit., p. 19.

² Darío Canton, *Materiales para el estudio de la sociología política en la Argentina*, Buenos Aires, Centro de Investigaciones Sociales, Instituto Torcuato Di Tella, Editorial del Instituto, 1968, vol. 2, p. 103, y R. J. Walter, *The Socialist Party...*, op. cit., p. 215.

³ *La Época*, 19 de octubre de 1928.

⁴ FOET, *Luchas y conquistas...*, op. cit., pp. 22-29; *Boletín de Servicios*, 20 de agosto de 1928, pp. 363-365, y 5 de septiembre de 1928, p. 393; *Confederación*, agosto-septiembre de 1928, y Luis Gay, entrevista con el autor, 17 de octubre de 1975.

⁵ Ricardo T. Mulleady, *Breve historia de la telefonía argentina (1886-1956)*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1956, p. 27; Max Winkler, *Investments of United States Capital in Latin America*, segunda edición, Port Washington, Nueva York, Kennikat, 1971, pp. 69-70, y *La Época*, 28 de noviembre de 1928. El sindicato se reunió con el ministro del Interior durante el gobierno de Alvear. *Confederación*, agosto-septiembre de 1928.

⁶ *La Época*, 5 de noviembre de 1928 a 4 de marzo de 1929, en especial 6 de noviembre de 1928 y 5 y 7 de enero y 28 de febrero de 1929; *La Prensa*, 9 de noviembre de 1928 a 6 de marzo de 1929, en especial 9 de noviembre de 1928 y 8 de enero y 1º y 5 de marzo de 1929; Ministerio del Interior, *Memoria 1928-29*, pp. 143-145; FOET, *Luchas y conquistas...*, op. cit., pp. 35-36 y 206-209; Luis Gay, Programa de Historia Oral del Instituto Di Tella, pp. 2-7 y entrevista con el autor, 17 de octubre de 1975, y U. S. Diplomatic Dispatch, Buenos Aires, núm. 835.5045/53, 12 de marzo de 1929.

⁷ *La Prensa*, 18 de octubre de 1928.

⁸ DNT, *Crónica Mensual*, julio de 1928, pp. 2427-2434, enero de 1929, pp. 2621-2628, y agosto de 1929, pp. 2898-2906, y DNT, División de Estadística, *Estadística de las huelgas*, op. cit., pp. 18 y 20. Las estadísticas de huelgas hechas por la policía, que discriminan por actividad, son muy diferentes y, de ser correctas, la cantidad de huelguistas en 1927 fue en realidad mucho más alta que en años posteriores. Policía de Buenos Aires, *Memoria, antecedentes y datos estadísticos correspondientes al año 1928*, Buenos Aires, Imprenta y Encuadernación de la Policía, 1928, p. 186. Véanse, por ejemplo, *La Prensa*, 12 de octubre de 1928; *La Época*, 6 de diciembre de 1928, e *infra*.

⁹ *La Época*, 5 y 7 de enero y 28 de febrero de 1929, y *La Prensa*, 8 de enero de 1929.

¹⁰ *La Prensa*, 28 de octubre de 1928.

¹¹ Consejo de Relaciones Marítimas, *Actas*, 34-48, 28 de septiembre a 16 de noviembre de 1928; *Bandera Proletaria*, 15 de septiembre a 3 de noviembre de 1928; *La Prensa*, 1º de octubre a 1º de noviembre de 1928; *La Época*, 1º de octubre a 1º de noviembre de 1928; *La Acción*, 9 y 14 de octubre de 1928; *Boletín de Servicios*, julio de 1929, pp. 315-316; *El Obrero Municipal*, 1º de noviembre de 1928; DNT, *Crónica Mensual*, enero de 1929, p. 2625; M. Rívarola, *Obreros, utopías y revoluciones...*, op. cit., p. 253; "Strike in the Mihanovich River Company", adjunto al U. S. Diplomatic Dispatch, Buenos Aires, núm. 835.5045/219, 28 de noviembre de 1928, y Osvaldo Bayer, *Anarchism and Violence: Severino Di Giovanni in Argentina, 1923-1931*, traducción de Paul Sharkey, Londres, Elephant Editions, 1986, pp. 117-121 [original: *Severino di Giovanni: el idealista de la violencia*, Buenos Aires, Galerna, 1970].

¹² Consejo de Relaciones Marítimas, *Actas*, 48-49, 16 y 17 de noviembre de 1928, y *Bandera Proletaria*, 24 de noviembre de 1928.

¹³ *La Prensa*, 30 de octubre de 1928, y "Strike in the Mihanovich River Company", op. cit., p. 5.

¹⁴ U. S. Military Intelligence Reports, Buenos Aires, núm. 3905, 31 de octubre de 1928, p. 4.

¹⁵ Roberto P. Korzeniewicz, "The labor politics of Radicalism: the Santa Fe crisis of 1928", en *Hispanic America Historical Review*, 73(1), febrero de 1993, pp. 1-32, y M. B. Karush, "Workers or citizens...", op. cit., pp. 268-285. Ambos artículos inspiran el siguiente argumento sobre Rosario en 1928.

¹⁶ *Boletín de Servicios*, 20 de julio de 1927, pp. 278 y 317, 20 de mayo de 1928, p. 217, 5 de junio de 1928, pp. 244-247, y 5 de noviembre de 1928, p. 483; Ricardo Caballero, *Discursos parlamentarios y documentos políticos del doctor Ricardo Caballero*, edición de Roberto A. Ortelli, Buenos Aires, Sociedad de Publicaciones El Inca, 1929, p. 503; *La*

Prensa, mayo de 1928, en especial los días 5 y 6; *La Época*, mayo de 1928; *Bandera Proletaria*, 12 de mayo a 9 de junio de 1928; *El Obrero Municipal*, mayo y 1º de junio de 1928, y Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*, II, 12 de julio de 1928, pp. 214-237.

¹⁷ Sobre el alcance de los trastornos, véanse los números de julio de 1928 de *La Vanguardia* o *La Prensa*.

¹⁸ *Bandera Proletaria*, 26 de mayo de 1928. Véanse *La Internacional*, 12 de enero de 1929; *La Acción*, 26 de julio de 1928; *Libertad*, 25 de junio de 1928, y *La Prensa*, 9 de julio de 1928.

¹⁹ *La Prensa*, 11 y 27 de junio y 2 a 17 de noviembre de 1928; *Libertad*, 21 de junio de 1928; *La Acción*, 16 de noviembre de 1928; *Bandera Proletaria*, 4 y 11 de agosto de 1928, y M. B. Karush, "Workers or citizens...", op. cit., pp. 280-283.

²⁰ Véanse, por ejemplo, *Bandera Proletaria*, 24 y 30 de junio, 14 y 21 de julio, 4 y 11 de agosto, 1º de septiembre, 27 de octubre y 1º a 29 de diciembre de 1928; *Boletín de Servicios*, 5 de diciembre de 1928, pp. 529-534, y 20 de diciembre de 1928, pp. 557-559; *La Prensa*, 22 de noviembre a 10 de diciembre de 1928, y *La Época*, 24 de noviembre a 16 de diciembre de 1928. Eduardo Sartelli, "Rehacer todo lo destruido: los conflictos obrero-rurales en la década 1927-1937", en Waldo Ansaldi (ed.), *Conflictos obrero-rurales pampeanos (1900-1937)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993, vol. 3, pp. 241-291.

²¹ R. Caballero, *Discursos parlamentarios...*, op. cit., pp. 499-521.

²² *Crítica*, 7 de mayo de 1929; DNT, *Crónica Mensual*, julio de 1929, p. 2839, y octubre-diciembre de 1930, pp. 3342-3343; *La Época*, 2 de julio de 1930; G. Di Tella y M. Zymelman, *Las etapas del desarrollo...*, op. cit., pp. 380-381, y Comité Nacional de Geografía, *Anuario geográfico...*, op. cit., p. 396.

²³ P. B. Goodwin, *Los ferrocarriles británicos...*, op. cit., pp. 270-276, en especial p. 273; Graciela I. Giordano de Rocca, "El conflicto ferroviario de 1929-1930: empresas y trabajadores", en *Todo es Historia*, 180, mayo-junio de 1982, p. 60, y W. R. Wright, *British-Owned Railways...*, op. cit., pp. 130-135, en especial p. 134.

²⁴ *El Obrero Ferroviario*, 16 de diciembre de 1928; *Crítica*, 23 y 25 de enero de 1929; *La Época*, 20 de enero de 1929; *La Prensa*, 4 de febrero de 1929; *Bandera Proletaria*, 12 de enero, 22 de junio, 10 de agosto y 21 de diciembre de 1929 y 8 y 22 de marzo de 1930, y S. Marotta, *El movimiento sindical argentino...*, op. cit., vol. 3, pp. 287-299.

²⁵ Véanse en especial *El Obrero Ferroviario*, 16 de marzo de 1929; *Crítica*, 2 de marzo de 1929; *La Prensa*, 3 a 9 de marzo de 1929; *La Época*, 7 de marzo de 1929, y M. F. Fernández, *La Unión Ferroviaria...*, op. cit., pp. 234-236. Este último habla de 1928, pero se trata claramente de 1929.

²⁶ Véase *El Obrero Ferroviario*, 16 de enero y 1º de julio de 1929 y 16 de julio de 1930.

²⁷ *La Prensa*, 5 de noviembre a 8 de diciembre de 1929 y 5 a 13 de febrero y 12 a 22 de marzo de 1930; *La Época*, 11, 17 y 19 de diciembre de 1929; *Bandera Proletaria*, 21 de diciembre de 1929 y 8 de marzo de 1930; *The Review of the River Plate*, 7 de febrero de 1930, pp. 5-9, 14 de marzo de 1930, p. 11, y 21 de marzo de 1930, pp. 5-7; *El Obrero Ferroviario*, 1º de enero, 1º a 16 de junio, 16 de noviembre y 1º a 16 de diciembre de 1929 y 16 de marzo a 1º de abril de 1930; Comisión Especial de Representantes de Empresas y

Obreros Ferroviarios, *Revisión de escalafones...*, op. cit.; P. B. Goodwin, *Los ferrocarriles británicos...*, op. cit., pp. 276-283; W. Rögind, *Historia del Ferrocarril Sud*, op. cit., pp. 263-265; Partido Socialista, *Anuario socialista 1931*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1930, pp. 134-135; G. I. Giordano de Rocca, "El conflicto ferroviario...", op. cit., pp. 59-71, y J. Horowitz, *Argentine Unions...*, op. cit.

²⁸ *Crítica*, 9 a 19 de enero de 1929; *La Prensa*, 1º a 19 de enero de 1929; *Bandera Proletaria*, 5 y 12 de enero de 1929, y *La Época*, 10 y 15 de enero de 1929.

²⁹ *La Prensa*, 22 de enero a 7 de febrero y 5 de julio a 15 de septiembre de 1929; *Crítica*, 23 de enero, 15 de febrero y 4 de abril de 1929; *La Época*, 22 y 25 de enero, 4 a 7 de abril, 21 y 27 de mayo, 26 de junio, 28 de julio y 1º de agosto de 1929; *Bandera Proletaria*, 27 de julio a 12 de octubre de 1929; *La Chispa* (Rosario), 14 de septiembre a 1º de octubre de 1929, y U. S. Military Reports, Buenos Aires, núm. 4021, 31 de julio de 1929, y núm. 4029, 31 de agosto de 1929. En agosto de 1930 ex trabajadores de la compañía fueron los autores de parte de una serie de atentados con bombas contra tranvías. *La Prensa*, 8 y 14 de agosto de 1930.

³⁰ FOET, *Luchas y conquistas...*, op. cit., pp. 49-50 y 63-71; *Federación*, agosto a noviembre y diciembre de 1930; Luis Gay, entrevista con el autor, 10 de diciembre de 1975; *La Época*, 21 a 29 de agosto de 1930; *La Prensa*, 27 de julio y 28 a 30 de agosto de 1930, y U. S. Diplomatic Dispatch, Buenos Aires, núm. 835.5045/67, 26 de septiembre de 1930.

³¹ Ministerio del Interior, *Memoria 1928-29*, p. 142; Confraternidad Ferroviaria, *Memoria y balance, 1 de abril de 1927-31 de mayo de 1929*, Buenos Aires, 1929, p. 100. Véanse en especial *Bandera Proletaria*, 22 de diciembre de 1928, 2 y 23 de febrero, 20 y 27 de abril, 4 de mayo, 20 de julio, 23 y 30 de noviembre y 14 y 21 de diciembre de 1929 y 1º, 11, y 18 de enero, 22 de febrero, 22 de marzo y 12 de abril de 1930; *Crítica*, 19 a 21 de febrero, 1º a 3 de marzo y 4 de mayo de 1929; *La Internacional*, 12 de enero, 9 de marzo y 21 de septiembre de 1929; Consejo de Relaciones Marítimas, *Actas*, 55, 58, 64, 66-69 y 71-79, 22 de marzo de 1929 a 9 de abril de 1930; *La Vanguardia*, 2, 3 y 23 de mayo de 1930; *La Prensa*, 6 de enero y 6, 21 y 22 de febrero de 1929; *La Nación*, 16 a 20 de abril y 1º a 8 de mayo de 1929; *La Época*, 4 y 15 de mayo de 1929; *Boletín de Servicios*, 20 de mayo de 1929, pp. 218-221, y 20 de julio de 1929, pp. 315-316, y DNT, *Crónica Mensual*, noviembre-diciembre de 1929, p. 2990.

³² DNT, *Crónica Mensual*, noviembre-diciembre de 1929, pp. 2989-2992.

³³ R. J. Walter, *The Socialist Party...*, op. cit., pp. 215 y 222.

³⁴ *La Prensa* y *La Vanguardia*, 5 a 19 de junio de 1930; *Bandera Proletaria*, 11 y 18 de enero de 1930; Edgardo Bilsky, "Ethnicité et classe ouvrière: les travailleurs juifs à Buenos Aires (1900-1930)", en *Le Mouvement social*, 159, abril-junio de 1992, p. 51 [original: "Etnicidad y clase obrera: la presencia judía en el movimiento obrero argentino", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 4(11), abril de 1989, pp. 27-47]; *El Obrero Ferroviario*, 1º de julio y 1º de septiembre de 1930; *Acción Obrera*, febrero-junio y julio de 1930; DNT, *Crónica Mensual*, junio de 1930, p. 3174; *La Internacional*, 7 de julio de 1926 y 12 de enero y 2 de febrero de 1929; *El Trabajador Latino Americano*, agosto-septiembre de 1930, suplemento "El movimiento huelguístico latino americano", pp. 10-11; Confedera-

ción Sindical Latino-Americana, *Bajo la bandera de la CSLA...*, op. cit., p. 256, y Partido Comunista de la Argentina, *Esbozo de historia...*, op. cit., p. 70 n. 112.

³⁵ *Bandera Proletaria*, 23 y 30 de noviembre de 1929, 14 de diciembre de 1929 a 8 de febrero de 1930, 22 de febrero, 22 y 29 de marzo, 12 y 19 de abril, 17 de mayo a 7 de junio, 26 de julio y 2, 9 y 30 de agosto de 1930; *La Prensa*, 6 de febrero y 2, 6, 17 y 26 de agosto de 1930; *La Nación*, 16 y 19 de marzo y 6 a 14 de abril de 1930; *Crítica*, 7 y 12 de abril de 1930; *Acción Obrera*, abril de 1930; *Diques y Dársenas*, 1º de julio de 1930; *La Vanguardia*, 23 de mayo de 1930, y Laureano Riera Díaz, *Memorias de un luchador social*, Buenos Aires, edición del autor, 1981, vol. 2, pp. 12-13.

³⁶ Se encontrarán ejemplos en *La Prensa*, 17 a 23 de julio de 1930.

³⁷ *La Prensa*, 5 de junio a 4 de julio de 1930, y *Bandera Proletaria*, 21 de junio a 16 de agosto de 1930.

³⁸ Se encontrarán ejemplos en *La Internacional*, 26 de noviembre de 1927 y 24 de marzo de 1928; *Libertad*, 20 a 22 de marzo de 1928; *Boletín de Servicios*, 5 de abril de 1928, p. 145, y 20 de mayo de 1929, p. 217; *Bandera Proletaria*, 1º de diciembre de 1928 y 19 de abril de 1930; *Crítica*, 20 de mayo de 1929 y 29 de marzo a 15 de abril de 1930, y S. Safta, *Recuerdos de tinta...*, op. cit., pp. 239-243.

³⁹ P. H. Smith, "The breakdown of democracy...", op. cit., en especial pp. 5-8.

⁴⁰ *La Acción*, 23 y 24 de enero y 25 de marzo de 1928; Cámara de Diputados, *Diario de Sesiones*, I, 1930; Concejo Deliberante, *Actas*, 2 a 19 de abril de 1930, pp. 15-141, y Cámara de Senadores, *Diario de Sesiones*, 30 de abril de 1930, pp. 1-2.

⁴¹ Anne L. Potter, "The failure of democracy in Argentina 1916-1930: an institutional perspective", *Journal of Latin American Studies*, 13(1), 1981, p. 101.

⁴² Véanse, por ejemplo, C. Rodríguez, *Lencinas y Cantoni...*, op. cit.; P. Lacoste, *La Unión Cívica Radical en Mendoza...*, op. cit., pp. 38-116; *La Prensa*, 11 de noviembre de 1929 y 14 de febrero de 1930; *La Época*, 4 de mayo de 1929, y David Rock, "Argentina from the First World War to the revolution of 1930", en L. Bethell (ed.), *The Cambridge History...*, op. cit., vol. 5, p. 449 [trad. esp.: "Argentina, de la Primera Guerra Mundial a la revolución de 1930", en John Lynch et al., *Historia de la Argentina*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 137-166].

⁴³ Véanse, por ejemplo, D. Rock, *Politics in Argentina...*, op. cit., pp. 249-250; L. Bard, *Estampas de una vida...*, op. cit., pp. 163-164, y Luciano de Privitellio, "Sociedad urbana y actores políticos en Buenos Aires, el 'partido' independiente en 1931", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio E. Ravignani"*, tercera serie, 9(1), primer semestre de 1994, p. 83.

⁴⁴ R. Sidicaro, *La política mirada desde arriba...*, op. cit., p. 99; *Crítica*, 20 y 21 de marzo de 1929, y *La Razón*, 8 de septiembre de 1930, citada por A. Cattaruzza, *Marcelo T. de Alvear...*, op. cit., p. 48.

⁴⁵ T. Halperín Donghi, *Vida y muerte...*, op. cit.

⁴⁶ *La Prensa*, 23 y 24 de febrero y 25 de agosto de 1929 y 25 de febrero, 19, 21 y 29 de abril, 6, 11, 12 y 21 de junio, 30 de julio y 7 de septiembre de 1930; *Crítica*, 23 de febrero de 1929; *La Nación*, 3 y 4 de abril de 1930, y *La Época*, 28 y 29 de agosto de 1930.

⁴⁷ Véase R. A. Potash, *The Army and Politics...*, op. cit., pp. 29-54.

⁴⁸ *La Época*, 5 de septiembre de 1930, y Diego Abad de Santillán, "El movimiento obrero argentino ante el golpe de Estado del 6 de setiembre de 1930", en *Revista de Historia*, 3, "La crisis de 1930", primer trimestre de 1958, pp. 129-130.

Conclusión

La primera experiencia plenamente democrática de la Argentina se inauguró con una nota esperanzadora. Al entrar a la Casa Rosada como presidente, Yrigoyen lo hacía con enormes ventajas. Había logrado un significativo respaldo electoral y los radicales tenían una voz importante en el Congreso, aunque no controlaran los cuerpos legislativos. El país era rico, estaba mayoritariamente alfabetizado y sus divisiones parecían manejables. Se había iniciado una nueva era de elecciones limpias y el respaldo de los votantes tenía por primera vez un carácter crucial. Se desarrollaron nuevos estilos de hacer política y conquistar el apoyo popular, pero el radicalismo e Yrigoyen también adaptaron tradiciones anteriores. La utilización de los jefes de policía de Buenos Aires para negociar con los sindicatos es un perfecto ejemplo.

Con su manera de buscar apoyos, Yrigoyen y los radicales se malquistaron profundamente con ciertos sectores de la población. Es importante tener presente, sin embargo, que Yrigoyen obtuvo un triunfo aplastante en las elecciones presidenciales de 1928. El malestar que se gestó en los siguientes dos años fue en parte coyuntural, pero la incapacidad de la Unión Cívica Radical para sostener la democracia tuvo repercusiones muy duraderas. Hasta la década de 1980 los dirigentes nacionales rara vez fueron elegidos en elecciones abiertas y limpias, y los golpes militares se tornaron cada vez más frecuentes.

Con todo, la UCR dejó una profunda huella. La política de la era siguiente, entre 1930 y 1943, giró en torno del intento de los neoconservadores de mantenerse en el poder mediante la exclusión de los radicales. Durante la mayor parte del período el gobierno tuvo una fachada democrática, pero no se permitía que el radicalismo ganara elecciones. Juan Domingo Perón, la figura dominante de 1945 a 1955, siempre afirmó que

revitalizaba tradiciones radicales. Era evidente que el radicalismo simbolizaba en lo político algo valioso.

¿Por qué fue tan grande su influencia? En nuestros días las simpatías que despertaban los radicales en la población no son una obviedad. No parecían proponer una ruptura pronunciada con el pasado, pero esa ruptura era mucho más grande de lo que se había creído en un primer momento. Suyo fue gran parte del mérito por haber establecido elecciones limpias en la Argentina. Crearon además la imagen de un partido que simbolizaba la integridad moral y presentaba a los otros como corruptos. Los radicales también representaban el nacionalismo. Yrigoyen contribuyó a producir una imagen de sí mismo como una figura solícita y casi santa. Su preocupación por la gente del común era auténtica. La estrategia denominada obrerismo tuvo efectos concretos. Su mensaje era que el partido e Yrigoyen se preocupaban por las clases populares. Alvear trató de valerse de esa misma estrategia, pero con mucho menos éxito. Los sindicatos o, mejor, algunos de ellos, se utilizaron como puentes hacia la clase obrera. Su influencia iba mucho más allá de su pequeño número de afiliados, como lo indica su capacidad para convocar a grandes cantidades de personas a sumarse a las huelgas. Los sindicatos también aportaban legitimidad a las conexiones con el gobierno en un mundo ideológico en el cual ese tipo de vínculos aún se veía con recelo. Esta estrategia se complicaba debido a la renuencia de los radicales a ir más allá de los contactos personales y dar a la relación un marco legal o burocrático. La relación de Alvear y Ortiz con los ferroviarios se destaca como una gran excepción. La naturaleza de las clases populares era un obstáculo para la creación de relaciones formales, tanto porque anarquistas y sindicalistas revolucionarios rechazaban estas últimas como porque la gran cantidad de no ciudadanos limitaba la importancia política de la clase obrera. Aun así, en comparación con actitudes pasadas, la relación de los radicales con el movimiento obrero era un gran paso adelante: permitía a muchos trabajadores sentir que formaban parte de la sociedad en general. La UCR se convirtió en el partido de la inclusión.

El uso del patronazgo y el clientelismo no explica ni puede explicar la popularidad del radicalismo. Ambos sectores, personalistas y antipersonalistas, los utilizaban sin reservas, pero solo los primeros conquistaron un respaldo significativo. El patronazgo permitió a los radicales construir

elaboradas estructuras partidarias y hacer participar a un amplio sector de la población en las campañas.

La popularidad radical también tenía un lado malo. Hacia 1930 muchos descubrieron que los radicales eran una amenaza. Habían perturbado el delicado equilibrio de la sociedad argentina. La política ya no era el coto cerrado de una elite.¹ El radicalismo había hecho intentos de incorporar a la clase obrera al mundo político y social. Los incrédulos consideraban que su estilo, especialmente el de los personalistas, era chocante. La retórica de los radicales, que se definían como patriotas y tachaban a los demás de indignos o cosas peores, influía sobre el humor del país. No existía una oposición legítima y no podía haber una oposición leal. Con la expansión del control radical del Congreso, sumado a su predominio en las provincias, las elites políticas no ligadas al partido sintieron que no había lugar para ellas dentro del sistema.

Una característica de la política argentina ha sido el papel supremo del líder dentro de un partido o movimiento. Pero los radicales e Yrigoyen no fueron los primeros en exhibirla. En el cambio de siglo, hombres como Julio Roca y Bartolomé Mitre dominaban la política como figuras de proporciones épicas. Sin embargo, este rasgo se tornó más pronunciado con Yrigoyen, que llegó a dominar casi por completo la UCR y la escena política. Como hemos visto, se desarrolló a su respecto lo que casi podríamos llamar un culto a la personalidad. En Buenos Aires, los seguidores del partido se hincaban en la Avenida de Mayo ante Yrigoyen cuando este los saludaba desde un balcón. En las oficinas postales se exhibía su retrato, un hecho que era muy contrario a las tradiciones argentinas, por lo cual, tras las protestas de la prensa, hubo que retirarlo.² Este tipo de adoración de un líder repugnaba a muchos, incluso dentro de la UCR.

Para explicar la gran escisión producida en el partido en la década de 1920 no sirve calificar de más conservadores a los antipersonalistas. Muchos de ellos lo eran, pero no todos. No puede decirse que lo fueran un Cantoni o un Anastasi. El único factor unificador era la animadversión que sentían por el predominio de Yrigoyen dentro del partido. Hacia 1930 un sector significativo de la población se mostraba descontento por lo que a su entender era una influencia política aplastante del presidente.

El personalismo también era un estilo de conducción. Tanto Alvear como Yrigoyen se apoyaban en gran medida de sus contactos persona-

les, aunque el primero menos que el segundo. Hemos examinado este aspecto en relación con los sindicatos. La posición de estos nunca se definió en términos legales, y tampoco se concertaron en ningún momento relaciones formales con la Unión Cívica Radical. Todo era cuestión de conexiones personales. Esto hacía que las relaciones de los sindicatos con el Estado fueran completamente dependientes del capricho personal. La suerte varia de los sindicatos portuarios durante el gobierno de Alvear demuestra la vulnerabilidad del movimiento obrero. El hincapié en lo personal también implicaba la inexistencia de una burocracia que pudiera manejar el número creciente de leyes y problemas laborales. Cuando Yrigoyen perdió su vigor, no hubo un aparato gubernamental que pudiera reemplazar su protagonismo personal. Las cosas sencillamente se estancaron. El papel del DNT se amplió, no así su tamaño. El sistema legal no cambió lo suficiente para ajustarse a las necesidades en aumento de una sociedad más industrializada y urbana.³ Con la excepción de la UF y La Fraternidad, y en menor medida la organización de los trabajadores municipales, los cimientos de los sindicatos seguían construyéndose sobre arenas movedizas.

La actitud de los radicales cuadraba muy bien con las ideologías de gran parte del movimiento sindical, que rechazaba toda participación en la política burguesa pero a menudo se sentía más que complacido al utilizar las conexiones con el gobierno para negociar con la patronal. Por eso, no había muchas razones para modificar la naturaleza de la relación y formalizarla. Algunos comentaristas han estimado que la debilidad institucional es un motivo clave de la turbulencia política crónica de la Argentina.⁴

El escepticismo del movimiento sindical con respecto al papel del Estado, con la excepción parcial de los socialistas, hacía que fuera en extremo difícil sancionar leyes que ligaran a la clase obrera con mayor firmeza a la estructura sociopolítica. Aunque siguieron creándose cajas de jubilaciones para industrias claves, un plan más amplio, la ley 11.289, que habría incluido un vasto número de trabajadores, se convirtió en un lastre político más que en una ventaja. Solo sirvió para unir a empleadores y sindicatos en la movilización para imposibilitar su puesta en práctica. El éxito de la oposición impidió que las futuras leyes en la materia tuvieran alguna posibilidad de promulgarse. Ni siquiera durante el régimen de Perón tuvo la Argentina un sistema generalizado de jubilaciones.

La presión para incorporar a la clase obrera tenía un alcance limitado debido a la masiva cantidad de extranjeros residentes en las zonas urbanas más importantes, sobre todo Buenos Aires. Si las leyes y costumbres argentinas hubieran alentado la nacionalización de los inmigrantes, los trabajadores habrían sido un blanco más atractivo para los radicales. Dado su instinto político, estos se hubieran mostrado más diligentes en sus intentos de incorporar a los trabajadores al conjunto de la sociedad.

Observadores contemporáneos consideraban problemático el uso en gran escala del clientelismo, y algunos historiadores han sostenido que los radicales basaban en él su popularidad. La popularidad radical, empero, no dependía del clientelismo. Es cierto que la cantidad de empleados públicos aumentó mucho durante la era radical, pero ese incremento reflejaba en una medida significativa tanto las crecientes necesidades de la sociedad como el papel expansivo del gobierno. No obstante, las conexiones personales y políticas siguieron siendo cruciales para conseguir trabajo. El empleo público se tornó más atractivo porque las condiciones laborales y los salarios experimentaron una espectacular mejora. Los radicales se apiñaban en gran número en las oficinas públicas. Ambas facciones del partido se valieron del clientelismo y el patronazgo, pero los antipersonalistas nunca lograron crear una base verdaderamente amplia. Otros partidos compartían el botín. La gente agradecía el empleo, los juguetes y la atención médica, pero no parecía traducir ese agradecimiento en un apoyo fervoroso. En una sociedad compleja como la de Buenos Aires había muchas otras alternativas para obtener ayuda. El amor por Yrigoyen provenía de otras fuentes.

No obstante, el clientelismo ayudó a los radicales a crear y manejar una serie de maquinarias políticas. Entre los clientes se reclutaban muchos de los soldados de a pie para las campañas electorales. El clientelismo también puede explicar en parte la gran concurrencia a las urnas en las elecciones internas. La política seguía siendo en buena medida un juego de entrega de puestos de trabajo y ayuda económica. Los empleados públicos consumían una proporción siempre en aumento del presupuesto, dejando menos de lo necesario para infraestructura y otros equipamientos permanentes. La existencia de un sistema clientelista no es sorprendente y, en sí mismo, tampoco es necesariamente muy deletéreo. Era común en todo el mundo atlántico. Ni los radicales ni sus sucesores inmediatos, sin embargo, hicieron esfuerzos serios por reformar el empleo público y crear

una burocracia razonablemente eficiente, lo cual tornaba cada vez más problemática la cabal implementación de las políticas gubernamentales.

Durante los años iniciales de su primer mandato, Yrigoyen ayudó a los sindicatos con el fin de conquistar el apoyo de la clase obrera. Su manera de hacerlo, mediante el respaldo a algunas huelgas, le granjeó tanto amigos como enemigos. La táctica podría haber sido más eficaz en algún otro momento. Yrigoyen la llevó a la práctica mientras el mundo era testigo de una oleada huelguística internacional generada por los estragos de la guerra, las demandas contenidas, la inflación, la Revolución Rusa y los levantamientos resultantes en otros lugares. El cambio parecía flotar en el aire, y suscitaba miedo y esperanza. En la Argentina, la ola de huelgas y la violencia concomitante fueron intensas. Yrigoyen conquistó, en efecto, un apoyo ferviente. Sin embargo, y de manera nada sorprendente, hubo una vigorosa reacción adversa en otros sectores de la sociedad. La Liga Patriótica y la AT fueron uno de sus resultados directos, como también lo fueron la Semana Trágica de enero de 1919 y las masacres de la Patagonia. Hacia mediados de 1921 Yrigoyen se sintió en la obligación de abandonar su estrategia, porque los costos políticos ya eran demasiado altos. Si bien mantuvo su interés en desarrollar una relación con el movimiento obrero, el derrumbe de la presión sindical en la segunda mitad de 1921 relegó a un segundo plano aquella estrategia. Y, de tal modo, Yrigoyen comenzó a explorar nuevos tipos de relación con los sindicatos ferroviarios.

Alvear —si no Ortiz— también desplegó una estrategia para hacerse de respaldo a través del movimiento sindical. La actitud obedecía a un deseo pragmático de votos, cada vez más necesarios luego de la escisión en el radicalismo si los antipersonalistas pretendían conservar su relevancia. Los tratos con La Confraternidad muestran cuáles eran los deseos de la administración. Esta quería que los sindicatos fueran lo bastante fuertes para mantener el orden y estuvieran dispuestos a trabajar con el gobierno en procura de mejorar las condiciones de sus afiliados. La administración ayudó a los sindicatos ferroviarios a lograr ese objetivo, y la UF, en particular, se convirtió en el sindicato modelo durante las décadas siguientes.⁵ El gobierno de Alvear se mostró incapaz o poco dispuesto a llevar mucho más allá esta táctica. Fracasó en el intento de crear una organización similar a bordo de los buques. El fracaso se produjo debido a su incapacidad de adoptar una estrategia unificada, pero también porque los trabajadores

no podían ponerse de acuerdo para decidir qué tipo de sindicato querían. Los intentos de la administración de crear sindicatos entre los empleados públicos tuvieron escasa repercusión.

El regreso de Yrigoyen al palacio presidencial en 1928 generó elevadas expectativas de cambio en la naturaleza de las relaciones laborales. Algunos contemplaban con buenos ojos la idea, en tanto que otros la temían. El esfuerzo por recrear la estrategia inicial de Yrigoyen rindió pocos frutos. El interés del gobierno había decaído, a causa de su deseo de consolidar las relaciones con los británicos y de las restricciones ocasionadas por el comienzo de los problemas económicos. También tuvo su influencia un movimiento sindical fracturado, con su inclinación a las luchas intestinas. Aun así, la amenaza de un retorno al "caos" del primer mandato estaba en el aire y alimentaba los temores de los adversarios de Yrigoyen.

Repercusiones de largo alcance

En muchos aspectos, los estilos políticos de épocas posteriores pueden considerarse derivados de la Unión Cívica Radical. La idea es particularmente válida para la era neoconservadora iniciada tras la reinstauración de las elecciones, en 1932, y extendida hasta 1943. Los políticos dominantes eran radicales, si bien de la tendencia antipersonalista. Habían aprendido gran parte de su estilo durante la etapa anterior. Basta con mencionar a los dos presidentes electos para dar una idea del legado dejado por la era radical. Agustín P. Justo y Roberto M. Ortiz habían integrado el gabinete de Alvear como ministros de Guerra y Obras Públicas, respectivamente. El principal partido opositor, el radicalismo, era liderado por Alvear, que había vuelto al redil con la bendición de Yrigoyen.

Otros políticos de importancia también habían iniciado su carrera dentro de la UCR, y no habían olvidado las lecciones aprendidas en el partido. Podemos ver dichas lecciones en el enfoque adoptado por el gobierno en el plano sindical. Aunque no particularmente interesados en las cuestiones laborales, los antipersonalistas de los años treinta habían aprendido que a menudo era más eficaz hacer concesiones cuando se enfrentaban los desafíos planteados por sindicatos no hostiles. En 1932 el gobierno obligó a la compañía telefónica a resolver una huelga en términos no desfavora-

bles para los trabajadores, a pesar de que los huelguistas habían apelado regularmente al sabotaje. En parte, esa actitud se debía a que el gobierno quería hacer saber a los sindicatos que no siempre sería hostil.⁶ El intento de Ortiz de influir sobre la dirección de la entidad sindical más fuerte del país, la UF, y, tras su fracaso, de crear una organización paralela, era posible porque durante el gobierno de Alvear él había tenido un papel importante en las grandes conquistas de la Unión Ferroviaria. Hasta los conservadores sabían ahora que el apoyo sindical podía ser de importancia. En las elecciones de 1931 los conservadores de la provincia de Buenos Aires incluyeron en su lista de candidatos a la Cámara de Diputados a dos miembros de la UF. Uno de ellos, Bernardo Becerra, era un hombre de destacada trayectoria gremial. Ambos fueron elegidos, pero Becerra murió antes de asumir su cargo.⁷ El experimento nunca se repitió, presuntamente porque los conservadores sentían que podían seguir controlando la provincia por medio del fraude y que el apoyo popular era innecesario.

El legado político del radicalismo no cesó con el golpe de 1943 que puso fin a la era neoconservadora. Juan Domingo Perón siempre afirmó haber recogido las banderas de Yrigoyen que los radicales habían abandonado. Aunque esta afirmación podría considerarse una muestra de retórica política vacía, hay bastante de cierto en ella. Muchas de las tácticas de Perón reflejaban las de los radicales. Estos habían comprendido la importancia de la clase obrera y el posible papel de los sindicatos, que podían actuar como un puente hacia los trabajadores. La ayuda que se les prestara podía redundar en apoyo popular, y los vínculos con los sindicatos, legitimar esa popularidad. La UF siguió siendo el sindicato modelo y, al menos en las primeras etapas, un foco de atención clave para Perón. Este llevó esas tácticas mucho más lejos que Yrigoyen. El escenario que se le presentaba era muy diferente, porque tenía que ganar popularidad sin la ayuda de un partido político organizado. Además, el país había cambiado. En 1943 la clase obrera urbana tenía potencialmente una importancia política mucho más grande. La industrialización estaba en una etapa más avanzada que en la década de 1920. Había habido una gran afluencia de trabajadores de las zonas rurales a Buenos Aires y los nacidos en el extranjero eran menos porque la inmigración se había interrumpido, en esencia, con el comienzo de la Depresión. Perón también creía en algo en que los radicales no creían: la eficacia de insertar el movimiento sindical en las estructuras estatales. Las

burocracias que los radicales no habían sabido expandir aumentaron sus dimensiones. Y solo con Perón la clase obrera se incorporó plenamente a la sociedad. La naturaleza de esa incorporación ha dado forma al movimiento sindical y gran parte del sistema político hasta el día de hoy.⁸

La utilización por parte del régimen peronista de una combinación de caridad personal y beneficencia estatal para ayudar a los pobres guarda cierta semejanza con las tácticas de Yrigoyen y los radicales, aunque en una escala mucho más vasta. En su uso de la caridad personal y el intento de aparecer como una personalidad piadosa, Yrigoyen era un claro antecedente del papel que desempeñó Eva Perón por medio de su fundación. Evita entregaba en persona la ayuda a los pobres, pero la mayor parte de los fondos provenía de fuentes gubernamentales. Se la describía como una persona abnegada, que besaba a leprosos y hacía cosas por el estilo además de sentir un profundo apego a los pobres, pero, a diferencia de Yrigoyen, nunca habría podido decirse de ella que era ascética.⁹ En el régimen peronista la escala era mucho más grande, pero hay continuidades evidentes.

El estilo radical de retórica, que negaba a los opositores toda legitimidad, persistió después del golpe de septiembre de 1930, y caracterizó en gran medida a casi todos los gobiernos y movimientos políticos hasta la década de 1980. En los años treinta la política giró en torno de la exclusión del radicalismo. En las décadas de 1940 y 1950 los peronistas no permitieron la plena expresión de la oposición, a pesar de que tenían un firme control sobre todos los poderes del Estado. Tras el derrocamiento de Perón, los vencedores se negaron a permitir la participación del peronismo en el sistema electoral. En los años setenta la actitud intolerante se tornó más brutal y mortal, y los argentinos se mataron unos a otros en gran número. No es posible culpar a los radicales del período 1916-1930 de que otros prolongaran su retórica y la hicieran más intransigente y letal. Hubo muchas oportunidades de crear nuevas formas retóricas y dar cabida a la legitimación de la oposición, pero no sucedió así. Peor aún, lo que antes solo era retórica se convirtió en realidad.

La presencia de un líder excluyente a la cabeza de los partidos políticos no fue un fenómeno que llegara a su fin con Yrigoyen. El proceso se repitió tanto en el radicalismo como en el peronismo: un líder que consolida su poder y se aferra a él durante muchos años. Hubo períodos de disputas por el liderazgo, pero siempre terminaba por aparecer alguien que afirmaba

su autoridad solitaria. En la Unión Cívica Radical la posición dominante pasó de Yrigoyen a Alvear, de este a Ricardo Balbín y de este a Raúl Alfonsín, mientras que a la cabeza del peronismo el poder pasó de Perón a Carlos Menem y de este a Néstor Kirchner, que hacia 2007 consolidaba su posición.

El legado del primer experimento democrático fue muy grande. En él se establecieron muchos de los estilos que marcarían la política argentina durante varias generaciones. La manera en que los radicales se movilizaban en procura de obtener un respaldo político iba a convertirse en un modelo. El golpe de septiembre de 1930 dio inicio a un ciclo de dictaduras militares con períodos cada vez más breves de gobierno civil entre ellas. La violencia asociada a los gobiernos militares se incrementó con el paso del tiempo. La oportunidad de restablecer plenamente la democracia solo llegó en la década de 1980. Aunque los radicales contribuyeron a establecer gran parte del estilo político de la Argentina, no se los puede hacer responsables de lo que vendría. Fueran cuales fuesen sus errores, entre 1916 y 1930 la Argentina fue una democracia efectiva y una sociedad con muchas esperanzas y promesas. Cuando se tiene en cuenta este antecedente, se advierte lo trágico que fue el fracaso argentino y lo ardua que es la tarea de preservar la democracia.

La historia no tiene por qué ajustarse necesariamente al dicho de que lo que mal empieza mal acaba. Siempre hay oportunidades de cambiar de dirección. El golpe de 1930 solo se tornó inevitable en las semanas inmediatamente anteriores a su desencadenamiento. Aun así, la huella dejada por las tradiciones políticas nacidas durante los gobiernos radicales sigue siendo profunda.

Notas

¹ P. H. Smith, *Argentina and the Failure of Democracy...*, op. cit., en especial pp. 94-95.

² M. Padoan, *Jesús, el templo...*, op. cit., p. 40, y Archivo General de la Nación, fondo documental, Ministerio del Interior, serie Comisión Investigadora de la Presidencia de H. Yrigoyen, documento núm. 14, pp. 269-276.

³ Véase L. Schjolden, "Suing for justice...", op. cit.

⁴ Steven Levitsky y María Victoria Murillo (eds.), *Argentine Democracy: The Politics of Institutional Weakness*, University Park, Pennsylvania State University Press, 2005.

⁵ J. Horowitz, *Argentine Unions...*, op. cit.

⁶ Sobre las estrategias laborales neoconservadoras, véase J. Horowitz, *Argentine Unions...*, en especial pp. 129-133.

⁷ *Ibid.*, p. 139, y Alberto Ferrari Etcheberry, "Sindicalistas en la bancada conservadora", en *Todo es Historia*, 314, septiembre de 1993, pp. 74-83.

⁸ Véanse, por ejemplo, J. Horowitz, *Argentine Unions...*, op. cit.; Juan Carlos Torre (ed.), *Los años peronistas (1943-1955)*, vol. 8 de *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, y R. B. Collier y D. Collier, *Shaping the Political Arena...*, op. cit.

⁹ M. Navarro, *Evita*, op. cit., pp. 225-254, y M. B. Plotkin, *Mañana es san Perón...*, op. cit., pp. 215-255.

Bibliografía

Fuentes archivísticas

- Archivo General de la Nación, fondo documental, Ministerio del Interior.
——, legajo núm. 1962, tambor 1111, filme *Obra del gobierno radical*.
——, Ministerio del Interior, serie Comisión Investigadora de la Presidencia de H. Yrigoyen.
Biblioteca del Instituto Ravignani, colección Emilio Ravignani.
Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*.
Cámara de Senadores, *Diario de sesiones*.
Concejo Deliberante de la Municipalidad de Buenos Aires, *Actas*.
Consejo de Relaciones Marítimas, *Actas*.
Copiadores de cartas de USA.
Fundación Simón Rodríguez, colección Francisco Pérez Leirós.
Libros de recortes de Marcelo T. de Alvear.
Policía Federal Argentina, Archivo General.
Unión Ferroviaria, *Libros de actas de la Comisión Directiva*.
U. S. Diplomatic Dispatches, Buenos Aires.
U. S. Military Intelligence Reports: Argentina, 1918-1941, Frederick, Maryland, University Publications of America, 1984.

Artículos, libros, documentos y trabajos

- Abad de Santillán, Diego: "El movimiento obrero argentino ante el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930", en *Revista de Historia*, 3, "La crisis de 1930", primer trimestre de 1958, pp. 123-132.
——: *Gran enciclopedia argentina*, 8 vols., Buenos Aires, Ediar, 1956.

- Adelman, Jeremy: "El Partido Socialista Argentino", en Mirta Zaida Lobato (ed.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, vol. 5 de *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, pp. 261-290.
- : "State and Labour in Argentina: The Port Workers of Buenos Aires, 1910-21", en *Journal of Latin American Studies*, 25(1), febrero de 1993, pp. 73-102.
- Alari, Julio G. de: *Almafuerte: su vida y su obra*, Buenos Aires, Ágora, 1965.
- Alén Lascano, Luis C.: "El principismo argentino ante la Primera Guerra Mundial", en *Res Gesta*, 37, Rosario, 1998-1999, pp. 5-21.
- : *Yrigoyenismo y antipersonalismo: surgimiento en el gobierno de Alvear*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986.
- : *La Argentina ilusionada, 1922-1930*, Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1975.
- Alexander, Robert J.: *Communism in Latin America*, New Brunswick, Nueva Jersey, Rutgers University Press, 1960.
- Allswang, John M.: *Bosses, Machines, and Urban Voters*, edición revisada, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1986.
- Allum, P. A.: *Politics and Society in Postwar Naples*, Cambridge, Cambridge University Press, 1973.
- Almafuerte (seudónimo de Pedro B. Palacios): *Obras completas*, Buenos Aires, Ediciones Antonio Zamora, 1954.
- Alonso, Paula: "La Unión Cívica Radical: fundación, oposición y triunfo (1890-1916)", en Mirta Zaida Lobato (ed.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, vol. 5 de *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, pp. 209-259.
- : *Between Revolution and the Ballot Box: The Origins of the Argentine Radical Party in the 1890s*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000 [trad. esp.: *Entre la revolución y las urnas: los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años noventa*, Buenos Aires, Sudamericana/Universidad de San Andrés, 2000].
- American Society of Newspaper Editors: *International Yearbook*, 1929, Nueva York, Editor and Publisher, 1929.
- Amin, Shahid: "Gandhi as Mahatma: Gorakhpur district, Eastern UP, 1921-2", en Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak (eds.), *Selected Subaltern Studies*, Nueva York, Oxford University Press, 1988, pp. 288-342 [trad. esp.:

- "Gandhi como Mahatma: distrito de Gorakhpur, UP oriental, 1921-1922", en Saurabh Dube (ed.), *Pasados coloniales*, México, El Colegio de México, 1999, pp. 345-401].
- Anales de legislación argentina*: vols. 2-5, Buenos Aires, La Ley, 1942-1954.
- Ansaldi, Waldo (ed.): "La trunca transición del régimen oligárquico al régimen democrático", en Ricardo Falcón (ed.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, vol. 6 de *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, pp. 15-57.
- : *Conflictos obrero-rurales pampeanos (1900-1937)*, 3 vols., Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993.
- Auyero, Javier: *Poor People's Politics: Peronist Survival Networks and the Legacy of Evita*, Durham (Carolina del Norte), Duke University Press, 2001 [trad. esp.: *La política de los pobres: las prácticas clientelistas del peronismo*, Buenos Aires, Manantial, 2001 (edición revisada)].
- Auza, Néstor Tomás: "La legislación laboral y la complejidad del mundo del trabajo: el Departamento Nacional del Trabajo, 1912-1925", en *Revista de Historia del Derecho*, 17, 1989, pp. 59-104.
- Baer, James A.: "Buenos Aires: Housing Reform and the Decline of the Liberal State in Argentina", en Ronn Pineo y James A. Baer (eds.), *Cities of Hope: People, Protests, and Progress in Urbanizing Latin America, 1870-1930*, Boulder (Colorado), Westview, 1998.
- : "Urbanization and Mobilization: Housing and Class Identity in Argentina, 1870-1925", trabajo presentado en el congreso de la Latin American Studies Association, 1992.
- Barbero, María Inés y Fólder, Susana: "Los obreros italianos de la Pirelli Argentina (1920-1930)", en Fernando J. Devoto y Eduardo J. Míguez (eds.), *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica: los italianos en América Latina en una perspectiva comparada*, Buenos Aires, CEMLA/CSER/IEHS, 1992, pp. 189-203.
- Barbero, María Inés y Rocchi, Fernando: "Industry", en Gerardo Della Paolera y Alan M. Taylor (eds.), *A New Economic History of Argentina*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 261-294.
- Bard, Leopoldo: *Estampas de una vida: la fe puesta en un ideal "llegar a ser algo"*, Buenos Aires, Talleres Gráficos J. Perrotti, 1957.
- Barrancos, Dora: *La escena iluminada: ciencias para trabajadores, 1890-1930*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1996.

- : "Vita materiale e battaglia ideologica nel quartiere della Boca (1880-1930)", en Gianfausto Rosoli (ed.), *Identità degli italiani in Argentina*, Roma, Edizione Studium, 1993, pp. 167-204.
- : *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*, Buenos Aires, Contrapunto, 1990.
- Bayer, Osvaldo: *Anarchism and Violence: Severino Di Giovanni in Argentina, 1923-1931*, traducción de Paul Sharkey, Londres, Elephant Editions, 1986 [edición original: *Severino di Giovanni: el idealista de la violencia*, Buenos Aires, Galerna, 1970].
- : *Los vengadores de la Patagonia trágica*, 4 vols., Buenos Aires, Galerna, 1972-1974 (vols. 1-3), y Wuppertal, Peter Hammer Verlag, 1978 (vol. 4).
- Bergquist, Charles: *Labor in Latin America: Comparative Essays on Chile, Argentina, Venezuela, and Colombia*, Stanford, Stanford University Press, 1986 [trad. esp.: *Los trabajadores en la historia latinoamericana: estudios comparativos de Chile, Argentina, Venezuela y Colombia*, México, Siglo XXI, 1988].
- Bermeo, Nancy: *Ordinary People in Extraordinary Times: The Citizenry and the Breakdown of Democracy*, Princeton, Princeton University Press, 2003.
- Bernal, Eduardo Rubén: "Pedro Bidegain, un hombre de Boedo", en *Desmemoria*, 13-14, 1997, pp. 82-101.
- Bertolo, Maricel: *Una propuesta gremial alternativa: el sindicalismo revolucionario*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993.
- Bertoni, Lilia Ana: *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas: la construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Biddle, Nicholas: "Oil and democracy in Argentina, 1916-1930", tesis de doctorado, Duke University, 1991.
- Bidegain, Pedro: *Mi radicalismo*, Buenos Aires, s. n., 1929.
- Bielsa, Rafael: *El cacique en la función pública: patología política criolla*, Buenos Aires, Imprenta Nacional de Lajouane y Cía., 1928.
- Bilsky, Edgardo: "Ethnicité et classe ouvrière: les travailleurs juifs à Buenos Aires (1900-1930)", en *Le Mouvement social*, 159, abril-junio de 1992, pp. 39-56 [original: "Etnicidad y clase obrera: la presencia judía en el movimiento obrero argentino", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 4(11), abril de 1989, pp. 27-47].
- : *La Semana Trágica*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984.

- Bonaudo, Marta: "Society and Politics: From Social Mobilization to Civic Participation (Santa Fe, 1890-1909)", en James P. Brennan y Ofelia Pianetto (eds.), *Region and Nation: Politics, Economy, and Society in Twentieth-Century Argentina*, Nueva York, St. Martin's Press, 2000, pp. 1-47.
- Borda, Ángel: *Perfil de un libertario*, Buenos Aires, Reconstruir, 1987.
- Botana, Natalio R.: *El orden conservador: la política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977.
- Botana, Natalio R. y Gallo, Ezequiel: *De la República posible a la República verdadera (1880-1916)*, Buenos Aires, Ariel, 1997.
- Bra, Gerardo: *La organización negra: la increíble historia de la Zwi Migdal*, Buenos Aires, Corregidor, 1999.
- Bravo, María Celia: "Cuestión regional: azúcar y crisis cañera en Tucumán durante la primera presidencia de Yrigoyen", en *Ruralia*, 4, octubre de 1993, pp. 45-60.
- Bravo, Mario: *Capítulos de legislación obrera*, Buenos Aires, Imprenta A. García y Cía., 1927.
- Bridges, Amy: *A City in the Republic: Antebellum New York and the Origins of Machine Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.
- Brown, Jonathan C.: *A Brief History of Argentina*, Nueva York, Checkmark, 2004 [trad. esp.: *Breve historia de la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009].
- Bryce, James: *South America: Observations and Impressions*, Nueva York, Macmillan, 1912 [trad. esp.: *La América del Sud*, Nueva York, Macmillan, 1914].
- Bucich Escobar, Ismael: *Buenos Aires ciudad*, Buenos Aires, Editorial Tor, 1936.
- Bunge, A. E.: "Personal de los servicios públicos desde 1903 hasta 1923", en Dirección General de Estadística de la Nación, informe núm. 3, serie A, núm. 1, 10 de agosto de 1923.
- Bunge, Alejandro: *Una nueva Argentina*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1940.
- Burke, Peter: *The Fabrication of Louis XIV*, New Haven, Yale University Press, 1992 [trad. esp.: *La fabricación de Luis XIV*, Madrid, Nerea, 1995].
- Buyán, Marcelino: *Una avanzada obrera: origen, desarrollo, luchas y conquistas de La Fraternidad, sociedad gremial del personal de locomotoras de los ferrocarriles*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1933.
- Caballero, Ricardo: *Discursos parlamentarios y documentos políticos del doctor Ricardo Caballero*, edición de Roberto A. Ortelli, Buenos Aires, Sociedad de Publicaciones El Inca, 1929.

- Cabona, Andrés: "Un homenaje y una reivindicación", en Diego Abad de Santillán *et al.*, *Vida, obra y trascendencia de Sebastián Marotta: juicios, semblanzas y anecdotario de un precursor del sindicalismo*, Buenos Aires, Editorial Calomino, 1971, pp. 139-162.
- Caja Nacional de Jubilaciones y Pensiones Civiles: *Informe y balance técnico-actuarial al 30 de junio de 1935*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1937.
- : *Memoria correspondiente al año 1927*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. C. López y Cia., 1928.
- Camarero, Hernán: *A la conquista de la clase obrera: los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo XXI/Editora Iberoamericana, 2007.
- : "Socialismo y movimiento sindical: una articulación débil. La COA y sus relaciones con el PS durante la década de 1920", en Hernán Camarero y Carlos Miguel Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005, pp. 185-217.
- : "Los clubes deportivos comunistas", en *Todo es Historia*, 448, noviembre de 2004, pp. 16-25.
- Campos, Martín: "El cierre de la Caja de Conversión en 1929: una decisión de política económica", en *Desarrollo Económico*, 44(176), enero-marzo de 2005, pp. 537-566.
- Canton, Darío: *Elecciones y partidos políticos en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.
- : *Materiales para el estudio de la sociología política en la Argentina*, 2 vols., Buenos Aires, Centro de Investigaciones Sociales, Instituto Torcuato Di Tella, Editorial del Instituto, 1968.
- Canton, Darío y Jorrot, Jorge Raúl: *Elecciones en la ciudad 1892-2001*, 2 vols., Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2001-2005.
- Capdevila, Arturo: "Primera presidencia de Yrigoyen", en Academia Nacional de la Historia (ed.), *Historia argentina contemporánea*, vol. 1, sección 2, Buenos Aires, El Ateneo, 1963, pp. 247-269.
- Cárdenas, Felipe: "Ese enigmático conductor", en Félix Luna (ed.), *Los radicales*, vol. 1, Buenos Aires, Todo es Historia, 1976, pp. 87-99.
- Casaretto, Martín S.: *Historia del movimiento obrero argentino*, 2 vols., Buenos Aires, José Vescovo, 1946-1947.
- Caterina, Luis María: *La Liga Patriótica Argentina: un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del veinte*, Buenos Aires, Corregidor, 1995.

- Cattaruzza, Alejandro: *Marcelo T. de Alvear: el compromiso y la distancia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría: "Composición de la Cámara de Diputados, 1916-1930", en *Cuadernos*, 21, octubre de 1991.
- Chaguesien, Donato: *Los partidos porteños en la vía pública*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Araujo, 1919.
- Chiroleu, Adriana R.: "La Reforma universitaria", en Ricardo Falcón (ed.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, vol. 6 de *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, pp. 357-389.
- Chiti, Juan B. y Agnelli, Francisco: *Cincuentenario de "La Fraternidad": fundación, desarrollo, obra, 1887-20 de junio-1937*, Buenos Aires, Revashino Hnos., 1937.
- Cicciari, María Rosa y Prado, Mariano: "Un proceso de cambio institucional: la reforma electoral de 1912", en *Cuadernos del CISH*, 6, segundo semestre de 1999, pp. 95-145.
- Clark, Colin: *The Conditions of Economic Progress*, Londres, Macmillan, 1940 [trad. esp.: *Las condiciones del progreso económico*, Madrid, Alianza, 1980].
- Collier, Ruth Berins y Collier, David: *Shaping the Political Arena: Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America*, Princeton, Princeton University Press, 1991.
- Collier, Simon y Sater, William F.: *A History of Chile, 1808-1994*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996 [trad. esp.: *Historia de Chile, 1808-1994*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1998].
- Columba, Ramón: *El congreso que yo he visto*, 3 vols., Buenos Aires, Columba, 1988.
- Comisión Especial de Representantes de Empresas y Obreros Ferroviarios: *Revisión de escalafones, convenios y reglamentos*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1930.
- Comisión Nacional del Censo: *Tercer censo nacional, levantado el 1º de junio de 1914*, 10 vols., Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso, 1916-1919.
- Comité Nacional de Geografía: *Anuario geográfico argentino 1941*, Buenos Aires, Comité Nacional de Geografía.
- Confederación Sindical Latino-Americana: *Bajo la bandera de la CSLA*, Montevideo, Imprenta La Linotipo, 1929.
- Confraternidad Ferroviaria: *Memoria y balance, 1º de abril de 1927-31 de mayo de 1929*, Buenos Aires, 1929.

- Conniff, Michael L.: *Urban Politics in Brazil: The Rise of Populism, 1925-1945*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1981.
- Corbière, Emilio J.: *Orígenes del comunismo argentino: el Partido Socialista Internacional*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984.
- Cordero, Héctor Adolfo: *El profeta del hombre: pasión de Almafuerte*, Buenos Aires, Julio E. Rossi e Hijos, 1958.
- Cornblit, Oscar: "Inmigrantes y empresarios en la política argentina", en Torcuato S. Di Tella y Tulio Halperín Donghi (eds.), *Los fragmentos del poder: de la oligarquía a la poliarquía argentina*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969, pp. 389-437.
- Cornelius, Wayne A. Jr.: "Contemporary Mexico: A Structural Analysis of Urban Caciquismo", en Robert Kerr (ed.), *The Caciques*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1973, pp. 135-150 [trad. esp.: "El México contemporáneo: análisis estructural del caciquismo urbano", en Luis Unikel y Andrés Necochea (eds.), *Desarrollo urbano y regional en América Latina: problemas y políticas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975].
- Cortés Conde, Roberto: *La economía argentina en el largo plazo*, Buenos Aires, Sudamericana/Universidad de San Andrés, 1997.
- : *El progreso argentino, 1880-1914*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979.
- Cuadrado Hernández, G.: "La rebelión de los braceros", en *Todo es Historia*, 185, octubre de 1982, pp. 78-96.
- De la Fuente, Ariel: *Children of Facundo: Caudillo and Gaucho Insurgency During the Argentine State-Formation (La Rioja, 1853-1870)*, Durham, Carolina del Norte, Duke University Press, 2000. [trad. esp.: *Los hijos de Facundo: caudillos y montoneros en la provincia de La Rioja durante el proceso de formación del Estado nacional argentino (1853-1870)*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007].
- Del Campo, Hugo: *Sindicalismo y peronismo: los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, CLACSO, 1983.
- Della Paolera, Gerardo y Taylor, Alan M. (eds.): *A New Economic History of Argentina*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.
- Departamento de Hacienda: *Memoria correspondiente al año 1919*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos, 1920.
- : *Memoria correspondiente al año 1926*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de G. Pesce, 1927.
- DeShazo, Meter: *Urban Workers and Labor Unions in Chile, 1902-1927*, Madison, University of Wisconsin Press, 1983 [trad. esp.: *Trabajadores urbanos y*

- sindicatos en Chile, 1902-1927*, Santiago de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2007].
- Deutsch, Sandra McGee: *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932: The Argentine Patriotic League*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1986 [trad. esp.: *Contrarrevolución en la Argentina, 1900-1932: la Liga Patriótica Argentina*, Bernal, Argentina, Universidad Nacional de Quilmes, 2003].
- Devoto, Fernando: *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.
- Di Stefano, Roberto y Zanatta, Loris: *Historia de la Iglesia argentina: desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Grijalbo Mondadori, 2000.
- Di Tella, Guido y Zymelman, Manuel: *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, Eudeba, 1967.
- Di Tella, Torcuato: "Perón and the Unions: in Search of the Roots", inédito, 2001.
- Díaz Alejandro, Carlos R.: *Essays on the Economic History of the Argentine Republic*, New Haven, Yale University Press, 1970 [trad. esp.: *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975].
- Díaz Araujo, Enrique: *1930, conspiración y revolución*, 3 vols., Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, 1998.
- Dickmann, Enrique: *Recuerdos de un militante socialista*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1949.
- Dirección General de Correos y Telégrafos: *Memoria 1934*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de Correos y Telégrafos, 1935.
- : *Censo general del personal*, Buenos Aires, Casa Oucinde, 1930.
- Dirección General de Finanzas: *El ajuste de los resultados financieros de los ejercicios de 1928 a 1936*, Buenos Aires, Gerónimo J. Pesce y Cía., 1938.
- DNT [Departamento Nacional del Trabajo], División de Estadística: *Estadística de las huelgas*, Buenos Aires, 1940.
- Documentos de Hipólito Yrigoyen: apostolado cívico, obra de gobierno, defensa ante la corte*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Dirección General de Institutos Penales de la Nación, 1949.
- Donoso, Ricardo: *Alessandri, agitador y demoledor: cincuenta años de historia política de Chile*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1952-1954.
- Dorfman, Adolfo: *Historia de la industria argentina*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1970.
- Dossier: "La crisis de 1890. Política, sociedad y literatura", en *Entrepasados*, 12(24-25), 2003, pp. 19-147.

- Drake, Paul W.: *Socialism and Populism in Chile, 1932-52*, Urbana, University of Illinois Press, 1978 [trad. esp.: *Socialismo y populismo: Chile, 1936-1973*, Valparaíso, Instituto de Historia, Vicerrectoría Académica, Universidad Católica de Valparaíso, 1992].
- Eisenstadt, Shmuel Noah y Roniger, Luis: *Patrons, Clients, and Friends: Interpersonal Structure of Trust in Society*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.
- Etchepareborda, Roberto: *Biografía, Yrigoyen*, 2 vols., Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.
- : "La segunda presidencia de Hipólito Yrigoyen y la crisis de 1930", en Academia Nacional de la Historia (ed.), *Historia argentina contemporánea*, vol. 1, sección 2, Buenos Aires, El Ateneo, 1963, pp. 347-375.
- Falcón, Ricardo: "La relación Estado-sindicatos en la política laboral del primer gobierno de Hipólito Yrigoyen", en *Estudios Sociales*, 4(10), primer semestre de 1996, pp. 75-85.
- : *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984.
- Favaro, Orietta: "Estado y empresas públicas: el caso YPF, 1922-1955", en *Estudios Sociales*, 9(16), primer semestre de 1999, pp. 57-75.
- Federación Obreros y Empleados Telefónicos: *Luchas y conquistas: las organizaciones telefónicas en el país*, Buenos Aires, Federación Obreros y Empleados Telefónicos, 1944.
- Fernández Irusta, Pablo: "El Partido Conservador de la provincia de Buenos Aires y el proceso de democratización bonaerense, 1908-1918", en *Estudios Sociales*, 16(31), segundo semestre de 2006, pp. 95-136.
- Fernández, Alfredo: *El movimiento obrero en la Argentina*, 8 vols., Buenos Aires, Plus Ultra, 1935-1937.
- Fernández, Manuel R.: *La Unión Ferroviaria a través del tiempo: veinticinco años al servicio de un ideal*, Buenos Aires, Unión Ferroviaria, 1948.
- Ferns, H. S.: *The Argentine Republic, 1516-1971*, Nueva York, Barnes and Noble, 1973.
- Ferrari Etcheberry, Alberto: "Sindicalistas en la bancada conservadora", en *Todo es Historia*, 314, septiembre de 1993, pp. 74-83.
- Ferrari, Marcela P.: "Los que eligen: colegios electorales y electores en tiempos de la 'República verdadera', 1916, 1922, 1928", en *Estudios Sociales*, (13)24, primer semestre de 2003, pp. 31-59.

- : "El voto del silencio: algunas consideraciones sobre el abstencionismo en la provincia de Buenos Aires, 1913-1931", en *Cuadernos del CLAEH*, 83-84(1-2), Montevideo, 1999, pp. 175-197.
- Ferreras, Norberto: "Evolución de los principales consumos obreros en Buenos Aires (1880-1920)", en *Ciclos*, 11(22), segundo semestre de 2001, pp. 157-180.
- Folino, Norberto: *Barceló, Ruggierito y el populismo oligárquico*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1983.
- Fraser, Steve: *Labor Will Rule: Sidney Hillman and the Rise of American Labor*, Nueva York, Free Press, 1991.
- Frydenberg, Julio y Ruffo, Miguel: *La semana roja de 1909*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992.
- Gallo, Ezequiel: "Argentina: Society and Politics, 1880-1916", en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, vol. 5, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, pp. 359-391 [trad. esp.: "Política y sociedad en Argentina, 1870-1916", en *Historia de América Latina*, vol. 10, *América del Sur, c. 1870-1930*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 41-66].
- : *La pampa gringa: la colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983.
- Gálvez, Manuel: *Vida de Hipólito Yrigoyen: el hombre del misterio*, segunda edición, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1939.
- García Costa, Víctor: *Alfredo Palacios: entre el clavel y la espada*, Buenos Aires, Planeta, 1997.
- García Pulido, José: *El gran Chaco y su imperio Las Palmas*, segunda edición, Resistencia, Casa García, 1977.
- Garguin, Ernesto: "Mediaciones corporativas entre Estado y sindicatos, Argentina (1916-1930)", trabajo presentado en el congreso de la Latin American Studies Association, 1998.
- Gellner, Ernest: "Patrons and Clients", en Ernest Gellner y John Waterburg (eds.), *Patrons and Clients in Mediterranean Societies*, Londres, Duckworth, 1977, pp. 1-6 [trad. esp.: "Patronos y clientes", en *Patronos y clientes en las sociedades mediterráneas*, Madrid, Júcar, 1986, pp. 9-16].
- Gerchunoff, Pablo y Llach, Lucas: *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, Buenos Aires, Ariel, 1998.
- Germani, Gino: *Política y sociedad en una época de transición*, quinta edición, Buenos Aires, Paidós, 1974.

- Germani, Gino: *Estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Raigal, 1955.
- Giacobone, Carlos y Gallo, Edit Rosalía: *Radicalismo bonaerense, 1891-1931: la ingeniería política de Hipólito Yrigoyen*, Buenos Aires, Corregidor, 1999.
- Giordano de Rocca, Graciela I.: "El conflicto ferroviario de 1929-1930: empresas y trabajadores", en *Todo es Historia*, 180, mayo-junio de 1982, pp. 59-71.
- Giusti, Roberto F.: *Visto y vivido: anécdotas, semblanzas, confesiones y batallas*, Buenos Aires, Losada, 1965.
- Godio, Julio: *El movimiento obrero argentino (1910-1930)*, Buenos Aires, Legasa, 1988.
- : *La Semana Trágica de enero de 1919*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985.
- : *Historia del movimiento obrero argentino: inmigrantes asalariados y lucha de clases, 1880-1910*, Buenos Aires, Editorial Contemporánea, 1973.
- Goldberg, Heidi: "Railroad Unionization in Argentina, 1912-1929: The Limitations of Working Class Alliance", tesis de doctorado, Yale University, 1979.
- González Bollo, Hernán: "Ciencias sociales y sociografía estatal: tras el estudio de la familia porteña, 1889-1932", en *Estudios Sociales*, 9(16), primer semestre de 1999, pp. 19-39.
- González, Ricardo: "Lo propio y lo ajeno: actividades culturales y fomentismo en una asociación vecinal, Barrio Nazca (1925-1930)", en Diego Armus (ed.), *Mundo urbano y cultura popular: estudios de historia social argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, pp. 93-128.
- Goffi Demarchi, Carlos A.; Scala, José Nicolás; Berraondo, Germán W.: *Yrigoyen y la Gran Guerra*, Buenos Aires, Ediciones Ciudad Argentina, 1998.
- Goodwin, Paul B.: *Los ferrocarriles británicos y la UCR, 1916-1930*, traducción de Celso Rodríguez, Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1974.
- Gordillo, Mónica: *El movimiento obrero ferroviario desde el interior del país (1916-1922)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1988.
- Gorelik, Adrián: *La grilla y el parque: espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Argentina, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.
- Gori, Gastón: *La Forestal: la tragedia del quebracho colorado*, Buenos Aires, Platina/Stilcograf, 1965.
- Graham, Richard: *Patronage and Politics in Nineteenth-Century Brazil*, Stanford, Stanford University Press, 1990.
- Graziano, Luigi: *A Conceptual Framework for the Study of Clientelism*, Ithaca (Nueva York), Center for International Studies, Cornell University, 1975, col. "Western Societies Program occasional papers", núm. 2.

- : "Patron-client relationships in Southern Italy", en *European Journal of Political Research*, 1(1), marzo de 1973, pp. 3-34.
- Grunfeld, José: *Memorias de un anarquista*, Buenos Aires, Nuevohacer, 2000.
- Guido, Horacio J.: "Los cismas radicales", en *Todo es Historia*, 170, julio de 1981, pp. 38-54.
- Gutiérrez, Leandro H.: "Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires, 1880-1914", en *Siglo XIX* (Monterrey, México), 3(6), julio-diciembre de 1988, pp. 41-75.
- Gutiérrez, Leandro H. y Romero, Luis Alberto: *Sectores populares, cultura política: Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
- : "Ciudadanía política y ciudadanía social: los sectores populares en Buenos Aires, 1912-1955", en *Índice*, 5(2), abril de 1992, pp. 75-101.
- Gutiérrez, Leandro H. y Suriano, Juan: "Workers' Housing and Living Conditions in Buenos Aires, 1880-1930", en Jeremy Adelman (ed.), *Essays in Argentine Labour History*, Londres, Macmillan, 1992, pp. 35-51.
- Guy, Donna: *Sex and Danger in Buenos Aires: Prostitution, Family, and Nation in Argentina*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1991 [trad. esp.: *El sexo peligroso: la prostitución legal en Buenos Aires, 1875-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994].
- Halperín Donghi, Tulio: *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires: Ariel, 2000.
- : *Historia contemporánea de América Latina*, decimotercera edición, Madrid, Alianza, 1990.
- : *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1962.
- Healey, Mark: "In the Spirit of Battle: The Shaping of the Political Arena and the Great Uruguayan Exception", Documento de trabajo n.º 21, Durham (Carolina del Norte), Duke-University of North Carolina Program in Latin American Studies, 1996.
- Herrero, Antonio: *Hipólito Yrigoyen: maestro de la democracia*, La Plata, Talleres Gráficos Olivieri y Domínguez, 1927.
- Honorable Cámara de Diputados de la Nación: *Nómina de diputados de la Nación por distrito electoral: período 1854-1991*, Buenos Aires, Secretaría Parlamentaria, Dirección de Archivo, Publicaciones y Museo, 1991.
- Hora, Roy: *The Landowners of the Argentine Pampas*, Oxford, Oxford University Press, 2001 [trad. esp.: *Los terratenientes de la pampa argentina: una historia social y política, 1860-1945*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2003].

- Horowitz, Joel: "Bosses and Clients: Municipal Employment in the Buenos Aires of the Radicals, 1916-1930", en *Journal of Latin American Studies*, 31, 1999, pp. 617-644 [trad. esp.: "Patrones y clientes: el empleo municipal en el Buenos Aires de los primeros gobiernos radicales (1916-1930)", en *Desarrollo Económico*, 46(184), enero-marzo de 2007, pp. 569-596].
- : "Argentina's Failed General Strike of 1921: A Critical Moment in the Radicals' Relations With Unions", en *Hispanic American Historical Review*, 75(1), 1995, pp. 57-79.
- : *Argentine Unions and the Rise of Perón*, Berkeley, Institute of International Studies, University of California, Berkeley, 1990 [trad. esp.: *Los sindicatos, el Estado y el surgimiento de Perón, 1930-1946*, Sáenz Peña, Buenos Aires, Ediciones de la Universidad de Tres de Febrero, 2004].
- : "Occupational Community and the Creation of a Self-Styled Elite: Railroad Workers in Argentina", en *The Americas*, 42(1), julio de 1985, pp. 55-81 [trad. esp.: "Los trabajadores ferroviarios en la Argentina (1920-1943): la formación de una elite obrera", en *Desarrollo Económico*, 25(99), octubre-diciembre de 1985, pp. 421-446].
- Inda, Enrique S.: "La vivienda obrera en la formación del Gran Buenos Aires (1890-1940)", en *Todo es Historia*, 296, febrero de 1992, pp. 71-88.
- Iñigo Carrera, Héctor: *La experiencia radical, 1916-1922*, 2 vols., Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1980.
- Isuani, Ernesto A.: *Los orígenes conflictivos de la seguridad social argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985.
- James, Daniel: *Doña María's Story: Life, History, Memory, and Political Identity*, Durham, Carolina del Norte, Duke University Press, 2000 [trad. esp.: *Doña María: historia de vida, memoria e identidad política*, Buenos Aires, Manantial, 2004].
- : *Resistance and Integration: Peronism and the Argentine Working Class, 1946-1976*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988 [trad. esp.: *Resistencia e integración: el peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990].
- Jankowski, Paul: *Communism and Collaboration: Simon Sabiani and Politics in Marseille, 1914-1944*, New Haven, Yale University Press, 1989.
- Jáuregui, Aníbal: "El despegue de los industriales argentinos", en Waldo Ansaldi et al. (eds.), *Argentina en la paz de dos guerras, 1914-1945*, Buenos Aires, Biblos, 1993, pp. 161-192.

- Johns, Michael y Rocchi, Fernando: "The Industrial Capital and Urban Geography of a Primate City: Buenos Aires at the Turn of the Century", trabajo presentado en la convención de la American Historical Association, 1991.
- Jones, Gareth Stedman: "Rethinking Chartism", en *Languages of Class: Studies in English Working Class History, 1832-1982*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, pp. 90-178 [trad. esp.: "Reconsideración del cartismo", en *Lenguajes de clase: estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*, México, Siglo XXI, 1989, pp. 86-174].
- Karush, Matthew B.: *Workers or Citizens: Democracy and Identity in Rosario, Argentina (1912-1930)*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2002.
- : "Workers or Citizens: The Construction of Political Identities in Democratic Argentina, Rosario, 1912-1930", tesis de doctorado, University of Chicago, 1997.
- Katz, Ricardo Santiago: *Almafuerte: un maestro y periodista combativo*, La Plata, edición del autor, 2005.
- Kindgard, Adriana M.: "Procesos sociopolíticos nacionales y conflictividad regional: una mirada alternativa a las formas de acción colectiva en Jujuy en la transición al peronismo", en *Entrepasados* 11(22), principios de 2002, pp. 67-87.
- Klein, Teodoro: *Una historia de luchas: la Asociación Argentina de Actores*, Buenos Aires, Ediciones Asociación Argentina de Actores, 1988.
- Knight, Alan: "Is Political Culture Good to Think?", en Nils Jacobsen y Cristóbal Aljovín de Losada (eds.), *Political Cultures in the Andes, 1750-1950*, Durham, Carolina del Norte, Duke University Press, 2005, pp. 25-57 [trad. esp.: "¿Vale la pena reflexionar sobre la cultura política?", en *Cultura política en los Andes (1750-1950)*, Lima, Fondo Editorial Universidad Nacional Mayor de San Marcos/Cooperación Regional Francesa para los Países Andinos/Instituto Francés de Estudios Andinos, 2007, pp. 41-80].
- Korn, Francis: *Buenos Aires: los huéspedes del 20*, Buenos Aires, Sudamericana, 1974.
- Korzeniewicz, Roberto P.: "The Labor Politics of Radicalism: The Santa Fe Crisis of 1928", en *Hispanic American Historical Review*, 73(1), febrero de 1993, pp. 1-32.
- Krause, Karl Christian Friedrich: *Ideal de la humanidad para la vida*, comentarios e introducción de Julián del Río, segunda edición, Madrid, F. Martínez García, 1871.

- Lacoste, Pablo: "Radicalismo, lencinismo y bloquismo en Mendoza y San Juan", en Pablo Lacoste (ed.), *Populismo en San Juan y Mendoza*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994, pp. 9-40.
- : *La Unión Cívica Radical en Mendoza y en la Argentina (1890-1946)*, Mendoza, Ediciones Culturales de Mendoza, 1994.
- Laforcade, Geoffroy de: "Port Cities, Trade Unions, and the Merchant Marine", trabajo presentado en el congreso de la Latin American Studies Association, 1994.
- : "Ideas, Action, and Experience in the Labor Process: Argentine Seamen and Revolutionary Syndicalism", trabajo presentado en la Tenth Annual Latin American Labor History Conference, 1993.
- Larroca, Jorge y Vidal, Armando: *Rieles de lucha: centenario de La Fraternidad*, Buenos Aires, La Fraternidad, 1987.
- Lépori Pithod, María Estela de (ed.): *Selección de informes franceses sobre Argentina, 1897-1930*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, 1998.
- Levitsky, Steven: *Transforming Labor-Based Parties in Latin America: Argentine Peronism in Comparative Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003 [trad. esp.: *La transformación del justicialismo: del partido sindical al partido clientelista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005].
- Levitsky, Steven y Murillo, María Victoria (eds.): *Argentine Democracy: The Politics of Institutional Weakness*, University Park, Pennsylvania State University Press, 2005.
- Lewis, Colin: "Social Insurance: Ideology and Policy in the Argentine, 1920-66", en Christopher Abel y Colin Lewis (eds.), *Welfare, Poverty, and Development in Latin America*, Londres, Macmillan, 1993, pp. 175-200.
- : "Economic Restructuring and Labour Scarcity: Labour in the 1920s", en Jeremy Adelman (ed.), *Essays in Argentine Labour History, 1870-1930*, Londres, Macmillan, 1992, pp. 177-198.
- Lipset, Seymour Martin: "Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy", en *American Political Science Review*, 53(1), marzo de 1959, pp. 69-105 [trad. esp.: "Algunos requisitos sociales de la democracia: desarrollo económico y legitimidad política", en Albert Batlle i Rubio (ed.), *Diez textos básicos de ciencia política*, Barcelona, Ariel, 1992, pp. 113-150].
- Llauró, María Monserrat y Siepe, Raimundo: *Argentina en Europa: Yrigoyen y la Sociedad de las Naciones (1918-1920)*, Buenos Aires, Macchi, 1997.

- Lobato, Mirta Zaida: *La vida en las fábricas: trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Buenos Aires, Prometeo Libros/Entrepasados, 2001.
- : "La ingeniería, la industria y la organización en la Argentina de las primeras décadas del siglo XX", trabajo presentado en el congreso de la Latin American Studies Association, 1995.
- : "Una visión del mundo del trabajo: obreros inmigrantes en la industria frigorífica 1900-1930", en Fernando J. Devoto y Eduardo J. Míguez (eds.), *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica: los italianos en América Latina en una perspectiva comparada*, Buenos Aires, CEMLA/CSER/IEHS, 1992, pp. 205-229.
- Lobato, Mirta Zaida y Suriano, Juan: *Atlas histórico de la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, col. "Nueva historia argentina".
- López D'Alesandro, Fernando: *Historia de la izquierda uruguaya*, 2 vols., Montevideo, Ediciones del Nuevo Mundo/Vintén Editor, 1988.
- López Morillas, Juan: *El krausismo español: perfil de una aventura intelectual*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.
- López, Alfredo: *¿Qué pasa en la Confederación General del Trabajo?*, Buenos Aires, s. n., 1943.
- Lozza, Arturo Marcos: *Tiempo de huelgas: los apasionados relatos del campesino y ferroviario Florindo Moretti sobre aquellas épocas de fundaciones, luchas y serenatas*, Buenos Aires, Anteo, 1985.
- Luna, Félix: "Los radicales en el gobierno", en Academia Nacional de la Historia (ed.), *Nueva historia de la nación argentina*, vol. 7, Buenos Aires, Planeta, 2001, pp. 235-264.
- : *Historia integral de la Argentina*, vol. 8, *Los años de prosperidad*, Buenos Aires, Planeta, 1997.
- : *Yrigoyen*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- : *Ortiz: reportaje a la Argentina opulenta*, Buenos Aires, Sudamericana, 1978.
- : *Alvear*, Buenos Aires, Libros Argentinos, 1958.
- MacDonald, Austin F.: *Government of the Argentine Republic*, Nueva York, Thomas Y. Crowell, 1942.
- Maier, Charles S.: *Recasting Bourgeois Europe: Stabilization in France, Germany, and Italy in the Decade after World War I*, Princeton: Princeton University Press, 1975 [trad. esp.: *La refundación de la Europa burguesa: estabilización en Francia, Ale-*

- mania e Italia en la década posterior a la I Guerra Mundial, Madrid, Centro de Publicaciones, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1988].
- Marinelli, Fortunato: *Por el derecho obrero: resumen histórico de la gran huelga marítima (febrero 12 de 1920-marzo 10 de 1921)*, Buenos Aires, s. n., 1921.
- Marotta, Sebastián: *El movimiento sindical argentino: su génesis y desarrollo*, 3 vols., vols. 1-2, Buenos Aires, Ediciones Lacio, 1960-1961; vol. 3, Buenos Aires, Calomino, 1970.
- Marrone, Roberto: *Apuntes para la historia de un gremio (empleados de comercio de Rosario)*, Rosario, Tipografía Llordén S. R. L., 1974.
- Mercado Luna, Ricardo: *Los rostros de la ciudad golpeada*, La Rioja, Editorial Canguro, 1995.
- Ministerio de Obras Públicas, Caja Nacional de Pensiones de Empleados Ferroviarios: *Memoria correspondiente al año 1941*, Buenos Aires, 1942.
- Ministerio de Obras Públicas, Caja Nacional de Pensiones de Empleados Ferroviarios, Dirección General de Ferrocarriles, *Estadística de los ferrocarriles en explotación, 1916-1941*, Buenos Aires, Talleres Gráficos del Ministerio de Obras Públicas, 1924-1943.
- Ministerio del Interior: *Memoria del Ministerio del Interior presentada al Honorable Congreso de la Nación, 1921/22-1928/29*, Buenos Aires, 1922-1929.
- Ministerio del Interior, Subsecretaría de Informaciones, *Las fuerzas armadas restituyen el imperio de la soberanía popular*, 2 vols., Buenos Aires, Imprenta de la Cámara de Diputados, 1946.
- Molina, Raúl A.: "Presidencia de Marcelo T. de Alvear", en Academia Nacional de la Historia (ed.), *Historia argentina contemporánea*, vol. 1, sección 2, Buenos Aires, El Ateneo, 1963, pp. 271-345.
- Monsalvo, Luis: *Testigo de la primera hora del peronismo*, Buenos Aires, Pleamar, 1974.
- Montequín, Adriana: "Sector público y sistema tributario argentino, 1914-1932", *Ciclos*, 5(9), segundo semestre de 1995, pp. 133-165.
- Mouzelis, Nicos: "On the Concept of Populism: Populist and Clientelist Modes of Incorporation in Semiperipheral Politics", en *Politics and Society*, 14, 1985, pp. 329-348.
- Moya, José C.: *Cousins and Strangers: Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1998 [trad. esp.: *Primos y extranjeros: la inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*, Buenos Aires, Emecé, 2004].

- Mullaney, Michael F.: "The Argentine Socialist Party, 1890-1930: Early Development and Internal Schisms", tesis de doctorado, University of Essex, 1983.
- Mulleady, Ricardo T.: *Breve historia de la telefonía argentina (1886-1956)*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1956.
- Municipalidad de Buenos Aires, Departamento Ejecutivo: *Memoria del Departamento Ejecutivo de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, año 1935*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1936.
- Municipalidad de Buenos Aires: *Presupuesto general de gastos y cálculo de recursos para el ejercicio, 1920-1930*, Buenos Aires, 1920-1930.
- Municipalidad de la Capital: *Anuario estadístico de la ciudad de Buenos Aires 1910 y 1911; 1914 y 1915-1923*, Buenos Aires, diversas editoriales, 1913-1925.
- Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires: *Censo de personal administrativo y obreros de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, s. n., 1928.
- Mustapic, Ana María: "El Partido Conservador de la provincia de Buenos Aires ante la intervención federal y la competencia democrática, 1917-1928", documento de trabajo n.º 95, Instituto Torcuato Di Tella, Centro de Investigaciones Sociales, 1987.
- : "Conflictos institucionales durante el primer gobierno radical: 1916-1922", en *Desarrollo Económico*, 24(93), abril-junio de 1984, pp. 85-108.
- Nahum, Benjamín: *La época battlista: 1905-1930*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1975.
- Nario, Hugo: *Los picapedreros*, Tandil, Ediciones del Manantial, 1997.
- Navarro, Marysa: *Evita*, Buenos Aires, Corregidor, 1981.
- Oddone, Jacinto: *Gremialismo proletario argentino*, segunda edición, Buenos Aires, Ediciones Libera, 1975.
- Oddone, Juan A.: "The Formation of Modern Uruguay, c. 1870-1930", en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, vol. 5, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, pp. 453-474 [trad. esp.: "La formación del Uruguay moderno, c. 1870-1930", en *Historia de América Latina*, vol. 10, *América del Sur, c. 1870-1930*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 118-132].
- Ospital, María Silvia: *Inmigración y nacionalismo: la Liga Patriótica y la Asociación del Trabajo (1910-1930)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994.
- : *Estado e inmigración en la década del veinte: la política inmigratoria de los gobiernos radicales*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1988.

- Otero, Héctor Horacio: "La reorganización administrativa durante el segundo gobierno radical (1922-1928): el caso del Ministerio de Agricultura", tesis de licenciatura, Universidad Nacional de Buenos Aires, 1996.
- Oved, Isaacov: *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, México, Siglo XXI, 1978.
- : "El trasfondo histórico de la ley 4.144, de residencia", en *Desarrollo Económico*, 16(61), abril-junio de 1976, pp. 123-150.
- Padoan, Marcelo: *Jesús, el templo y los viles mercaderes: un examen de la discursividad yrigoyenista*, Bernal, Argentina, Universidad Nacional de Quilmes, 2002.
- Palacio, Juan Manuel: "La antesala de lo peor: la economía argentina entre 1914 y 1930", en Ricardo Falcón (ed.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, vol. 6 de *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, pp. 101-150.
- Palacios, Alfredo L.: *Almafuerte*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1944.
- : *El nuevo derecho*, Buenos Aires, Claridad, 1934.
- Palermo, Silvana: "Democracia, progreso y modernidad: el radicalismo y la expansión de los Ferrocarriles del Estado", trabajo presentado en el congreso de la Latin American Studies Association, 2001.
- : "Railways and the Making of Modern Argentina", tesis de doctorado, State University of New York, Stony Brook, 2001.
- Panettieri, José: *Las primeras leyes obreras*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984.
- Panizza, Francisco: "El clientelismo en la teoría contemporánea", en *Cuadernos del CLAEH*, abril de 1988, Montevideo, pp. 63-69.
- Partido Comunista de la Argentina: *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina*, Buenos Aires, Anteo, 1947.
- Partido Socialista: *Anuario socialista 1931*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1930.
- : *Anuario socialista 1930*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1929.
- Partido Socialista Independiente: *Almanaque del trabajo para el año 1929*, Buenos Aires, 1928.
- Pasolini, Ricardo O.: "Entre la evasión y el humanismo. Lecturas, lectores y cultura de los sectores populares: la Biblioteca Juan B. Justo de Tandil, 1928-1945", en *Anuario del IEHS*, 12, 1997, pp. 373-401.
- Pastoriza, Elisa y Rodríguez, Rodolfo: "El radicalismo perdedor: las bases sociales de la UCR en el municipio de General Pueyrredón en la década de 1920", en Fernando J. Devoto y Marcela P. Ferrari (eds.), *La construcción de las de-*

- mocracias rioplatenses: proyectos institucionales y prácticas políticas, 1900-1930*, Buenos Aires, Biblos, 1994, pp. 247-268.
- Persello, Ana Virginia: *El partido radical: gobierno y oposición, 1916-1943*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- : "Administración y política en los gobiernos radicales, 1916-1930", en *Cuadernos del CISH*, 8, segundo semestre de 2000, pp. 121-152.
- Peter, José: *Crónicas proletarias*, Buenos Aires, Editorial Esfera, 1968.
- Pianetto, Ofelia: "The Labour Movement and the Historical Conjuncture: Córdoba, 1917-1921", en Jeremy Adelman (ed.), *Essays in Argentine Labour History, 1870-1930*, Londres, Macmillan, 1992, pp. 142-159 [original: "Coyuntura histórica y movimiento obrero: Córdoba, 1917-21", en *Estudios Sociales*, 1(1), segundo semestre de 1991, pp. 87-105].
- Pintos, Francisco R.: *Battle y el proceso histórico del Uruguay*, Montevideo, Claudio García y Cía., s. f.
- Plotkin, Mariano Ben: *Mañana es san Perón: propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1993.
- Policía de Buenos Aires: *Memoria, antecedentes y datos estadísticos correspondientes al año 1928*, Buenos Aires, Imprenta y Encuadernación de la Policía, 1928.
- Policía de la Capital Federal: *Memoria, antecedentes, datos estadísticos y crónica de actos públicos, correspondientes al año 1923*, Buenos Aires, s. n., 1924.
- Porto, José H.: "Caja Nacional de Jubilaciones y Pensiones Civiles: estudio financiero", en *Investigaciones de seminario de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires*, vol. 3, Buenos Aires, Talleres Gráficos A. Baiocco y Cía., 1923, pp. 475-488.
- Potash, Robert A.: *The Army and Politics in Argentina, 1928-1945: Yrigoyen to Perón*, Stanford, Stanford University Press, 1969 [trad. esp.: *El ejército y la política en la Argentina*, vol. 1, 1928-1945: de Yrigoyen a Perón, Buenos Aires, Sudamericana, 1971].
- Potter, Anne L.: "The Failure of Democracy in Argentina, 1916-1930: An Institutional Perspective", en *Journal of Latin American Studies*, 13(1), 1981, pp. 83-109.
- Privitellio, Luciano de: *Véctinos y ciudadanos: política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
- : "El Concejo Deliberante y el fomentismo en el municipio porteño", PEHESA, documento de trabajo, abril de 1996.

- : "Inventar el barrio: Boedo, 1936-1942", en *Cuadernos de Ciesal* (Rosa-rio), 2(2-3), 1994, pp. 113-128.
- : "Sociedad urbana y actores políticos en Buenos Aires: el 'partido' independiente en 1931", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"*, tercera serie, 9(1), primer semestre de 1994, pp. 75-96.
- Rama, Carlos M.: "Batlle y el movimiento obrero y social", en Carlos M. Rama, *Batlle: su vida, su obra*, Montevideo, Acción, 1956, p. 37-59.
- Ramicone, Luis: *Apuntes para la historia: la organización gremial obrera en la actualidad*, Buenos Aires, Bases, 1963.
- Randall, Laura: *An Economic History of Argentina in the Twentieth Century*, Nueva York, Columbia University Press, 1978 [trad. esp.: *Historia económica de la Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Amorrortu, 1983].
- Rapalo, María Ester y Grillo, María Victoria: "La organización de los obreros molineros y la confrontación con la empresa Molinos Río de la Plata (1917-1918)", en *Estudios Sociales*, 10(18), primer semestre de 2000, pp. 137-160.
- Riera Díaz, Laureano: *Memorias de un luchador social*, 2 vols., Buenos Aires, edición del autor, 1979-1981.
- Rigotti, Ana María: "La ciudad y la vivienda como ámbitos de la política y la práctica profesional", en Ricardo Falcón (ed.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, vol. 6 de *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, pp. 283-322.
- Rivarola, Milda: *Obreros, utopías y revoluciones: formación de las clases trabajadoras en el Paraguay liberal*, Asunción, Centro de Documentación y Estudios, 1993.
- Rocchi, Fernando: *Chimneys in the Desert: Industrialization in Argentina during the Export Boom Years, 1870-1930*, Stanford, Stanford University Press, 2006.
- : "La armonía de los opuestos: industria, importaciones y la construcción urbana de Buenos Aires", en *Entrepasados*, 4(7), fines de 1994, pp. 43-66.
- Rock, David: *State Building and Political Movements in Argentina, 1860-1916*, Stanford, Stanford University Press, 2002 [trad. esp.: *La construcción del Estado y los movimientos políticos en la Argentina, 1860-1916*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006].
- : "Argentina From the First World War to the Revolution of 1930", en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, vol. 5, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, pp. 419-452 [trad. esp.: "Argen-

- tina, de la Primera Guerra Mundial a la revolución de 1930", en John Lynch et al., *Historia de la Argentina*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 137-166].
- : *Politics in Argentina, 1890-1930: The Rise and Fall of Radicalism*, Londres, Cambridge University Press, 1975 [trad. esp.: *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977].
- : "Machine Politics in Buenos Aires and the Argentine Radical Party, 1912-1930", en *Journal of Latin American Studies*, 4(2), noviembre de 1972, pp. 233-256.
- Rodríguez, Adolfo Enrique: *Historia de la Policía Federal Argentina, 1916-1944*, vol. 7, Buenos Aires, Editorial Policial, 1978.
- Rodríguez, Celso: *Lencinas y Cantoni; el populismo cuyano en tiempos de Yrigoyen*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1979.
- Rögind, William: *Historia del Ferrocarril Sud*, Buenos Aires, Establecimiento Gráfico Argentino, 1937.
- Roig, Arturo Andrés: *Los krausistas argentinos*, Puebla, México, Editorial José M. Cajica Jr., 1969.
- Rosanvallon, Pierre: *Le sacre du citoyen: histoire du suffrage universel en France*, París, Gallimard, 1992 [trad. esp.: *La consagración del ciudadano: historia del sufragio universal en Francia*, México, Instituto Mora, 1999].
- Ross, Arthur M. y Hartman, Paul: *Changing Patterns of Industrial Conflict*, Nueva York, Wiley, 1960.
- Royko, Mike: *Richard J. Daley of Chicago*, Nueva York, Dutton, 1971.
- Ruffini de Grané, Martha: "Un aspecto de la relación Yrigoyen-Crotto: agro y política en la provincia de Buenos Aires", en *Estudios de historia rural*, vol. 3, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1993, pp. 33-58.
- Sabato, Hilda: *La política en las calles: entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
- Sáenz Peña, Roque: *La reforma electoral y temas de política internacional americana*, Buenos Aires, Editorial Raigal, 1952.
- Sáenz, Mario: *El presupuesto de 1938*, Buenos Aires, s. n., 1938.
- Saítta, Sylvia: *Recuerdos de tinta: el diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
- Saítta, Sylvia y Romero, Luis Alberto (eds.): "Hipólito Yrigoyen en la intimidad: entrevistado por Luis Pozzo Ardizzi", en *El Hogar*, 1078, 13 de junio de 1930, en *Grandes entrevistas de la historia argentina, 1879-1988*, Buenos Aires, Aguilar, 1998, pp. 98-102.

- Salaman, Graeme: *Community and Occupation: An Exploration of Work/Leisure Relationships*, Londres, Cambridge University Press, 1974.
- Sánchez Román, José Antonio: "Economic Elites, Regional Cleavages, and the Introduction of Income Tax in Argentina", trabajo inédito, 2003.
- Sanguinetti, Horacio: *Los socialistas independientes*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1981.
- Sartelli, Eduardo: "Rehacer todo lo destruido: los conflictos obrero-rurales en la década 1927-1937", en Waldo Ansaldi (ed.), *Conflictos obrero-rurales pampeanos (1900-1937)*, vol. 3, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993, pp. 241-291.
- Scher, Ariel y Palomino, Héctor: *Fútbol: pasión de multitudes y de elites. Un estudio institucional de la Asociación del Fútbol Argentino (1934-1986)*, Buenos Aires, Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración, 1988, col. "Documentos del CISEA".
- Schjolden, Line: "Suing for Justice: Labor and the Courts in Argentina, 1900-1943", tesis de doctorado, University of California, Berkeley, 2002.
- Schvarzer, Jorge: *Empresarios del pasado: la Unión Industrial Argentina*, Buenos Aires, CISEA/Imago Mundi, 1991.
- Schwartz, Barry: "George Washington and the Whig Concept of Heroic Leadership", *American Sociological Review*, 48(1), febrero de 1983, pp. 18-33.
- Scobie, James R.: "Buenos Aires as a Commercial-Bureaucratic City, 1880-1910: The Characteristics of a City's Orientation", *The American Historical Review*, 77(4), octubre de 1972, pp. 1035-1073.
- Seibel, Beatriz: *Crónicas de la Semana Trágica: enero de 1919*, Buenos Aires, Corregidor, 1999.
- Shils, Edward: *The Constitution of Society*, Chicago: University of Chicago Press, 1982.
- Shipley, Robert E.: "On the Outside Looking in: A Social History of the Portefino Worker During the Golden Age of Argentine Development", tesis de doctorado, Rutgers University, 1977.
- Sidicaro, Ricardo: *La política mirada desde arriba: las ideas del diario La Nación, 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.
- Siegfried, André: *Impressions of South America*, traducción de H. H. Hemming y Doris Hemming, Nueva York, Harcourt, Brace, 1933 [trad. esp.: *América Latina*, Santiago de Chile, Ercilla, 1934].
- Sinclair, Upton: *The Jungle* (1906), Nueva York, Bantam, 1981 [trad. esp.: *La jungla*, Barcelona, Orbis, 1985].

- Smith, Peter H.: *Democracy in Latin America: Political Change in Comparative Perspective*, Nueva York, Oxford University Press, 2005 [trad. esp.: *La democracia en América Latina*, Madrid, Marcial Pons/Instituto de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Alcalá, 2009].
- : "The Breakdown of Democracy in Argentina, 1916-1930", en Juan J. Linz y Alfred Stepan (eds.), *The Breakdown of Democratic Regimes: Latin America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1978, pp. 3-27.
- : *Argentina and the Failure of Democracy: Conflict Among Political Elites, 1904-1955*, Madison, University of Wisconsin Press, 1974.
- : *Politics and Beef in Argentina: Patterns of Conflict and Change*, Nueva York, Columbia University Press, 1969 [trad. esp.: *Carne y política en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1968].
- Sojo, José Tomás y Ordóñez, Manuel V.: "Historia y organización de la Federación Obrera Marítima", en *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, enero-marzo de 1924, pp. 166-200.
- Solberg, Carl E.: *The Prairies and the Pampas: Agrarian Policy in Canada and Argentina, 1880-1930*, Stanford, Stanford University Press, 1987.
- : *Oil and Nationalism in Argentina*, Stanford, Stanford University Press, 1979 [trad. esp.: *Petróleo y nacionalismo en la Argentina*, Buenos Aires, Emeccé, 1982].
- Stach, Francisco: "Empleados nacionales civiles en la República Argentina: su situación social y económica", en *Boletín del Museo Social Argentino*, 4, 1915, pp. 527-554.
- Suriano, Juan: *Anarquistas: cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001.
- : "Vivir y sobrevivir en la gran ciudad: hábitat popular en la ciudad de Buenos Aires a comienzos del siglo", en *Estudios Sociales*, 4(7), segundo semestre de 1994, pp. 49-68.
- : "Estado y conflicto social: el caso de la huelga de maquinistas ferroviarios de 1912", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"*, tercera serie, 4, segundo semestre de 1991, pp. 91-115.
- Tato, María Inés: *Viento de fronda: liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- Thompson, Ruth: "Trade Union Organisations: Some Forgotten Aspects", en Jeremy Adelman (ed.), *Essays in Argentine Labour History, 1870-1930*, Londres, Macmillan, 1992, pp. 160-176.

- : "The Engineer Drivers' and Firemen's Strike of 1912", trabajo inédito.
- : "The Making of the Confraternidad Ferroviaria", trabajo inédito.
- Torre, Juan Carlos (ed.): *Los años peronistas (1943-1955)*, vol. 8 de *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002.
- Torres, Juan Guillermo: "Labor Politics of the Radicalism in Argentina (1916-1930)", tesis de doctorado, University of California, San Diego, 1982.
- Troncoso, Oscar: *Fundadores del gremialismo obrero*, 2 vols., Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.
- Tulchin, Joseph S.: *Argentina and the United States: A Conflicted Relationship*, Boston, Twayne, 1990 [trad. esp.: *La Argentina y los Estados Unidos: historia de una desconfianza*, Buenos Aires, Planeta, 1990].
- Unión Ferroviaria: *Memoria y balance de la Comisión Directiva, 1922/1923-1930*, Buenos Aires, varias editoriales, 1924-1931.
- Vanger, Milton I.: *The Model Country: José Batlle y Ordóñez of Uruguay, 1907-1915*, Hanover, New Hampshire, University Press of New England, 1980 [trad. esp.: *El país modelo: José Batlle y Ordóñez, 1907-1915*, Montevideo, Arca/Ediciones de la Banda Oriental, 1983].
- : *José Batlle y Ordóñez of Uruguay: The Creator of His Times, 1902-1907*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1963 [trad. esp.: *José Batlle y Ordóñez, el creador de su época, 1902-1907*, Buenos Aires, Eudeba, 1968].
- Varone, Domingo: *La memoria obrera: testimonios de un militante*, Buenos Aires, Cartago, 1989.
- Vidal, Gardenia: "La reforma universitaria de 1918 y su repercusión en los resultados electorales", en Gardenia Vidal (ed.), *La política y la gente: estudios sobre modernidad y espacio público en Córdoba, 1880-1960*, Córdoba, Ferreyra Editor, 2007, pp. 115-141.
- : "La modernidad y el espacio público en Argentina: repensando la Reforma Universitaria de 1918", en *Avances del CESOR*, 5(5), Rosario, 2005, pp. 109-131.
- : *Radicalismo de Córdoba, 1912-1930*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, Dirección General de Publicaciones, 1995.
- : "Los partidos políticos y el fenómeno clientelístico luego de la ley Sáenz Peña: la Unión Cívica Radical de la provincia de Córdoba, 1912-1930", en Fernando J. Devoto y Marcela P. Ferrari (eds.), *La construcción de las democracias rioplatenses: proyectos institucionales y prácticas políticas, 1900-1930*, Buenos Aires, Biblos, 1994, pp. 189-217.

- Viguera, Aníbal: "Participación electoral y prácticas políticas de los sectores populares en Buenos Aires, 1912-1922", en *Entrepasados*, 1(1), comienzos de 1991, pp. 5-33.
- Walter, Richard J.: *Politics and Urban Growth in Buenos Aires: 1910-1942*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.
- : *The Province of Buenos Aires and Argentine Politics, 1912-1943*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985 [trad. esp.: *La provincia de Buenos Aires en la política argentina, 1912-1943*, Buenos Aires, Emecé, 1987].
- : "Elections in the City of Buenos Aires During the First Yrigoyen Administration: Social Class and Political Preferences", en *Hispanic American Historical Review*, 58(4), noviembre de 1978, pp. 595-624.
- : *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*, Austin, University of Texas Press, 1977.
- : "Municipal Politics and Government in Buenos Aires, 1918-1930", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 16(2), mayo de 1974, pp. 173-197.
- Weingrod, Alex: "Patrons, Patronage, and Political Parties", en *Comparative Studies in Society and History*, 4, julio de 1968, pp. 377-400.
- White, Leonard: *Trends in Public Administration*, Nueva York, McGraw-Hill, 1933.
- Whyte, William F.: *Street Corner Society: The Social Structure of an Italian Slum*, cuarta edición, Chicago, University of Chicago Press, 1993 [trad. esp.: *La sociedad de las esquinas*, México, Diana, 1971].
- Winkler, Max: *Investments of United States Capital in Latin America*, segunda edición, Port Washington (Nueva York), Kennikat, 1971.
- Wright, Winthrop R.: *British-Owned Railways in Argentina: Their Effect on the Growth of Economic Nationalism, 1854-1948*, Austin, University of Texas Press, 1974 [trad. esp.: *Los ferrocarriles ingleses en la Argentina: su influencia en el nacionalismo económico, 1854-1948*, Buenos Aires, Emecé, 1980].
- Yablon, Ariel: "'Empleomanía': prácticas políticas y denuncias de corrupción en Buenos Aires, Argentina, 1880-1910", trabajo presentado en el congreso de la Latin American Studies Association, 2006.
- : "Patronage and Party System in Buenos Aires, 1880-1886", trabajo presentado en la Conference on Latin American History, 2005.
- : "Patronazgo en la ciudad de Buenos Aires, 1880-1916", trabajo presentado en el congreso de la Latin American Studies Association, 2003.

- Yacimientos Petrolíferos Fiscales: *Desarrollo de la industria petrolífera fiscal, 1907-1932*, Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1932.
- Yankelevich, Pablo: *Miradas australes: propaganda, cabildeo y proyección de la Revolución Mexicana en el Río de la Plata, 1910-1930*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1997.
- Zanatta, Loris: *Del Estado liberal a la nación católica: Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1946*, Bernal (Argentina), Universidad Nacional de Quilmes, 1996.
- Zaragoza, Gonzalo: *Anarquismo argentino (1876-1902)*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1996.
- Zimmermann, Eduardo A.: *Los liberales reformistas: la cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana/Universidad de San Andrés, 1995.

Diarios y periódicos

- Acción Obrera*
 Anglo-South American Bank Ltd., *Cabled Reports from Branches*
Bandera Proletaria
Boletín de la Unión Industrial Argentina
Boletín de Servicios
Boletín de Unión del Marino
Boletín La Antorcha
Boletín Oficial del Sindicato Unión de Cocineros, Mozos y Anexos de a Bordo
 Confederación Argentina del Comercio, de la Industria y de la Producción, *Estudios de Problemas Nacionales*
Crítica
Diques y Dársenas
 DNT, *Boletín*
 DNT, *Crónica Mensual*
El Constructor Naval
El Obrero Ferroviario
El Obrero Gráfico
El Obrero Municipal
El Telégrafo

- El Trabajador Latino Americano* (Montevideo)
La Acción
La Antorcha
La Argentina
La Chispa (Rosario)
La Confederación
La Confraternidad
La Época
La Internacional
La Nación
La Organización Obrera
La Prensa
La República
La Unión del Marino
La Vanguardia
Libertad
London Times
 Ministerio del Interior, *Crónica Informativa*
Nuestra Palabra
Nueva Era (Avellaneda)
Revista Argentina de Ciencias Políticas
Revista de Ciencia Económica
Revista de Economía Argentina
Revista de Estadística Municipal
The New York Times
The Review of the River Plate
Unión Sindical

Historias orales

- Domenech, José: Programa de Historia Oral del Instituto Di Tella.
 Gay, Luis: Programa de Historia Oral del Instituto Di Tella.
 — : entrevista con el autor, 17 de octubre y 10 de diciembre de 1975.
 Marotta, Sebastián: entrevista de Robert J. Alexander, 27 de noviembre de 1946.
 Pérez Leirós, Francisco: Programa de Historia Oral del Instituto Di Tella.

Rodríguez, Juan: Programa de Historia Oral del Instituto Di Tella.

Rodríguez, Luis M.: Programa de Historia Oral del Instituto Di Tella.

Sitios Web

Almagro-Historia-Apéndice: presidentes del club, <http://cablemodem.fibertel.com.ar/almagro/historia/apenpres.html>, consultado el 26 de enero de 2007.

Bush, George W.: "President Bush discusses freedom in Iraq and Middle East: remarks by the President at the 20th anniversary of the National Endowment of Democracy", 6 de noviembre de 2003, <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2003/11/20031106-2.html>, consultado el 29 de diciembre de 2005.

Mundo Azulgrana: estadio Pedro Bidegain, <http://www.gasometro.com.ar/casla/estadio.php>, consultado el 21 de marzo de 2008.

Lanacion.com, 18 de agosto de 2002, <http://www.lanacion.com.ar/archivo/note.id=4234908origen=acumulado&acumulaodid>, consultado el 4 de abril de 2008.

Oxford Latin American Economic History Database, <http://oxlad.qeh.ox.ac.uk/results.php>, consultado el 2 de septiembre de 2005.

Sitio oficial del Club Almagro: Historia en tres colores, <http://calmagro.com.ar/historia.htm>, consultado el 2 de febrero de 2007.

<http://www.torcuatoditella.com>, consultado el 10 de julio de 2004 (hoy inaccesible).

Agradecimientos

A lo largo de los aproximadamente quince años que me llevó escribir este libro contraí una gran cantidad de deudas, grandes y pequeñas, con personas e instituciones. Si he olvidado mencionar a alguna no es por ingratitud, sino por ser tantas las acreedoras de mi agradecimiento.

Mi investigación se financió con una Fulbright Research Grant y varias becas de la St. Bonaventure University. Me gustaría agradecer en particular a dos de los administradores de esta última universidad, Edward Eckert y Stephen Stahl, por su interés en mi trabajo. El hecho de ser miembro asociado del cuerpo docente del David Rockefeller Center for Latin American Studies de la Universidad de Harvard me permitió utilizar las maravillosas instalaciones de la Biblioteca Widener. Querría agradecer a John Coatsworth por su ayuda para disponer que así fuera.

El personal de las muchas bibliotecas, archivos e instituciones que menciono a continuación me brindó una excepcional colaboración. En la Argentina, el Archivo General de la Nación, la Biblioteca Juan B. Justo, la Biblioteca Nacional, el Instituto Ravignani, la Confederación General del Trabajo, la Fundación Simón Rodríguez y la Universidad Di Tella. En los Estados Unidos, la ya mencionada Widener Library de la Universidad de Harvard, y la Nettie Lee Benson Library de la Universidad de Texas en Austin. Theresa Shaffer, la bibliotecaria de préstamos interbibliotecas de St. Bonaventure, realizó con regularidad pequeños milagros, y lo hizo con donaire y rapidez.

La investigación y la escritura suelen ser asuntos solitarios, pero no pueden hacerse sin apoyo. Los siguientes amigos y colegas me brindaron ayuda e información cruciales e hicieron que mi trabajo fuera mucho más agradable: Samuel Amaral, Torcuato Di Tella, Mario Gasparini, Donna Guy, Ruth Horowitz, Nils Jacobsen, Juan Carlos Korol, Mirta Lobato,

Silvana Palermo, Hilda Sabato, Juan Suriano, Horacio Tarcus, Juan Carlos Torre y Gardenia Vidal.

Estela Domínguez, Juan Carlos Korol, Elsa Pintow y Mauricio Schaikevich compartieron conmigo su ciudad, Buenos Aires, y me dieron innumerables muestras de su amistad y su ayuda. Mariano Plotkin y Piroška Csúri me brindaron la hospitalidad de su bello departamento porteño y me hicieron sentir verdaderamente bienvenido.

Mariano Plotkin, que siempre tiene cosas inteligentes que decir, leyó partes del manuscrito y —lo que es de igual importancia— me instó a seguir adelante y publicarlo. Tulio Halperín Donghi también lo leyó en parte y me aportó, como siempre, sabios consejos. Sigue siendo una fuente de inspiración para mí. Los dos lectores de The Pennsylvania State University Press, James Brennan y otro cuyo nombre ignoro, me hicieron útiles sugerencias. Como es obvio, soy yo el único responsable de las opiniones y los errores que haya en el texto.

También querría agradecer, en la misma Penn State University Press, a Sanford Thatcher. Nicholas Taylor ha demostrado ser un diestro y perspicaz corrector.

El amor y la ayuda que me ofrecieron los difuntos Jean Horowitz y Morris Horowitz son tan vastos que nunca podré conocer sus últimos límites. Sarah y Rachel crecieron literalmente junto con el libro. Espero que este sea tan bueno como ellas. Para terminar, querría agradecer a Carol Hirschfeld Horowitz, que no solo leyó y comentó todo el manuscrito y me brindó consejos, sino —nada más importante— creyó en mí. Si he disfrutado de la travesía, ha sido por ella.

Índice analítico

A menos que se indique lo contrario, todas las ciudades, provincias y regiones mencionadas pertenecen a la Argentina.

- Abad de Santillán, Diego, 60, 247
- Acción, La* (diario), 43, 54, 77, 78, 80, 101, 138, 198, 211
- Adelman, Jeremy, 153
- Alem, Leandro N., 30
- Alessandri, Arturo, 67
- Alfaro, Manuel, 69
- Alfonsín, Raúl, 264
- alimentos/comida, 19, 37, 72, 174, 238
- Almafuerte (Pedro B. Palacios), 65, 66
- Almagro (club de fútbol), 96
- Alonso, Paula, 20, 29, 53
- Altrudi, Miguel, 214
- Alvear, Marcelo T. de, 15, 16, 76-79, 257-258
 - apoyo a las leyes de creación de cajas de imagen de —, 20, 21, 53, 76-79, 105
 - jubilaciones, 125, 130-131, 135-137, 141, 191
 - llamados a los votantes, 213-214
 - políticas laborales, 22, 74, 125, 191
 - prácticas clientelistas, 21, 93, 105, 111-112, 114
 - prácticas de obrerismo, 21, 70-71, 77-79, 191-192, 201-202, 215, 216, 218, 256
 - presupuestos de —, 109-110, 131
 - relaciones de los sindicatos ferroviarios con —, 22, 77, 169, 192-200, 260-261
 - relación de los sindicatos marítimos con —, 192, 202-212, 214, 258
 - relación de Yrigoyen con —, 15, 42-44, 246
 - relaciones de los sindicatos con —, 22, 71, 76, 77, 191-218
 - respuestas de — a las huelgas, 78, 139, 141, 143
- Alvear, Regina Pacini de, 100
- Amin, Shahid, 55, 82
- anarquistas, 31
 - actividades huelguísticas, 31, 137, 159, 162, 163, 179-180, 232
 - cultura de los —, 59, 65, 93, 215, 256
 - oposición a la ley de creación de cajas de jubilaciones, 126, 134, 137
 - rivalidad de los sindicalistas revolucionarios con los —, 31, 140, 180, 241, 243
 - rivalidad de los socialistas con los —, 31
 - vínculos gremiales, 41, 247
- Anastasi, Leónidas, 43, 100, 207, 257
 - vínculos gremiales, 78, 202, 203, 210, 217-218
- Anchorena, Joaquín, 77, 139
- Antille, Armando, 80
- aparatos políticos, 90, 102, 116-117. Véase también jefes/caciques políticos
- Argentina, La* (diario), 209, 213
- Ar.nour (frigorífico), 139

Asociación del Trabajo (AT), 77, 79, 204
 oposición a las leyes de creación de
 cajas de jubilaciones, 134
 respuestas a las huelgas, 260
 sindicatos marítimos y —, 164, 238,
 240, 243

Asociación de Trabajadores de la Comuna
 (ATC), 214

Asociación Ferroviaria Nacional, 169, 195,
 196

Asociación Trabajadores del Estado, 213

Bahía Blanca, 155, 232, 239

Balbín, Ricardo, 264

Balbín, Wenceslao, 244

Barceló, Alberto, 215

Bard, Leopoldo, 40, 59, 206

Battle y Ordóñez, José, 66, 84

Bayer, Osvaldo, 229

Becerra, Bernardo, 193, 262

Bergquist, Charles, 152

Beschinsky, Gregorio, 115

Biblioteca Almirante Brown, 210, 211

Bidegain, Pedro, 40, 75, 96-97, 100

Bielsa, Rafael, 69

Biondi, Américo, 215

Biondi, Atilio, 215

Bismarck, Otto von, 215

Boca Juniors (club de fútbol), 93

Boca y Barracas (sindicato), 243-244

boicots, 165, 167, 175, 176, 205, 243.

Véanse también lockouts; huelgas

Bolsa de Comercio, 134, 136

Boston (Massachusetts), patronazgo en, 91

Briuolo, Miguel, 100

Buenos Aires (ciudad), 26, 55. *Véase
 también La Boca*

actividades de la UCR en la —, 15, 19,
 20, 25, 36, 45, 53, 68, 72, 94, 96, 166,
 225, 246, 257

actividades de los socialistas en la —, 32,
 93, 149

Concejo Deliberante, 94, 245

elecciones en la —, 17, 28, 38, 45, 92,
 166, 217, 225

empleo en la —, 35, 91, 98, 104, 105,
 108, 113, 262

huelgas en la —, 41, 136-138, 142,
 166-168, 171-172, 174, 178-181, 227,
 232, 235, 241

inmigrantes en la —, 26, 35, 39, 259

jefes de policía en la —, 69, 151, 167-
 168, 241, 244, 255

nacionalización de la —, 26

prácticas clientelistas en la —, 93, 95, 259

política en la —, 25, 28, 53, 92

presupuestos de la —, 106

puerto de la —, 26, 76, 112, 141, 151-
 152, 171, 177, 212, 228, 240, 243

trabajadores municipales en la —, 72,
 102, 105-106, 108, 160, 214, 247

Buenos Aires (provincia), 28, 40, 44, 74,
 89, 103, 106, 116, 137-140, 156, 172,
 195, 226, 232, 262

Buenos Aires al Pacífico, compañía
 ferroviaria, 198, 234

Bunge, Augusto, 128, 129

Bunge y Born, compañía exportadora, 162

burocracias de Alvear, 76, 192, 260

expansión de las —, 110, 263

falta de unidad entre las —, 115, 153

intervención de la patronal en las —,
 Yrigoyen y su rechazo de las —, 115,
 245

Buyán, Marcelino, 196

Caballero, Ricardo, 231-233, 237

caciques partidarios. *Véase jefes/caciques
 políticos*

cajas de jubilaciones, 21, 125-145, 218,
 258

empleados estatales, 127

trabajadores ferroviarios, 127-128, 139

trabajadores marítimos, 139, 140

Cámara de Diputados, 42, 114, 128, 138,
 166, 203, 262

Campana, huelgas en, 69, 139, 167, 172

Cantilo, José Luis, 103, 167

Cantoni, familia, 43, 257

Cárcano, Ramón J., 16

Carlés, Manuel, 79, 164, 227

caudillos, 67-68, 75, 91-92, 90-101, 102,
 106-107, 116, 214-216, 244, 246

Central Argentino, compañía ferroviaria,
 158, 225, 234-235

Central Córdoba, compañía ferroviaria,
 huelgas contra la, 174

centralización sindical, 194

debilitamiento de la —, 245

mayoría radical en la —, 38, 73, 273

Chicago (Illinois), patronazgo en, 90, 106

Chile, 66, 67

Christophersen, Pedro, 166

chusma, 40, 65

ciudadanía, 55, 64, 75, 115, 216

Claps, Manuel, 237

Clark, Colin, 25

clases medias, 13

actividades políticas de las —, 40, 45,
 90, 245

en Buenos Aires, 35

popularidad de Yrigoyen entre las —,

15, 22, 70, 125

respuestas a las huelgas, 163

clases populares

condiciones de vida de las —, 35-36

movilización de las —, 94

llamados de Alvear a las —, 77, 79, 217,
 244-245, 256

llamados de los radicales a las —, 15, 19,
 38, 55, 73, 125, 144-145, 256

llamados de los sindicatos a las —, 149

llamados de Yrigoyen a las —, 70, 149, 256

clases trabajadoras/clase obrera, 66, 67,

133, 263. *Véase también ley de creación de
 cajas de jubilaciones (ley 11.289)*

condiciones de vida de las —, 259, 262

influencia de los sindicalistas revolucio-
 narios en las —, 31-32, 149

llamados a las —, 90

llamados de los radicales a las —, 19, 22,
 256-259

los sindicatos como puentes hacia las —,
 151, 191, 192, 256, 260, 262

movilización de las —, 136, 227, 231-
 233, 239

popularidad de Yrigoyen en las —, 22,
 56, 70-71, 181-182

relación de Alvear con las —, 22, 70,
 191-192

relación del gobierno con las —, 144,
 167, 245

clientelismo, 15, 259

prácticas clientelistas de la UCR, 19,
 21, 27, 40, 89, 90, 101, 111-117, 161,
 245, 256, 259

clubes de fútbol, 17, 36, 93, 96, 97

clubes radicales, 96-97, 120 n. 31, 203

Colmeiro, Juan, 154

Columba, Ramón, 57

compañías ferroviarias

cajas de jubilaciones, 73, 74, 127, 128

clientelismo en el otorgamiento de la
 relación de Yrigoyen con las —, 157-
 160, 234

puestos de trabajo, 99, 112-113

comunidades ocupacionales, 156

comunistas, 41-42, 107. *Véase también
 socialistas*

actividades huelguísticas, 78, 137, 142,
 242-243

cajas de jubilaciones, 134, 203-204

en los sindicatos marítimos, 209-210, 243

prácticas clientelistas, 100, 101, 103

oposición a las leyes de creación de en
 los sindicatos ferroviarios, 194, 197,
 234, 235

rivalidad de los sindicalistas

revolucionarios con los —, 42, 142, 242

vínculos gremiales, 42, 208, 234

Confederación del Comercio, de la Indus-
 tria y de la Producción, 134

Confederación Obrera Argentina (COA), 42
 conservadores, 16, 22, 32, 37, 43-44, 98,
 153, 174, 193, 215, 257, 262
 la reforma electoral y los —, 16
 prácticas clientelistas, 89, 91, 100, 106,
 232, 262
 Constitución (la), 29, 42, 200
 conventillos, 36
 Córdoba (provincia), 39-40, 56, 69, 99,
 116, 174, 231, 239, 244, 247
 correo, clientelismo en el otorgamiento de
 puestos de trabajo en el, 113-115
 Cortés Conde, Roberto, 25
 Cosolino (o Gozzolino), Ernesto, 97
 Costa, Julio, 177
Crítica (diario), 45, 54, 114, 234, 236,
 240, 245, 246
 Crotto, José Camilo, 171

Defensa Agrícola, 114
 De la Fuente, Ariel, 67
 Dellepiane, Luis F., 163
 Demarco, Arturo, 100
 Democracia, 13-14, 18, 21, 52
 discurso de la —, 55, 59
 fracaso de la —, 13, 18, 20, 246, 255
 instauración de la —, 13, 29, 45, 55,
 81, 264
 legado de la —, 14, 21
 Departamento Nacional del Trabajo
 (DNT), 11
 estadísticas compiladas por el —, 137,
 142
 estudios del —, 36, 108, 210, 241
 respuestas a las huelgas, 137, 140
 Depresión. Véase Gran Depresión diarios,
 periódicos, 36, 43, 45, 54, 59, 68, 71,
 77-78, 80, 95, 97, 101, 115, 133, 134,
 137, 138, 158, 163, 178, 198, 203,
 207, 209, 211, 213, 217, 225, 241, 245.
 Véanse también los nombres de los diarios y
 periódicos
 Dickmann, Adolfo, 99

Di Giovanni, Severino, 229
 Diques y Dársenas (sindicato), 243
 Dodero, Alberto, 240
 Domecq García, Manuel, 79, 99, 202-
 203, 205, 217
 Domenech, José, 99, 199
 Dorfman, Adolfo, 108
 Durkheim, Émile, 75, 87

economía, 35. Véase también Gran
 Depresión
 crisis en la —, 35
 ejército. Véase militares
 elecciones, 17, 18, 20, 33, 255. Véanse
 también Buenos Aires (ciudad), elecciones
 en la —; votantes
 municipales, 102, 105
 legislativas de 1928, 45, 242
 limpias, 16, 20
 parlamentarias/legislativas, 15, 102,
 131, 217
 presidenciales de 1916, 29, 38
 presidenciales de 1922, 109, 112, 114,
 181
 presidenciales de 1928, 79, 109, 144,
 196, 199, 211, 255
 reinstauración de las —, 261
 reforma electoral, 16, 20, 33, 38, 42.
 Véanse también elecciones limpias; voto
 secreto.
 Elena, Reinaldo, 100, 210
 elites, 17, 22, 39-40, 193, 257
 cajas de jubilaciones, 130, 143-144
 movilización de votantes por las —, 29,
 90, 206
 oposición a las leyes de creación de
 políticas, 28-29, 33, 37, 44-45, 125,
 241, 247, 248, 257
 respuestas a las huelgas, 41, 150, 159,
 162, 164, 166, 175-176, 182
 tradicionales, 40, 43, 245-246
 empleadores/patronal Véanse propietarios de
 empresas; gobierno nacional, empleo en el —

empleo, 26-27, 104, 107, 117, 211. Véanse
 también puestos de trabajo; sinecuras; y los
 grupos ocupacionales específicos
 en Buenos Aires, 34, 91-93, 98, 102,
 106, 113, 234
 estadísticas sobre el —, 34, 35, 111-113,
 116
 estatales/públicos, 89-92, 95-116, 162,
 168, 213-216, 240, 259
 empleomanía, 89. Véase también patronazgo
 Entre Ríos (provincia), 37, 80, 152, 216
Época, La (diario), 54
 cobertura de las campañas electorales,
 80, 94
 cobertura de las huelgas, 166-167, 225,
 226, 240
 sobre las leyes de creación de cajas de
 jubilaciones, 127, 131, 144, 215, 258
 sobre los sindicatos, 174, 199, 212
 sobre la UCR, 57, 63, 71, 162, 182
 sobre Yrigoyen, 57-63, 69, 143
 España, inmigrantes de, 27
 Estado. Véase gobierno nacional
 Estados Unidos, 18, 25, 31, 35-36, 54,
 157, 226, 230
 comercio con los —, 34-35
 prácticas clientelísticas, 93, 102, 106
 respuestas a las huelgas, 178, 227
 estibadores. Véase obreros portuarios,
 huelgas de los exportaciones

facción antipersonalista de la UCR, 43-44,
 130, 261. Véase también Unión Cívica
 Radical
 derrotas de la —, 44, 62, 79, 212, 217
 imagen de la —, 54, 76-77, 201
 indulto de Mañasco y —, 77-79
 falta de popularidad, 54, 89, 199
 llamados a los votantes, 44, 210-212,
 217
 prácticas clientelistas, 89-101, 232,
 256, 259
 políticas laborales, 79, 198

relaciones de los sindicatos ferroviarios
 con la —, 192, 196, 201, 236-237
 relaciones de los sindicatos con la —, 70,
 138, 191, 201, 214, 217, 260-261
 relaciones de los sindicatos marítimos
 con la —, 192, 202-213, 228, 231-232
 relaciones de Yrigoyen con la —, 43-44,
 54, 56, 57, 63, 70, 79, 191
 respuestas a las leyes de creación de ca-
 jas de jubilaciones, 143
 rivalidad de los personalistas con la —,
 79-81, 97, 116, 228, 246, 257
 rivalidad de los socialistas con la —,
 210, 214
 facción personalista de la UCR, 43-45, 56,
 71, 89, 96-97, 191, 216-217, 231, 242,
 245, 257. Véase también Unión Cívica
 Radical
 apoyo a las leyes de creación de cajas de
 jubilaciones, 126, 143
 prácticas clientelistas, 100, 116, 256,
 259
 relación de los sindicatos ferroviarios
 con la —, 201, 234
 relación de los sindicatos marítimos
 con la —, 206, 210-212, 228
 rivalidad de los antipersonalistas con la
 —, 43-44, 56, 80-81, 116, 130, 201, 246
 victorias electorales de la —, 44, 210,
 212, 217, 225, 233
 factores socioeconómicos, 25, 29. Véase
 también economía
 Federación Argentina de Telefonistas, 166
 Federación de Gentes de Teatro, huelga de
 la, 174
 Federación de Obreros Ferroviarios (FOF),
 157
 Federación de Sindicatos Ferroviarios, 235
 Federación Gráfica Bonaerense, 141
 Federación Obrera de la Industria Textil, 137
 Federación Obrera Irigoyenista, 96
 Federación Obrera Marítima (FOM), 70,
 151-155, 202-206

(continúa)

- Consejo de Relaciones, 211-212, 228, 240
 huelgas de la —, 154-155, 162, 167, 177-180, 205-206
 relación de Yrigoyen con la —, 153, 155, 165-168, 213, 228, 240
 respuestas a las leyes de creación de cajas de jubilaciones, 134, 143, 203-204, 206
 sindicalistas revolucionarios en la —, 152
 Federación Obrera Regional Argentina V (FORA V), 11, 41, 216
 Federación Obrera Regional Argentina IX (FORA IX), 44, 101, 216
 afiliación a la —, 41-42, 155, 164
 huelgas de la —, 73, 127, 154, 161, 180
 oposición a las leyes de creación de cajas de jubilaciones, 134
 Federación Obreros y Empleados Telefónicos (FOET), 226-227, 248
 Ferrari, Marcela P., 91
 Ferrer, Sebastián, 216
 Ferrocarril del Sud, compañía del, 243
 Ferrocarriles del Estado, 99, 110, 112-113, 159, 196
 Ferrocarril Oeste, compañía del, 236
 Figueroa Alcorta, José, 33
 Francia, 18, 42, 71, 178
 Francisco de Asís, san, 66
 Frigoni, Emilia, 100
Fronza, La (periódico), 54
 Frondizi, Arturo, 96
 Gallardo, Ángel, 79
 Gallo, Vicente, 43, 97, 100, 211
 Gálvez, Manuel, 54, 57
 García, Francisco J., 152
 Garguín, Ernesto, 151
 gauchos. Véase caudillos
 Gay, Luis, 226
 Germani, Gino, 35
 Ghandi, Mahatma, 55
 Ghioldi, Orestes, 134
 Giménez, Ángel M., 151
 Giusti, Roberto, 65
 gobierno municipal, 93, 94, 109, 110, 115, 116
 gobierno nacional
 empleo en el —, 91, 110-116
 expansión del —, 21, 66
 intervenciones dictadas por el —, 40, 245, 246
 presupuestos, 110-116
 relación de los sindicatos con el —, 258
 relación de los sindicatos marítimos con el —, 238
 relaciones de los sindicatos ferroviarios con el —, 22, 157, 159, 199-200, 260
 respuestas a las huelgas —, 174
 golpe de septiembre de 1930, 71, 115, 247
 causas del —, 15, 18, 22, 38, 79-80
 legado del —, 263-264
 oposición de los sindicatos al —, 71, 248
 Gómez Cello, Miguel, 231
 González, Elpidio
 relación de los sindicatos con —, 71, 180, 226, 237, 239
 relación de Yrigoyen con —, 42, 57, 69, 229
 respuestas a las huelgas, 167, 180, 240
 voto de la ley de creación de cajas de jubilaciones, 131
 González, Joaquín V., 126
 González, Juan, 100
 Goodwin, Paul B., 234
 Gran Bretaña, 25, 157
 comercio con —, 34,
 relación de Yrigoyen con —, 178
 respuestas a las huelgas, 178
 Gran Depresión,
 consecuencias de la —, 35
 inicio de la —, 33, 226
 Grüner, Luis N., 200, 208

- Grunfeld, José, 78
 Gualaguaychú, 172
 Gutiérrez, Leandro H., 36, 93
 Halperín Donghi, Tulio, 42
 Heller, Abraham, 58
 Hermelo, Ricardo, 202, 205, 210-213, 217-218, 228
 Herrero, Antonio, 58-59, 71
 Hillman, Sidney, 277
 hombres. Véanse inmigrantes, hijos de;
 sufragio universal masculino
 Hora, Roy, 28
 huelgas, 67, 69, 153, 154, 158-160, 161-162, 164, 168-170, 171-181, 201, 213, 229, 231-232, 237-237, 239-240, 241-247. Véanse también violencia
 relacionada con las huelgas; y las entradas
 correspondientes a los sindicatos y grupos
 ocupacionales
 apoyo de Yrigoyen a las —, 14, 41, 66, 71, 150-151, 164, 182, 225, 260
 contra las leyes de creación de cajas de jubilaciones, 21, 127, 128, 131-134, 137-142
 en zonas rurales, 175, 176, 233
 general, 31, 39, 71, 73, 78, 163, 173-174, 181, 204, 205, 232, 238
 respuestas gubernamentales a las —, 72, 107, 150-151, 157, 162, 166-167, 177, 227, 230, 236, 261
 política relacionada con las —, 71, 171, 210, 256
 rompehuelgas, 153, 154, 157, 159, 161, 163, 168, 173, 176, 179, 206, 210, 229, 231, 237
 Humberto I (rey de Italia), 31
 Iglesia Católica, 61
 índices de analfabetismo, 37
 industriales. Véase propietarios de
 empresas
 inclusión, lenguaje de la, 55
 industria del vestido, 132
 industrialización, 26, 31, 262
 industria marítima. Véanse obreros
 portuarios, huelgas de los; marina
 mercante; zonas portuarias, huelgas en las;
 sindicatos marítimos
 inflación, 34, 41, 72, 109, 260
 inmigrantes, 17, 19, 25, 34-35
 condiciones de vida de los —, 25
 efectos de la Primera Guerra Mundial
 sobre los —, 17, 33
 empleo de los —, 26-27
 estadísticas acerca de los —, 26-28, 37, 38
 hijos de —, 27
 llamados de la UCR a los —, 19, 27, 68
 llamados de Yrigoyen a los —, 19
 intendentes, 69, 72, 79, 93, 94, 98, 102, 103, 107, 161, 167, 170, 173-174
Internacional, La (periódico), 207
 Italia, inmigrantes de, 27, 68
 Iturbe, Aranasio, 234
 izquierdistas, 71, 77-78, 179
 cajas de jubilaciones, 131-134
 oposición a las leyes de creación de
 James, Daniel, 55
 Jauretche, Arturo, 118 n. 7
 jefes/caciques políticos, 21, 28, 40, 90-101, 232. Véanse también caudillos;
 aparatos políticos; patronazgo
 judíos, 28, 68, 242
 Jones, Gareth Stedman, 56
 Juárez Celman, Miguel, 29
 Junta Reorganizadora, 208
 Justo, Agustín P., 200, 225, 261
 Justo, Juan B., 32, 168
 Kirchner, Néstor, 264
 Klan Radical, 246
 Knight, Alan, 18
 Krause, Karl Christian Friedrich, 64
 La Boca, 151-152, 214-215, 243. Véase
 también Biblioteca Almirante Brown
 elecciones en —, 166, 202, 210, 212, 217

- La Confraternidad (sindicato ferroviario), 169, 194-197, 206, 209, 260
 Laforcade, Geoffroy de, 151
 La Forestal, compañía, huelgas contra, 175-176
 La Fraternidad, 42, 77, 96
 como sindicato modelo, 157-160, 169, 194
 participación en política de —, 151, 193, 199, 201, 247, 258
 Lallana, Luisa, muerte de, 231-232
 La Plata, huelgas en, 137
 La Rioja (provincia), huelgas en, 246
 Las Palmas, frigorífico, 173
 Las Palmas, ingenio, 176
 Lauzet, Luis, 101
 Le Breton, Tomás, 114
 legislación, la UCR y su uso de la, 22, 73-74, 125-135, 140-145. *Véanse también*
 Cámara de Diputados; ley de creación de
 cajas de jubilaciones (ley 11.289)
 Lencinas, Carlos, 246
 lenguaje, creación de imágenes a través
 del, 56
 ley 11.289. *Véase* ley de creación de cajas
 de jubilaciones (ley 11.289)
 ley de creación de cajas de jubilaciones (ley
 11.289), 21, 128-136, 141-144, 191, 258.
Véanse también las entradas correspondientes
a los partidos políticos y los sindicatos.
 Alvear y su apoyo a la —, 125-126, 130-
 131, 142-143, 191-192
 historia de la —, 126-130
 la UCR y su apoyo a la —, 21
 reacciones a la —, 21, 126, 131-137
 Yrigoyen y su apoyo a la —, 127-128,
 130
 leyes de previsión social. *Véanse* ley
 de creación de cajas de jubilación (ley
 11.289); sistema de previsión social
 ley Sáenz Peña (1912), 16, 18, 33, 37, 53
 Liga Patriótica, 79, 218
 actividades rompehuelgas de la —, 164,
 167, 176-177, 179, 227, 260
 participación en los sindicatos, 171-
 172, 202-203
lockouts, 212, 136-138, 140-142, 165,
 230. *Véanse también* boicots; huelgas
 López, Ángel, 216
 López, Luis María, 101
 Los Ángeles (California), empleo
 municipal en, 106
 Loza, Eufrasio B., 194-196
 Luna, Félix, 76, 191, 199
 Luz, José R., 215
 maestros, 62, 100, 106, 113, 175, 247
 Mañasco, Eusebio, indulto de, 77-79, 244
 Mansilla, Bautista V., 159-160
 Mar del Plata, huelgas en, 139
 marina mercante, 96, 129, 203, 211
 Marinelli, Fortunato, 209, 213, 284
 Marx, Karl, 32
 Matienzo, José Nicolás, 43, 99
 McKinley, William, 31
 Melo, Leopoldo, 100, 163, 211, 236
 Mendoza (provincia), huelgas en, 40, 43,
 137, 138, 234, 246
 Menem, Carlos, 264
 migración del campo a las ciudades, 262
 Mihanovich (agencia naviera), 137, 167,
 211-212, 228-229, 240
 huelgas contra —, 154-155, 210, 213
 Milesi, Pedro, 216
 militares, 15, 33, 45, 111, 200, 247, 255,
 264
 molineros, huelgas de los, 162
 Ministerio de Agricultura, 114, 115
 Mitre, Bartolomé, 257
 Molina, Víctor A., 138
 Molinari, Diego, 100
 Monteverde, Luis, 98
 montoneras, 88 n. 86
 Monzón, Manuel, 216
 Moreno, Julio, 69, 154
 movilización. *Véanse* clases populares,
 movilización de las; votantes, movilización
 de los

- movimiento sindical/laboral, 14-15, 19,
 21-22, 31-33, 41, 61, 66, 69, 73, 76, 79,
 131-134, 141, 145, 151, 153-159, 163-
 164, 167-169, 179, 191-218, 226-228,
 233, 241, 248, 256-258, 260-263. *Véanse*
también empleo; puestos de trabajo;
 huelgas; sindicatos; clases trabajadoras
 Mugica, Adolfo, 100
 mujeres, 27, 37, 74, 98, 100, 113, 114,
 132, 136, 137, 175, 242
 Mustapic, Ana María, 17
Nación, La, 71, 89, 90, 115, 246
 nacionalismo, 19, 20, 68, 166, 256
 nacionalizaciones, 96, 152, 259
 Naturalización. *Véase* ciudadanía
 neoconservadores, 261, 262
 Noel, Carlos, 79
 Nueva York (ciudad), estadísticas sobre el
 empleo municipal, 106
 obras públicas, falta de inversión en las,
 116
 obrerismo, 70, 201
 Alvear y su uso del —, 76-78, 260
 fracaso del —, 181, 182
 jubilaciones y —, 131
 limitaciones del —, 149
 leyes de creación de cajas de la UCR y
 su uso del —, 15, 19, 70-72
 Yrigoyen y su uso del —, 70, 71, 149,
 225, 256
 obreros de los frigoríficos, huelgas de los,
 71, 139, 162
 obreros portuarios, huelgas de los, 211
 oficialización, 165, 178
 oficina de telégrafos, otorgamiento cliente-
 lista de puestos de trabajo en las, 113, 115
 Oliva, Carmen, 100
 organizaciones, 100, 130, 134, 138, 141,
 142, 144, 151, 155, 159, 163, 164, 177,
 180, 191, 195, 199-200, 205, 209-212,
 217, 239. *Véase también* clubes de fútbol
 étnicas, 62, 69, 172
 Ortiz, Roberto M., 213, 218, 261
 los sindicatos ferroviarios y —, 71, 192,
 195-200, 256, 260, 262
 Ortiz de Zárate, Miguel, 96
 Otero, Héctor Horacio, 114
 Padoan, Marcelo, 59
 Palacios, Alfredo, 65
 Palacios, Pedro B. *Véase* Almafuerie
 Palermo, Silvana, 112
 Palmeiro, José, 212
 pampeana (región), 25-26, 176
 panaderos, huelgas de, 137, 173
 pan radical, 19, 72, 95
 Paraguay, 228
 Partido Autonomista Nacional (PAN),
 28-29
 Partido Blanco (Uruguay), 67
 Partido Colorado (Uruguay), 66
 Partido Demócrata Progresista, 129, 173
 Partido Socialista Argentino, 65
 Patagonia, masacres en la, 18, 41, 68, 175,
 181, 260
 paternalismo, 19, 70, 135
 patriotismo, 60, 63, 164, 179. *Véase*
también Liga Patriótica
 patronazgo, 89-117, 232. *Véanse también*
 jefes/caciques políticos; aparatos políticos;
 sinecuras
 Alvear y su uso del —, 21, 110
 designaciones presidenciales, 93-94
 en los Estados Unidos, 90, 106
 en Uruguay, 66
 la UCR y su uso del —, 18, 19, 21, 102-
 104, 106, 109, 112-113, 116-117, 256
 los antipersonalistas y su uso del —, 89,
 100, 116, 259
 los personalistas y su uso del —, 89,
 116-117, 259
 para las mujeres, 27, 100, 113
 Yrigoyen y su uso del —, 15, 16, 21,
 110, 116
 Pellegrini, Carlos, 16
 Penelón, José, 100, 107

Pérez Leirós, Francisco, 98
 Perón, Eva, 14, 60, 75, 263
 Perón, Juan Domingo
 cajas de jubilaciones durante el gobierno de —, 125, 258
 imagen de —, 59-60, 75, 263
 influencias de la UCR en —, 14, 55, 255, 262
 tácticas de —, 19, 149, 262-263
 uso de la policía, 85 n. 54
 Persello, Ana Virginia, 110
 Personalismo, 17. *Véase también* Yrigoyen, Hipólito, imagen de
 Alvear y su evitación del —, 76, 257, 258
 la UCR y su uso del —, 17
 Yrigoyen y su uso del —, 22, 56, 69, 70, 257, 258
 personería jurídica, 195
 Peter, José, 78
 población extranjera. *Véase* inmigrantes
 Podestrá, Tiberio, 231
 policía
 en el golpe de septiembre de 1930, 247
 huelgas de la —, 247
 los radicales y su uso de la —, 69-70, 104, 106, 195
 Perón y su uso de la —, 85 n. 54
 respuestas a las huelgas, 78-79, 136-139, 151, 154-155, 158-159, 163-168, 174-176, 179-180, 210-211, 231-232
 Yrigoyen y su uso de la —, 61, 69, 70
 política, 13-20, 22-33, 63, 67. *Véanse también cada uno de los partidos políticos*
 empleo ligado a la —, 21-22, 112-113, 115, 116
 moderna, 40-41, 66
 municipal, 102-110
 huelgas relacionadas con la —, 173, 231
 sistema argentino, 13-15, 37-45, 53-54, 68, 255-257, 263-264
 Popovich, Juan, 210, 213
 Potti, Secundino, 100

Prensa, La (diario), 54, 115, 116, 228, 230
 cobertura de las huelgas, 78-79, 137, 139, 233, 236, 240, 243
 sobre el patronazgo, 89-90, 99, 103, 112
 sobre las leyes de creación e cajas de jubilaciones, 130
 presupuestos gubernamentales, 68, 102, 106, 108-116, 173, 259
 Primera Guerra Mundial, efectos en la Argentina, 27-28, 33-35, 39, 41, 68, 72, 109
 propaganda, 55, 94
 a favor de las leyes de creación de cajas de jubilaciones, 127, 136
 relacionada con los sindicatos, 153, 154, 209, 216, 231
 Yrigoyen y su uso de la —, 56, 60
 propietarios de empresas
 oposición a las leyes de creación de cajas de jubilaciones, 126, 129, 130, 139, 144
 respuestas a las huelgas, 154-155, 159, 162, 163-166, 170, 175-176, 193, 226-227, 230, 235, 238
 provincias, 28, 29, 38, 40, 43, 44, 69, 74, 79, 80, 89, 98, 103, 116, 137-140, 152, 156, 159, 167, 168, 171-176, 195, 216, 227, 230-233, 239, 244-246, 257, 262. *Véanse también cada una de las provincias*
Protesta, La (diario), 101, 180
 Prorti, Alejandro, 216
 puestos de trabajo. *Véanse también* empleo; patronazgo; sinecuras; y grupos ocupacionales específicos
 como recompensas políticas, 19, 21, 89-90, 98-100, 103, 106, 114, 259
 marítimos, 178, 243
 provisión de —, 101, 104
 votos intercambiados por —, 21, 70, 90-91, 93, 105

Quintana, Manuel, muerte de, 33

Radowitzky, Simón, indulto de, 244
 Ravignani, Emilio, 99, 100
 Raynoli, Francisco, 97
 recolectores de residuos trabajadores de la sanidad, huelgas de los, 161, 173
República, La (diario), 178
Review of the River Plate, The (revista), 131, 176, 181
 revolución bolchevique/Revolución Rusa, 41, 150, 163, 260
 Revolución del Noventa, 29
 riqueza, 25-26, 76, 92
 Rita, Máximo. *Véase* Luz, José R.
 River Plate (club de fútbol), 93
 Robertson, Malcolm, 234
 Roca, Julio Argentino, 28-29, 257
 Rocchi, Fernando, 26
 Rock, David, 14, 92, 109, 131, 165
 Rodríguez, Luis M., 197, 200
 Rodríguez Saá, Adolfo, 14
 Roldán, María, 66
 Romero, Juan, 231
 Romero, Luis Alberto, 36, 93
 Rosanova, Francisco, 101, 159
 Rosanvallon, Pierre, 18, 55
 Rosario
 huelgas en —, 137-141, 158, 173-174, 225, 230-233, 236-239, 244, 248
 sindicatos marítimos en —, 212
 Rosas, Juan Manuel de, 28, 80
 Roulet, 98
 Sabato, Hilda, 17, 53
 Sabiani, Simon, 90
 Sacco, Nicola, ejecución de, 77, 78
 Sáenz Peña, Roque, 16, 33, 90
 salarios, 25, 34, 74, 129, 132-137, 140, 142, 150, 153, 166, 175, 226, 247
 de empleos estatales, 101, 102-109, 115-116, 160-161, 173-174, 246, 259
 de los trabajadores ferroviarios, 157, 170, 195, 198-201, 206, 235, 237
 de los trabajadores marítimos, 165, 213, 240

San Juan (provincia), intervención gubernamental en la, 40, 246
 San Lorenzo de Almagro (club de fútbol), 97
 San Martín, José de, 14
 Santa Fe (provincia)
 huelgas en —, 175, 230-233, 237, 239-240
 movilización popular en —, 16, 29
 Santiago del Estero (provincia), huelgas en, 246
 Sanz del Río, Julián, 64
 Sarobe, José, 100
 Sartelli, Eduardo, 233
 Schlesinger, Fernando, 173
 Schwartz, Barry, 75
 Scobie, James R., 26
 Semana Trágica (enero de 1919), 18, 41, 68, 69, 151, 162-165, 260, 270, 278, 290
 secuelas de la —, 164, 165, 171, 181, 182
 Senado, 38, 43, 45, 99, 131, 245-246
Véase también Cámara de Diputados
 Shils, Edward, 57
 sindicalistas revolucionarios, 31-32, 44, 126, 232, 256
 actividades huelguísticas, 140-142
 en los sindicatos ferroviarios, 157, 193, 194, 197, 234
 en los sindicatos marítimos, 180, 204, 217, 241, 243-244
 oposición a las leyes de creación de cajas de jubilaciones, 133-134, 140-142, 203
 puestos de trabajo para los —, 213-214
 rivalidad de los anarquistas con los —, 140, 180, 243
 rivalidad de los comunistas con los —, 41-42, 142, 242
 rivalidad de los socialistas con los —, 193, 209, 214-215
 relación de Yrigoyen con los —, 149-150, 154, 226
 vínculos gremiales, 41, 133
 sindicato de carreros, boicots del, 173, 176, 243

sindicato de choferes, huelgas del, 137-139, 167, 178-179
 sindicato de estibadores, 177-180, 231, 243. *Véase también* obreros portuarios, huelgas de los
 sindicatos, 17, 66, 151-160. *Véanse también* boicots; huelgas; y cada uno de los sindicatos
 centralización de los —, 41, 168-169
 como puentes hacia la clase obrera, 149-150, 151-152, 256, 262
 creación de —, 31, 101, 152, 213-217
 oposición a las leyes de creación de cajas de jubilaciones, 125-145
 relación de Alvear con los —, 22, 76-78, 191-202, 217-218, 260-261
 relación de la UCR con los —, 18-19, 73, 160-162, 241, 258
 relación de Yrigoyen con los —, 69-71, 149-151, 157-158, 167-168, 181-182, 234, 260
 relación del gobierno con los —, 22, 152-155, 156, 166-167, 171-182, 241-247, 258
 vínculos de los anarquistas con los —, 41, 93, 179-180
 vínculos de los antipersonalistas con los —, 191-202, 206, 211
 vínculos de los sindicalistas revolucionarios con los —, 31, 41
 sindicatos ferroviarios, 157, 170. *Véanse también* cada uno de los sindicatos ferroviarios
 huelgas de los —, 159, 180
 relación de Alvear con los —, 22, 192, 199-200, 260
 relación de Yrigoyen con los —, 181, 199, 235, 260
 reorganizaciones de los, 42, 169
 sindicatos marítimos, 43-44, 101, 110, 211, 247. *Véanse también* cada uno de los sindicatos marítimos
 caja de jubilación para los —, 140
 huelgas de los —, 140-141, 228-229

relación de Alvear con los —, 78
 oficialización de los —, 156, 208-209
 sinecuras, 40, 89, 104-105. *Véase también* patronazgo
 sistema de previsión social, 21, 66. *Véase también* ley de creación de cajas de jubilaciones (ley 11.289)
 Smith, Peter H., 13, 40, 245
 socialistas, 32, 45, 65, 242, 258.
 independientes, 32, 45, 144, 211
Véanse también comunistas; socialistas independientes
 actividades huelguísticas, 166
 cultura de los —, 32, 93
 en Buenos Aires, 32, 144, 149, 210
 en el sindicato de los trabajadores municipales, 103, 107, 160-161
 en los sindicatos ferroviarios, 151, 157, 193, 226
 en los sindicatos marítimos, 203, 209, 210, 212, 243
 independientes, 32, 45, 144, 211
 prácticas clientelistas, 96-97, 100, 103-104
 respuestas a las leyes de creación de cajas de jubilaciones, 126, 127, 129-130, 132, 134, 143, 144
 rivalidad de la UCR con los —, 32, 127, 129, 132, 234
 rivalidad de los anarquistas con los —, 31
 rivalidad de los antipersonalistas con los —, 210-211, 214, 217
 rivalidad de los sindicalistas revolucionarios con los —, 150, 214-215
 vínculos gremiales, 42
 Sociedad de las Naciones, 43
 Sociedad de Resistencia Obreros del Puerto de la Capital, 177
 sociedades de ayuda mutua, 93
 Sociedad Rural, 71, 178
 Soria, Arsenio, 99
 Sparnochia, Augusto, 214
 Stevenson, Allan, 77

sufragio universal masculino, 55. *Véase también* elecciones

Swift, compañía frigorífica, 139

Tadich, Vicente, 203

Taffi Viejo, 99, 159

Tamborini, José, 77, 95, 207, 217

Torello, Pablo, 74, 158, 159, 170, 197

trabajadores de la industria del mueble, huelga de los, 242

trabajadores de las refineras de petróleo, huelgas de los, 139, 173

trabajadores gráficos, huelgas de los, 137, 175, 179

trabajadores municipales, 102, 246

huelgas de los —, 173-174

en Buenos Aires, 103-109, 115, 160, 214

sindicatos de —, 107, 216, 258

trabajadores teatrales, huelgas de los, 174

trabajadores telefónicos

huelga de los —, 166

sindicato de los —, 166, 227, 239

trabajadores tranviarios, huelgas de los, 173, 180, 236, 244

trabajo a reglamento, 169-170, 197-199, 235, 236

Tramonti, Antonio, 193

Trucco, Rómulo, 96.

Tucumán (provincia), huelgas en, 137, 139, 140, 159

Unión Cívica Radical. *Véanse también* facción antipersonalista de la UCR; facción personalista de la UCR

aparato político de la —, 99-100

apoyo a las leyes de creación de cajas de jubilaciones, 21-22, 125-129, 132, 143-145

clubes, 96-97, 120 n. 31, 203

defectos de la —, 17-18

déficits presupuestarios bajo sus gobiernos, 115-116

derrocamiento de la —, 18, 61, 241-247 en Buenos Aires, 15, 20, 68, 91-96

escisión en la —, 43-45, 56, 63, 79-81, 130, 191, 201, 210, 257-258, 260

historia de la —, 29-30, 63-64

imagen de la —, 20-21, 54-57, 68, 256-257

la economía y la —, 33-35

legado de la —, 255-264

llamados a los votantes, 14-16, 38, 90, 95-101

popularidad de la —, 15, 21, 53-55, 67-75, 79, 89, 116-117, 151, 181-182, 256

prácticas clientelistas, 9, 19, 21, 27, 40, 89, 90, 101, 111-117, 161, 245, 256, 259

relación de los sindicatos con la —, 18-19, 76

relación de los trabajadores municipales con la —, 160

relaciones de clase, 14-15, 22, 38-39, 70-75, 242, 244-245, 248, 256

relaciones de los sindicatos ferroviarios con la —, 73, 201, 256, 260

relaciones de los sindicatos marítimos con la —, 159, 228

respuestas a las huelgas, 162-166, 171-181, 231

rivalidad de los socialistas con la —, 32, 38, 45, 99, 114, 127, 128-129, 132, 143, 149, 150, 161

tácticas, 37-42, 53-54, 67-69, 79-81, 143-145

Unión Cívica Radical Principista, 97

Unión del Marino, La (periódico), 203

Unión Ferroviaria (UF), 22, 42, 192-201, 218, 234

como sindicato modelo, 202, 206, 209, 260, 262

Unión Industrial Argentina (UIA), oposición a las leyes de creación de cajas de jubilaciones, 134, 135, 138, 140, 141

Unión Obrera Local (UOL), 215, 216
 oposición a las leyes de creación de cajas de jubilaciones, 134, 136, 137, 142

Unión Obrera Marítima (UOMar), 208-212, 240

Unión Obrera Municipal (UOM), 98, 104
el gobierno y la —, 109, 161, 170, 181, 214-217

oposición a las leyes de creación de cajas de jubilaciones, 132

socialistas en la —, 214, 103, 107, 161

Unión Sindical Argentina (USA), 41-42, 77-78, 193, 194, 208, 210, 214, 216, 243, 247

oposición a las leyes de creación de cajas de jubilaciones, 133, 134, 136-143

universidades, reformas en las, 39-40

Urquiza, Justo José de, 172

Uruguay, 66-67, 228

Vanguardia, La (diario), 98, 138, 295

Vanzetti, Bartolomeo, ejecución de, 77, 78

Vasena, empresa metalúrgica, 163

Vidal, Gardenia, 40, 116, 292

Viguera, Aníbal, 95, 293

violencia. *Véanse también* Liga Patriótica; Patagonia, masacres en la; Semana Trágica (enero de 1919),

callejera, 40, 45

en las líneas ferroviarias, 139, 158-159, 161, 163, 236-237

política, 28-29, 198

relacionada con el movimiento obrero, 18, 31, 33, 162-164, 176, 178

relacionada con las huelgas, 67, 138, 154, 162-164, 173, 229, 232-233

sectaria, 171, 172

viviendas, 36, 73, 129

votantes, 26-27, 37-38, 53, 90, 126,

150-151, 299. *Véanse también* elecciones;

reforma electoral; elecciones limpias;

sufragio universal masculino

aporte de —, 255

llamados a los —, 17, 40, 44, 61, 213

movilización de —, 28, 41, 90, 95

voto secreto, 33, 107. *Véase también* elecciones limpias

Washington, George, 75

Weber, Max, 57

West Indian Oil Company, huelga contra la, 69, 167

Whyte, William Foote, 91

Yablon, Ariel, 89

YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales), 110, 112

Yrigoyen, Hipólito

apoyo a las leyes de creación de cajas de derrocamiento de —, 15, 22, 45, 61, 241-247, 263-264

experiencia como policía, 19, 69-70
jubilaciones, 127-128, 130

imagen de —, 15, 55-67, 75, 256

legado de —, 14, 255-264

obrerismo utilizado por —, 70, 71, 149, 225

oposición a —, 32, 43, 54, 79-81, 241-242, 244-245

políticas laborales de —, 22, 105, 228, 164-168, 226-225, 256

popularidad de —, 14-15, 21, 54, 64-65, 67-68, 70-71, 89, 116-117, 125, 151, 181-182, 217, 247-248

prácticas clientelistas, 15, 16, 21, 110, 116

presupuestos de —, 109, 110, 111

primer mandato presidencial, 38, 56, 116, 182, 246, 260-261

reforma universitaria de —, 39-40

reelección de —, 42, 44, 56, 61-63, 80-81, 193, 201, 213, 255, 261

relación de Alvear con —, 15, 42-44, 246

relaciones de clase, 70-71

relación de los sindicatos ferroviarios con —, 181, 199, 235, 260

relación de los sindicatos con —, 69-71, 149-151, 157-158, 167-168, 181-182, 234, 260

respuestas a las huelgas, 14, 41, 66, 71, 150-151, 153-154, 157, 158-160, 162-169, 171-181, 182

segundo mandato presidencial, 60, 62, 150, 225-248

trayectoria en la UCR, 30, 41

Zapico, Avelino, indulto de, 158

Zimmermann, Eduardo A., 125

zonas portuarias, huelgas en las, 153, 171, 205, 229-232, 238. *Véanse también* Buenos Aires (ciudad); Rosario; estibadores, huelgas de los

zonas rurales, 92, 233, 262

ESTA EDICIÓN DE 2.500 EJEMPLARES
DE *EL RADICALISMO Y EL MOVIMIENTO POPULAR (1916-1930)*,
DE JOEL HOROWITZ, SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN EL ATENEO GRUPO IMPRESOR S.A., COMANDANTE SPURR 631,
AVELLANEDA, EL 28 DE MARZO DE 2015.



